

Giuseppe Calaciura
YO SOY JESÚS



Desde hace veinte siglos se especula sobre los años oscuros de Jesús, aquellos que la Biblia no cuenta, desde su adolescencia hasta sus treinta años. Muchas veces esas hipótesis responden a una limitada perspectiva teológica: un Jesús embellecido por un destino que ya conocemos, ser el hijo de Dios. Pero ¿y si todo fuera a la vez más complejo y hermoso, más humano? ¿Y si el vía crucis de Jesús, como el de cualquier vida atenazada por el dolor, la desesperación y el abandono, hubiera comenzado mucho antes? Con una prosa soberbia, precisa y agria, y una imaginación profundamente emotiva, Giosuè Calaciura escribe la probable novela de formación de un antihéroe que a veces es un mendigo que alcanza la libertad a través de la desposesión, a veces un bufón y un cínico, el hijo abandonado por su padre, un Jesús enamorado que se prenda de las mujeres fuertes, de las repudiadas.

A ratos evangelio apócrifo, a ratos leyenda mitológica y cuento de hadas, la novela nos presenta a un Jesús unamuniano, nietzscheano, algo nihilista, escéptico, incluso ateo; un Jesús que no pone la otra mejilla, que no sabe hacer milagros, que no cura las heridas y que recuerda a Telémaco, pero también a su padre, Odiseo, a Edipo y, cómo no, a Pinocho. Como en un eco mágico y solemne, los personajes de Yo soy Jesús son a la vez leyenda y desconocidos, nuevos y más vivos: María, el Bautista, Barrabás, Judas, Ana. En efecto, Calaciura trabaja como pocos allí donde historia e imaginación se unen para alumbrar una altísima literatura que devuelve el mensaje subversivo, y demasiado humano, de quien, lejos de ser Dios hecho hombre, fue un hombre vulnerable a quien se convirtió en Dios.

Giosuè Calaciura

Yo soy Jesús

ePub r1.0

Titivillus 14-08-2023

Título original: *Io sono Gesù*
Giosuè Calaciura, 2021
Traducción: Miguel Ros González

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

CAPÍTULO UNO

Nací en Belén, hace treinta años. De niño, mi madre me contaba la noche legendaria de mi epifanía para hacer más llevaderos los largos viajes a lomos de la burra, cuando ya no le quedaban más maravillas que señalarme en el horizonte del desierto, ni animales, ni siluetas de rocas y piedras, y ni siquiera nubes que espolearan mi curiosidad con fantasías de rostros humanos, los de parientes que nunca había conocido y que ella me sugería, en medio de aquella aridez, para que me resultara más familiar el destino del exilio.

No disfrutábamos del don de una vida sedentaria. Errantes, perseguidos por peligros reales e incluso imaginarios, por los hombres y por la naturaleza, al menos hasta que cumplí cinco años. Mi madre me narraba mi primer amanecer para aliviar el dolor de la puesta de sol, que me causaba ataques de melancolía y arrebatos de llanto. Caía la noche y yo le pedía la mañana. Y, cuando empezaban a correr las lágrimas, ella comenzaba su relato. Me contaba mi propia historia para consolarme.

Tendría poco más de dos años: ese es el recuerdo más antiguo, aquella fue la primera vez que mi madre intentó aplacar mi terror a la oscuridad refiriendo la magia de mi nacimiento. Susurraba sus palabras en medio de aquella tortura de viento y lluvia de una horrible noche egipcia que parecía no acabar nunca. Había aparecido el demonio del temor, con su oscuridad rugiente y sus truenos amenazadores, enseñando los rayos de sus dientes. Yo me aferraba a la tela de su vestido con los puños apretados; con cada trueno hundía la cabeza en el aroma de su axila. Cuanto más impenetrable era la oscuridad, más colmaba ella de estrellas, cometas y presagios la noche de mi natividad. Quién sabe qué más tejía en aquella tiniebla, qué pacto cerraba con Dios para que yo dejara de llorar de una vez por todas; qué promesa y qué sacrificio, qué planes tenía para mí aquella madre niña que apenas unos días antes jugaba con las muñecas que mi padre tallaba para distraerla de la incomodidad del viaje y los dolores de parturienta. ¿Les prometería también a las muñecas lo que no se puede prometer? ¿Les relataría también cuentos de reinos que no son de este mundo, de parentescos con soberanos celestiales que juegan a ser omnipotentes? Hasta sus muñecas con mirada de madera se quedaban heladas. A mi madre, que todavía jugaba a ser madre, le parecía verlas temblar y las calentaba envolviéndolas en su manto. En realidad,

incluso a sus matrices vegetales, a esos senos de madera desbastada por el esfuerzo paterno, aquel peso les parecía insoportable.

Cuando el sonido de sus palabras no bastaba para frenar mi llanto —ni el de las muñecas, inaudible—, cantaba una preciosa nana sobre cachorros que, cada cual en su guarida, al calor del pelaje o de las plumas, tronara o lloviese, se dormían en la segura compañía de sus madres.

Aquel miedo infantil nunca me abandonó. Aún hoy, en estas noches ya maduras, sufro por el mismo terror a la oscuridad que me atenazaba de pequeño. Pero ya no soy el niño Jesús: no puedo consolarme hundiéndome en la axila de mi madre. Ya es mayor, casi anciana; también su olor es antiguo. Confunde épocas y fechas; ya no recuerda si íbamos o veníamos, el grado de parentesco, cuándo hice lo que hice o lo que habría tenido que hacer. Sobre aquello que no he hecho guarda silencio. Entre mi madre y yo flota, suspendida y tácita, la única verdad irremediable: solo mi padre podría obrar el milagro de devolvernos la memoria. Pero mi padre ya no está; se marchó hace muchos años.

Sin memoria, sin confirmaciones, con el fin de tranquilizarme, consolarme y entender, me cuento mi nacimiento con las mismas palabras, cariñosas pero decididas, que pronunciaba mi madre para imponerse al fragor de la tempestad. Y puede que, tormenta a tormenta, haya ido añadiendo detalles de mi propia cosecha, como si yo también pudiera acordarme del milagro de aquella noche y tuviera un punto de vista particular, autónomo, libre de la mirada y del recuerdo de los adultos que me rodeaban: mi padre, mi madre, los pastores que traían mantas, leche y queso, los esclavos y las esclavas, e incluso las prostitutas y los animales, sujetos por el bocado o pastando en libertad. Y siguieron llegando, incluso reyes —me narraba mi madre— atraídos por quién sabe qué creencia en la reencarnación de dioses antiquísimos, quién sabe qué profecía y esperanza en una noche en el corazón del invierno. Si toda aquella gente se había reunido en las colinas de Belén, esperándome con ansiedad, ¿por qué no iba a poder mi madre acogerme con esa misma confianza?

Me contaba que traje una primavera precoz, de brotes y almendros floridos. Y ya no sé si fueron mis ojos u otros los que, aquella noche, contemplaron un maravilloso cometa en el cielo. Todo se confunde en una especie de vértigo. Pero es el único nacimiento que puedo contarme. En la única versión que conozco: la de mi madre. Ahora entiendo que todas las madres, no solamente la de Jesús, refieren a sus hijos su nacimiento como una fábula, el único milagro del que tenemos certeza, para que haber venido al

mundo no resulte demasiado cruel en las feroces noches de tormenta. Y, a través del relato de mi epifanía, reconstruyo paso a paso el camino que me ha traído a este preludio del enésimo e insoportable amanecer: tengo treinta años; siento asco por las traiciones que he sufrido y me repugna la ausencia de todo rastro de justicia, entre los hombres y en la naturaleza. Mi única cualidad, saber moldear la madera según los rudimentos de mi padre —he heredado, por decirlo así, sus pocos útiles de trabajo, algunos oxidados: en los mangos, el largo uso dejó impresa la huella de sus manos, más grandes y fuertes que las mías, que son más tímidas—, y la capacidad de fabular y razonar siguiendo las escrituras de los textos sagrados y de las oraciones. Buena parte de mis tardes transcurría en la mesa de la cocina, al lado de mi madre. Tenía prohibidos todos los juegos, y ella me inculcaba, señalando aquellos símbolos, la disciplina de la lectura. Así aprendí, advirtiendo el dolor del tiempo que se consumía en la llama del ocaso.

Mi padre nunca me contó mi nacimiento. Escuchaba la versión de mi madre mientras se afanaba en que el esfuerzo se nos hiciera más llevadero, en taparnos con vellones de carnero, en avivar las brasas. Entraba y salía al ritmo del aceite que se gastaba en el candil. «¿Adónde va?», le preguntaba a mi madre. Y ella, contemplando la luz de la débil llama, me mentía: «A cortar leña».

En silencio, volvía a hundirme en la profundidad de su olor; me preguntaba cómo iba mi padre a elegir, arrancar y cortar la leña en la oscuridad de la noche, con un viento y una lluvia que empañaban la vista, con la voz gélida de Dios bramando con truenos y relámpagos de cólera contra todo y contra todos. En realidad, mi padre salía a hacer otra ronda de reconocimiento y de vigilancia, a tejer con su inquietud una telaraña de seguridad alrededor de la casa para que la única amenaza fuera la naturaleza.

Unos soldados nos buscaban. Venían del norte y no temieron cruzar las fronteras del faraón. Pero no nos encontraron. Mi padre, José, se había hecho un experto en borrar todo rastro de nuestro paso y de cada una de nuestras paradas. Cuando llegaba la hora de marchar de nuevo, de escapar, porque se habían visto soldados en las inmediaciones, él miraba dentro y fuera de mi camastro, en la era donde jugaba junto al hogar en el que, por las noches, me dormía entre los brazos de mi madre escuchando la relación de mi nacimiento; hasta en el pozo, donde me gustaba oír el clamor de las piedras, que tardaban en llegar al agua después de soltarlas. Buscaba los juguetes que yo iba perdiendo y que él había creado a partir de troncos y raíces: tallaba animales, leones y camellos, pero también gatos egipcios, ovejas y lobos, con

el fin de que no me sintiera demasiado solo. La noche antes de marcharnos, buscaba uno a uno aquellos juguetes perdidos, abandonados porque mi madre me había llamado para la cena o la oración en la lengua de nuestros antepasados con el propósito de que no perdiera el acento y la cadencia. O porque los había dejado por ahí sin más, distraído por otra cosa, por el vuelo rasante de las grullas sobre los aguazales, en dirección al río; por las cigüeñas, que se perdían al otro lado de la frontera de los cañaverales, rumbo al mar. «Que no se te vuelvan a olvidar tus animales», me regañaba mientras yo los cogía, ya montado en la burra, listo para otro desplazamiento, otra huida. Me había cosido una bolsa para que los guardara todos juntos y no los perdiera en nuestros traslados. Más tarde comprendí que no quería dejar rastro del paso de un niño.

A mi madre y a mi padre les pedía hermanos y hermanas balbuceando ese deseo en la lengua de quien nos alojaba, pues pasaba los días descalzo en compañía de los niños del río y aprendía rápido, sobre todo imprecaciones infantiles que mis padres no entendían. Cuando nos llamaban a cenar, los demás niños volvían a sus casas agarrados de la mano: estaba claro que seguirían jugando y, merced a la complicidad del lecho fraternal, acabarían los cuentos y pasatiempos que se habían quedado en el aire. Entonces, cuando la oscuridad empezaba a aferrarme la garganta y a llevarme al borde de las lágrimas, les pedía un hermano o una hermana pequeña. No era un tema agradable. Mi madre hacía oídos sordos, intentaba hábilmente orientarme a deseos más urgentes y se alejaba para traerme agua. La oía dar largas vueltas por la casa, perdiendo el tiempo con la esperanza de que se me olvidara pronto aquel capricho, de que me durmiera. Y, para aplazar el momento de volver a mi lado, le preguntaba a mi padre si él también quería agua, y José, a quien le costaba captar las peticiones veladas de complicidad y ayuda por parte de mi madre, respondía: «No, gracias, ya he bebido». Irritada, ella se veía forzada a regresar junto a mí, que ya estaba listo para reiterar, obstinado, mi deseo: «Quiero un hermano».

Las primeras veces respondió con la dulzura ingenua de las madres jóvenes e inexpertas: «¿Para qué quieres tú un hermano? Tienes a mamá y a papá para ti solito». Mi madre tenía diecisiete años. Pero, cuando empezaba a mostrarme más insistente e intransigente, acaso nervioso ante la súbita y simultánea llegada del miedo a la noche y del sueño, que derribaba todas mis defensas, mi madre imponía a mi padre la obligación de compartir: ahora le tocaba a él encargarse del hijo. Y mi padre, avergonzado por tener que inventarse una excusa, intimidado por las miradas fulminantes de su mujer,

llegaba para tranquilizarme con sus maneras toscas de trabajador de la madera, me cogía en brazos e intentaba acunarme como hacía cuando era un recién nacido, a aquella edad sin memoria y sin consciencia. Yo notaba su olor, que aún no sabía distinguir —no era el mismo con el que conciliaba el sueño cada noche—, y me empecinaba en la petición de un hermano, repitiéndola hasta la saciedad, a falta de la voz de mi madre, como una nana, un consuelo improvisado. Mi padre, que ya no sabía qué inventarse, me susurraba, apretándome: «Pórtate bien, ¿es que quieres que mamá llore?». Y yo, en mi angustiante duermevela, percibía la amenaza y, entre lágrimas, reiteraba las imprecaciones en lengua egipcia que había aprendido aquella tarde: «Que los pies se te hundan en el limo». Luego me sumía en un sueño de preguntas: «¿Por qué?». ¿Por qué iba a llorar mi madre ante la insistencia de mi ruego? ¿Porque no podía ser madre de otros hijos, de mis hermanos?

Durante nuestra estancia en Egipto, una de las mujeres del río, por aquel entonces madre de cuatro hijos que correteaban conmigo entre los cañaverales en las largas tardes en la orilla, y a quien yo había conocido con una enorme barriga por un nacimiento inminente, alumbró a un niño muerto, acontecimiento que me perturbó y del que me enteré al oír hablar a mis padres junto al fuego.

Se podía no nacer. Llegar hasta esa noche que todas las madres cuentan a sus hijos para consolarlos durante la tormenta y, en un instante, dar media vuelta. Tocaba desmontar las maravillas y la magia preparadas para el relato de la noche del nacimiento, el circo, la feria de la mentira disfrazada de misterio, y mandar a todo el mundo a casa, al frío de las majadas, a la soledad de las cabañas; despedirse de quienes se habían presentado con sus regalos, apagar la llama, ahuyentar el cometa y cerrar la puerta. En aquellos días de luto oí las pocas frases que mi padre y mi madre cruzaron con los vecinos para comentar su dolor. Había una que repetían mucho, también al despedirse: «Los hijos son riqueza». ¿Por qué mis padres, aun sufriendo la pobreza del exilio, renunciaban a nuevas riquezas?

Para distraerme de aquel deseo de ver crecer la familia, mi padre tallaba nuevos pájaros, y en las plumas que recogía bajo los nidos cosía pequeñas conchas del río; luego las ataba en forma de abanico y hacía colas de pavo real. Las desplegaba ante mis ojos y me revelaba que los pájaros del jardín del faraón sabían hablar las lenguas de los hombres y contaban cuentos para entretener a los poderosos aburridos. Yo jugaba a imitar las voces de cada animal, narrándome las historias negadas de hermanos y hermanas en la

lengua de la fauna conocida, tapado únicamente por un paño alrededor de la cintura.

Mi padre. Cuando llegamos a Galilea, a Nazaret, reinaba en Judea el hijo del rey que odiaba a los niños, así que mi padre me quiso a su lado desde el primer día, debajo del techado a espaldas de la casa, donde trabajaba de carpintero y tenía la mesa grande. «Hoy vas a ayudarme», decía. Me ordenaba que le llevara sus herramientas o el cántaro de agua cuando tenía sed; que le sujetara una tabla mientras cortaba. Ya entonces sabía que habría podido hacerlo todo solo, sin la ayuda de un chiquillo. Pero me quería ahí, a la vista, para poner también a raya su preocupación. Cuando alguien, un vecino, un viandante o un cliente, paraba delante de la puerta de casa, yo ya estaba listo para ir corriendo a ver quién era, raudo y picado por la curiosidad. Pero mi padre me frenaba con la mano; con un gesto me ordenaba guardar silencio: primero iba él. Su inquietud, tan excéntrica, tan excesiva, me turbaba. Mientras lo ayudaba debajo del techado, veía de pasada a mis coetáneos corriendo en libertad y sin control. Mi madre me explicó que la preocupación de mi padre surgió justo después de mi nacimiento. Unos soldados estaban buscando a los niños. Y a muchos, me dijo, les hicieron daño. Él estaba desolado, por lo que decidió que había que marcharse sin dilación. Así empezó nuestra huida y su pavor. Y, sin embargo, yo seguía viendo esa mirada de temor y preocupación en sus ojos cuando, a última hora de la tarde, mientras el sol comenzaba su descenso hacia el ocaso, mi madre me obligaba a leer los textos sagrados. Mi padre se quedaba fuera de la casa, mirándonos desde lejos; se limpiaba el serrín, se refrescaba el cuello y las axilas metiendo los brazos en una tina. Y nos observaba atentamente en aquel momento íntimo de palabras arrancadas a las páginas de la Torá. También estas lo aterraban.

Mi padre era feliz cuando trabajaba. Le brillaban los ojos, pacientes, inteligentes. Sin miedo. Yo me sentaba en el borde de la mesa grande y me dejaba mirarle las manos, que se deslizaban por la madera para tatar su elasticidad y vocación, para descubrir sus nudos, que parecían ojos de la naturaleza escudriñando el mundo con asombro, abiertos de par en par, maravillados por las manos laboriosas de los hombres. No se debían cortar los nudos, su mirada, porque eso complicaría cualquier proyecto y porque su dureza escondía en realidad el punto más frágil de la madera. Esto me enseñaba mi padre. De los pocos años que pasó con nosotros, mi infancia, conservo sus palabras de carpintero, precisas, sencillas como sus gestos. Después de serrar, colocaba el dorso de la tabla a ras del ojo y luego volvía a

repasarlo con los dedos para así descubrir la densidad de una protuberancia ante la indecisión de la hoja dentada, el defecto de una veta, la carcoma antigua de una Creación distraída. A mi padre no se le escapaba nada.

Envueltos en un paño guardaba unos preciosos fragmentos de vidrio verde, que sacaba con parsimonia y delicadeza para que no se desportillaran. Nos habían acompañado, como la bolsa de los juguetes tallados, como sus herramientas —unas piezas todavía misteriosas para mí: cuántas veces las oí rodar y tintinear en el costado de la burra—, en todos nuestros viajes. Escogía uno, pues tenía un vidrio para cada madera, y lo pasaba una y otra vez sobre el corte con suavidad para no estropear el vidrio, para no rayar la madera, con un movimiento de brazos y de hombros que se me quedó grabado para siempre como el recuerdo más nítido de mi padre. Me explicaba cómo sujetar la tabla con mis tiernas manos, y yo apretaba con todas mis fuerzas sin darme cuenta de que la madera ya estaba inmovilizada con el tornillo de banco. Mi padre pasaba el vidrio y brotaban de la nada corolas de madera, rizos y serrín que se acumulaban en el suelo hasta que los dos parecíamos árboles nacidos de un abono de virutas. Acabada la jornada, cuando ya no había suficiente luz para iluminar su trabajo, se tomaba un rato libre para jugar conmigo. Apartaba las herramientas y las colas, escogía los rizos de madera más bonitos y me los ponía en el pelo, nuevos tirabuzones de cariño. Se quedaba unos minutos observándome, indagando con la mirada, buscando algo en mi silueta a la luz tenue de la puesta de sol. Yo no me parecía a mi padre; no había heredado ningún rasgo de su cara. Aún coronado de virutas, me llevaba a casa para que mi madre me admirara.

También mi madre, lo recuerdo, pasaba largas horas escudriñándome. Eran miradas oblicuas, clandestinas; también ella buscaba algo en mi cara, acaso el reflejo de un parecido, un gesto familiar, una tonalidad en mis ojos que le recordara a su padre, mi abuelo, o a su madre. Me observaba mientras comía y todavía con más detenimiento mientras me lavaba. Me frotaba con fuerza la barbilla y los labios para limpiarme los restos de fruta, para borrar algo del pasado o configurar mi rostro futuro. Luego me miraba a los ojos, un buen rato, buceando en el fondo de mi mirada hasta que, satisfecha de lo que había encontrado, me sonreía y me secaba.

A medida que crecía, aquella curiosidad de mi madre y de mi padre por mi cara se volvió menos frecuente. Pero sigo recordando sus miradas de asombro, paralizadas, observándome en el silencio de la hora de la comida, mientras mordía el pan inclinado hacia el plato o bebía levantando la barbilla. Veía sus ojos al otro lado del cuenco, sedientos de curiosidad. Entonces yo

bajaba los míos y preguntaba: «¿Qué pasa? ¿Por qué me miráis?». Mi madre, con expresión avergonzada, respondía: «Tienes el pelo muy largo; hay que cortártelo».

A mí no me apetecía perder el tiempo, contener mi inquietud de niño que había crecido mientras esperaba a que mi padre terminara de cortarme los rizos. Le pedía prestadas las tijeras para esquilar ovejas al pastor, que le devolvía así el favor de haber arreglado la puerta de su majada, arrancada por el carnero. Yo buscaba excusas: actividades vespertinas, visitas de amigos, juegos inaplazables. Pero no colaba. Me tocaba quedarme sentado viendo escapar la tarde mientras mi padre me cortaba el pelo. Notaba sus manos en la cabeza, una caricia antes de cada mordisco de las tijeras. Me gustaría volver a sentir tus manos perdidas en mi cabeza; una caricia más, padre, una bendición; de nuevo tu palma deslizándose hasta mi frente para comprobar que no tenía fiebre. Aquella fiebre infantil e inexplicable que atacaba sin previo aviso y sin motivo. Yo parecía enfermizo por la leyenda de una tara hereditaria en la familia: la señal de los elegidos, que se manifiesta en una enfermedad, una pequeña diferencia, ligeras malformaciones susurradas entre los parientes que venían de visita o en nuestras estancias pascuales en casa de los primos, en Jerusalén. Cuántas veces, en nuestros juegos infantiles de demostración de fuerza y supremacía, nos enseñaba Juan su tercer y extravagante pezón, como una herencia directa de Dios, aún titubeante sobre los modelos de la Creación. Yo, en realidad, era un niño normal, sano y robusto. Después de las primeras alarmas, de las primeras preocupaciones, mi padre y mi madre se habían acostumbrado. Me cuidaban con la medicina del cariño, convencidos de que se me pasaría pronto. La fiebre duraba dos días, tres a lo sumo. Mi padre me cogía en brazos, me dejaba en su camastro y abría la ventana para que entrara aire fresco; mi madre me desnudaba, me humedecía la frente y los labios con un paño y me acariciaba las palmas de las manos, los pies. Yo me quedaba sumido en la penumbra, en un sosegado delirio de alucinaciones, y, mientras mi madre me juntaba los pies para abrazarlos, yo, tumbado en una cama entera para mí, estiraba los brazos en forma de cruz, como las alas de un pájaro, y volaba en sueños.

Con el final de la infancia también concluyó la inexplicable fiebre. Me han quedado secuelas que se manifiestan en forma de vértigos, recuerdos confusos de las pesadillas donde braceaba contra el calor, los olores y las luces; la opresión de la cama, la molestia en la piel de las sábanas empapadas de sudor, que dejaban impresa la forma de mi cuerpo, el prematuro sudario de un muerto precoz.

Como todos los años, cuando se acercaba la Pascua nos preparábamos para ir a Jerusalén. Mi padre, José, había vaciado la bolsa de mis animales de juguete —hacía ya tiempo que había cambiado aquellos juegos por las lecturas vespertinas de los textos sagrados en compañía de mi madre— para meter sus herramientas básicas porque, según decía, nunca se sabe si puede surgir una urgencia, una chapuza para algún pariente o conocido. Entonces nos poníamos en marcha, y mi padre lo hacía con la esperanza de trabajar con motivo de la Pascua, ya que éramos pobres en una tierra pobre.

El pago en moneda contante era insólito. Y también inútil, habida cuenta de que se prefería el trueque o el trabajo a cambio de pan, carne y leche. En Nazaret, el dinero poseía el valor inferior de las cosas inertes; todo se fabricaba y se intercambiaba: los alimentos, la ropa, los objetos. En efectivo pagaban nada más que los ricos —en Nazaret no los había— o los pobres de solemnidad, los mendigos enfermos, los tullidos y los locos. La calderilla que teníamos en casa era fruto de la generosidad de mi padre con las viudas sin hijos que necesitaban arreglos urgentes: pagaban con monedas antiguas y fuera de circulación que lucían las efigies de reyes difuntos, pues era lo único que tenían. Las llevábamos en Pascua a Jerusalén, ya que la ciudad vive del dinero. Tintineaban en la bolsa junto con las herramientas de mi padre. Ese ruido nos tranquilizaba: también nosotros contribuiríamos al banquete. Más adelante comprendería que la riqueza ratifica todas las diferencias e injusticias: es ella la que condena a los siervos y salva a los amos.

Tenía doce años y ya no viajaba a lomos de la burra, sino al lado de mi padre. Días y noches de camino y fatiga. Me tocaba cuidar del animal, aligerarlo de la carga para pasar la noche en las posadas, ayudar a mi madre a desmontar y a montar. Sabía que aquel desplazamiento anual a Jerusalén era idéntico a los que precedieron a la relación de mi nacimiento. Me intrigaba saber qué habían visto mis padres cuando yo aún no existía y cómo era el mundo antes de mi venida, cómo me acogió. El viaje de Pascua de aquel año avivó en mí una curiosidad más: había preguntado a mis padres si podíamos pasar por Belén para ver la gruta, la cabaña, el establo; para ver el lugar donde vine al mundo. Lo pedí por favor y logré sobreponerme a la molestia que suponía aquel breve desvío. Desde que había dejado de pedir hermanos y hermanas, no tenía otros caprichos. No era un chico tozudo, así que me complacieron; conseguí que también a ellos les picara la curiosidad por volver a ver aquellos lugares.

No me imaginaba un paraje tan impracticable, tan extremo y tosco, donde cada piedra estaba afilada como una aguja, sin ninguna clase de vegetación o

cobijo. Parecía roca volcánica erosionada por el viento, consumida por las lluvias. También mi padre y mi madre se movían con cautela, pues era un terreno poco apto para cualquier tránsito, ya fuera una peregrinación, un breve paseo o una excursión: en aquel desierto pedregoso no había absolutamente nada que despertara interés. Yo, que ya estaba en la edad de la provocación, le pregunté a mi madre: «¿Aquí fue donde me diste a luz? ¿Es este el lugar de tus narraciones legendarias?». Mi madre no respondía; apoyada en mi padre, intentaba no tropezar para no hacerse daño. Ellos también miraban a su alrededor haciéndose preguntas. Yo decidí dar media vuelta. No por la decepción —no sabía qué esperarme del lugar de mi nacimiento—, sino por ese instinto provocador y osado, aún no taciturno, de la primera adolescencia. Estaba enfadado porque había caído en la cuenta de que ya no podía fiarme de los cuentos de mi madre ni de los gestos corroborantes de mi padre: solo era su versión, no la verdad. Las madres y los padres tienen mil motivos para mentir a sus hijos por amor, pero yo ya no era un chiquillo. Eso es, me acuerdo perfectamente: en el momento mismo en que constataba la miseria de aquel lugar, que daba la medida exacta de mi decepción, comprendí que ya no era un niño.

Había decidido volver al lado de la burra para que mis padres me encontraran con actitud silenciosa y pensativa, adulta. Había dado los primeros pasos indecisos hacia el animal, entre aquellas piedras cortantes, cuando mi madre me llamó. Ahí estaba la cabaña, la gruta, el tugurio donde nací y sigo naciendo en cada relato; el encañado que la rodeaba y la triste puerta de tablas torcidas que disuadía a los mirones; un refugio que la naturaleza ofrecía al abrigo de la colina y que los hombres habían pertrechado para todo tipo de necesidades: desde refugio para ganado hasta degolladero de corderos; desde almacén de herramientas y aparejos hasta cobijo para parturientas o cuna de recién nacidos. El mismo tamaño, el mismo destino del mundo. La curiosidad consiguió vencer mi reticencia. Me acerqué, intentando distinguir algo entre los huecos de las cañas, mientras mi padre iba donde la burra por la bolsa de herramientas para devolver la dignidad a la puerta que custodiaba el recuerdo de mi nacimiento. Y, mientras yo espiaba, un ojo iracundo y abierto de par en par me clavó su mirada a través de las cañas. Entonces la puerta se abrió y salió un pastor con un cayado en la mano, listo para atacar. Cuando nos vio a mi madre y a mí, pareció calmarse. Nos explicó que había notado agitarse el rebaño por una presencia extraña y pensó en un depredador, un lobo o un ladrón. Respondí, adelantándome a mi madre en ausencia de mi padre: «Yo nací aquí». El pastor me miró, luego a mi madre, y

bajó el cayado. Y fue él quien prosiguió haciendo la relación de mi nacimiento: «Hace doce años, en una noche de invierno, en los días del cometa». Mientras nos contaba que aquella noche él también tuvo noticia del inminente nacimiento bienaventurado en la majada, y que se había encaminado con los demás para ofrecer ayuda y leche de cabra recién ordeñada, llegó mi padre con las herramientas. El pastor lo abrazó como acostumbra hacerse entre hombres y luego siguió refiriéndonos que, mientras atravesaba aquel desierto nocturno y gélido de piedras cortantes a paso ligero, por la premura de llegar a tiempo, se cayó al suelo y se le desparramó la leche. No pudo llegar al establo porque se hizo una grave herida en el muslo: el filo de una roca lo había desgarrado hasta llegar al hueso. Era incapaz de levantarse. Detuvo la hemorragia con una cuerda de cáñamo; pero, por más que gritaba pidiendo ayuda, nadie acudió. Se quedó toda la noche observando el misterio del cielo, el paso de las nubes rápidas y bajas, las aves nocturnas y el fuego fatuo del cometa, como una brasa en la oscuridad, una promesa de calor inalcanzable. Hasta el amanecer no lo encontraron los pastores, ya de vuelta del establo.

Nunca había visto llorar a un adulto: el pastor fue el primero. Lloraba recordando que, al nacer, le arruiné la vida con una herida que nunca cicatrizó y todavía obstaculiza sus movimientos cuando conduce al rebaño más allá de la cresta del monte, cuando tiene que frenarlo en el descenso. Cada noche, tumbado sobre las fajinas que hacen las veces de camastro, tiene que buscar nuevas posturas para aliviar el dolor. Su prometida lo repudió pocos días antes de la boda; nunca le reveló el motivo del rechazo, pero él imaginaba que fue aquella herida que lo hacía parecer un tullido, sobre todo al principio. Y un pastor cojo no es buen partido.

Invitó a mi madre a pasar y a sentarse, a descansar justo delante del pesebre que fue mi cuna, en recuerdo y en compensación por no haber podido contemplar mi nacimiento, mientras mi padre arreglaba la puerta de la majada. El pastor y yo nos quedamos fuera, sentados en dos grandes piedras horadadas con anillas de hierro donde ataban los animales. Me agarró las manos y siguió hablándome del eco de mi nacimiento, que durante días resonó hasta Jerusalén, pues ningún niño había sido alumbrado en aquellas condiciones extremas, no como los hombres, sino como los animales, como los corderos y los cabritos recién nacidos que viven apenas el aliento de un instante y ya les llega la hora del degüello. En los días sucesivos siguió hablándose del nacimiento, de cuán mezquino se había vuelto el mundo para que ninguna posada abriera aquella noche sus puertas a una mujer con

contracciones y la dejara parir como un animal; y todos, también los posaderos, mostraban arrebatos de indignación. La antigua e indeleble hipocresía del mundo. Cuando huimos de Belén, mi madre en la burra, conmigo envuelto en un pañal, y mi padre a pie, en busca de los senderos más ocultos y remotos, la peregrinación de desconocidos entre aquellas piedras como cuchillas no cesó. La gente seguía dejando productos de primera necesidad aunque ya no encontrara a nadie e incluso los animales, sintiendo que aquella novedad clamorosa los liberaba de cualquier atadura, hubieran abandonado la majada y pastaran libres por los campos. Hicieron falta meses para recuperar los rebaños. Muchas cabezas de ganado se habían perdido, devoradas por los depredadores.

Los pastores hallaban objetos misteriosos, acaso amuletos, paños coloridos, copos de fibra de cáñamo o algodón, páginas de libros con letras en lenguas desconocidas emborronadas por las lluvias, pero también dientes y huesos de sacrificios según el rito de religiones tan efímeras que ya no existían, o muñecas de estopa, en vista de que nadie había dicho si el recién nacido era niño o niña. Él mismo confesó haberse deshecho de cualquier rastro de los regalos y del trasiego, pues las ovejas y las cabras lo devoraban todo y corrían el riesgo de asfixiarse.

Sin pudor, se abrió la túnica para mostrarme la horrible cicatriz en el muslo, que aún supuraba con ciclos de dolor y fiebre que le impedían volver al pueblo, que lo obligaban a quedarse en la majada, retorciéndose en un duermevela sin consuelo. Después de cada noche, por la mañana, delante de la puerta torcida encontraba leche, quesos y pan que, conociendo su desgracia, alguien dejaba por bondad o por un antiguo remordimiento. Pero sospechaba que, en realidad, eran regalos tardíos que seguían trayendo para mí, en honor a mi nacimiento, que, al parecer, había hecho época.

Cuando mi padre concluyó el trabajo, el pastor lo abrazó de nuevo. Volvió a entrar en la majada y regresó con un cordero que había degollado por la mañana y había dejado desangrándose en el gancho. Por más que mis padres declinaron su ofrecimiento, el pastor no atendió a razones y nos obligó a aceptarlo. Quería cerrar la parábola de aquel regalo frustrado, más de dos lustros de maldición, y consideraba una suerte nuestro encuentro.

Nos encaminamos a Jerusalén con el cordero atado al lomo de la burra. Al llegar a las puertas de la ciudad, me giré para observar el camino recorrido: a pesar de que lo habíamos envuelto en tela y lo habíamos metido en un saco, el cordero seguía perdiendo sangre. La estela nos siguió hasta casa de los tíos y los primos.

Fue a la conclusión de aquella Pascua cuando mi padre y mi madre se olvidaron de mí.

Habíamos celebrado las fiestas según dictaba la tradición, pero hubo un imprevisto. En aquellos días una prima de mamá dio a luz a su primogénito, y a mí también me invitaron a la ceremonia de la circuncisión. Ya era mayor, y aquella invitación señalaba mi paso a una nueva etapa. Mientras nos dirigíamos allí con todos los hombres de la familia, mi padre me detuvo y dejó que los demás nos adelantaran. Me dijo que, si no me veía preparado, podía quedarme con mi madre. Yo había visto la estela de sangre del cordero y no me asustaba lo que pudiera ver. Antes bien, la curiosidad se imponía al miedo. Pero, sobre todo, quería dejar claro que ya no era el niño cuyo destino estaba marcado para siempre por aquel nacimiento aventurado, venido al mundo en un establo, nacido en la noche del cometa. Así pues, alcanzamos al grupo. Yo era el más joven, seguido de mi primo Juan, hijo de Zacarías, el sacerdote, el mudo. Así lo llamaba la gente a sus espaldas, cuando él no los oía, debido a la inescrutable decisión de dejar de hablar que tomó cuando su mujer, ya anciana, quedó embarazada. El sacrificio del silencio. Solo con el nacimiento de su primogénito recuperó el don de la palabra. La rareza, la singularidad, de Zacarías es un ejemplo que ponemos en la familia, entre la inquietud y el guiño cómplice, de la sangre demente que corre por nuestras venas.

Juan y yo participamos en el rito en primera fila, con los ojos clavados en las tijeras. Sin embargo, a medida que avanzaba la ceremonia fuimos alejándonos paulatinamente sin que los oficiantes nos vieran. No porque nos hubieran impresionado las salpicaduras de sangre, los gritos del neonato, la crueldad de aquellos adultos que con sus manos gigantescas sujetaban al niño, las piernecillas que se agitaban de dolor y de miedo, los muslos manchados de sangre y empapados de la orina causada por el trauma: nos escondíamos porque no podíamos reprimir los arranques de risa, las lágrimas de horror grotesco ante la comicidad de aquellos adultos que, untados de pomadas, acicalados con estolas y concentrados en su papel de carniceros de Dios, se ensañaban con aquel minúsculo pene arrugado por el terror. A pesar de las miradas fulminantes de mi padre, el primero en reparar en nuestra impiedad, no lográbamos calmarnos. Cuando también Zacarías, oficiante del Templo, paró para preguntarle a su hijo Juan, con una rabia contenida por la presencia de desconocidos, si le dejaba continuar, fuimos incapaces de seguir reprimiendo nuestra impudicia y estallamos en una sonora e irrefrenable

carcajada. Entonces nos echaron, nos expulsaron, ordenándonos que esperásemos fuera del Templo. Rendiríamos cuentas luego, en casa.

Nos separaron. En los tres días que faltaban hasta la vuelta a Nazaret, no volví a ver a Juan. Para mi primo, hijo del sacerdote, la condena impuesta fue más severa: ayudar a asear a los muertos, prepararlos para el rito fúnebre. A mí, en desagravio por nuestra blasfemia, me impusieron pasar todo mi tiempo libre más cerca del Dios al que habíamos ofendido. Por intercesión de Zacarías, me encargaron barrer la porquería que había entre los tullidos y los desdichados que asediaban el Templo; recoger los restos de los restos de las comidas de limosna, que incluso los más hambrientos consideraban incomibles; abrillantar con un trapo las columnas y los mármoles; recoger las ofrendas para los sacrificios. Tenía que ayudar al viejo que llevaba toda la vida ocupándose de los altares. En aquellos tres últimos días en Jerusalén tuve que aliviarlo de las tareas más duras e ingratas. Y recitar los salmos. Pero eso pronto se convirtió en la última de mis preocupaciones.

Descubrí que en el Templo todo se pagaba: las circuncisiones, la lectura de los salmos, las oraciones, los sacrificios. Y todos se encomendaban al viejo guardián con el fin de que intercediera ante el sacerdote para cambiar la lista de espera, mejorar la calidad del servicio o rebajar el precio desorbitado de las ofrendas que, a ojos de Dios, debían parecer auténticas y voluntarias. Quizá por eso el sacerdote tenía al viejo de intermediario: para que nada pasara por sus santas manos siempre abiertas en pose de plegaria. Y para que Dios no se diera cuenta de a qué precio lo malvendían.

El viejo era el encargado de llevar la lista de las reservas. Al lado de cada nombre indicaba la cantidad de denarios solicitada. Conocía perfectamente la situación económica de cada cual: quien más tenía más pagaba. Cuando me acogieron, el rabino y el viejo creían que no sabía leer. Aquella hoja con las cantidades que ambos pactaban en sus reuniones privadas solamente la retocaba el viejo, que sumaba al total una moneda en su beneficio. Yo miraba a escondidas el folio, y lo entendía: por una parte, la tarifa ordinaria abultada; al lado, el dinero oficial para el sacerdote. El viejo me encargaba notificar el precio a las familias y recaudar los denarios. Comparada con la impiedad infantil e inocente de nuestras carcajadas, con nuestro pecado y con el castigo que nos habían impuesto a mi primo y a mí, aquella estafa adulta me indignaba hasta tal punto —y hoy por hoy me indigna, acaso todavía más— que, enfadado, decidí añadir otra moneda para mí al precio definitivo. Me dolía que el viejo comprobara, moneda a moneda, el dinero que le entregaba: no se fiaba. Por eso, cuando luego me llevaba la mano al bolsillo, palpaba con

mayor satisfacción el pequeño botín acumulado a lo largo del día. Qué fácil era desplumar a los creyentes. La suma de una moneda, la mía, no los perturbaba y nunca pidieron explicaciones, jamás titubearon al sacarla de la bolsa: la cuenta con Dios siempre estaba abierta y no contemplaba rebajas.

Volvía pensativo a casa de mis tíos. Quería darle esas ganancias fraudulentas a mi madre, pero no podía: ¿cómo iba a justificar todo aquel dinero? Me impondrían otros castigos, más duros, quizá definitivos. Reflexionaba sobre el encubrimiento del viejo, que sin duda se había percatado de mi sisa: no diría nada para no arriesgar la seguridad de su moneda. Y aquella melancolía taciturna con que volvía del Templo era interpretada por mi padre y mi madre, por todos los parientes, como una sobriedad inédita, acaso arrepentimiento, ante la naturaleza del castigo y mi cambio de actitud. ¿Era eso hacerse adulto? ¿Esa estafa y ese silencio?

Mi padre y mi madre prepararon el poco equipaje para la vuelta. Saldríamos rumbo a Nazaret al día siguiente, en una caravana. Empezaron a cargar la burra en cuanto amaneció. Aprovechando la confusión de los preparativos, las largas despedidas y las lágrimas de los parientes a los que consolar, conseguí llegar al Templo sin que nadie me viera. Me esperaban las dos monedas por el doble sacrificio de una madre rica que había dado a luz a dos gemelos. El padre no iba a sacrificar dos tórtolas —como hizo mi padre por mí—, sino dos corderos: tal era la riqueza de la familia. No podía dejar escapar ese botín. Estaba convencido de que conseguiría embolsarme las dos monedas y volver a tiempo. Y me fue todavía mejor. La familia se mostró generosa: no solo pagó la cuenta y la doble sisa del sacrificio por los gemelos, sino que me regaló otra moneda en pago de mi liviana labor. Acto seguido me guardé el dinero, dispuesto a cruzar las puertas del Templo a la carrera: llegaría antes de la hora de salida.

Al recordar aquella mañana, siento un cariño que a veces me resulta insoportable por ese chiquillo recién convertido en muchacho, cuya pureza había sido mancillada por la vejez de los hombres, que no saben avanzar sino con los chirridos de sus monedas oxidadas, con su injusticia muda. No me perturbaba esa costumbre de inmoralidad. Me inquietaba que, para sobrevivir, un viejo y un sacerdote tuvieran que aferrarse a la trampa del engaño. A una mentira. Me recuerdo invadido por una rabia infantil, con la nimia venganza de mis monedas, mientras vuelvo corriendo a casa de mis tíos, donde papá y mamá ya están dando los últimos abrazos.

Me los imaginaba preparados. Pensaba que estarían buscándome: ¿dónde anda Jesús? La caravana ya está pasando por delante de la casa y no tiene

tiempo que perder con los caprichos de un chiquillo dolido; mi madre los entretiene, «un momento, que ya llega»; mi padre me busca en casa, luego en la calle, pregunta a los conocidos: «¿Habéis visto a Jesús?». Me los imaginaba asustados y apurados.

Mientras salía del Templo, uno de los tullidos a los que había conocido me llamó. Pensé en escapar, en hacer como que no lo había oído, en correr para llegar a tiempo. Pero me detuve y me acerqué a él. Tumbado en una estera, mostraba su pierna atrofiada, pequeña e inútil, con unos dedos del pie que apenas asomaban, minúsculos como pétalos. Me preguntó si podía ir a la fuente para llenar su jarra de agua. Lo complací. Fui corriendo hasta la fuente y volví. Mientras lo ayudaba a beber, el enano sin brazos que tenía enfrente me pidió el favor de correr la cortina que colgaba de unas cuerdas altas para resguardar del sol aquel nido de dolor en el vestíbulo del Templo. La corrí. El pueblo de los miserables se despertó. Cada cual desde su yacija me hacía una señal, me comunicaba una necesidad, me lanzaba una petición, me invitaba a acercarme. Muchos no tenían ningún ruego: solo deseaban que escuchara su queja; otros no querían más que mirarme a los ojos: era el chico que no escapaba. A todos les prestaba ojos y oídos, me ponía a disposición de todos, aunque el tiempo ya se hubiera agotado. Recuerdo la conciencia lúcida de aquella mañana, la certeza de haber encumbrado la infancia. Miraba el mundo desde el otro lado, desde arriba, y contaba una a una sus arrugas; veía sus imperfecciones como las injusticias de los hombres: ¡cuánto trabajo quedaba aún por hacer! En aquel momento estaba viviendo la época más feliz, cuando la niebla en el valle parece disiparse y todo se presenta nítido y claro, y el camino, iluminado. Cómo me gustaría disponer ahora de aquella mirada profunda e intrépida. Cómo me gustaría tener doce años.

Cuando me encaminé a casa de mis tíos, el sol ya estaba alto. Antes de doblar la esquina ya imaginaba con precisión lo que me habría encontrado: la burra cargada de fardos, a mis padres alarmados por mi ausencia, a mis tíos avergonzados por mi informalidad, la caravana en impaciente espera. Sin embargo, en la puerta no había nadie. Se habían marchado. Sin mí.

En cuanto supe que se habían olvidado de mí, volví corriendo al Templo. El despiste de mis padres me hacía gracia: ellos, siempre tan pendientes de que no me pasara nada, siempre tan preocupados de mi crecimiento, asustados por si el viento de la vida se me llevaba, me habían dejado solo en Jerusalén. No se me pasó por la cabeza ni por un segundo buscar cobijo y ayuda en casa de los tíos. Estaba solo y feliz.

Recuperé la posesión de mis dominios, poblados por tullidos y agonizantes. Pasé todo el día lavando sus harapos en la fuente, los tendí al sol en las cuerdas, adecenté sus yacijas. Iba de aquí para allá a toda prisa, recogía las limosnas y las comidas; ayudaba a los más débiles, que no podían llevarse la cuchara a la boca; pasaba de las llagas aliviadas a los labios sedientos, del lamento de uno a las gracias con sonrisa desdentada de otro. Daba de comer a los dementes y a los faltos de ánimo, pues sin mí no lo habrían hecho: otros se habrían aprovechado de sus sobras. Y, para conseguir que los más reacios abrieran la boca, entonaba cancioncillas egipcias de mi infancia, cuando veía con envidia a los hermanos mayores dar de comer a los pequeños. Debía de parecer un loco. Estaba loco.

Con la noche llegó el frío. Me acurruqué al lado de un lisiado y me dormí. En la noche gélida del Templo me despertó la letanía fúnebre del ciego que, aun no distinguiendo la luz de la oscuridad, sabía reconocer la muerte. La anciana que yacía a su lado, y a la que nunca había podido ver, había dejado de respirar. Me quedé con él y otros pocos velando el cuerpo: un ojo empañado, el otro cerrado, tres dientes en la mueca paralizada de la agonía. Era la primera vez que veía un cadáver, la rigidez de la muerte apoderándose lentamente de los miembros, un cuerpo convertido en cosa, sin dignidad y sin desesperación. Sus prendas ya no le pertenecían; abultadas y holgadas, cubrían un cuerpo que les era ya ajeno. Muchos se acercaron desde sus camastros a llevarse un trozo de tela, su calzado, el cuenco del agua; nadie gritaba ante aquella inmisericordia, nadie era culpable ni tampoco inocente. Ya no quedaba nada: únicamente la estera donde dormía. Uno de ellos intentó cogerla: nunca había dormido en una yacija, el suelo era su cama, con un bulto de tela sucia por almohada. Por más que se esforzara, por más que intentara arrancar la estera aplastada por el cuerpo, no lo conseguía. Los huesos frágiles del cadáver y los pocos kilos de carne rígida pesaban demasiado para él. Pidió ayuda, que alguien le echara una mano para mover a la muerta y coger la estera. Estaba amaneciendo y me ofrecí. Recuerdo la reticencia con que cogí los brazos del cadáver. Carne gélida, sin vida. Mientras intentaba levantarla llegaron los soldados. Alguien había oído la letanía de los difuntos. Se abrieron paso en la plaza del Templo y, con las lanzas apuntando hacia abajo, con un gesto me ordenaron que me apartara. Envolvieron aquellos restos mortales en la estera y se los llevaron. Seguramente los arrojarían a la fosa común que había extramuros.

Me quedé en el Templo tres días. Seguí hurtando mis monedas por las funciones y los sacrificios. Las necesitaba más que nunca para el pueblo sin

patria de los tullidos. Y durante tres noches pude darles de comer a la luz de los candiles que había comprado para poner a raya las tinieblas. Al amanecer del cuarto día se presentaron mi padre y mi madre. Me figuraba que regresarían pronto. No iban a encontrarme desprevenido ni asustado. Era mía la mirada severa de reproche y suya la vergüenza en los ojos por haberme abandonado.

Apenas hablaron en todo el trayecto de vuelta; solo al principio intentaron justificarse. Me contaron que habían viajado separados en la caravana: mi madre cuidando de una prima anciana que iba al norte; mi padre en el grupo de los artesanos, intercambiando trucos del oficio con otro carpintero. El placer de hablar del trabajo le había hecho olvidar el miedo constante a los peligros del viaje. Él pensaba que yo iba con el grupo de las mujeres, imaginándome aún niño; mi madre, que ya me creía adulto, me hacía en el de los hombres. Yo reflexionaba en silencio sobre el increíble olvido de mis padres. Recordaba los viajes, las huidas a toda prisa, el nomadismo motivado por ese hábito al temor tan propio de mi familia. ¿Por qué se habían olvidado de mí? ¿Por qué no viajaban juntos, uno al lado de la otra, como siempre habían hecho en nuestros desplazamientos entre peligros y tormentas? Por fin lo entendía: la única cola que mantenía unidos a mi padre y a mi madre era yo: mis urgencias, mis necesidades, la preocupación de salvarme de la furia de los prepotentes y del mundo. Ahora que no advertían más peligro que el paso del tiempo que les quedaba de vida, aquella cola se había secado; ya no los unía.

Cuando volvimos a casa y retomamos nuestra rutina, me quedó todavía más claro: no se hablaban entre ellos. Camuflaban el silencio y la soledad con lacónicos avisos a la hora de comer, con saludos forzados por la mañana y con las oraciones en familia por las noches. Cometí el error de no interpretar las miradas que me lanzaba mi padre cuando creía que no lo veían, ya por aquel entonces llenas de nostalgia, de tristeza; la vergüenza dolorida al sentir expuesta su fragilidad. Ahora sé que mi madre es culpable. En su proyecto no había espacio para aquel padre, un viejo y un estorbo, reacio incluso a las enseñanzas de religión al caer la tarde, cuando nos miraba sin entendernos. Él esperaba de mí manos laboriosas, esfuerzo y sudor, probablemente nietos. Mi madre era de otra opinión.

Ocurrió poco después. Una mañana, mi padre no estaba. Su sitio en el camastro estaba vacío; habían desaparecido sus bolsas cosidas, sus vidrios para cepillar la madera, su vaso. ¿Dónde está mi padre? Mi madre respondió sin mirarme, siguiendo con sus quehaceres: de viaje por trabajo. ¿Y cuándo

vuelve? Pronto. En los días que siguieron siempre obtuve la misma respuesta. Al cabo de dos meses decidí no hacer más preguntas. De repente me vi convertido en el hombre de la casa. Recayeron en mí las tareas domésticas de las que se encargaba mi padre: coger el agua del pozo, encender la lumbre, preparar el heno para la burra. El taller de carpintero se quedó vacío. Los ruidos que habían acompañado mi infancia desaparecieron de golpe. El son de la sierra mordiendo la madera, el chirrido del tornillo de banco que soltaba su presa, el murmullo levemente bronco de los cepillos de vidrio, la voz de mi padre. Silencio. Una noche me desperté creyendo oír aquellos sonidos familiares. Me levanté y encendí una antorcha. El taller estaba oscuro y vacío. Salí de casa. Era el viento caprichoso, jugando entre las ramas. Mientras volvía dentro, una ráfaga de aire me golpeó en la cara. En aquella brisa reconocí el olor de mi padre. Quién sabe qué ingredientes había mezclado el viento para reproducirlo de manera tan precisa e inequívoca. Me quedé respirándolo, llenándome los pulmones de él. Luego volví a dormirme con el consuelo de su olor. Sin embargo, ya al día siguiente empezó a disiparse, a alejarse, a desvanecerse. Para avivar el recuerdo buscaba su vieja ropa, las prendas que había abandonado. Me las llevaba a la nariz y aspiraba lo poco de él que aún quedaba. Pero al cabo de unos días ya no olían más que a rancio y a moho.

Pasaron dos años sin noticias. Decidí ir a buscarlo.

Yo mismo cosí una bolsa como había aprendido observando las manos de mi padre. Mi madre no me preguntó nada, pues creía que la mía era nostalgia de sus gestos. A diario metía en aquella bolsa una prenda que cogía a escondidas de la cuerda donde ella tendía la ropa: por fin tenía una muda completa; podía ponerme en marcha. Esperé hasta la noche. Oía la respiración adormecida de mi madre. Cuántas ganas tenía de meterme corriendo en su cama y hundirme en su axila, volver a respirar su aroma. Pero me levanté en silencio, cogí la bolsa que había escondido entre la paja y, con sumo cuidado, abrí la puerta. En el cielo había una luna inmensa, blanca y luminosa. Muchos vecinos me verían alejarme. Subí a lo alto de la colina y me quedé observando mi casa aletargada. A plena luz del día mi huida habría sido más difícil, pero quise esperar hasta el amanecer para ver una vez más a mi madre. Cuando clareó, vi la puerta de casa abrirse. Estaba barriendo el polvo de la noche. Dentro de poco iría a despertarme. Tenía que marcharme de inmediato. Pero volví a detenerme para mirarla. Era joven, y hermosa. No sabía si volvería a verla ni cuándo. Madre. Qué duro fue y cuánto dolor me causó darte la espalda, marcharme. Pero tenía que encontrar a mi padre.

CAPÍTULO DOS

Tenía catorce años y el corazón dividido: por un lado, la imagen de mi madre, a la que acababa de abandonar, barriendo la puerta de casa al amanecer, aún ajena a mi huida; por otro, la emoción de la aventura y la independencia, el deseo de volver a abrazar a mi padre. Pero también la soledad. Hoy, con treinta años, todavía estoy desgarrado. Cargado de recuerdos, vacío de proyectos. El cansancio, el torpor, la silenciosa decepción que leo en los ojos de mi madre. Para ella soy una promesa frustrada. Una mitad de mi corazón desea dormir. Me refugio en la otra mitad, la que ya he vivido.

Avanzaba, ya lejos de casa, siguiendo el recuerdo, vago, de los viajes familiares en Pascua. La memoria como un mapa, pero sobre todo como consolación contra la nostalgia y el tormento por una familia que ya no volvería a existir. Mi primera huida. Intentaba orientarme acompasando mis pasos con los del recuerdo: el ruido de los cascos de la burra, con mi madre sentada como es costumbre en las mujeres, y mi padre sujetando las bridas y el bocado para que el animal no se desviara hacia los despeñaderos, rumbo a una encrucijada valle abajo, donde nos cruzaríamos con la caravana. Un breve descanso, los abrazos con los conocidos de viajes anteriores y los saludos de cortesía con los nuevos viandantes. Luego, la reanudación de la marcha, todos juntos, seguros.

Ahora, en cambio, estaba solo. Sin la mirada de mi padre, que extinguía mi intenso deseo infantil de breves paseos en solitario con la prohibición de alejarme. Solo. Sin la condescendencia de mi madre, que intercedía ante mi padre para que yo pudiera adentrarme en la espesura con la ilusión de la libertad. «Solo de aquí allí —le decía—, hasta aquel alto, hasta aquella curva, y luego vuelve con nosotros al camino principal».

En una ocasión accedió —quizá para no parecer tan severo delante de los vecinos de caravana, tan asustado por el futuro, tan viejo— y, mientras yo escalaba todo ufano una colina baja para reencontrarme con el grupo que descendía por la otra ladera, volví la cabeza y vi los ojos de mi padre empañados por el pánico, el pavor de perderme, el terror a lo que podía pasarme. En mi felicidad por aquella efímera autonomía todavía encontré hueco para una pena, por él y por mí: entendí que toda independencia habría exigido una conquista, combates feroces, disputas. La culpa y la inseguridad.

Y, sin embargo, al abandonarme, José se llevó una parte de mí y de mi adolescencia que nunca recuperaré.

Expiando aquella mirada de pena de mi padre, entré en la espesura de encinas y olivos. La oscuridad en la que me adentraba no hacía sino atizar aún más la emoción. Desde el llano en lo alto de la colina no veía ni oía las voces y cantos de la caravana. Por fin estaba solo y libre. Me detuve para dejar más tiempo a aquella soledad, para dar respiro a mi valor, que se desvaneció en el acto: ante mí, un perro enorme gruñía de miedo y de hambre. Con su cola corta y erguida, manchado de sangre de batalla, me enseñaba los dientes. Busqué en esos ojos incendiados de ira un ápice de calma, un rastro de piedad. No había nada, solo el hambre y el reflejo de mi miedo. Saqué de la bolsa el pan de mi ración para el viaje. Se lo mostré a la bestia y, partiendo un pedazo, agité la mano para que lo viera; quería despertar su curiosidad. Sin embargo, gruñó todavía con más fuerza: estaba listo para abalanzarse sobre mí. Justo cuando le arrojé el pan, atacó. No había tiempo para pensar ni para intentar persuadirlo de otra manera: eché a correr ladera abajo hacia el camino y la caravana. Oía a mi espalda el jadeo y la furia del animal persiguiéndome; notaba su respiración en la piel, estaba convencido de que iba a mordirme y herirme. Con todo, en un instante me vi fuera del bosque, en el camino, justo cuando la caravana me alcanzaba. Me volví para defenderme del ataque canino. Ya no estaba. Pensé que se habría detenido donde la vegetación era más densa por miedo a los cascos de los burros y los pies de los hombres. Volví con mis padres, que me preguntaron por qué estaba tan pálido. «He bajado corriendo», respondí. Mientras nos alejábamos, volví a mirar a la colina: no había ni rastro del perro y su ferocidad. Quizá me lo había imaginado sin más. Quizá mi preocupación había creado un reflejo de miedo, de soledad, de insuficiencia. De clarividencia. Tendría que volver a enfrentarme a aquellos jadeos.

En mi huida tras el rastro de mi padre no me crucé con nadie. Para orientarme buscaba puntos relevantes en los recuerdos de nuestros viajes. El camino polvoriento trazado por los transeúntes y los animales, la sucesión de curvas, los altos y las bajadas. Iba en la buena dirección, me decía tranquilizándome a cada paso. Sin embargo, el sendero terminó de repente, obstruido por unas piedras gigantescas. Había habido un desprendimiento en la colina, tal vez por las lluvias de finales de verano. Di unos pasos titubeantes encaramándome a las rocas para comprobar hasta dónde llegaba la interrupción: no se veía el final, y en algunos tramos parecía infranqueable. Tenía que abandonar el camino trazado por los hombres —¿debería hacer lo

mismo hoy también?— y continuar siguiendo mi intuición por los campos, a través de la espesura y un caos vegetal en el que ni Dios ni los hombres han intervenido, donde no impera ninguna ley escrita, tampoco oral. Únicamente la tiranía de la naturaleza. Enseguida tuve miedo. El recuerdo de aquel perro al acecho me hizo volver la cabeza planteándome la posibilidad de regresar.

Recupero este episodio porque fue la primera vez que sopesé los costes y los beneficios de mis actos, cosa que he seguido haciendo hasta hoy. El temor, el cansancio y la perplejidad en un plato de la balanza. En el otro, solo una esperanza agotadora. Reflexionaba con lucidez sobre mis ganas de volver a abrazar a mi padre. ¿Por qué lo buscaba? Su abandono había sembrado una duda en mí, sugerida más de una vez por los comentarios ambiguos de parientes que no reparaban en mi silenciosa presencia, por alguna que otra mirada fuera de lugar, por frases interrumpidas que se quedaban flotando, densas, en el silencio. Cuántas veces había ahuyentado aquella duda: ¿José era de verdad mi padre? El territorio de pensamientos y angustias que se desplegaba ante mí era demasiado vasto, y yo aún demasiado joven para explorarlo. La elección entre seguir o dar media vuelta no era sino una malla de la red de frustraciones y deseos que me atrapaba. Muchos ni siquiera los conocía; aprendería a descubrirlos más adelante. A veces pienso que el peso ideal, el único que hoy sería capaz de transportar, es el de la nada.

El deseo de encontrar a mi padre era más apremiante y necesario que los prudentes consejos del miedo. Decidí continuar. Y me sentí más grande. Era una primera y pequeña victoria. Al menos así me lo contaba, para darme un extra de valor. En realidad, observar con más detenimiento la espesura que me rodeaba me tranquilizó: no había animales a la vista, los claros eran amplios y luminosos; no había ningún tramo intransitable ni peligroso, ningún elemento hostil que me sugiriera una mayor cautela. Antes bien, olía a regaliz y a tierra quemada por el sol. Había flores nuevas, nacidas de la linfa de la lluvia, hierba fresca, sombras para proteger los ojos abrasados por el sol de septiembre.

Proseguí bordeando el desprendimiento para no alejarme mucho del camino marcado. El hambre fue lo único que me convenció para abandonar aquella ilusión de seguridad y adentrarme todavía más en los campos. No llevaba comida encima —cuántas trampas me ponía a mí mismo, cuántas excusas: ¿no sería que quería volver por motivos de fuerza mayor?—; salí de casa convencido de que por el camino me cruzaría con alguien que, por compasión, me daría de comer. Pero la senda estaba cortada por un desprendimiento y no se veía un alma. Notaba el vacío en el estómago. Iba

buscando una higuera, pues crecen silvestres e independientes de los hombres, como las que había alrededor de nuestra casa. En cambio, encontré dátiles.

Comí hasta hartarme. Renuncié a los racimos en lo alto de la datilera y me conformé con los que, ya muy maduros, habían caído a la hierba. Tenía tanta hambre que me tragué también muchas semillas. Al rato empecé a notar movimiento en el estómago y el intestino, un malestar de sudores fríos y luego punzadas de dolor que me bloqueaban y me hacían retorcerme con espasmos. Tenía que evacuar, pero no quería hacerlo allí, debajo de las palmeras: habría dejado un rastro asqueroso en el mismo lugar donde otros, como yo, podrían buscar el consuelo del alimento. Me escondí detrás de una amplia cresta de roca que nadie en mi situación elegiría. Y, a la vez que por fin me vaciaba, reparé en que justo al otro lado de la cresta se desplegaba el valle. Dejé prolongarse el tiempo de mi alivio mientras contemplaba aquella belleza que combinaba la armonía natural de los declives y las alturas, las nubes mansas y de formas raras que anunciaban el otoño, el azul del cielo deslizándose hacia la tarde y el trabajo de los hombres como un encaje de miniaturas: los nítidos huertos labrados a golpe de azada que trazaban ingeniosas pendientes para el agua; las vides maduras, atadas una por una a sus cañas, que prometían viñedos; los rebaños moviéndose como un único animal ladera abajo; la casa y la cuadra, que parecían colocadas por un Dios agraciado y sensible; el humo saliendo a bocanadas de los haces de leña, como una señal. Los hombres estaban trabajando el queso. Decidí llamar a aquella puerta en busca de un descanso más humano, para saciar la sed, para obtener por fin indicaciones claras del camino a Jerusalén.

Nadie me hizo preguntas ni vio motivos de alarma en aquel muchacho con algo de pelusa en las mejillas que se hizo pasar por un viandante. Eran los primeros hombres que encontraba en mi huida y, no pudiendo mostrar un rostro adulto, quería al menos transmitir un aspecto sensato. Me encomendé a mi capacidad para narrar: me manejaba bien con las palabras. Pero aquellos eran hombres taciturnos, demasiado ocupados con la leche y el cuajo. Lo primero que pregunté era si había trabajo para mí. Me señalaron dos ánforas: tenía que ir al pozo y volver con agua. Fui rápido y meticuloso. El tiempo que había pasado como suplente de mi padre me había fortalecido. De hecho, llevarle a mi madre los barreños llenos de agua sin perder ni una gota se había convertido en mi desafío diario. Los pastores me dieron suero de ricota y pan para el viaje, y me dijeron que volviera a subir a la cresta de la colina. Desde

lo alto, dando la espalda a la casa, vería otro valle: era el sur. Seis días y seis noches, y llegaría a Jerusalén.

Cuando vi el monte del Templo estaba descompuesto. La diarrea había vuelto a atacar, varias veces. Había pasado hambre y sed, había masticado raíces y bebido agua de los charcos de lluvia como un animal. Estaba aturdido por el sueño y el sol ya cerraba su parábola. Pronto oscurecería.

Me observo desde aquí, desde esta edad adulta y todavía confusa, y me vuelvo a ver, también entonces temblando por la indecisión, en la entrada de la ciudad: un muchacho perdido, deseoso de autonomía y ya consumido por las fatigas de la libertad. Recuerdo lo que pensaba: habría podido zanjar la agonía de aquel viaje llamando a la puerta de los tíos. Habría supuesto otro escándalo, habría confirmado la fama de desobediente —ahora también fugitivo— que ya me precedía, habría sufrido el juicio de la familia, los nuevos castigos, y me habrían acompañado a casa, con mi madre, cuyos ojos habrían vuelto a colmarse de vergüenza: otra pequeña decepción que sumaría a las aún no expresadas. La cuenta tenía que parecerle larguísima. Pero así podría volver a abrazarla y ella me consolaría. Habría podido hacer eso. Habría vuelto a ver a mi primo Juan y reavivado nuestra antigua complicidad. Y mientras yo, con los ojos clavados en el suelo, oía las reprimendas —aún más apremiantes y afligidas, puesto que ya no tenía padre—, Juan me miraría con sus ojos encendidos por la tristeza y la impotencia.

Sin tener nada en mente, me escondí en un huerto, entre los olivos. Apoyé mi bolsa en las raíces de un tronco y no tuve tiempo de angustiarme: me dormí en el acto. Volví a soñar con el viaje. A la primera luz del día me despertaron las voces y los ruidos del ajetreo. Estaba en el corazón del mercado, una feria de vendedores fijos y ambulantes que por las mañanas se reunían, movidos por el instinto de comerciar, a las puertas de la ciudad. Una multitud de hombres y de mujeres retenidos a la salida, viandantes que se entretenían antes de entrar. Los alfareros reparaban las jarras dañadas, los herreros afilaban la hoja de los cuchillos, los peleteros volvían a coser el cuero desgarrado; había vendedores de agua y de otros líquidos; también, quienes cocinaban verduras y quienes vendían fruta. Allí se exhibía un circo con números de habilidad y de fuerza. Un carpintero arreglaba sillas. A pesar de las punzadas en el estómago y los repentinos mareos con náuseas, tenía hambre. Me acerqué al carpintero, el único artesano que sentía familiar. Levantó los ojos de su tarea y me miró. Estoy cada vez más convencido: quien trabaja la madera está obligado a mirar en su interior, a medir su propia

naturaleza con el mundo, a limar las asperezas del corazón. El carpintero no dijo nada. Me dio un mendrugo y una tajada de queso. Me quedé con él.

Se llamaba José, como mi padre. Vivía solo —probablemente como mi padre— en su taller, atestado de maderos y herramientas, cerca de casa de mis tíos. Le conté poco sobre mí, lo justo y necesario, para que no identificara a mis parientes. Era evidente que conocería a Zacarías, mi tío sacerdote, y a su familia. Quería conservar el anonimato mientras fuera posible, listo para huir sin dejar rastro. También José hablaba poco, fiel a la naturaleza de los carpinteros. Me pasaba los maderos que tenía que desbastar y pulir, y no tardó en percatarse de que tenía mano para el oficio, por la familiaridad de mis gestos, por el tacto sensible a los nudos, por la velocidad con que terminaba cada encargo. No me preguntó dónde había aprendido ni quién había sido mi maestro. No me pagaba: me ofrecía techo y comida. Ni más ni menos de lo que se ofrecía a sí mismo. Los carpinteros son como los marineros: no saben negar la ayuda, la protección, a quien está en apuros. Como yo.

Un trabajo agotador. Por la mañana, al amanecer, llevábamos al mercado que había a las puertas de Jerusalén las piezas acabadas y listas para entregar: sillas, arados, escaleras. El viaje era arduo y acrobático: nos cargábamos torres de sillas encastradas entre el hombro y el codo. El resto lo llevábamos encima de una escalera que apoyábamos en la cabeza, entre él y yo, dejando hueco para más bolsas que, colgadas de los travesaños, se balanceaban a cada paso. Más de una vez, por el camino bañado tenuemente por la primera luz del día, me fijé en los viandantes que se quedaban atónitos y paraban en seco al vernos, y que al cruzarse con nosotros esbozaban una sonrisa burlona. Teníamos que parecer un castillo ambulante o un extraño animal de cuatro patas. Ahora yo también me río al recordar nuestras caras serias sepultadas por las sillas, preocupadas por que no se nos cayera nada. El esfuerzo de la adolescencia puede ser feliz.

En las bolsas también llevábamos herramientas sencillas para despachar en el mercado tareas de mantenimiento y pequeñas reparaciones delante de los clientes. Muchos, al verme trabajar, felicitaban a José: «Por fin has encontrado a otro ayudante. Pero este conoce el oficio». Y luego, curiosos, preguntaban quién era ese muchacho tan diestro con el cepillo, al que nunca habían visto en Jerusalén, y cómo me llamaba. «Jesús», respondía José, y acto seguido bajaba la mirada porque no sabía nada más.

Cuando el mercado se vaciaba, José abría su bolsa y sacaba la comida de los dos. Luego volvíamos al taller, cargados con nuevos encargos, y nos poníamos rápidamente manos a la obra para aprovechar la luz del sol.

Empeño y aprendizaje que, en ausencia de mi padre, no había podido concluir. José de Jerusalén estaba completando el trabajo de José de Nazaret. Cuando me enseñaba a rematar una pieza con los fragmentos de vidrio, me acordaba de mi padre, del movimiento de sus hombros siguiendo el trazado de las vetas, de sus ojos atentos, de sus manos meticulosas y felices acariciando la madera. Se volvía hacia mí y me sonreía. Por las noches lloraba por la nostalgia de mi padre, de mi madre. Por el abandono. Sabía que José me oía desde su camastro. Jamás me preguntó el motivo de aquel llanto. Pero veía en sus ojos destellos de curiosidad y el esfuerzo que hacía para reprimirla cada vez que yo mostraba una virtud que él aún desconocía, un gesto innato de carpintero, aunque fuera inexperto. Habría querido preguntarme dónde había aprendido y de quién. Pero no lo hizo.

En el mercado, los demás vendedores ambulantes ya sabían cómo me llamaba. Había hecho amistad con ellos; me saludaban con la mano. En los momentos de descanso entre un cliente y otro iba hasta el límite del perímetro, donde las puertas de Jerusalén resplandecían al sol. Allí estaba la explanada donde se exhibían los forzudos, los acróbatas de la feria y los músicos, el mago egipcio y la mujer contorsionista, que era capaz de doblarse hasta entrar en una caja que los forzudos tapaban y se llevaban a hombros. El espectáculo concluía con un número que no lograba comprender: se abría el telón instalado en el carromato que hacía las veces de escenario —luego supe que hacía también de dormitorio, comedor y taller de artes varias— y aparecía una chica completamente cubierta con un velo, a excepción de unos ojos verdes y alargados. Una voz la anunciaba así: «¡Saludad a la mujer más hermosa del mundo!». Y la gente aplaudía.

¿Por qué aplaudían? La chica nunca había enseñado la cara y nadie podía saber con certeza si era tan guapa. Y, sin embargo, aplaudían. Qué poco hace falta para aprovecharse de la confianza de la gente sin ofrecer garantía alguna. Eso pensaba yo. Al principio.

Cuando terminaban de recoger las pocas monedas del público —pero también artículos de primera necesidad, huevos, trozos de queso y pan—, los artistas se reunían detrás del telón cerrado para comprobar sus ganancias. Una vez me armé de valor —para entonces el valor se había vuelto algo natural— y los espí a través del telón. Estaban contando las monedas y no repararon en mi curiosidad. Vi a la contorsionista salir de la caja con la ayuda de sus compañeros y estirar las piernas y el cuello; a los músicos, limpiando sus instrumentos. El aire era acre, cargado de sudor. Habían encendido incienso para ocultar los humores y los olores. La chica, que seguía completamente

velada, estaba en un taburete. La miraba con curiosidad esperando a que se destapara; quería verla. Sin embargo, se volvió lentamente y me miró. Sus ojos parecían severos y, al mismo tiempo, interesados. Ruborizado y muerto de vergüenza, volví corriendo con José.

Hacía más de un mes que había llegado a Jerusalén. Mientras iba y venía del mercado me preguntaba cómo sería posible que aún no hubiera visto a alguno de mis parientes, a un primo, a un tío. José y yo trabajábamos cerca de la casa de Zacarías: nos separaban solamente tres calles, tres calles que marcaban la frontera entre los pobres y los ricos. Temía —quizá esperaba— el encuentro. Pero nada. Incluso pensé que habría podido pasarles algo a mis tíos, ya ancianos. Una mañana, en el mercado, mientras tendía las cuerdas para pegar las maderas con cola, vi acercarse a la tía Isabel, prima de mi madre. A su lado reconocí a su hijo Juan, mi primo, cómplice y confidente desde la infancia. Me levanté de un salto y apenas tuve tiempo de avisar a José de que tenía que ausentarme por una necesidad urgente. La vergüenza y el miedo que se dibujaron en mi cara debieron de resultarle transparentes, pues me siguió con la mirada mientras me alejaba corriendo para esconderme entre los olivos.

Los espíe mientras hablaban con José. Desde que mi padre había desaparecido, no habíamos vuelto a pasar la Pascua en casa de los tíos. Isabel había envejecido. Se movía con lentitud, encorvada. Pensé en mi madre, sola en casa, abandonada primero por su marido y ahora por su hijo. Me sentí apenado y culpable. Pero eso no era la traición de un hijo a una madre: traición es echar por tierra los sueños y la imaginación, la apuesta natural que hace toda madre mientras acaricia el rostro de su hijo recién nacido. Juan sujetaba a Isabel del brazo. Mi primo era alto, más que yo. La barba negra lo hacía parecer adulto. Cuando se alejaron, volví con José. No hablamos hasta que terminé mis tareas. Solo entonces, cuando sacó el almuerzo de su bolsa y empezamos a comer, dijo que había que ir a casa del sacerdote Zacarías a arreglar la pata de una mesa grande que no podían transportar. Era la mesa de nuestras Pascuas, la de las oraciones. En aquella mesa ya había trabajado mi padre restaurando las tablas, dobladas por los jugos de las comidas; un favor a los parientes. José de Jerusalén añadió, mirándome, que iría él solo. Vio la tristeza en mis ojos, la lucha interna entre la nostalgia y la necesidad de huir, quizá el anuncio de una lágrima.

Aquella misma tarde se fue con su bolsa de herramientas y me dejó a cargo de pequeñas tareas de mantenimiento y acabados sencillos. No sabía qué esperar: si José revelaría la inquietud de su joven huésped, que se

escondió entre los olivos ante la llegada inesperada de sus parientes, o si ocultaría a todos mi presencia. Al volver no me dijo nada. Yo tampoco pregunté.

Cuando me acuerdo de aquellos días en Jerusalén me reencuentro con los sentimientos enfrentados que me desgarraban. Por un lado, la huida: tenía que reconstruir el itinerario de mi padre, volver a encontrar su rastro, y nadie me aseguraba que hubiera venido a Jerusalén. Vivía con la ansiedad por las cosas perdidas que no conseguimos encontrar, con la dificultad y el esfuerzo del trabajo, con la compleja necesidad de envolver de misterio el motivo de mi permanencia en la ciudad, el miedo a que mis parientes me descubrieran. Por el otro, los escalofríos ante lo desconocido, una aventura que solo se les concede a los adultos y para la que yo pretendía estar a la altura; la silenciosa dulzura de José de Jerusalén, que sabía interpretar mi confusión de adolescente. Y, sobre todo, ahora me doy cuenta, la atracción cada vez más caprichosa y prendada por aquella chica con velo del circo ambulante, el sugestivo misterio de sus ojos. Cada vez con más frecuencia, aprovechaba los momentos de pausa y asueto que me daba José para ir a la explanada de los espectáculos. Ya intuía de oído, según los aplausos y los anuncios de los números, cuándo llegaba su momento. José sonreía ante mis ansias por darme prisa, al verme dejar el trabajo a medias y, con una excusa, pedirle permiso para irme. Se había dado cuenta y me concedía un descanso más largo. Yo ya era ducho y meticuloso en el trabajo, así que disponía de más tiempo libre y siempre me encontraba, puntual, entre el público.

Me quedaba mirándola durante su breve exhibición en el escenario del carro. Ella era consciente de su elegancia, pero jamás arrogante. De hecho, casi parecía avergonzarse cuando extendía los brazos cubiertos y se despedía con una reverencia. Sus ojos. Verdes, alargados, como un corte, insinuantes, tenían también un destello de curiosidad, una dulzura inexpresiva. Eran ojos que pedían perdón por su belleza oculta. Y, cada vez más a menudo, aquellos ojos se fijaban en mí. Parecían sonreírme. De hecho, se diría que *la mujer más hermosa del mundo* me buscaba entre el público.

Qué cariño siento por el muchacho que fui, con el corazón distraído de las melancolías congénitas; con los sentidos alerta, suscitando reacciones desconocidas hasta entonces, inflamados de exaltación hasta el dolor; con el vértigo al descubrir que mi vida solo podría avanzar a través de los ojos de aquella chica. Llegó a tal punto mi osadía que me volví estratégico: ya no intentaba espiarla por una rendija en el telón, sino que, cuando el espectáculo terminaba, me demoraba como quien no quiere la cosa, me acercaba al carro

sin mostrar interés, me ataba las sandalias, apoyaba la espalda en un parapeto y, con los ojos cerrados, fingía tomar el sol ya invernal.

Por fin salió —quizá por el calor sofocante en el interior del carromato, por el sudor de los hombres; quizá para verme—, puso su taburete a la sombra, detrás del carro, y yo me acerqué. Mientras avanzaba, me decía que estaba loco; tenía miedo de que me insultara, de que llamara a sus compañeros forzudos para darme una lección de buenos modales. Pero, cuando llegué a su lado, después de unos segundos de silencio, dijo: «En el carromato hace un calor de espanto». Me miró y perdí el sentido sin cerrar los ojos: su cercanía me abrumaba hasta tal punto y la felicidad de ocupar su campo visual me embriagaba tanto que no recuerdo nada de lo que nos dijimos. Sí me acuerdo de su voz, un poco ronca, de acento griego, contundente y extranjero, sin rastro de seriedad ni malicia. Al contrario, me transmitía una inocencia tan auténtica que lograba hacerme aceptar mi ingenuidad de joven fugitivo en busca de su padre, dispuesto de todo corazón a correr el riesgo de ser pasto de las injustas llamas de la vida.

Se llamaba Delia. Todavía hoy noto un respingo —¿añoranza?— al pronunciar su nombre. Estoy aprendiendo a guardar en mi bolsa de viaje, en proporciones equilibradas, como un equipaje necesario, las humillaciones, los sufrimientos y las pequeñas alegrías robadas a la luz de los atardeceres. Delia, mi primer amor, la chica de ojos inconmensurables, ojos de agua en los que corría el riesgo de ahogarme.

Cuando volví, José se echó a reír. Mi cara tenía que ser un poema, mezcla de dulzura y perdición. Camino del taller, cargados de sillas y encargos para la tarde, me tropecé, caí al suelo y lo arrastré también a él. Me pidió que llevara más cuidado. No dijo nada más.

Aquella noche, mientras dejábamos las herramientas en su sitio, le pedí permiso para acostarme de inmediato, sin comer. El hambre había desaparecido: en el techo sobre mi camastro, en la soledad de la noche, quería contemplar el rostro de Delia, que había completado con mi imaginación.

Sin embargo, al poco me dormí —era un chaval, a fin de cuentas—, porque no recuerdo los golpes en la puerta del taller. Fue José quien abrió. Salió a la calle. El portazo me despertó. Lo oí hablar en voz baja —¿para no molestarme o para que no lo oyera?—, intuía las preguntas de la otra persona, más joven. Cuando volvió a entrar, ya me había levantado. Al lado de José, mi primo Juan. Con ojos preocupados y llenos de lástima. José le había contado, sin que lo oyeran los adultos de la familia, que me había escondido al verlos llegar no porque quisiera delatarme, sino porque estaba convencido

de que Juan podría ayudarme, aplacar el tormento que yo era incapaz de ocultar. Mi primo me abrazó. Nos sentamos en el camastro, uno al lado del otro, y José salió para dejarnos intimidad hasta que acabara el encuentro. Se lo conté todo a Juan. La huida de mi padre, la larga espera, la esperanza traicionada. Y, luego, mis lágrimas cuando dejé sola a mi madre; el arduo viaje hasta Jerusalén y la compasión de José. No le dije ni una palabra sobre los ojos de Delia. No quería teñir de encaprichamientos frívolos el relato amargo de mi soledad. Juan volvió a abrazarme y me confesó que a su casa habían llegado noticias confusas y contradictorias, pero que mis tíos habían intuido las tribulaciones de mi familia: nuestras ausencias en Pascua eran inexplicables. Él también lloró. Mientras lo abrazaba, en un consuelo recíproco, me di cuenta de que Juan notaba cada vez más cerca la vejez de Zacarías, ya anciano cuando fue padre. Me contó lo mucho que le costaba desempeñar las tareas de sacerdote, que en el Templo se rumoreaba que la incurable enfermedad de la senectud lo estaba socavando. Que no le quedaba mucho tiempo de vida. Al final, me tranquilizó: durante mi estancia en Jerusalén, él velaría por mí. Y mi gratitud a José aumentó aún más, pues Juan me reveló lo pobre que era y la carga que yo suponía para él. Me prometió que se encargaría en persona de darnos comida y dinero en la medida de sus posibilidades. En un arranque de emoción abrazó también a José, incómodo por el derroche de familiaridad, y le dio las gracias reiteradamente por haberme acogido y apoyado. Cuando al fin se marchó, José no pronunció una palabra y volvió a su camastro. Y yo pude seguir soñando con Delia.

Juan cumplió su promesa. De cuando en cuando, al caer la noche, se presentaba con comida y monedas. Solo se quedaba unos minutos para que sus ausencias no alarmaran ni levantaran sospechas en la familia y para volver cuanto antes con su padre, que parecía empeorar.

Nunca se lo confesé a mi primo, pero aquellos días en Jerusalén era incapaz de mantener el timón en la ruta de mi huida. La herida por la ausencia de mi padre parecía menos sangrante. No era resignación: solo una pausa en medio de aquella angustia de preguntas sin respuesta. Pensar en mi madre me aliviaba: al menos ella hallaba consuelo por mi abandono en el calor de la casa. Lo lamentaba por Zacarías, pero ya era anciano, había disfrutado de una vida larga y plena. Delia y el misterio de sus ojos me colmaban. No era un mero enamoramiento, sino el hallazgo de la vida con sus etapas y sus ritos; la belleza como recompensa por todo lo que no entendía y jamás entenderé. Delia representaba la primera excepción a la dureza del camino, la primera ligereza: ¡cuán delicada y carnal sabe ser la vida!

No me perdía ni un espectáculo en la explanada frente a las puertas de Jerusalén. Me sabía de memoria todos los números y podía interpretar, al margen de los aplausos, la ejecución de las actuaciones y el ánimo de sus protagonistas. Cuando terminaban, me quedaba con Delia detrás del carromato. Ella siempre iba cubierta. Comentábamos el espectáculo, me revelaba detalles sobre el entrenamiento y las pruebas, me confesaba la tortura del hambre, pues solo comían lo que juntaban en las exhibiciones. Las porciones más grandes iban para quienes más sudaban, los forzudos, los luchadores. Para los demás, para ella, únicamente los restos. Me moría de ganas de llevarle una parte de las raciones que compartía con José: así podría verle la boca y, quién sabe, ¡tal vez toda la cara! Hablábamos y yo intuía sus labios bajo el velo. Sobre todo, nos reíamos: observando a la gente, que nos parecía ridícula porque sí; comprobando la paciencia de los animales atados con sogas; viendo a los perros mover la cola sin motivo, o por un olor pasajero, por unas sobras tiradas al suelo, por una caricia —en esa sencillez radica el encanto— y, mientras Delia se reía, me imaginaba sus dientes. Uno de los perros no perdía la ocasión para acurrucarse a nuestro lado, para oír nuestras carcajadas. Decidimos que aquel sería nuestro perro. Lo llamamos Clavo porque era delgado y larguirucho. Cuando no teníamos otra cosa por la que sonreír, nos quedábamos en silencio contemplando la ciudad, acariciando a Clavo. La brisa movía el velo de Delia como un estandarte, destapaba sus sandalias y sus tobillos.

Cuando volvía con José ya no estaba tan confundido y ausente. Delia se había convertido en mi horizonte, probablemente sin futuro. Pero allí estaba ella, a la sombra del carro.

Si pienso en los momentos más importantes de mi vida, en las encrucijadas, en las elecciones que, como una cadena, me empujaron a tomar nuevas decisiones, no puedo evitar pensar en lo fortuito que resulta todo. Ninguna señal, ningún aviso, ningún itinerario claro.

Fue en el número de la contorsionista cuando se me presentó un futuro distinto en mi camino. Acababan de encerrarla en la caja, doblada como una tela en un cajón. Los forzudos la estaban levantando sobre las cabezas del público cuando, quizá por un calambre, quizá por la rigidez de unos músculos entumecidos por las dimensiones mínimas en que estaba metida, una rodilla reaccionó, la pierna buscó su extensión natural y el pie partió una tabla de la caja. Todo el mundo vio aquel pie sucio de tierra buscando espacio y aire al otro lado de la madera. Se oyeron carcajadas y frases burlonas; alguien

protestó; otros susurraron sospechando un timo. Los forzudos estaban rojos por el esfuerzo y la vergüenza.

Al acabar, Delia, detrás del carromato, me explicó que necesitaban dinero para reparar la caja: estaban a punto de marcharse en busca de nuevos mercados, hacia el norte, donde no eran tan conocidos. Y necesitaban arreglar la caja. Recuerdo que me quedé sin aire: ¡los ojos de Delia me abandonaban! Intenté ocultarle mi dolor, el vacío que tenía delante y que, en aquel momento, ni siquiera la búsqueda de mi padre parecía poder colmar. Solo fui capaz de tranquilizarla: la caja la arreglaría yo, Jesús el carpintero, con las herramientas del José que no era mi padre.

Fueron también los forzudos quienes llevaron al taller la caja con la tabla partida. Me dieron las gracias y me preguntaron si podía darme prisa: estaba en juego el éxito del espectáculo, su pan. José, viéndome alterado por el anuncio de la marcha de Delia, me dejó trabajar. Me dio alguna que otra sugerencia, pero nada más. Sabía que el trabajo manual acalla las angustias, como un medicamento para el olvido, un ungüento para aliviar las heridas. Quizá por eso elegí el oficio de mi padre.

Tenía que cambiar la tabla partida por otra sacada de los maderos que la generosidad de José había puesto a mi disposición. Había decidido ensamblar la tabla haciendo una entalladura en la espiga, y otra, por dentro, también en la mortaja, para que la unión fuera más resistente. Una técnica que había aprendido de las manos de mi padre, en Nazaret, debajo del techado a espaldas de la casa, cuando todavía jugaba a adornar mi pelo rizado con tirabuzones de madera. Acababa de terminar las espigas cuando José se acercó para comprobar cuánto me faltaba, si necesitaba ayuda. Cogió la pieza en la que estaba trabajando y sonrió con cariño, con un destello de emoción en los ojos. Me contó que, hacía unos meses, un carpintero que se llamaba como él, un viajero errante como yo, le había ofrecido ayuda a cambio de techo y comida. Era bueno. José me dijo con vergüenza que era tan bueno que tuvo miedo de perder su trabajo, a sus clientes de toda la vida. Sin embargo, aquel hombre, ya entrado en años, le anunció al cabo de unas semanas que se marchaba al norte. Él también había utilizado la misma técnica que yo. Él también lloraba por las noches. Venía de Nazaret.

¡Mi padre! Yo había seguido sus pasos hasta Jerusalén, y él había dormido donde yo dormía ahora, había hablado con el hombre que yo tenía delante, había imaginado en el techo —quién sabe si reconstruiría mi rostro en la oscuridad, como yo reconstruía el suyo— donde yo también soñaba. ¡Mi padre! Mi huida, mi viaje, no era la disoluta extravagancia de un adolescente.

Había buscado y había encontrado algo. Era un primer rastro que daba concreción y certeza a mi dolor.

Al día siguiente me presenté en el carro de la explanada del mercado, frente a las murallas. En cuanto me vieron los forzudos, la contorsionista y también Delia, me preguntaron por la caja. Respondí que solo tenían que esperar a que se secara la cola y luego podrían llevársela. De repente tenía las ideas claras: les pedí que, a cambio de mi trabajo, me pagaran dejándome viajar con ellos al norte en su carromato. Seguiría buscando a mi padre en cada mercado; viajaría junto al misterio de la belleza de Delia, rozándola. Ahora no sabría decir qué me alegraba más. Aceptaron mi propuesta. Había conocido más a fondo a aquellos artistas de circo y con algunos había trabado amistad. Los forzudos me dijeron que iban a informar al dueño del carro, el mismo que anunciaba los números del espectáculo e invitaba al público a aplaudir. Era el que me caía más simpático, bravucón y decidido. Aún no sabía que mancharía de amargura mi viaje. Se llamaba Barrabás.

CAPÍTULO TRES

Cuando el carromato con los artistas y con Delia se alejó de Jerusalén, llovía. Avanzaba al paso lento de los bueyes, que no tienen la destreza de los caballos, ni siquiera de los burros, y se mueven según el esfuerzo del yugo y la costumbre del arado.

La despedida de mi primo Juan fue efusiva y, como siempre, dramática. Vertió lágrimas y me prodigó abrazos calurosos, casi sofocantes. Prometió que iría a verme y me obligó a coger una bolsa llena de monedas: me vendrían bien para el viaje. La despedida de José, en cambio, fue silenciosa, auténtica. Emocionada. Antes de que empezara a seguir el carro, me dijo que, si alguna vez lo necesitaba, siempre encontraría su puerta abierta. Él también me dio una bolsa: sus herramientas. Intenté rechazarlas, pues eran las mejores que tenía y sabía lo encariñado que estaba con ellas. No aceptó mi negativa. Me dijo que las necesitaría. José de Jerusalén, cuánta gratitud te escondí cuando aún podía mostrártela con la vitalidad y la frescura de mi adolescencia. Los jóvenes son como los insectos polinizadores: no tienen tiempo para detenerse en la flor más acogedora; han de seguir su misterioso proyecto. La inquietud por no perderse ni un ápice de la ilusión de la primavera ya los lleva a otro sitio. Mi ilusión eran los ojos de Delia.

Los caminos hacia el norte se habían convertido en un barrizal por culpa de la lluvia. En el carruaje viajaban el equipaje y los aparatos de los malabaristas y los forzudos, la caja arreglada de la contorsionista y los instrumentos de los músicos. Nosotros lo seguíamos a pie, empujándolo cuando se atascaba en el barro, mientras Barrabás aguijoneaba a los animales con una rama larga como un látigo. Únicamente nos refugiábamos en el carro para dormir, después de haber soltado a los bueyes del yugo. Delia dormía al lado de la contorsionista, en un rincón, protegidas por el equipaje, que las separaba del resto de la compañía. Yo, con los demás, en una promiscuidad de cuerpos y olores. Habíamos salido hacía tres días, y desde hacía tres días llovía. No se había presentado ninguna ocasión para actuar y ganar algo: el mal tiempo vaciaba las aldeas. Solo al amanecer nos cruzábamos con campesinos anfibios que iban a los campos a quitar el barro y las hojas secas de los aliviaderos para evitar que se formaran aguazales. Nos acabamos las

últimas reservas de pan, queso y legumbres mirando los nubarrones, esperando a que escampara.

Teníamos hambre. Yo no estaba acostumbrado a la dureza de la escasez de comida. Éramos una familia pobre, pero mi padre, con el sudor de su frente, nos había ahorrado la dolorosa experiencia del ayuno. ¿Y mi madre? ¿Qué comería en mi ausencia? Desde la huida de mi padre sobrevivíamos con los pocos ahorros que nos había dejado y que encontramos debajo de su camastro. Luego nada más quedó el huerto, que mi madre cultivaba con amor y gestos delicados. Pero también estaban las mujeres de Nazaret: nunca nos habían negado una comida, su ayuda. Es probable que, después de mi huida, la arroparan todavía más para consolarla.

Barrabás. Lo recuerdo sentado en el carromato, con esa cara joven y alargada, de barba negra y cuidada, atento a los movimientos de las nubes, preocupado por no embarrancar, convencido de haber cometido un error al cambiar Jerusalén y la certeza de sus mercados por rutas menos conocidas y seguras. Las ruedas del carromato se clavaban en los barrizales, que en algunos tramos se deslizaban cuesta abajo con la fuerza de un torrente. Más de una vez el carro resbaló en las piedras y se salió del camino. Enderezándolo, con gran esfuerzo, corríamos el riesgo de partir las ruedas y los cubos. Cruzábamos patios habitados, pero la gente, hostil, nos recibía con azadas y horcones. Tenían gallineros y probablemente almacenes de harina y reservas de cereales. Todos nos negaron techo y comida. Debíamos de parecer bandoleros. Quizá lo éramos. Por fin, al anochecer del tercer día, encontramos refugio en una era, cerca de varias casas, donde nos permitieron pernoctar. No teníamos nada que llevarnos a la boca.

Estaba a punto de dormirme. En aquellos tres días, distraído por el cansancio y la tristeza, no había pensado tanto en Delia. Caminaba cubierta con aún más velos, que le tapaban incluso el brillo de los ojos. No pudimos intercambiar ni una mirada. Clavo, nuestro fiel perro, no dejaba de seguirnos. A juzgar por su respiración intuí que, como los demás, también ella dormía. Levanté la cabeza del camastro con la esperanza de entreverla, para desearle —a escondidas— las buenas noches con cariño antes de cerrar los ojos. Pero el fondo del carromato estaba demasiado oscuro para distinguirla. Cuando me volví, decepcionado y resuelto a dormirme para soñar con ella, vi a Barrabás fuera del carro haciéndome gestos para que me acercara. Conseguí no pisar a mis compañeros dormidos y salí. Barrabás tenía dos tajadas de queso en la mano. Imaginé que quería compartirlas conmigo. Sin embargo, cuando intenté coger una me tapó la boca con la mano. No quería que despertara a

nadie con mis preguntas. Con un ademán de la cabeza, me pidió que lo siguiera. Clavo también se había despertado y retozaba a nuestro alrededor. Con otro gesto, Barrabás me ordenó que lo atara al carruaje para que no nos siguiera.

Envueltos en la oscuridad, atravesamos unos campos que eran ya ciénagas. Las piernas se hundían en el barro hasta las rodillas. No entendía dónde me llevaba ni a qué se debía la urgencia; tampoco por qué, al pasar por delante de las casas, me obligaba a avanzar pegado a la pared, a agachar la cabeza; a frenar de golpe, resguardados tras un seto, cuando un ruido o una sombra indicaban la presencia de algún hombre. Comprendí que no debían vernos. Barrabás tenía las ideas claras y una singular capacidad de observación. Para mi desgracia, no tardaría en darme cuenta. Por fin nos detuvimos. Reconocí uno de los patios que habíamos cruzado antes de la puesta de sol. Barrabás se dirigió con sigilo a los gallineros. Yo lo seguí empezando a adivinar sus intenciones. Dos perros surgieron de la oscuridad. Ellos también las habían entendido. Barrabás no pareció sorprendido ni asustado y, antes de que ladraran, les lanzó los dos trozos de queso: gañeron de satisfacción. No solamente no ladraron, sino que, después de devorar el queso, nos siguieron jubilosos y en silencio.

Me sorprendió su inteligencia pragmática, la velocidad para urdir el plan, la fuerza de voluntad para renunciar a su ración de queso ante la posibilidad de un bocado que no era seguro pero sí más sabroso. Sin hacer ruido llegamos al gallinero, a espaldas de las casas. Le puse una mano en el hombro a Barrabás y le enseñé mi bolsa de monedas. «Vamos a comprarlas», le susurré. Barrabás miró las monedas y luego mi cara. «Ya es tarde», respondió. Agarró cuatro gallinas y, una a una, las desnucó para evitar cacareos y riesgos a la vuelta. Me entregó dos y, con la misma prudencia, volvimos al carro.

¿Por qué me había elegido a mí? Entre sus compañeros de feria sin duda habría alguno más acostumbrado a aquellas sorpresas; cómplices más fiables, de mayor eficacia. Sin embargo, me había elegido a mí. ¿Porque era el único que seguía despierto? ¿Para iniciarme en la práctica del hurto? Solo de adulto, solo ahora, solo después de haber sufrido su inteligencia consagrada a la tropelía he logrado entender los motivos de Barrabás: había confiado en mí para que yo, a mi vez, confiara en él.

En el trayecto de vuelta nos detuvimos al resguardo de una arboleda de mirtos. Barrabás empezó a desplumar las gallinas y yo lo imité. No quería dejar rastros del robo cerca del carro. Cuando llegamos faltaba poco para el amanecer. Barrabás metió las gallinas en un saco y se metió debajo del

carromato, entre las ruedas, para esconderlo en un recoveco oculto y bien camuflado, que parecía hecho a propósito para guardar un botín. No era la primera vez que Barrabás se enfrascaba en aquel tipo de aventuras. Cuando emergió, volvió a ponerme la mano en la boca para que no hablara y me mandó a dormir con un gesto. Había dejado de llover y el cielo se estaba despejando, sereno.

Esa mañana se presentaron los campesinos con sus azadas y sus horcones. Llevaban atados a los perros. Estaban convencidos: nosotros éramos los culpables del robo nocturno. Y lo éramos. Pero qué salvaje e injusta me pareció su perspicacia; con qué superficialidad habían decidido que unos recién llegados, hambrientos y variopintos, eran los autores del robo. Los perros los habían conducido hasta nosotros. Insistieron en subir al carro por la fuerza, rebuscaron por todas partes —Barrabás sabía lo que se hacía y no había dejado ni una pista—, hurgaron entre las maletas y las cajas, y se dispersaron por los campos y las eras de las inmediaciones en busca de señales y restos. Barrabás juraba y perjuraba nuestra inocencia; solo reconocía el hambre, pero rechazó todas las acusaciones con tal vehemencia, con lágrimas en los ojos por el bochorno de la imputación, que hasta yo, testigo y cómplice, creí haber soñado la excursión nocturna. Por fin se marcharon, sin demasiada convicción, ante la falta de la más mínima prueba. En cuanto los campesinos se alejaron, Barrabás ordenó que nos pusiéramos en marcha al momento.

Viajamos varias horas respirando el aire limpio que siguió a la lluvia hasta que Barrabás se sintió seguro. Detuvimos el carromato y preparamos el fuego y los espetos: todavía recuerdo el sabor de aquella carne fraudulenta que asamos como buenamente pudimos, con madera recogida por el camino. Comimos sentados en círculo alrededor del fuego. Entre las risas del grupo, Barrabás contaba divertidas mentiras sobre mi valía como cazador de gallinas inventándose enfrentamientos cuerpo a cuerpo con los perros guardianes, imitando el pavor nocturno reflejado en mis ojos, la huida a través de los campos embarrados. Yo también me reía de mi propia torpeza. Y se reían los ojos de Delia, que por fin volvían a la luz después de días de lluvia. Nos mirábamos cruzando sonrisas. Los que siguieron fueron los días en que sentí con mayor fuerza y aún más culpa mi ligereza adolescente: me había marchado en busca de mi padre, para seguir su rastro rumbo al norte, del que me había hablado José de Jerusalén. Esa es la versión que me contaba incluso a mí mismo. Pero era consciente —aunque ya no siento ni culpa ni dolor por ello— de haberme puesto en marcha por amor a los ojos de Delia, una

promesa de no sabía muy bien qué, e intrigado por aquella compañía acostumbrada a toda clase de improvisaciones, hambrienta, mentirosa, sin religión ni temor de Dios.

Me fascinaba aquella vida sin otro proyecto que arrancarle a la indiferencia del mundo un día más con el estómago lleno; la farsa de los forzudos, que escenificaban el juego infantil de la lucha; el patético esfuerzo de la contorsionista, que cada noche se quejaba de los dolores musculares y del peso de los años; el falso mago y sus ficciones orientales; la ilusión de la belleza de Delia. Me hipnotizaban las melodías de los tres músicos, sobre todo el sonido hechizante de la flauta.

El flautista se llamaba Elkia. Con paciencia, empezó a darme clases: tenía oído y aprendí rápido aquel sencillo arte. Me había prestado una de sus flautas y yo la tocaba cuando, al caer la noche, nos tomábamos alrededor del fuego la única comida del día. Seguí a Elkia y los movimientos de sus manos en la flauta hasta que me sentí más seguro.

En nuestras peregrinaciones tras la estela del carro me las apañaba para hacer un alto, apartarme —no quería que me oyeran por pudor y, quizá, para darle una sorpresa a Delia— e intentar tocar con más pericia. Mi única compañía era la mirada hechizada de Clavo, el perro, que se quedaba escuchando los sonidos indescifrables de la flauta. Tenía en la cabeza la melodía de la nana que cantaba mi madre para aplacar mi miedo a la tormenta y sus monstruos, la de los cachorros que se dormían con la seguridad del amor materno. Por fin conseguí interpretarla sin equivocarme. La sencillez, la inocencia y la nostalgia de aquella música habían despertado mi habitual e inexplicable melancolía. Y, una vez más, se asomó la última imagen de mi madre, ajena a su inminente soledad, barriendo la puerta de casa antes de despertarme. Y yo la había abandonado. Lloraba mientras tocaba; las lágrimas bañaban la flauta.

Chiquillo frágil. Sentía aquella sensibilidad como un límite: demasiado a flor de piel, casi anuladora, me incapacitaba para enfrentarme a los acontecimientos, a mi propia vida, con mesura y con las reacciones adecuadas. Cuando dejé de tocar me enjuagué las lágrimas. Había decidido dejar de ser un niño. Aún reflexiono sobre aquella fragilidad que, como la arcilla, se ha endurecido con el paso de los años. Hacía bien apartándola y, al mismo tiempo, temiéndola. Aquella propensión a la melancolía indefinida, al llanto, tenía que florecer de un brote nuevo y más resistente.

Aquella misma noche me armé de valor, pedí silencio y toqué delante del fuego. Todos me escuchaban; Delia, que me miraba con ternura, se levantó y

empezó a danzar, al son de mi música, la canción de mi madre. Por primera vez vi sus tobillos de animal elegante, sus delicados pies. Sus manos trazaban gráciles gestos a la luz del fuego y parecían una invitación pudorosa y refinada a seguirla en el baile, en la noche, en la vida. Para que no cesara la maravilla de su cuerpo, velado como una luna reflejada en la niebla nocturna, seguí tocando mi canción, repitiéndola, dilatándola hacia melodías que no me pertenecían y que jamás habría imaginado poder tocar, pero que aquella magia hacía parecer sencillas y necesarias. Ya no sabía si la música salía de mi flauta o de la danza de Delia. Eran tan densos los sonidos que me unían a ella, tan carnales, que por miedo y vergüenza dejé de tocar de repente. Delia volvió a sentarse y los demás aplaudieron. Elkia me acarició la cabeza y dijo que podía quedarme la flauta, que tenía talento. Barrabás, que nos había observado en silencio, se levantó. Había tenido una idea: el número de Delia al final del espectáculo, el breve paseo de la mujer más hermosa del mundo, que parecía pedir perdón por su delicadeza velada, era demasiado estático. Con mi música y su danza pondríamos el broche de oro.

Aquella tarde habíamos llegado a una aldea dormida aún antes de la puesta de sol. Nosotros también nos acostamos —con el estómago vacío, porque no teníamos nada—, con dudas sobre un lugar que no parecía prometer espectadores. Sin embargo, a la mañana siguiente, en cuanto nos despertamos, vimos que alrededor de nuestro carromato los campesinos y los artesanos estaban montando el mercado. Nos preparamos con una emoción que no había sentido hasta entonces. Los demás también parecían exultantes, emocionados y preocupados: no actuaban desde la salida de Jerusalén y, sobre todo, sufrían la misma hambre que yo. Se estremecían ante la mera idea de aplacarla.

La gente empezó a arremolinarse cuando los luchadores bajaron del carro embadurnados en aceites y con una piel de animal ceñida a la cintura, como habían visto hacer a los atletas en los juegos romanos. Pusieron todo su empeño en la ficción de la lucha, y los músicos marcaban las llaves con el ritmo sincopado de la pandereta mientras ellos se enzarzaban y se levantaban agarrándose de un modo que debía parecer fatídico. Apretaban los dientes fingiendo sufrimiento y esfuerzo, un juego de muecas para marcar sus músculos hinchados. Se intercambiaban ataques abriendo las piernas e incansables defensas empujando al adversario con las palmas de las manos. Pero yo sabía que lo único que los mantenía en pie era el deseo de llevarse algo a la boca, pues en los días precedentes no habían podido levantarse del camastro del carro por la debilidad de la inanición. Sin embargo, a pesar del

sudor y de su buena voluntad, el público parecía desganado, aplaudía con tibieza. Algunos, los más aburridos, empezaron a abandonar el círculo que rodeaba el carromato. Barrabás parecía preocupado. Me acerqué para aconsejar que implicáramos en el número a los espectadores, para contagiarles nuestra emoción. Barrabás me lanzó una mirada breve, sorprendido. Luego se le iluminó la cara y anunció a voz en cuello que los luchadores estaban dispuestos a levantar en volandas a los espectadores más corpulentos, empezó a pedir voluntarios. Los luchadores pararon, perplejos. No se esperaban aquella invitación, que implicaba un esfuerzo extra e imprevisto. Pero comprendieron que, si querían comer, tendrían que sorprender a los más reacios y exigentes. El público también parecía atónito. En cuanto los dos forzudos se acercaban a un posible candidato, este daba un paso atrás entre risas y burlas. Por fin lograron coger a uno que no tuvo tiempo de zafarse. Era un campesino que había llegado al mercado en busca de un herrero que arreglara la pala de su azada. Lo cogieron de un brazo y de una pierna, y uno de los dos luchadores, realizando, ahora sí, un auténtico esfuerzo —recuerdo la mandíbula temblando bajo el peso—, consiguió levantarlo en volandas. El aplauso fue convencido y también jocoso: los amigos del campesino se burlaban de él por el peligro del que acababa de librarse.

Los números continuaron sin mayor preocupación: mi ocurrencia había caldeado el ambiente y ahora el público participaba animado y sin prejuicios. El mago de Oriente —en realidad era un egipcio, hijo de diásporas antiguas y paupérrimas, todavía indeciso entre su arte y el latrocinio, más rentable—, convenció a una mujer para que metiera su cesto de fruta en un saco que cerró con un nudo. Después de pronunciar misteriosas fórmulas en una lengua desconocida, lo desató: todo el mundo pudo ver que la fruta había desaparecido del cesto. Estallaron los aplausos mientras la preocupada mujer buscaba, entre las carcajadas del público, los alimentos recién comprados. El egipcio guardaba con celo sus secretos y no nos hacía partícipes de los trucos, pero sabíamos que el suyo era un ilusionismo de dobles fondos y sofisticados juegos de manos. No en vano, invitó a la mujer a meter otra vez en el saco el cesto vacío, lo cerró con el sortilegio de sus conjuros y volvió a abrirlo: la fruta estaba en su sitio. Más aplausos y la sonrisa de alivio de la mujer, que se echó el cesto a hombros y se marchó rauda y veloz, sin percatarse de que no toda la fruta había vuelto a aparecer. Mientras el mago llenaba la bolsa con hábiles gestos, solo yo entreví la sombra de dos manzanas que salían de ella y

desaparecían en el carro, seguidas del mago, que ni siquiera volvió a salir para saludar a su público: estaba devorando a toda prisa su botín detrás del telón.

También la contorsionista dio lo mejor sí: primero un baile ligero para calentar los músculos y ablandar al público; luego se sentó, lista para doblarse como un abanico. Sin embargo, ya con el primer movimiento todos oímos claramente el alarmante chasquido de una vértebra, culpa de la artrosis por el desgaste y la edad. La vimos contener la respiración para reprimir el dolor mientras los dos forzudos la introducían en la caja y, un segundo antes de que la cerraran, se distinguió el destello de una lágrima. Por último, Barrabás anunció el desfile de Delia y me ordenó con la mirada que cogiera la flauta. No había practicado más que aquella vez frente al fuego y empecé a tocar la canción de mi madre con el miedo de cometer errores. Delia dio sus primeros pasos y el clamor del mercado pareció enmudecer ante la elegancia de sus gestos, que evocaban un milagro. Sus manos hipnóticas trazaban la belleza en el aire y sus velos parecían participar en la danza mostrando la delicadeza de sus tobillos, que giraban al son de la música en rápidos círculos concéntricos, mientras sus pies descalzos, dulces y maliciosos, se estiraban y se encogían siguiendo el ritmo. Delia me lanzaba miradas cómplices que acompañaban la música de mi flauta y sus movimientos, en una seducción tan inocente y feliz que incluso los animales en venta y los que pululaban por el mercado cesaron sus balidos y sus gritos. El público guardaba silencio, admirando aquel dúo de miradas compenetradas y notando un fuerte vínculo que parecía trascender, con mucho, la música. Cuando dejé de tocar y los velos de Delia volvieron a cubrirla, sin más, estalló un aplauso estruendoso y liberador. Muchos espectadores se amontonaron para ofrecernos su donativo en especie, y recibimos también bastantes monedas.

Sigo tocando la flauta. Cuando la tarde pierde su luz y ya no es transitable para la mirada del carpintero, me retiro al huerto a contemplar la puesta de sol, que acompaño hasta la oscuridad con el canto de la vieja flauta de Elkia. Otras canciones han enriquecido mi repertorio, músicas extranjeras que aprendí por el camino. Pero la última, antes de dejar el huerto en la oscuridad de la noche, siempre es la cancioncilla de mi madre, con sus cachorros asustados. Y es mi madre la que sale al huerto a avisarme de que la cena ya está lista. Se queda mirándome, escuchándome, ahí parada; recordándome que mientras yo toco la flauta el tiempo pasa. Y no volverá.

Soy arisco y rudo. De pocas palabras y pocas miradas. Embrutecido por el trabajo, he abandonado todo lo que se me antoja inútil e innecesario. Y, sin embargo, la flauta sigue conmigo para recordarme que Dios existe en mi

interior. Mi flauta tiene una voz tímida, a veces ahogada. Es una flauta ya muy vieja; a pesar de las muchas reparaciones, el sonido se resiente por las grietas y las fisuras del tiempo. Es de madera de peral. Cuando respiro para emitir sonidos percibo el aroma antiguo y dulce de su origen vegetal. En más de una ocasión me vi tentado de comprar otra, pero las que me ofrecían eran de hueso de animal. Habría sentido el olor a muerte. Prefiero la voz de mi flauta antigua: a menudo estridente, a veces inesperadamente aguda. Es el sonido del ocaso, de la naturaleza.

Antes de salir del huerto y entrar en casa siguiendo a mi madre, le seco la saliva, y a veces las lágrimas: es el objeto más íntimo que poseo; más que las herramientas y los utensilios que me dejó mi padre. Es mi único consuelo, mi voz de hombre despojada de la angustia y del enorme esfuerzo a los que me someto a diario.

Hoy un campesino me ha traído la pala de su azada; se le ha roto el mango, así que tendré que desbastar una rama para hacer otro y sujetarlo con una cuerda nueva. Esa pala de hierro mal trabajado, basto y pobre, me ha dejado un poso consciente de melancolía. Aún tenía incrustada la tierra seca de estos días. La he limpiado y se me ha quedado un poco de esa tierra en las manos, entre las uñas. Me siento como esa tierra, áspera y hostil. Sin piedad ni siquiera de sí misma. Es un presagio de sepultura.

En aquellos días con Delia y el circo ambulante florecían en mí emociones y esperanzas que no miraban al futuro: era el horizonte de la juventud y de su omnipotencia. Gracias a los comerciantes y a los artesanos que se apiñaban alrededor del carro, habíamos conseguido trazar un mapa de los feriales más concurridos, una ruta que nos llevaría a través de toda Judea hasta Samaria. Para acabar en Galilea. Con el fin de no cansarnos, planeamos etapas breves pero frecuentes, pues se trataba de pequeños mercados que se masificaban una única vez a la semana. Disponíamos de un repertorio repetitivo que haría decaer el interés en poco tiempo: era necesario desplazarse a menudo. Nos pusimos en marcha con la luz del alba. Disponíamos de comida para varios días gracias al éxito de nuestro primer espectáculo, y la alegría de la barriga llena nos acompañaba por aquellos caminos que eran en realidad tortuosos senderos que rodeaban las colinas. A menudo nos cruzábamos con obras de mantenimiento y reconstrucción de aquellas rutas que solo eran aptas para rebaños y caminantes. Los hombres del Imperio querían calzadas más seguras y anchas por las que pudieran circular las columnas militares y sus máquinas de asalto. No eran proyectos de reyezuelos locales. Los romanos aseguraban sus posesiones y sus colonias

con las piedras de sus arquitectos, puestas por esclavos que trabajaban a torso desnudo bajo la vigilancia de soldados armados. Nos paraban con frecuencia, pero eran controles más motivados por la curiosidad que por el miedo. Una vez nos hicieron abrir todas las maletas que guardábamos en el carromato: buscaban armas de los rebeldes que en aquellos días habían intentado perturbar la pacífica prepotencia del poder. Los soldados sospecharon al ver la caja vacía de la contorsionista e interrogaron a Barrabás sobre dónde había ido a parar su contenido. Barrabás les explicó el uso de la caja magnificando las habilidades de la anciana compañera. Los soldados sonrieron, no demasiado convencidos, y exigieron ver con sus propios ojos el número para comprobarlo. La mujer dio a entender que prefería evitar el esfuerzo. Los soldados lanzaron amenazas veladas de embargo y otros inconvenientes si no se cercioraban enseguida. El tedio de la vigilancia, el aburrimiento de estar alerta, era lo que los incitaba, lo que los empujaba a infligir vejaciones en pequeñas dosis. Barrabás intentó convencerla, pero la contorsionista quería ahorrarse el número no programado. Solo el silencio ya irritado de los soldados logró aquello que las súplicas y los ojos fulminantes de Barrabás no consiguieron. Resoplando, ella se metió en la caja, y los soldados, por fin relajados, se echaron a reír y nos hicieron señas para que siguiéramos circulando.

Ya estaba bien entrado el día. Quedaba poco para llegar a la aldea, que asomaba en cada curva, cada vez más cerca. Caminábamos tranquilos siguiendo el carro; yo, perdida ya la timidez, tocaba la flauta mientras Delia cantaba a mi lado, y la canción antigua de mis primeros años florecía con una nueva letra en su boca. Nos cruzamos con cuatro jóvenes que nos saludaron y que también empezaron a seguir el carro. No me gustaban. Tenían una actitud burlona, fingían estar de parranda y tocar instrumentos invisibles que ahogaban el sonido débil de mi flauta. Comprendí que yo no era el objeto de la atención de aquellos jóvenes. Delia, su belleza velada e inefable, despertaba su chabacana curiosidad. Apretaron el paso para acercarse todavía más, osados, y avanzaban alrededor de Delia, que no parecía preocupada. Pero había dejado de cantar y caminaba mirando al suelo. Yo ya no podía soportar su agresividad, que había interrumpido aquel momento de serena proximidad entre Delia y yo, que había silenciado su voz cautivadora. Quería demostrarle que podía defenderla, afrontar una pelea, hacerme valer ante sus ojos: que supiera que la quería. Interponiéndome entre ellos y Delia, rompí el círculo. Todos eran más corpulentos y altos que yo, pero estaba dispuesto a plantarles cara. Ella me susurró que no me preocupara, que los dejara en paz,

que ya se cansarían. El resto de la compañía nos seguía de lejos, desperdigada, y no había reparado en mis dificultades. Barrabás, en el carromato, aguijoneaba a los animales con su vara y no parecía interesado en lo que ocurría a su espalda. Provocados e irritados por la impasibilidad de Delia, los jóvenes dirigieron su molesta atención hacia mí. Soltaron alguna obscenidad, yo les respondí y empezamos a empujarnos hasta que me enzarcé en una pelea con el más robusto. Estaba claro que se habrían impuesto si ella no hubiera empezado a agitar los brazos para que los compañeros más alejados acudieran a la carrera. Los primeros en llegar fueron los forzudos, que levantaron a pulso al tipo que ya me tenía en el suelo y ahuyentaron a los demás. Barrabás paró el carro e intentó calmar los ánimos. A mi contrincante, el más grande, le sangraba la nariz. No había sido yo, sino el desenlace turbulento de la riña. No quería ni oír hablar de hacer las paces; de hecho, señalándome con el dedo, me dijo que me la guardaba para cuando me pillara solo, sin ayuda, él contra mí. Los jóvenes derrotados se alejaron y yo me llevé el rapapolvo de Barrabás, furioso porque aquellos muchachos seguramente serían los hijos y sobrinos de nuestro próximo público. Clientes, dijo. Y no podíamos comprometer el espectáculo y nuestro pan por culpa de chiquilladas.

Llegamos al mercado de la aldea en hora punta: los puestos estaban montados y los vendedores ambulantes ya habían ocupado los mejores sitios. Nos vimos obligados a hacer hueco para nuestro escenario en el rincón más alejado e incómodo. Aunque era tarde, Barrabás decidió no perder el día y la posibilidad de ganar algo. Nos organizamos a toda prisa y el público empezó a apiñarse. Tuvimos suerte. La gente ya había hecho sus compras y antes de volver a casa estaba dispuesta a gastar unos minutos y unas monedas en nuestros números. Yo me había colocado con los músicos, con Elkia, y, flauta en mano, esperaba a entrar en escena con Delia para el nuevo final. Entre el público distinguí a los cuatro chicos que nos habíamos cruzado por el camino, entre ellos al más grande, que me había retado. Me miraba con una sonrisa burlona y desafiante. Yo no le di importancia a sus miradas: estaba demasiado concentrado siguiendo el ritmo de la música para no equivocarme. Puesto que mi reciente habilidad con la flauta no era de raíces profundas, necesitaba toda mi atención para no desafinar. Volví a verlos justo cuando empecé a acompañar con mi canción la danza misteriosa e hipnótica de Delia, que cerraba el espectáculo. Luego los perdí de vista. No presté atención a su ausencia, me olvidé de ellos. El público había sido generoso en comida y monedas, y Barrabás parecía satisfecho. Los nuevos beneficios habían

disipado el mal humor por la riña del camino. Ya había pasado el mediodía cuando, detrás del carro, nos pusimos a comer. Estábamos cansados y relajados. Barrabás propuso pasar otra noche en la aldea, repetir el espectáculo a la mañana siguiente y recuperar a los espectadores perdidos. A todos nos pareció una buena idea: así descansaríamos del viaje y de las preocupaciones. Como el agua se había terminado, Barrabás me pidió que fuera a llenar el cántaro al pozo que nos habían indicado. Esos pequeños esfuerzos me tocaban siempre a mí, el más joven y el último en sumarse a la compañía. Yo me encargaba con gusto: por aquel entonces era diligente y amable. Ya no.

Me estaban esperando en el pozo. Dejaron que llenara el cántaro y que me lo echara al hombro. Los cuatro estaban escondidos detrás de los olivos y no había nadie más a la vista. Una patada en la barriga me desequilibró y caí al suelo. Recuerdo el cántaro rompiéndose, el agua mojando la tierra y la tormenta de bofetadas y puñetazos. Era incapaz de oponer la menor resistencia porque los golpes llegaban de todas partes: intentaba cubrirme la cara y ya me estaban dando en la espalda, en el estómago, en los testículos, y luego otra vez en la cara; eran golpes bien estudiados, planeados al dictado de la venganza y del odio. Alguien me agarró del pelo por detrás y me arrastró por las piedras. Ya no podía verles la cara. No recuerdo haber sentido dolor. Solo una sensación confusa de ahogo, un sopor como de sueño obligado, malestar en todo el cuerpo. Ni siquiera recuerdo haberme despertado. Se habían cansado de pegarme o algo, un ruido, una llamada, los había obligado a acabar con la diversión. Estaba solo. Me esforzaba por levantarme, pero era incapaz de apoyar los codos y los pies en el suelo. Me resbalaba, seguía tumbado. La cabeza me daba vueltas. Decidí esperar unos minutos para recuperarme. Me quedé contemplando el esplendor del cielo, azul como una piedra preciosa velada por el rubí de mi sangre. Debían de haberme roto una ceja. La sangre se mezclaba con las lágrimas. No lloraba de dolor, sino por la vergüenza o la rabia de la emboscada. Pensaba en mi madre y en mi padre, en su preocupación por que no me pasara nada durante nuestras largas huidas, en la ternura de sus caricias cuando me despellejaba una rodilla, en el apremio de sus abrazos para consolarme, en todas las precauciones y las atenciones cuando, por la mañana, me vestían con la mejor ropa para que no desentonara con los niños más ricos. Lloraba porque no había estado a la altura de su amor.

Me quedé un buen rato tumbado al lado del pozo, tanto que los dos forzudos vinieron a buscarme. Fueron ellos quienes me encontraron y me

sujetaron hasta llegar al carromato. Debía de dar miedo verme. Hasta Barrabás parecía preocupado por mi estado. También los músicos, e incluso la contorsionista y el mago, se acercaron para animarme y arroparme. Entre los recuerdos más claros, los ojos muy abiertos y asustados de Delia. Me habían tumbado en el carro, y ella me agarraba de la mano. Nos dejaron solos. Ella fue quien me curó. Conseguí incorporarme mientras Delia, con un paño mojado, me limpiaba la cara y las heridas. Unas gotas de sangre le ensuciaron el velo con que se tapaba la cara. Fue entonces cuando, con un gesto elegante y natural, Delia descubrió por primera vez el misterio de su rostro.

Era preciosa. Con una cara perfecta, un pelo casi rubio y extranjero recogido en la nuca, una frente amplia y solemne, una delicadísima barbilla dividida por un leve hoyuelo y unas mejillas rosáceas y tersas. La derecha estaba atravesada, del pómulos al cuello, por una horrible y profunda cicatriz. Yo no podía articular palabra. No era solo el estupor ante aquella belleza desfigurada: los labios, la boca entera me ardían por la paliza. Delia me cogió la mano y se la llevó al borde de su herida para que ambos compartiéramos el dolor. Luego se acercó y sus labios se posaron en los míos. De aquel atardecer únicamente recuerdo la embestida arrolladora y ya inalcanzable de su olor.

CAPÍTULO CUATRO

El beso de Delia sabía a mi sangre. Nuestro primer contacto carnal. En los días siguientes, cuando el labio y la ceja dejaron de sangrar, me habría gustado saborear de nuevo su boca, que había vuelto a esconderse tras el velo. Quería más, pero no sabía de qué. Delia era una vida aún desconocida. La deseaba con la mirada durante los siguientes espectáculos en los mercados, de los que me vi apartado hasta que se me curaran las heridas: la del labio me impedía acompañarla con la flauta y Elkia me sustituía. Nos habíamos puesto en marcha justo después de la emboscada en el pozo. Barrabás no quería avivar los ánimos ni secundar los planes de venganza. Él mismo paró los pies a los forzudos, que querían ajustar las cuentas a los cuatro chicos que me habían apaleado. Todavía hoy me sorprende la frialdad y la lucidez de sus razonamientos. Cada acción de revancha se sumaría a la cuenta de crímenes cometidos, los que yo conocía y los que no. Y Barrabás, a pesar de su juventud, no podía permitirse alargar su lista de antecedentes, ni ante los hombres ni ante Dios.

Pasaba los viajes tumbado en el carro. Me dolían los músculos, los huesos, las heridas aún abiertas. Notaba un malestar interno que confundía con las secuelas de la paliza; incluso imaginaba que los puñetazos y las patadas me habían hecho un corte interior, una herida que sangraba en lo más profundo de mi cuerpo. Me palpaba la túnica para ver si se había manchado, me escupía en la mano para comprobar el color de la saliva. Me daba miedo morir. Sentía la inminencia de la muerte hasta tal punto que, la segunda noche después de la emboscada, tendido al fondo del carruaje, creí que había llegado el final. Se apoderó de mí el ansia de moverme, de escapar, de ir con mi madre para cerrar los ojos entre sus brazos, para pedirle perdón por no estar a la altura de sus expectativas, todavía misteriosas, inexpresadas, lejanas. Y quizá precisamente por eso tan devastadoras.

Mientras los demás dormían, logré levantarme retorciéndome de dolor, bajé del carro con una punzada en la espalda e intenté dar unos pasos en la oscuridad, pero el sufrimiento me detuvo. Decidí parar unos segundos antes de reanudar aquella huida imposible. Tenía un nudo en la garganta, el corazón me latía a mil por hora y sentía sobre mis hombros, aplastándome, todo el peso de la oscuridad. También Clavo, nuestro perro adoptivo, intuía mi

desesperación. Preocupado, me miraba y restregaba el hocico en mi túnica dando tímidos gemidos. Yo anhelaba la luz del día; no aceptaba la condena del ciclo cotidiano de sol y oscuridad. Me parecía una maldad creada a propósito para angustiarme.

Aún lo siento así. Mis citas en el huerto al atardecer, cuando acompaño con la flauta la puesta de sol en el horizonte, son un rito para tranquilizarme, para sedar la angustia; mitigan el estremecimiento que recorre mi interior, nacido de una profundidad desconocida, de la herida abierta para siempre. Quizá por aquella paliza. A veces, en la quietud del huerto, que da la bienvenida a la oscuridad, tengo la sensación de que la noche podría durar para siempre. Y solo yo, entre los cardos y la vid, los guisantes y las habas, soy consciente del horror que eso supondría.

Mientras intentaba dar un paso más, doblado por los aguijonazos de dolor y el inexplicable terror que me había despertado y me había sacado del carromato, obligándome a mirar la noche a la cara, una mano inesperada me sujetó del brazo. La reconocí por la suavidad del tacto: era Delia, que había intuido mi desazón. En silencio, me acompañó de vuelta al carro, me ayudó a subir y se tumbó a mi lado. Me tranquilicé y concilié el sueño mientras me acariciaba el pelo.

Delia. La visión de su rostro descubierto había despertado una nueva hambre y una silenciosa y furibunda curiosidad por el misterio de la terrible cicatriz que le desfiguraba la cara. En los días siguientes, mientras contemplaba entre el público la danza hipnótica de sus velos, armaba hipótesis, conjeturas sobre quién la habría herido, y cuándo, y por qué; si cargaba con el peso de su belleza desfigurada desde la infancia o si era una condena reciente. ¿Habría sido su padre? ¿Y si en la floración del crecimiento de su hija intuyó que el peso de su belleza acabaría arrancándosela algún día y por eso decidió desfigurarla con sus propias manos? ¿Quizá la madre, celosa de la suavidad de la carne de su carne? ¿Un enamorado, rechazado y apartado, que había decidido dejarle aquel recuerdo cruel en el rostro? ¿O fue en una emboscada para atracarla y raptarla? ¿Y si Barrabás había rescatado de las calles la frágil vida de la joven, abandonada por sus captores después de que hubieran exprimido hasta el último beneficio de su belleza? Construía entramados imaginarios porque jamás le preguntaría a Delia el motivo de su cicatriz. Jamás, a pesar del tormentoso recuerdo de su mano guiando la mía por el surco de su herida, la avergonzaría pidiéndole que me revelara la verdad.

Estaba recuperándome. Mis noches ya eran más tranquilas y Delia había vuelto a dormir al lado de la contorsionista. Yo caminaba más rápido, a pesar de los pinchazos puntuales en las costillas, y el labio ya no me dolía. Elkia me entregó la flauta y volví a tocar en la danza final de Delia. En nuestros traslados nos habíamos cruzado varias veces con patrullas armadas del Imperio que defendían las encrucijadas. No buscaban a los rebeldes habituales y enemigos del emperador. Decían que algunas bandas de gente hambrienta deambulaban por los campos como perros vagabundos en busca de comida y de ocasiones para el pillaje. No tenían jefe ni proyecto, lo único que los empujaba era el hambre y la necesidad de sobrevivir. Nos dijeron que tuviéramos cuidado: eran ladrones sin piedad, movidos únicamente por el instinto depredador y carnívoro de las bestias. Habían encontrado varios cadáveres de viandantes abandonados en la hierba alta a orillas del camino, despojados de todas sus pertenencias, incluida la ropa y las sandalias.

Barrabás nos aconsejó que escondiéramos lo poco que teníamos en el recoveco inaccesible de debajo del carro. Todos estuvimos de acuerdo. No conocíamos los siguientes mercados en los que íbamos a actuar; ningún miembro del grupo había visitado aquellos pueblos, por lo que el consejo de Barrabás parecía una sabia precaución. Al ver que yo no me movía —se me había olvidado que llevaba guardada en la túnica, atada con una cuerdecita, la bolsa con las monedas de mi generoso primo Juan—, Barrabás me llevó aparte para que los demás no nos oyeran y me dijo que solo era por discreción, pues los demás compañeros no estaban al tanto del pequeño tesoro que le había enseñado cuando el robo en el gallinero. Volvió a instarme a que aprovechara su escondrijo oculto, así que me metí debajo del carruaje para esconder mis monedas.

De niño se me daban bien las palabras. Fueron las lecturas infantiles en compañía de mi madre, que me señalaba las líneas con el dedo para que no me perdiera, las que me abrieron las puertas de la erudición que procura la lectura. Mi vocabulario era muy rico y elaborado; me sabía de memoria pasajes enteros de las Escrituras. Por las tardes, cuando lograba zafarme de la vigilancia protectora de mi madre y de la atención preocupada de mi padre, cuando no tenía amigos para jugar, primero en el río de Egipto y luego entre las piedras secas de Nazaret, me divertía recitando los textos sagrados, inventando e improvisando rimas con el mismo tono de la sacralidad árida e inaccesible de los rabinos. Hoy me acusarían de blasfemia. Cuánto me divertía. Me reía yo solo de mis hallazgos, de mi humor, capaz de desacralizar la pomposidad altiva —y oscura— de los dogmas. Jugaba a ser profeta, un

pequeño mesías: un Dios irresponsable con las rodillas despellejadas por las caídas y las zarzas, deambulando por una tierra recién alumbrada por la oscuridad de la nada. Jugaba a la Creación. Recuerdo cuánto me gustaba imaginar nuevos animales, criaturas fantásticas que se multiplicaban por el mundo o bestias conocidas que reinventaba, con la cabeza en el lugar de la cola, un ojo delante y otro detrás, y las demás partes del cuerpo invertidas; burros con ocho patas, perros con alas, pájaros con pezuñas, peces anfibios y serpientes con dedos. Un bestiario solo mío en un mundo solo mío donde el sol jamás se ponía, para que no llegara la aterradora noche. Yo dirigía aquel ejército de animales nunca vistos a través de un mundo renovado, adecuado a las exigencias de mi imaginación, porque creaba el mar allí donde se extendía el desierto, allanaba las montañas para que mi padre no encontrara obstáculos en sus viajes de trabajo, hacía brotar manantiales de agua cerca de casa para que a mi madre le resultara más fácil llenar los cántaros. Hoy, en el crepúsculo del huerto, me pregunto por qué de niño nunca se me ocurrió crear seres humanos distintos. Mejores. Quién sabe, quizá lo hice, pero ya no me acuerdo.

He conservado la capacidad de que mis palabras resuenen en el corazón de los hombres; todavía hoy, que prefiero el silencio y me muestro lacónico con los clientes que vienen al taller, con los vecinos e incluso con mi madre. Barrabás, a pesar de mi timidez, de la vergüenza y del estupor causado por aquella adolescencia tan abrumadora y repentina, se había percatado de este don innato, de la virtud de mi lengua. Barrabás tenía visión de futuro y una intuición rapaz que culminaba en arrebatos de violencia. Pero también la inteligencia para razonar. Yo lo observaba en los descansos y en los viajes. Se quedaba sumido en sus pensamientos, fantaseando con nuevos y más rentables mercados. Tenía una imaginación pragmática y una fuerte inclinación a la estafa. Opinaba que los números de nuestro circo ambulante debían presentarse uno tras otro, con palabras rimbombantes y gestos ampulosos para crear expectación y expectativas entre el público. Y, habida cuenta de que las dotes oratorias de mis compañeros de viaje no estaban a la altura —ninguno, a excepción de Barrabás y de mí, sabía leer—, decidió que tenía que ser yo el encargado de presentarlos. Creía que mi mezcla de juventud y erudición creaban, por su contraste, un efecto sorpresa, de asombro. Todo el grupo se beneficiaría. Pero no era suficiente: pidió al ilusionista egipcio que recurriera a sus cremas de Oriente —pomadas blancas de grasa animal— para disimular mi aspecto, deteriorado por el episodio del pozo, y el color aceitunado de mi tez. Y también para impresionar al público.

Además, por iniciativa propia, el mago me puso uno de los muchos turbantes de su vestuario.

Llegó el día de mi debut. La noche anterior habíamos recalado en el mercado de un pueblo que ninguno de nosotros conocía. Aún no había amanecido cuando acompañé al mago detrás del carro —para que no nos vieran quienes comenzaban a llegar para hacer sus compras ni tampoco nuestros compañeros— y este empezó a maquillarme. En aquella crema untuosa, que sentía coagularse en mi cara, había mezclado minúsculas piedras brillantes y conchas trituradas para que resplandecieran a la luz del sol como destellos mágicos. Me ajustó el turbante en la cabeza y, por fin, me llevó con los demás. En cuanto me vieron, se echaron a reír. Dijeron que no me lo tomara como una burla, sino como un acicate. «Nadie te reconocerá», decían. Yo sonreí. También Delia se reía. Me imaginaba sus dientes de blancura inmaculada bajo el velo, enmarcados por su boca. Me alegraba divertirla. Incluso Clavo, el perro, parecía contento, movía la cola y ladraba sin parar. Delia tenía un fragmento de espejo —quién sabe cuántas veces le había devuelto el reflejo la condena de aquella cicatriz— donde pude verme: ya no era Jesús. Podía ser cualquiera. La gruesa máscara de grasa había anulado todas mis facciones. Solo pude reconocer la luz melancólica de mis ojos. La misma que veo destellar, todavía hoy, en cada reflejo del vidrio o en el fondo cenagoso del cubo. Mientras me estudiaba en el espejo, imaginé la mirada de mi padre frente a aquel hijo tan distinto, tan falso y bobo. El único que no se reía era Barrabás. Me escudriñó con una mirada severa, me recolocó el turbante, que había empezado a inclinarse hacia un lado, y luego dijo que podía salir.

La crema del mago no había camuflado solo mi cara. Caló más hondo, hasta mi alma: borrando todo rastro de timidez y pudor, la hizo valiente e irónica, osada y sutil, provocadora y descarada, e incluso feroz. Empecé a presentar el espectáculo alabando las virtudes de mis compañeros de circo, inventando para cada uno de ellos pasados heroicos, aventuras jamás vividas, hazañas nunca realizadas. ¡De repente sabía mentir! A veces con elegancia, a menudo con malicia, porque concluía cada relato con un énfasis deliberado y grandilocuente que, de pronto, como un flechazo, se transformaba en la cruda realidad de nuestra hambre errabunda e irredenta. Con una eficacia que resultaba desternillante: «Querido público, ¡les presento a los hombres más fuertes del mundo! Admiren sus músculos: ¡han roto las cadenas que los esclavizaban, han luchado contra hombres y fieras, han frenado ejércitos y arrancado montañas! Se merecen el más caluroso de sus aplausos y la más

sustanciosa de sus comidas si no quieren verlos desplomarse de inanición: ¡llevan tres días sin comer!». Quería ser gracioso y me volví malvado. A la hora de elegir a los voluntarios que se ofrecieron para que los forzados los levantaran, comprobé cuánto pesaban intentando hacerlo yo mismo con un abrazo. Entre las carcajadas del público, con un guiño, escogí a los más delgados y ligeros. Había un hombre muy gordo al que fingí no ver. Y, cuando el tipo me tocó el hombro para que reparara en él, le dije: «Deje aquí su compra y vuelva mañana. Antes de comer». La gente aplaudía con jovialidad. Era una broma continua, una sucesión de dobles sentidos entre farsa y realidad. Tampoco ahorré chanzas sobre la edad de la contorsionista. Durante el número, con enorme seriedad, pedí silencio: «Hace falta muchísima concentración. Sobre todo, podrán oír el doloroso crujido de sus vértebras corroídas por la artrosis». Todos reían. También la contorsionista, acaso intuyendo la compasión que se escondía detrás del maleducado comentario. Cuando le tocó al mago —después del número de la fruta y el saco—, aconsejé al desventurado voluntario que pasara lista para ver si se habían presentado todas las manzanas: «Las artes mágicas abren el apetito...». Ni siquiera me corté con Delia. La presenté, siguiendo el guion, como la mujer más hermosa del mundo. «Pero ¿ustedes se lo creen? ¿Cómo pueden cerciorarse si su belleza está envuelta en velos, oculta, para que piquen? —Hice una larga pausa, mirando al público a los ojos, uno por uno—. Pues tienen que creérselo porque se lo digo yo —continué. Y, guiñando un ojo, añadí—: Y sé bien lo que me digo: detrás de esos velos se esconde un profundo misterio...». Y entonces cogí la flauta para acompañar a Delia en su turbadora danza.

Fue un auténtico éxito. La gente no solo aplaudía, sino que me abrazaba y se marchaba sin dejar de reír, después de haber depositado en mis manos generosas ofrendas de alimentos y monedas. Tenía las manos tan llenas que no podía abarcar tantas riquezas; empezaron a caérseme al suelo y corrían el riesgo de perderse entre la multitud. Fue el propio Barrabás quien vino a echarme una mano para transportar el tesoro hasta el carro. Nunca habíamos tenido tanto éxito. Y el mérito era mío, de mi alma camuflada bajo aquella crema grasienta.

Cuando nos reunimos para contar las monedas y comprobar nuestras recompensas, me preocupaba la reacción de mis compañeros. No había sido amable, ni mucho menos. Era consciente de haber construido mi presentación subrayando sus defectos en lugar de sus virtudes; había sacado a la luz la parte menos edificante de cada uno y había callado sus singularidades. En un

aparte, compartí con Barrabás aquella preocupación. Su respuesta me sorprendió: «Todo el mundo da por descontadas las cualidades de nuestro espectáculo. En cambio, nuestros defectos están por descubrir. Y tú los has revelado como un artista». Barrabás, menudo rufián. Mis compañeros estaban contentos, sí, pero estoy convencido, aún hoy, de que el único motivo era el hambre.

En cuanto acabé de limpiarme la cara, Delia vino a avisarme de que a unos metros de allí había un curandero, un hechicero, un mago, capaz de derrotar cualquier enfermedad. Nosotros también nos acercamos a verlo. Era un viejo —viejo en apariencia, quizá solo iba maquillado— con un puestecito abarrotado de ampollas con líquidos de colores. Anunciaba a voz en cuello la buena nueva de la curación. Su barba larga y canosa debía de ser garantía de su seriedad. El público del mercado se acercaba con cautela. Muchos, con las manos en la espalda, intentaban disimular su curiosidad; escudriñaban los frascos con muecas escépticas, querían verlos más de cerca, preguntaban si podían cogerlos. El anciano asentía; lo único que les pedía es que tuvieran cuidado y que no los agitaran. Nadie compró nada. Nosotros seguíamos mirando, a la espera de que pasara algo, de que alguien se animara a pagar el precio del engaño. La estafa era, a ojos de todos, clara como el agua. Alguien empezó a burlarse del viejo; otros pedían la intervención de los soldados del rey porque, según decían, no podía ser buen hombre quien se burlaba de la ingenuidad pública. Justo cuando la rabia parecía incontenible —más de uno ya había cogido una piedra del suelo—, dos chicos se acercaron arrastrando a un hombre en una silla. Tenía mirada de ciego, sus manos temblorosas aferraban la silla y un hilillo de baba le caía de unos labios que la paresía había congelado en una mueca: nadie creyó que tuviera salvación. Lo colocaron justo delante del tenderete del anciano. Los chicos contaron que, desde hacía unos días, con gran esfuerzo, seguían el rastro del curandero por los mercados del reino encomendándose a las indicaciones vagas de los viandantes que habían oído rumores sobre la eficacia de sus medicinas. Por fin habían dado con él: ahora este tenía que curar al doliente. Y, en aquel recoveco del mercado, delante de todo el mundo, también de nosotros, que éramos escépticos por deformación profesional a la eficacia de cualquier remedio para cuerpo o alma, el viejo interrogó a los dos chicos para que, en nombre del enfermo —su hermano mayor—, le dijeran su edad, cómo había acabado así y qué otros síntomas y dolencias lo afligían. Ellos le contaron que el hombre era joven, que solo tenía veintitrés años, pero parecía mucho mayor por culpa de una enfermedad que lo había atacado de repente, seis meses

antes, mientras trabajaba en el huerto. Quizá por el esfuerzo y el calor tórrido, quizá por la transgresión de algún precepto religioso y la consiguiente ofensa a Dios, lo encontraron medio muerto al lado de su azada, y desde aquel momento la silla era su cama, su mesa —tenían que darle de comer como a los niños que no saben tragar la papilla y se manchan hasta los muslos—, toda su vida. Ya no hablaba, ni daba muestra alguna de entender.

El anciano acarició la cabeza del hombre, cuya única reacción fue seguir mirando a su nada, lo que suscitó la conmoción del público; luego cogió varias de sus ampollas y, tras estudiarlas largo rato, eligió dos. Pidió ayuda a los dos chicos para que sujetaran al enfermo y le abrieran la boca, y vertió el contenido en la lengua del hombre, que empezó a bracear, como atenazado por una sensación de asfixia. Al cabo de unos segundos cayó de la silla y todos lo vimos retorcerse de manera horrorosa: las manos, primero cerradas con fuerza y luego extendidas al máximo, en una denodada pelea por la sanación; las rodillas pegadas al pecho y de pronto las piernas estiradas, pataleando entre jadeos horribles; el cuerpo zarandeado por las convulsiones. Luego nada. Parecía muerto; solo silencio e inmovilidad. Fue casi un alivio para todos nosotros: había dejado de sufrir. Sin embargo, de repente y sin esfuerzo, se levantó. Parecía confundido; miró a su alrededor buscando una cara conocida. Los dos chicos fueron corriendo a abrazarlo y él los recibió conmovido, mostrando unas emociones, unas lágrimas y unas sonrisas tan sinceras que disiparon cualquier rastro de escepticismo entre el público. Todos aplaudieron; también nosotros, por el final feliz, pero sobre todo por la extraordinaria y convincente labor de los intérpretes. Muchos se abalanzaron sobre el viejo para comprar por unas pocas monedas sus ampollas milagrosas. No hubo suficientes para todos. En el mostrador del puesto se quedó el pago en especie de quien no tenía monedas: frutas y hortalizas que el anciano guardó en un saco.

Cuando la multitud se dispersó, unos satisfechos, muchos frustrados por no haber podido comprar nada, nos quedamos observando los movimientos del viejo. A Barrabás le había despertado curiosidad el número de la curación del hombre. Quería llegar al fondo de la compleja representación para comprender sus mecanismos y desvelar el truco: «Siempre se aprende algo», me dijo. No reparamos en que, mientras el público se marchaba del mercado, unos milicianos armados habían rodeado la zona. Llevaban lanzas con el emblema del rey y no nos permitieron alejarnos. Estábamos preocupados, sobre todo Barrabás, pálido e inseguro como nunca lo había visto: temía que los engaños de su pasado se hubieran presentado para ajustar cuentas. Nos

tuvieron allí, detenidos, a la espera. También el viejo curandero parecía preocupado y culpable: lo vimos intentando ocultar sus remedios en el fondo del saco. Luego los hombres armados dejaron paso para que un mensajero llegara hasta nosotros. Este nos explicó que, al día siguiente, en palacio, se celebrarían festejos en honor del rey: teníamos que divertir a los invitados con nuestros números. Nos prometió una pingüe recompensa por la jornada perdida, entregó un salvoconducto a Barrabás y al anciano para entrar a palacio y se marchó insistiendo en que aquello no era una invitación, sino una orden.

Pasamos el día calculando los riesgos y el posible beneficio de la situación. Barrabás estaba tan asustado y desconcertado que llegó a proponer que huyéramos al caer la noche, mientras que los demás afirmaban que no había nada que temer. Yo dije que huir únicamente confirmaría algo que no era cierto: ¿de qué nos sentíamos culpables? Al final, también Barrabás se convenció. Delia no dijo nada. Me miraba con sus ojos dulces: una franja de luz en los colores del ocaso. Yo imaginaba que le gustaría entrar en aquel palacio, descubrir cómo vivían los ricos y los poderosos, la calidad de sus ropas, el sabor de sus comidas. Yo también quería verlo. El viejo se había acercado a nosotros con su puesto y nos escuchaba. Cuando se nos acabaron los argumentos, tomó la palabra y dijo que no debíamos dejar escapar la oportunidad. Podíamos estar en un punto de inflexión que nos condujera a todos a una vida más cómoda. Gracias a aquella invitación, ya solo trabajaríamos en los palacios de los reyes, entre los notables más pudientes. Nos despediríamos de aquella vida nómada, de los madrugones en los amaneceres helados, del calor insoportable de los mercados a mediodía. Para el anciano no cabía duda: teníamos que ir y ofrecer lo mejor de nuestro repertorio. Sin embargo, no quería tomar la decisión solo y, con un gesto, llamó a sus socios. De la oscuridad salieron los dos chicos y el hombre milagrosamente curado, que se acercaba arrastrando la silla de su número. Ellos también estuvieron de acuerdo: ya bastaba de pedir limosnas en un rincón de los mercados, de arriesgarse a recibir palizas y pedradas de quienes no se dejaban convencer. Todos resolvimos ir.

Entramos con el carro en el atrio de palacio. Unos soldados armados nos obligaron a bajar y registraron el interior: los residentes palaciegos temían emboscadas y altercados. El sentimiento de culpa de los ricos los volvía cautos y circunspectos. El viejo curandero, precedido por sus asistentes, entró después que nosotros. Fue él quien decidió que nuestros caminos se separaran, pues, según nos contó, tenía en mente un número único y especial,

que dejaría sin palabras a la familia del rey y a los notables de palacio. Quería los aplausos solo para él. Y fue una suerte.

El mago egipcio me maquilló dentro del carromato. Nos hicieron esperar en el atrio, rodeados de los guardias, que se burlaban de nosotros provocándonos y riendo con la prepotencia de quien tiene una lanza en la mano y el permiso para reprimir ataques. Soltaban bromas obscenas sobre Delia y sus velos, y yo, bajo mi capa de cremas, incubaba una rabia violenta hacia aquellos hombres. Barrabás lo notó y, aunque era el más asustado, se acercó para tranquilizarme: «No tardaremos mucho», me repetía. Yo sabía que aquellas palabras se las decía más a sí mismo que a mí, pero lo admiraba: habría podido quedarse en el carro e incluso no acompañarnos, pero decidió compartir el riesgo o el éxito con nosotros.

Nos escoltaron hasta el jardín. Los invitados habían comido y bebido, y se palpaba que el buen humor los había contagiado a todos, incluso a los guardias de la entrada, que nos ordenaron esperar. Unos músicos tocaban instrumentos de cuerda y flautas, varias jóvenes danzaban y un poeta declamaba algo que el vocerío, salpicado de estruendosas carcajadas, hacía incomprensible. La velada en el jardín estaba iluminada por antorchas. Con la mirada busqué al rey, que estaba en un palco, con una mujer, bajo un baldaquín con cortinas que los protegían de los insectos nocturnos y del aliento de sus súbditos. Delia, cuyos ojos reflejaban la luz de las antorchas, seguía todos los movimientos de los invitados, escudriñaba los tejidos de las distintas ropas, los destellos de las joyas en las muñecas y los brazos de las mujeres, así como sus peinados. Los observaba comer, sonreír; se fijaba en los gestos y las caricias que intercambiaban. Estaba seguro, y celoso, de que habría dado cualquier cosa por formar parte de aquella corte. Yo también miraba con atención, pero no sentía envidia. De hecho, me irritaba el exceso de voces; la mezcla nauseabunda del olor de la comida y de los perfumes y ungüentos que tornaban suaves y luminosos los cuerpos; las sobras de carne abandonadas en los platos o lanzadas a los perros, y a los siervos que corrían de aquí para allá con jarras para satisfacer la sed y el deseo de vino; la obligación de alegría, que no me parecía auténtica. En realidad, las cortinas que rodeaban al rey servían para poner a raya a los invitados, con sus necesidades urgentes, sus peticiones de favores y sus recomendaciones. El maestro de ceremonias era el único que podía acercársele, y los comensales lo llamaban por turnos para susurrarle algo al oído. Él asentía, se alejaba, tranquilizaba a su interlocutor o se encogía de hombros. Todos necesitaban algo o tenían una pregunta, y el maestro de ceremonias las recogía. Luego se

acercaba al rey y, señalando a los comensales, le transmitía sus súplicas. El rey no hablaba. Solo respondía con gestos: cuando sonreía, el maestro de ceremonias hacía lo propio con el invitado para informarlo de la aprobación; cuando con una mueca mandaba callar al maestro de ceremonias, este negaba con la cabeza y el invitado encajaba la negativa. Me fijé en lo estridentes que eran los sentimientos que recorrían la fiesta, pero en sentido inverso: quien obtenía lo que había ido a buscar ya no estaba obligado a mostrar una alegría exagerada y falsa, y disfrutaba del banquete y de su copa con sosiego; quien no había conseguido nada seguía carcajeándose hasta volverse molesto. Quizá para demostrar el poco valor que le daba a la petición denegada, quizá para disimular la rabia y ahogar la humillación.

El guardia que nos había parado hizo una señal al maestro de ceremonias, que se acercó al rey y apuntó con el dedo en nuestra dirección. El rey sonrió y el hombre mandó con una seña que nos hicieran pasar. Crucé el jardín seguido tímidamente por los demás, confiando en que el maquillaje escondiera los nervios y el miedo. Al llegar al centro del jardín, rodeado de unos comensales que ni siquiera habían reparado en nuestra presencia, sentí tanto asco por aquella gente parásita y vulgar, obscena incluso en los gestos más sencillos y naturales —comer y beber—, con las manos grasientas de la carne, los carísimos vestidos salpicados del rojo del vino y las bocas desencajadas por las risas, que mi voz de adolescente tronó con el sonido grave de un profeta rabioso e irónico. Ni siquiera yo me reconocí. «Señores gordos y ya borrachos, ha llegado el momento de renunciar al privilegio de su arrogante desconsideración...». Inmediatamente se hizo el silencio. Todos me miraron tratando de hallar el sentido de aquellas palabras en la mueca de mi maquillaje. En sus caras leía incredulidad y preocupación. Me crucé con la mirada de Barrabás, palidísimo, y vi que sus ojos buscaban la vía de escape más cercana. Después de una larga pausa, continué. «Contengan su hambre y dejen algún trozo de cordero y alguna jarra de vino para esta compañía de acróbatas y magos que han venido a rendir honores a la generosidad de nuestro anfitrión». Esboqué una sonrisa falsa e hice una reverencia exagerada al rey, que me respondió levantando su copa llena. Aquel gesto pareció calmar a mis compañeros. Anuncié el número de los forzudos presentándolos como semidioses, capaces de arrancar aquel palacio de sus cimientos y de repeler cualquier ataque de los soldados, pero incapaces de levantar a ninguno de los comensales, sobremanera glotones y rollizos. Seguí en ese tono, entre lo irónico y lo ofensivo, que parecía divertir mucho al rey y, por imitación, también a los invitados. Al terminar, acabado mi dueto con la danza de Delia,

después de mi última y paródica reverencia, el rey aplaudió con convicción — parecía compartir mi opinión sobre sus invitados— y arrastró a los demás comensales a la ovación. El maestro de ceremonias nos entregó una bolsa de monedas y nos dirigimos al fondo del jardín, apartados, para dejar la escena al viejo curandero.

Se presentó solo, sin su puesto de los milagros. Hizo una reverencia al rey y dio las gracias a los invitados. En realidad, después de nuestro circo todo el mundo había seguido comiendo y riendo, sin prestar la menor atención al viejo. Este anunció el número de la curación diciendo que esa vez desafiaría las leyes inderogables de la naturaleza. Hizo una seña con la mano y por las puertas del jardín entraron sus dos jóvenes cómplices arrastrando el puesto, convertido en un lecho de muerte. Un sudario envolvía un cadáver. Los chicos cruzaban el jardín con su carga fúnebre y los comensales les abrían el paso, estremecidos. El anciano dejó que los dos chicos contaran la triste historia de su padre, fallecido repentinamente la noche anterior. No sabían explicarse el porqué y no se resignaban, ya huérfanos de madre, a afrontar la vida sin ese hombre bueno y trabajador. Lloraban unas lágrimas tan auténticas que se veía la compasión en las miradas del público. El viejo se acercó al cuerpo y soltó las cuerdas que sujetaba el sudario. Lo destapó, y todos vimos al hombre curado milagrosamente el día anterior, ahora abandonado a una inmovilidad cadavérica. Una cinta le envolvía el rostro pálido, de la frente a la barbilla, y tenía las cuencas de los ojos negras y hundidas. Su muerte parecía incontestable: ni el más leve movimiento o respiración, ni un atisbo de fingimiento. El anciano apoyó la oreja en el pecho del hombre, volvió a erguirse y preguntó a los comensales si alguno quería comprobar la ausencia de latidos, pero ninguno se acercó. Invitó entonces al maestro de ceremonias, para que fuera él en persona quien confirmara su muerte. Este, ceñudo, se negó indignado: no profanaría, dijo, a aquel muerto. Barrabás, que tenía un don para adelantarse a los peligros, ordenó que nos alejáramos y montáramos cuanto antes en el carro. Sin embargo, yo quería ver el número; dejé que los demás salieran. Me quedé para presenciar la perdición de aquel viejo. Con aspavientos teatrales, sacó una ampolla de vidrio oscuro y pidió a los dos chicos, a los dos huérfanos, que abrieran la boca del cadáver. Tuvieron que esforzarse mucho, porque la gélida muerte había congelado los nervios y los músculos. Al final lo lograron, y el anciano vertió lentamente, para que ninguno de los presentes lo olvidara jamás, unas gotas en aquella boca inerte y abierta. Los chicos se apartaron para que todos pudieran verlo.

El público se mostraba hostil. Sin asombrarse, presencié primero el ligero temblor, y luego la habitual convulsión que recorría al muerto. Abrió los ojos y, con agilidad, se incorporó en su catafalco. Los chicos se arrodillaron y le abrazaron las piernas llorando de felicidad. El viejo agachó la cabeza y extendió los brazos, a la espera del aplauso. Sin embargo, un silencio repentino y amenazador paralizó cualquier reacción. Había bastado una mirada del rey para que la orden, a través del maestro de ceremonias, llegara de inmediato a los guardias armados de la puerta, que se aproximaron y rodearon al anciano y a sus actores. Mientras los sacaban a rastras, oí sus quejas; preguntaban el porqué de la agresión, de aquel arresto. No lo entendían. Pero yo sí: la muerte y la resurrección eran ajenas a la amplia jurisdicción de aquel rey y de su corte. No podían aceptar que otros, ya fuera realidad o ficción, se apropiaran de ellas.

No me costó salir. Todos los guardias habían acudido a ofrecer ayuda, porque los arrestados reaccionaron con un arrebato de ira forcejeando con violencia; se notaba por las súplicas de piedad y por las órdenes impartidas a los hombres armados. Llegué al carromato, que no esperó ni un minuto más para reanudar la marcha. Seguimos caminando para dejar atrás aquella noche. Hasta bien entrada la madrugada no paramos en los límites de un bosque donde, por fin, nos dormimos.

CAPÍTULO CINCO

Aquel rey que gobernaba solo mediante gestos y temía incluso la representación de la muerte era Herodes Antipas, hijo del rey que odiaba a los niños, que estaba haciendo una visita de inspección por los distintos palacios que acogían los séquitos de sus hermanos desde la muerte de su padre. Un viaje lejos del alboroto de Jerusalén y de su corte asfixiante. Los romanos le consentían el lujo de la extravagancia —una mera apariencia de poder— para que la telaraña de la tiranía quedara oculta a la sombra de sus excesos, y el horror de la represión y las condenas pareciera causado únicamente por la antigua tara de su familia loca, por el placer por el lujo y la sangre de un soberano sin reino, despojado de toda capacidad de decisión autónoma, sin descendencia y sin memoria. Pero incluso el boato de su soberanía estaba ya deshilachado y pervertido: todo el mundo veía los hilos que lo movían.

Recuerdo aquella velada en el jardín del palacio, las túnicas de los comensales manchadas de grasa, la puesta en escena del viejo y la falsa resurrección, las caras de los hombres armados cuando irrumpieron para prenderlo. Lo recuerdo sentado a la mesa con mi madre, mientras comemos puré de habas. Nuestro pan sabe a cuero. En silencio, le echo un poco de agua. Apenas hablamos, solo intercambiamos unas palabras sobre cómo ha ido el día, los trabajos en el huerto, el esfuerzo y las entregas del taller de carpintería, el trueque de alimentos con los vecinos y las visitas de mi madre a los enfermos y a los viejos que carecen del consuelo de una familia. Nuestro silencio nos permite percibir el rumor fuera de la casa: la brisa que llega del norte a la hora de comer y que agita los olivos, las túnicas y los paños tendidos al sol. Son los estandartes de la casa y ondean al viento como banderas: esta es la morada pobre de un trabajador. Oímos las voces de los animales, los graznidos de las ocas y el cacareo de las gallinas, que piden las sobras de nuestro almuerzo; al perro negro y solitario —tan distinto de Clavo, cuyo asombro por estar en el mundo echo muchísimo de menos, y que ya habrá muerto—, que conoce nuestros horarios y ladra para pedir un mendrugo sin acercarse demasiado, pues no quiere que lo confundan con un depredador. De vez en cuando llega un ruido humano: son los vecinos llamando a voz en grito a los más pequeños porque es hora de comer. Oigo la respiración de mi madre, la oigo masticar. Por pura curiosidad le he preguntado por el padre del

rey, Herodes el Grande. Mi pregunta, que rompe el silencio habitual, tan apartada del cuidado mínimo de nuestras soledades, la ha agitado. Me ha respondido encogiéndose de hombros. Después de una larga pausa ha sentenciado: «Ahora solo es polvo». Mejor dejar al silencio todas las preguntas y todas las respuestas. Tenemos que seguir adelante, como hicieron mi padre y ella cuando huimos de Egipto.

Mi padre. Él también me traicionó. No por su huida en mitad de la noche sin dejarme más palabras que la mentira del viaje de trabajo —que mi madre repetía para tranquilizarme sin tener la menor certeza—, escapando como un fugitivo. Me traicionó porque no se dejó encontrar en mi largo viaje. Lo busqué hasta el ridículo de la máscara de cremas orientales y el turbante de nuestro circo, infligiéndome la violencia de las mentiras de un avisado presentador, abriendo mi joven corazón al dolor precoz del amor y del abandono. Esta es la única certeza. Pienso en mi padre —en su ausencia— mientras friego y seco los cuencos, mientras descanso en el patio buscando promesas de tormentas que no llegarán, mientras cepillo tablas de poco valor con fragmentos de vidrio que tuve que redondear yo mismo porque él, mi padre, no me dejó los suyos. Tenía un plan en el que solo cabía él: quería ganarse el pan en otro sitio, lejos de nosotros. Lejos de mí. Mi padre me traicionó. Como hicieron los demás.

Cuando nos despertamos con la primera luz del alba, después de huir de palacio, recordamos lo afortunados que habíamos sido al librarnos de correr la misma suerte que el viejo y sus actores. Habría bastado muy poco, una frase de más, un comentario excesivo, y también nosotros habríamos sufrido la ira de aquel rey y de su corte. Barrabás dijo que el mérito de que hubiéramos salido sanos y salvos era mío. Explicó que mis provocaciones y mis bromas habían llevado al rey y a su tropel de dignatarios a un terreno desconocido para ellos: nos movíamos por el filo de una navaja, pero yo había sabido descolocarlos. Barrabás nos enseñó a todos la bolsa con las monedas de nuestro éxito, que debía de ayudarnos a olvidar el drama del viejo. Propuso, con nuestro consenso, guardar aquella ingente cantidad en el escondite secreto debajo del carromato: unos cuantos mercados más, unas pocas actuaciones más, y cada uno se llevaría su parte. Luego decidiríamos juntos si seguíamos y con quién. Hasta entonces no caí en la cuenta de cuánto me habían distraído —desviado— aquellos largos meses de viaje, siguiendo al carro, del motivo que me impelió a ponerme en marcha: buscar a mi padre. En efecto, aquella aventura endulzada por la presencia de Delia, las nuevas amistades, los encuentros inesperados y el descubrimiento de mis habilidades y virtudes

inéditas —en otro momento habría intentado esconderlas, avergonzado— me habían apartado de la urgencia de la búsqueda. De repente me sentí culpable: salir del cascarón de mi casa de Nazaret había bastado para confundir mi horizonte, para revelar esa parte de mí tan indecisa que rayaba en la indiferencia por el destino de quienes más quería. Me alejé del carro. Necesitaba estar solo, explicarme a mí mismo cómo había podido hacerlo sin máscaras ni disfraces. Me adentré en la espesura del bosque y seguí alejándome sin rumbo, turbado por mis pensamientos, por unas emociones que poco a poco se convertían en heridas. La fragilidad infantil, que en aquellos meses se había vuelto más madura y consciente, estaba a punto de dominarme de nuevo. Las lágrimas que había contenido corrían otra vez por las mejillas y la barbilla. Me tiré al suelo, vencido por el dolor de mi condición de huérfano indiferente y por la nostalgia de mi madre, abandonada a su soledad.

Seguía llorando, respirando el olor a hierba y a tierra; advertía los minúsculos movimientos de los insectos entre las hojas secas, oía a los pájaros en sus nidos, alterados por mi llanto. Poco a poco, distraído por aquel runrún, conseguí calmarme. Me incorporé y miré a mi alrededor. Había ido a parar a un pequeño claro donde apenas llegaba el sol. La quietud absoluta del entorno me invadió y pude respirar profundamente. Por fin asomó una idea: la búsqueda del padre es también —sobre todo— la liberación del padre. El niño Jesús buscaba a José a través de sus distintas decisiones, a veces extravagantes. En el fondo, mi viaje había tenido un éxito parcial y acaso triste. Me estaba convirtiendo en un adulto distinto a mi padre; lo encontraba al alejarme de él. Me quedaba por afrontar la nostalgia de mi madre. Más ardua, porque estaba cargada de culpa. La recordaba como la había visto por última vez desde la colina: una mujer joven y ajena a mi huida barriendo la puerta de la casa. Imaginé su sorpresa y su dolor cuando se dio cuenta de que no estaba en mi cama: quién sabe qué pensamientos, qué emociones y qué miedos la habrían acompañado en mi ausencia. Cuánto la corroía la decepción, ya que no solamente la había abandonado a ella, sino también el deseo impronunciable que ardía en sus ojos cuando me observaba desde que era un niño, que tomaba forma y vigor a medida que crecía, y que guardaba en su fuero interno, en secreto, pues era irreconciliable con el deseo, más contemporáneo y humilde, de mi padre, que quería un hijo trabajador, a su imagen y semejanza. Mi padre, a lo sumo, abrigaba la esperanza de que yo pudiera enderezar la madera retorcida y caprichosa del olivo, que a él siempre le había parecido ingobernable y odiosa. Mi madre, en cambio, como todas

las mujeres con hijos, estaba segura de que el suyo cambiaría el mundo. Cambiaría radicalmente la perspectiva, detendría la inercia estéril del tiempo, que le parecía inmóvil e inmutable. En beneficio de todos, pero principalmente de ella, la mujer, la madre: su hijo trazaría un nuevo destino para ella.

Mientras reflexionaba sobre mi madre me di cuenta de que no sabía volver al carruaje. Había caminado un buen rato sin fijarme en la dirección, sin dejar una señal que me ayudara a salir de la vegetación espesa. La angustia por haber abandonado la búsqueda de mi padre había hecho el resto: ya no sabía dónde estaba. Por más que me esforzara en buscar una referencia, por más que intentara volver sobre mis pasos buscando entre los árboles algo que me trajera a la memoria el camino de ida, el mundo se había cerrado y se negaba a desvelarme el de vuelta: me había perdido. No estaba asustado, pero me molestaba tener la certeza de que tardaría horas en encontrar el camino. Cuando me había resignado a emprender la tediosa búsqueda del carro, oí unas pisadas en las hojas secas: Delia. Avanzaba hacia mí entre los árboles. Cuando salió de la sombra, la vi sin la protección de los velos que ocultaban la cicatriz de la mejilla. Ella también necesitaba explicarse sin disfraces, sin esconderse. No dijo ni una palabra y se sentó a mi lado, en las hojas secas. Me cogió la mano y me preguntó por qué lloraba. Le respondí que echaba de menos a mi padre y a mi madre. «Yo no siento ninguna nostalgia de mis padres». Aquello me sorprendió. Instintivamente le acaricié la cicatriz, que le cortaba la cara, y por fin encontré el valor para preguntarle cómo se la había hecho. Y Delia habló.

Su familia venía del oeste, tal vez de Grecia. El destello de sus ojos verdes hablaba de las mezclas de linajes de los navegantes, de pueblos diversos que habían encontrado en ella la más dulce de las síntesis. De niña hablaba otra lengua, ya olvidada. A veces pronunciaba palabras desconocidas, extranjeras, ajenas al sentido de sus frases. A menudo las recordaba en sueños. Solo entonces se cargaban de un significado que por la mañana se desvanecía. Por mucho que se esforzara en recordarlas y pronunciarlas al despertar, la gramática de los sueños era oscura, se quedaba congelada en sus labios. Eran las palabras de sus antepasados, quizá conservadas en su familia como herencia de los primeros en llegar al nuevo país, y que luego, poco a poco, se perdieron.

Había sido guapa desde pequeña. Y no tardó en darse cuenta de que su padre había apostado por su belleza. Era un hombre pobre y sin dignidad. No tenía oficio y vivía de la generosidad de los poderosos de los lugares a los

que, con frecuencia, se veían obligados a desplazarse. Se las apañaba buscando atajos para evitar el esfuerzo: se ofrecía a los más fuertes para labores infames, como la delación —a menudo con acusaciones infundadas—, pues intuía la fragilidad más íntima, la naturaleza preocupada de la gente que ostenta poder. Solicitaba que lo anunciaran en los palacios alegando que disponía de información urgente y vital para el señor. Y, una vez a su lado, era capaz de inventarse tramas y complots, anunciar conspiraciones y señalar a sus autores. Era lo único que se le daba bien. Cuando lograba despertar sus miedos, pedía que le pagaran y, en mitad de la noche, huía con su familia rumbo a otro lugar.

A los once años, cuando empezaron a desarrollarse sus pechos, Delia comenzó a notar las miradas de los hombres. No era solo admiración por su belleza: era algo distinto. Su padre intuyó en el acto qué se escondía detrás de aquellas miradas y, cuando se presentaba ante los notables para susurrar sus mentiras, la llevaba con él. Delia tenía doce años cuando un joven tirano se enamoró de ella. Era una persona horrenda: no por su aspecto —Delia aún no sabía qué era la belleza masculina—, sino por la crueldad que rezumaban sus ojos. Aquel hombre enseguida pidió a su padre la mano de su hija. La quería a toda costa. Primero con lisonjas y promesas; luego con amenazas veladas. El padre solamente intentaba aguantar el tiempo necesario para subir el precio de su hija. Hizo falta toda la fuerza y la terquedad de su madre para convencerlo de que Delia todavía era demasiado pequeña para dejarla en manos de aquel sujeto: primero tendría que iniciarla en las costumbres de los hombres en materia de amor, en cómo protegerse y cómo entregarse. A menos que él, su padre, quisiera que se la devolvieran con infamia por culpa de la candidez y la inexperiencia inocente de la muchacha. Eso bisbiseó la madre al oído del padre, y solo eso lo convenció para resistir los ataques del tirano.

Delia seguía hablando mientras caía la tarde entre los árboles. Yo ya no podía leer los sentimientos en sus ojos ni ver su gesto natural de llevarse la mano derecha a la cicatriz para taparla cuando la emoción del relato le quebró la voz. Lo único que distinguía era la aureola de su pelo con la última luz. Se detuvo unos segundos al recordar el devastador momento en que, de repente, tomó conciencia de que su padre era un enemigo y su madre, cómplice: la ilusión del amor familiar que la había confortado desde la infancia se había desvanecido por completo. Y yo, mientras la escuchaba, sentía la vergüenza de los privilegiados y pensaba en mi suerte, en el amor gratuito e incondicional de mis padres, en el esfuerzo y en el sacrificio.

Delia siguió hablando. El deseo de aquel hombre prepotente y violento se volvió más acuciante. Aunque la madre había conseguido impedir que el padre llevara a la niña a palacio, el tipo enviaba a su puerta mensajeros amenazantes que preguntaban solo por él, por su padre. En cuanto oía el primer golpe en la puerta, Delia corría a esconderse por orden de su madre y escuchaba la conversación entre el padre y los enviados: susurros, largos silencios, palabras apenas sugeridas que, sin duda, debían de apoyarse en una mueca, un gesto de la mano o un guiño para ser plenamente comprensibles.

Cuando los hombres se marchaban, el padre cerraba la puerta y, tras aquellos misteriosos cara a cara, a Delia le quedaba una sensación cada vez más perentoria de amenaza: te alcanzaré. La última conversación en el umbral de la casa había sido definitiva. Después de los cuchicheos habituales, Delia oyó unos golpes sordos, imprecaciones y un lamento reprimido con el cuenco de las manos. El padre cerró la puerta y ella salió de su escondite: lo vio con el rostro pálido y los ojos muy abiertos; un hilo de sangre le caía de la oreja. La madre, llevándose las manos a la boca, se le acercó, lo hizo sentarse y le limpió la herida. Delia, también pálida, atormentada por el sentimiento de culpa y el presentimiento, tuvo que alejarse por orden de su madre. Pero oyó lo que se dijeron: «Quiere verla —advirtió él—. Si mañana no la llevo a palacio, vendrá a buscarla en persona». Así pues, al día siguiente, Delia acompañó de nuevo a su padre.

La tarde era ya densa y oscura. Delia, frente a mí, no era sino una sombra de la que distinguía algunos rasgos gracias a la claridad de un cielo que esperaba a la luna. Intuía que estaba llorando por el sonido quebrado de sus palabras; el relato era ahora fragmentado y difícil. Se me escapaban los matices de su miedo mientras seguía al padre camino de palacio, sus pensamientos de niña abandonada, la soledad que por primera vez se había presentado como una compañera inseparable.

Cuando entraron en el patio del palacio vieron a muchos hombres rodeando a otro con las manos atadas a la espalda; uno de ellos sostenía un látigo de cuero. Le daba la sensación de que estaban esperándolos, a ella y a su padre. Entendió que el hombre maniatado tenía que ser una de las víctimas de los engaños y delaciones de su padre por las miradas de odio y de miedo que le lanzaba. Todos aguardaron en silencio hasta que el señor apareció por una puerta. Este se acercó con el paso arrogante de los jóvenes mimados por el lujo y la prepotencia. Miró directamente a Delia con ojos desafiantes, hizo una señal y el hombre del látigo, de un tirón, arrancó la túnica que cubría la espalda del prisionero atado y lo obligó a arrodillarse. Empezó a azotarlo. En

el silencio helado de la escena se oían únicamente los latigazos y los gritos del torturado. Los azotes ya le habían abierto varias heridas en la espalda, pero el señor no estaba satisfecho. Se acercó, le arrebató el látigo al verdugo y siguió él mismo, con más fuerza y con un placer violento y malvado. Se detenía después de cada latigazo para mirar a Delia a los ojos, pasando la mano por el cuero ensangrentado, como si quisiera impregnarlo de ferocidad, antes de asestar el siguiente. Al fin paró de puro cansancio, mientras la víctima, desmayada, se desplomaba. El señor, aún con el arma en ristre, se acercó al aterrorizado padre de Delia, lo miró a los ojos con una promesa, le dio la espalda y se marchó.

En cuanto volvieron a casa, el padre habló con su mujer: no podían perder más tiempo; había que hacer algo sin demora. Delia, apartada, los escuchaba a escondidas. Los padres valoraron la posibilidad de huir de inmediato; pensaron en reunir lo indispensable y salir cuanto antes de la casa. Pero, cuando la madre abrió la puerta para coger la ropa colgada de la cuerda que necesitarían para el viaje, vio a los mensajeros del señor vigilando la casa. No tenían posibilidad alguna de huir: decidieron entregar a Delia. La madre, sin decir palabra, bañó a la niña, la vistió con la túnica más hermosa y le puso unas flores en el pelo. Los tres salieron juntos de casa, seguidos a pocos pasos de los hombres del señor, que se reían por lo fácil que había sido la operación para convencerlo.

Cuando se presentaron en el palacio, los ujieres y los guardias los dejaron pasar sin hacer preguntas. Los hicieron entrar en una sala y les pidieron que esperaran. Poco después llegó el señor, con los ojos radiantes de satisfacción infantil, y tranquilizó a los padres: respetaría y trataría a la muchacha a cuerpo de reina. Dijo que sabía ser muy agradecido y generoso; ellos también sacarían tajada de su amor por Delia. Se acercó a la chica y le hizo una caricia en la mejilla. Luego, con una hospitalidad inédita, decidió mostrar el palacio a Delia y a sus padres. Los acompañó en persona por escaleras y salas, cruzó el aposento principal y luego los condujo a las cocinas, donde ya crepitaban las brasas y los siervos preparaban la cena. En la mesa había un gran cuchillo que habían utilizado para despellejar los animales. Delia lo cogió, se volvió hacia aquel hombre y, justo donde la había acariciado, hundió la hoja y se hizo un corte.

Ya era noche cerrada entre los árboles. Como si se hubiera cortado en ese mismo momento, Delia lloraba con un quejido de dolor. Yo me quedé sin palabras. Todas mis hipótesis eran erróneas, e injustas. Quería a Delia y su cicatriz de libertad. Quería a la niña que había sido, la valiente decisión que

había tomado, tan cruel consigo misma y al mismo tiempo tan generosa. Me acerqué y la abracé. Ella se tranquilizó y siguió contándome que, después de ordenar a los siervos que limpiaran la sangre que había manchado el suelo, el señor del palacio los expulsó en el acto y decretó el exilio para sus padres. Al día siguiente, el padre, con la excusa de buscar a un curandero que le cosiera la herida, montó a Delia en su carro y puso rumbo a otra ciudad. Tras horas de camino, frenó a los animales y ordenó a su hija que se alejara y se escondiera detrás de las rocas para hacer sus necesidades. Delia no tenía ganas, pero obedeció. El terreno era difícil y escarpado. Trepó por entre las peñas y las piedras: las sandalias le impedían avanzar rápido; a cada paso se hacía daño, resbalaba. Mientras procuraba esconderse, oyó que el carromato reanudaba la marcha. Se levantó y, aunque intentó alcanzarlo, el terreno era demasiado abrupto. Cayó al suelo y se hizo una herida en la rodilla. Su padre la había abandonado. Y Delia había aprendido a abandonar. Así pues, la muchacha empezó una nueva vida, de mujer adulta, sola, en la calle. Con la felicidad, la soledad y los compromisos de su libertad. La herida abierta se transformó en cicatriz y Delia aprendió a vivir buena parte del día debajo de sus velos. Al cabo de unos años, encontró a Barrabás y su circo.

La oscuridad nos había separado de todo lo demás. Le confesé a Delia que no sabía volver al carro y ella se echó a reír entre las lágrimas de su recuerdo desfigurado: confiaba en mí para regresar. Los dos nos reímos de nuestra incapacidad para ser adultos, de no haber previsto nada para la vuelta, de carecer de la sabiduría para tomar precauciones. «A saber lo que se imaginarán los demás cuando vean que no estamos», le dije incautamente. Delia se puso seria y taciturna. No quería resultar ofensivo ni proponerle nada, aunque ya había soñado que la acariciaba y la abrazaba. Creía que después de que hubiera posado sus labios en los míos y tras confiarme su largo relato personal y doloroso, nuestra intimidad se habría consolidado. Sin embargo, Delia se apartó de mí, se puso de pie y empezó a buscar el camino de regreso. Aquel silencio incómodo se rompió con los ladridos alegres de un perro: era Clavo. Nos había buscado y nos había encontrado. Fue él, después de que lo recompensáramos con caricias y abrazos, el que nos guio de vuelta al carruaje.

Como imaginaba, los demás nos recibieron con guiños y dobles sentidos. En cambio, Barrabás estaba serio y guardaba silencio. Nos dijo que era tarde y que ya era hora de acostarse. Al amanecer nos esperaba un día duro: justo al doblar la curva, al otro lado de la espesura, se desplegaba el mercado de una aldea donde celebraríamos nuestro espectáculo decisivo.

Recuerdo aquella mañana mientras me enfrasco en las primeras tareas cotidianas. El amanecer de Nazaret, con su repetitividad invariable, me recibe con la ilusión de la promesa: hoy pasará algo; es hora de cambiar. El mundo, al otro lado del huerto donde cada tarde hallo paz, aún envuelto en la oscuridad, con sus colinas de cimas, gargantas y recovecos idénticos, parece distinto. Todo se me presenta como recién nacido. Los nudos y las vetas de la madera de las tablas cepilladas muestran pliegues y direcciones que ayer no estaban, como si los diablos de la noche se hubieran divertido borrando las señales del pasado para presentarlas con aspecto de novedad. Siempre tengo la sensación de que el día prepara una trampa. También el rumor de las abluciones de mi madre —que por pudor espera a que salga de casa para lavarse— tiene una sonoridad nunca oída. Cada día hay un detalle que cambia para ofrecerme esperanza: hoy será diferente. El sol, que todavía no asoma por el horizonte, se divierte dibujando como algo inédito todo lo que siempre ha estado ahí. Pero no hay novedad, y esta broma de luces y de sombras se repite, idéntica, desde el principio.

También aquel amanecer de mi adolescencia, junto al mercado de la aldea, con un sol que se demoraba en salir, me pareció ver nacer un nuevo día. Desde la primera mirada de Delia, tan perezosa al despertarse, tan lenta para salir del carro, aquella mañana era más intensa y movida que de costumbre. También eran distintos los ojos de Barrabás, que, siempre iluminados por una llama de inteligencia, ahora me parecían opacos por la preocupación y los nervios: algo lo inquietaba. Yo había aprendido a detectar cuándo urdía un plan, un negocio, una estafa. Una huida.

Cuando el mercado se llenó de campesinos que volvían de los campos —a veces vendían, a veces compraban—, de viandantes, de madres con lactantes en brazos seguidas de niños, y de artesanos de la madera, del cuero y del metal, decidimos entrar en escena. El mago egipcio había borrado mi cara con sus cremas y el turbante: una labor atenta y minuciosa, como si él también notara, sin ser consciente, lo decisivo que era aquel día. Una vez más presenté el espectáculo con las bromas habituales, las provocaciones medidas y las frases irónicas sobre mis compañeros de circo. El público reía. Y, sin embargo, yo notaba cuán desgastadas estaban ya esas palabras, el sabor a rancio y a repetición. Mi propia voz parecía la de otra persona, un adulto que fingía la despreocupación de un niño, un charlatán que vendía productos viejos. Ya no era capaz de encontrar nuevos términos y nueva savia para aquel guion exhausto.

Cuántas veces, también en la madurez, los acontecimientos cotidianos, las escasas conversaciones con mi madre y con los vecinos, los fenómenos atmosféricos, el paso de las nubes, el propio aroma del aire, traían un mensaje, un presagio, el adelanto de un futuro apenas incubado y todavía indefinido. Así, aquella sensación de discurso viejo con palabras falsas me advertía que un camino se había terminado, que un tiempo estaba a punto de cerrarse para que otro pudiera abrirse. No tardaría en descubrir qué me deparaba el futuro.

El espectáculo en aquel mercado también salió bien. La gente se reía, aplaudía, contenía el aliento en los tramos más arriesgados —se nos daba bien fingir el peligro sin riesgos, la fuerza sin esfuerzo— y animaba los números y las acrobacias con gritos incitadores. Guardó un silencio emocionado cuando Delia, acompañada de mi flauta, se exhibió con su danza velada. Me esfuerzo por conservar una esquirla de aquel momento en la memoria. Pero cada vez es más fina, evanescente. No es la dulzura de Delia lo que se clavó en mi recuerdo: era la última vez que la acompañaba con la flauta, eran los últimos momentos que la veía. Los penúltimos, mejor dicho.

Cuando dejé de tocar, la gente se acercó con obsequios y monedas. Fue un éxito: recogimos bastantes limosnas y mucha comida. El público había llegado a la conclusión de que yo era el director, el encargado de orquestar aquella puesta en escena de engaños, solo porque prestaba mis palabras a su presentación. Todos me buscaban y me felicitaban. Me pedían permiso para dar un apretón de manos a los forzudos, para echar un vistazo en la caja de la contorsionista, para curiosear en los trucos del mago egipcio y para volver a ver la belleza velada de Delia. Entre los muchos que se acercaron, llegó un hombre vestido con ropa cara: era un comerciante que había hecho fortuna con el transporte de frutas y hortalizas, pagándoselas baratas a los campesinos y revendiéndolas caras en las ciudades. Estaba entusiasmado con nuestros números, sonreía con sinceridad y un destello de admiración en sus ojos. Quería invitarnos a comer en su casa y oír nuestras historias de nómadas saltimbanquis. Busqué a Barrabás para informarlo del convite. Estaba sentado solo, apartado del grupo, pensativo. Le hablé del almuerzo gratuito que nos ofrecían: jamás habíamos declinado una invitación a comer. Barrabás se quedó un buen rato en silencio. Luego dijo que fuéramos todos. Él no iría: no quería dejar el carromato solo en el mercado; no se fiaba de algunas caras que había visto entre el público y que seguían rondando por allí. Era la primera vez que Barrabás renunciaba a una comida de balde.

Los demás seguimos al comerciante, que vivía en un palacio al otro lado de la aldea, en el campo, rodeado de espléndidos olivos cargados y ya listos para la recogida. Unos mensajeros nos habían precedido para anunciar el banquete y poner a los cocineros manos a la obra. En el fuego asaban la carne, y ya habían servido las verduras y el vino. Nuestro anfitrión era divertido. Venció su timidez y nos hizo varios números de malabarista con pequeñas pelotas de cuero que lanzaba al aire y a las que añadía una más cada vez. Se le daba bien. Nos preguntó si aquel número tendría cabida en nuestro circo: estaba cansado de llevar la vida sacrificada del comerciante, siempre condenado a largos viajes en todas las estaciones, con las piernas hundidas en los barrizales de los campos cuando llovía o bañado en sudor por el calor tórrido del verano. Nos miramos entre nosotros y soltamos una señora carcajada: respondimos que sí, que tendría cabida, pero le aconsejamos que no dejara su trabajo. Nos dimos un buen atracón y bebimos en igual medida. Yo, que todavía iba maquillado y con el turbante en la cabeza, era el centro de atención. Me reía y me mostraba amable con todo el mundo, aunque sentía una desazón que me desconcertaba. Esa sensación de final que había notado durante el espectáculo había vuelto, y mi alegría no era auténtica. ¿Qué me perturbaba? Era un chico con antenas sensibles, pero con escasa capacidad de análisis. Hoy, cuando lo recuerdo, veo que lo tenía todo delante de las narices, pero no lograba entenderlo. Buscaba a mi alrededor el motivo de aquella inquietud y no lo encontraba. Miré a los invitados, busqué entre mis compañeros y por fin lo comprendí: Delia no estaba con nosotros. ¿Cómo había podido pasar por alto su ausencia? Yo, siempre tan atento a ella, tan cautivado y extasiado por el cuerpo que imaginaba bajo sus velos, la había olvidado unas horas. Supuse que se habría mantenido al margen, siguiendo los dictados de su pudor; que se habría quedado entre los olivos del jardín para no despertar más curiosidad. Fui a buscarla. Primero por las salas del palacio, abarrotadas de invitados. Luego por los senderos del campo. Al final, llegué a la conclusión de que se habría quedado en el carro, abrumada por su exceso de timidez. Me encaminé hacia allí. Algo en mi interior debía de haberlo advertido. No tenía motivos para abandonar la fiesta, la comida ni a mis compañeros, pero lo hice movido por una urgencia inconsciente por saber la verdad. Crucé la aldea vacía: todo el mundo estaba en el palacio del comerciante, que, abriendo sus puertas para la ocasión, había mostrado una generosidad que los campesinos le devolverían con ajustes en los precios. Mientras recorría las callejuelas desiertas, intentaba encontrar una justificación, eludiendo la más obvia y, para mí, terrible realidad. Pensé que

se habría cansado en la danza final; un malestar causado, quizá, por la reciente y salvaje confesión de cómo se había hecho la cicatriz, por la nostalgia de un amor familiar que nunca había tenido. Incluso pensé que se habría torcido el tobillo por culpa del suelo irregular en el que actuábamos. Ya veía el carromato en la explanada del mercado: nadie alrededor. Esperaba ver a Barrabás con su amenazante actitud de vigilancia, pero me sorprendió no encontrarlo. Me acerqué al carro en silencio, pensando que unos ladrones lo habrían reducido. Me los imaginé todavía dentro, hurgando en nuestro equipaje. Poco a poco, con sumo cuidado, me asomé al interior. Y los vi: estaban desnudos; Barrabás, encima de Delia, se movía como un animal. Ninguno de los dos hablaba. Era la primera vez que veía el amor físico. A pesar de que me lo había imaginado en más de una ocasión, sobre todo después de conocer a Delia, era ajeno a cualquiera de mis fantasías. Estaba profundamente turbado. No sabía por qué. Seguí ahí, mirándolos. De repente Delia se fijó en mí. Me observaba sin expresión, por encima del hombro de Barrabás. Su cuerpo se movía, respondiendo a las embestidas de él. Aparté la mirada, descompuesto.

Este es el recuerdo más vívido que conservo de Delia: no su danza liviana entre los velos, no la cicatriz en la mejilla preciosa, no su voz cautivadora, sino aquella mirada vacía de pensamientos, pero llena de un éxtasis que parecía no pertenecerle. He tenido mucho tiempo para reflexionar sobre la escena, para repasar unos sentimientos que me abrumaban. En aquellos momentos me guio el instinto de supervivencia, que entendió el daño que podía hacerme esa imagen. Delia nunca me había prometido su amor; estaba libre de cualquier voto o vínculo. Pero yo me sentía ofendido y traicionado. Me alejé del carro y de la aldea deambulando. Estaba desesperado. Unas lágrimas de rabia y de traición surcaban los colores de mi rostro dejándome estelas pringosas en las mejillas que tornaban aún más obscuro y cruel el maquillaje del mago. El turbante se me cayó sin que me diera cuenta. Así vagué largo rato. Encontré un abrevadero donde me enjuagué la cara intentando limpiar también la impresión salvaje que me había dejado la imagen de la cópula de Delia y Barrabás. Muchos meses después, volvía a sentirme solo.

Decidí abandonar la aventura del circo. Aquella etapa se había cerrado para mí. No aceptaría más propuestas ni la hipocresía de hacer como si nada. Haría prevalecer la ofensa de mi corazón. Mientras volvía al carromato, me repetía las frases que soltaría con decisión a Delia y a Barrabás: no quería que estuvieran dictadas por la rabia, sino por una gélida y áspera determinación.

Cuando llegué a la explanada del mercado, vi a mis compañeros de circo, pero no el carro: Delia y Barrabás habían huido. Incluso los forzudos, tan dispuestos a vengar cualquier afrenta, parecían abatidos y resignados. Allí estaba todo. Por la mejilla de la contorsionista caía una lágrima: su caja, donde había pasado tanto tiempo de su vida nómada, había desaparecido con el carromato. Pero era solo una lágrima: el comerciante que nos invitó a comer le había propuesto matrimonio. Ella iba a aceptar. También a los forzudos y al mago egipcio se les había planteado la posibilidad de un nuevo trabajo: por de pronto, la recogida de la oliva y, luego, quién sabe. Incluso para los músicos, para Elkia y hasta para mí, se presentaba la oportunidad de ganar dinero en las futuras fiestas y otros momentos de solaz en palacio. De repente caímos en la cuenta de que con Delia y con Barrabás se habían esfumado todas nuestras ganancias, ocultas en el escondrijo secreto bajo el carro. Y yo, tan combativo y dispuesto a vengar el final de aquella etapa, para que pesara sobre la conciencia de Delia y de Barrabás, comprendí que me lo habían robado todo: también la bolsa con las monedas de mi primo Juan. Sí, volvía a estar solo y traicionado. Incluso Clavo, nuestro perro, había escapado en el carromato.

CAPÍTULO SEIS

Cuando por fin llegué a Nazaret, mi madre no me preguntó nada. Me dio un largo abrazo, en silencio. En mi cara debía de leerse que no sería capaz de soportar un interrogatorio ni una crítica. Ella puso a raya todo atisbo de curiosidad e inquietud. Se pasó días mirándome sin hablar. Había huido con cara de niño y, ahora que volvía a abrazarme, ya era un adulto. Tenía diecisiete años y una densa pelusa en la cara que me hacía parecer mayor. Debía de leer en mis ojos la tristeza de mi fracaso: no había encontrado a mi padre.

Mi largo viaje después de la fuga de Delia y Barrabás fue horrible. El tiempo se había vuelto húmedo e inclemente: el otoño dejó paso a un invierno repentinamente gélido y hostil. Estaba solo. Después de meses y meses de obligada compañía siguiendo el carro de Barrabás, aquella soledad me pareció extraña y severa. Pero necesaria. En compañía de los demás me habría visto obligado a contener la rabia y la desesperación por lo que consideraba, después de la huida de mi padre, la enésima traición. El recuerdo de Delia unida a Barrabás en la oscuridad del carromato seguía hiriéndome; en ocasiones se me hacía insoportable. A veces sufría arranques de ira en mitad del camino, una violencia muy poco propia de mí, desconocida, sorprendente, que descargaba quebrando las ramas de los árboles, lanzando piedras a los perros incautos que se me ponían a tiro, agarrando matorrales de malas hierbas y arrancándolos de raíz, pateando los cantos rodados y las piedras de los senderos. Rabia. Hoy la controlo, la gobierno, forma parte de mí: me ayuda a no abandonarme definitivamente. Es la última dosis de humanidad que conservo. Sin embargo, cuando todavía era un chico, aquella rabia tenía la urgencia de expresarse ante el mundo. Recuerdo que, en el viaje de vuelta, tan amargo y feroz, me hice daño en un tobillo a fuerza de dar patadas: un esguince. Pasé dos días cojo y dolorido. Me quejaba a cada paso, pero era un dolor hermoso. Y justo. Hoy, cuando pienso en aquellas semanas difíciles — un viaje incierto: no sabía dónde me encontraba ni en qué dirección estaba Nazaret—, me pregunto por qué quería castigarme. Como si el abandono de Delia fuera culpa mía. Y el abandono de mi padre. La punzada que sentía en el tobillo debía servirme para recordar lo ingenuo que era y lo poco preparado que aún estaba para la vida adulta.

Probablemente lo sigo estando. Por las noches, después de tocar la flauta para estas puestas de sol pervertida por el exceso de calor y el hedor de las hojas podridas en la tierra árida, mientras espero la voz de mi madre, que me avisa para la cena, me acaricio el brazo izquierdo, encima de la muñeca, y siento latir la cicatriz de una herida ya antigua que, estremeciéndome, me recuerda lo extremo e imprevisible que puedo llegar a ser.

Hacía tres días que había dejado a mis compañeros del circo y se desató una tormenta: llovía a cántaros, entre truenos y rayos, y, aunque el sol todavía estaba alto, el cielo se había encapotado con nubes negras y bajas. Salí del camino porque el agua bajaba a toda velocidad, impetuosa: varias veces estuve a punto de caerme, de verme arrastrado. El hambre y la frustración me habían debilitado, y tuve que hacer largas paradas para retomar el aliento. Llevaba horas sin cruzarme con un hombre o un animal; estaba solo, a merced de la naturaleza enfurecida, que reflejaba mi rabia a la perfección. Me acurruqué, calado hasta los huesos, debajo de un saliente de roca que parecía ofrecer cobijo. Desde allí, a cubierto, observaba el mundo chorreante. Tenía la mente en blanco, aturdido por una mezcla de sueño y cansancio, como un bobo bajo un cielo que se movía sin cesar: la niebla, una masa gris que a veces tocaba el suelo, multiplicaba mi sensación de soledad y mi confusión juvenil. Bajo mis pies, la tierra se transformaba rápidamente en barro y se deslizaba cuesta abajo. No hacía frío, pero estaba temblando. Intenté consolarme recordando los días de lluvia en el circo cuando, imposibilitados para representar nuestro espectáculo, contemplaba junto a Delia, felices y resguardados en el carro, el mundo mojado, los mercados desiertos, el descanso obligado de nuestros compañeros, a los que oíamos roncar. Nos reíamos en silencio de aquellos ruidos extraños mientras acariciábamos a Clavo, que se acurrucaba entre ella y yo. Nos mirábamos a los ojos sin decir palabra. Cuando me cansaba de contemplar la lluvia, buscaba en el equipaje la bolsa con las herramientas que José de Jerusalén me había regalado. Representaban una promesa de futuro, pero se habían quedado en el carruaje. ¡También aquellas herramientas me habían robado con su traición y su fuga! No caí en la cuenta hasta ese momento, empapado por la lluvia, débil por el agotamiento. Y no podía soportar la ofensa de aquel robo, la afrenta a la generosidad y la amabilidad de aquel viejo que tanto aprecio me había tenido. Entonces volvió la rabia creciendo a oleadas que me arrollaban. La ofensa infligida era irreparable. El agua embarrada transportaba zarzas arrancadas por la violencia de la tempestad. Cogí una puntiaguda y me clavé una espina en el brazo con todas mis fuerzas, encima de la muñeca. No sentía el dolor y

la hundí aún más en la carne. ¿Por qué lo hacía? ¿Qué perturbación intentaba aplacar al herirme? Hoy por hoy, aquel recuerdo sigue siendo misterioso y angustiante. Me aterroriza. Hay una parte de mí capaz de torturarse, de hacerse daño voluntariamente, de sangrar. Y no sé por qué. Busco en mi interior, en lo más profundo de mis miedos, en esa zona oscura e insondable que siento presente y alerta, que a veces noto crecer con mi melancolía congénita, pero no consigo ahondar, me quedo en la superficie de mi malestar, incapaz de ir más allá. Al menos a Delia, cuando se desfiguró la cara, le movía el rechazo por aquel hombre y por su amor. Era una herida de libertad. Pero ¿qué era la mía? ¿Qué me habían enseñado José y María para que fuera capaz de superar el obstáculo instintivo de proteger mi propio cuerpo? ¿Qué no había entendido, qué había malinterpretado de toda su preocupación por mí, de aquella ansiedad familiar por que estuviera a salvo? Algo había permeado a través de los silencios con los que respondían a mis preguntas, a través de las miradas largas e indagatorias, a través de sus mentiras por mi bien. Querría preguntarle a mi madre, que hoy me ve adulto y taciturno, hombre de pocas palabras, solitario, qué buscaban en mí y no encontraban. ¿Qué fue lo que vieron, que trascendía sus propios proyectos, tan opuestos e irreconciliables? ¿Qué descubrieron exclusivamente mío, salvaje e irreprimible, bajo el pulido de las lecturas vespertinas con mi madre, que recuerdo inevitables y claustrofóbicas, relato de destinos ya escritos, sacrificiales? ¿Qué intuyó mi padre en los pocos años en que convivimos durante mi infancia, que frustró toda posibilidad de que me educara, toda esperanza de criarme como un muchacho honrado y trabajador, humilde y humano, hasta llegar al punto de abandonarnos y huir? ¿Lo hablaría con su mujer? ¿Qué más calla mi madre? No tengo valor para interrogarla como si fuera una sospechosa reacia a hablar; no tengo valor para reabrir heridas antiguas que irremediablemente inflammarían otras. La observo en sus labores cotidianas, encorvada por el cansancio y el peso de sus recuerdos. Compartimos nuestros silencios de supervivencia.

Miraba aquella espina clavada en mi brazo. No tenía miedo, sino una curiosidad cansada y enferma. Seguí hurgando en la llaga hasta que la sangre empezó a brotar en abundancia diluyéndose en la lluvia, tiñendo de rojo el barro a mis pies. Me quedé mirando un buen rato aquella parte de mí que se perdía rápidamente, inútil. De pronto, recorrido por un escalofrío de conciencia, tuve miedo. Miedo a morir. Me saqué la espina y, con un jirón empapado de mi túnica, vendé la herida. Con la mano derecha tiraba con fuerza de los extremos de la tela, confiando en que la hemorragia parara.

Pasaron horas. Y, cuando por fin paró, ya era de noche. Seguía lloviendo, pero con menos insistencia. Me acurruqué en aquel refugio provisional y me dormí. Fue un sueño frágil. Los truenos que resonaban en el cielo me despertaban de repente. Seguía temblando. Me dormía de nuevo. A través de los párpados cerrados distinguía el resplandor de los rayos, que se confundían con la luminiscencia de mis sueños inquietos. Volví a despertarme: no eran los truenos ni los rayos, sino el dolor de la herida que me había hecho en el brazo. Un malestar profundo, sin sosiego. Decidí cambiar la venda con otro jirón arrancado a la túnica y la apreté con todas mis fuerzas; el dolor era tal que no podía sentir nada más. Entendí que solo durmiendo podría mitigarlo. Fue difícil volver a conciliar el sueño, pero acabé consiguiéndolo. Soñé que unos perros negros me seguían, que me clavaban los dientes en el brazo. Eran mis perros salvajes e íntimos, mis fieras internas, que saldrían para morder a los demás.

Cuando me desperté, tenía fiebre. Temblaba hasta la convulsión, los dientes me castañeaban. Por más que me concentrara, por más que intentara tomar conciencia de mi cuerpo, era incapaz de frenar los escalofríos. Había dejado de llover. A través de las nubes, el sol lanzaba miradas tímidas al mundo empapado por la lluvia y, de vez en cuando, me llegaba un rayo de calor: era un alivio. La ropa, todavía húmeda, empezó a secarse. De mi cuerpo se elevaban nubes de vapor. Estaba agotado. Confundía la vigilia con el sueño en una combinación de cansancio y fiebre. Mezclaba recuerdos antiguos de mi niñez, destellos delirantes de mis fiebres infantiles, tan repentinas y violentas. Me parecía ver a mi madre, sentada a mi lado, refrescándome la frente con su paño húmedo cuando, en la cama, juntaba los pies y extendía los brazos en cruz. No recuerdo cuánto tiempo estuve así. Cuando me desperté por completo, ya estaba bien entrado el día y el brazo volvía a dolerme. Me quité la venda, roja de sangre y amarilla de secreciones, y vi la llaga: era horrible; la sentía pulsar por el dolor, hinchada e infectada. Me puse en pie. Aquella postura incómoda, al resguardo del saliente de roca, me había dejado la espalda agarrotada y las piernas débiles y acalambradas. Quería moverme, emprender el camino de vuelta a casa. Con gran esfuerzo, bajé por la ladera sujetándome el brazo. A cada paso, una punzada de dolor me fulminaba y me arrancaba un lamento. Volví al camino y reanudé la marcha. Lenta, dolorosa. Notaba el mareo de la fiebre subir desde el estómago, una fuerte presión en las sienes, un silbido agudísimo en los oídos. No podía dar un paso más y me vi obligado a parar y sentarme en una enorme roca. Luego, todo se volvió confuso, opaco. Probablemente me desmayé. Cuando volví a abrir los ojos,

me vi en el suelo, tirado en el barrizal de las lluvias. Estaba otra vez sucio y mojado. La herida del brazo se había abierto y volvía a sangrar, aunque me pareció que el dolor se había atenuado. Me quité otra vez la venda: ya no estaba hinchada. La nueva hemorragia había limpiado los bordes, que, a pesar de ser irregulares, parecían menos inflamados. Frené la sangre con otro trozo de tela. Aún tenía fiebre, pero seguí la marcha.

Me acuerdo a menudo de aquella noche terrible, de los dolores y del miedo de morir. Y, pese a todo, nunca he pensado que hubiera podido evitar aquella herida y el riesgo de que se infectara con la sencilla decisión de no hacérmela. Es una posibilidad que nunca he tomado en consideración. Cuando volví a casa, mi madre reparó enseguida en la cicatriz todavía reciente del brazo, en cuanto trajo el primer cubo de agua para limpiarme el barro y la suciedad del viaje. No me preguntó nada.

Unos días después, sentados a la mesa para el almuerzo, no pudo reprimirse: rodeó mi mano con las suyas y, suavemente, me acarició la herida. Quién sabe qué imaginaría mi madre, qué aventura construyó alrededor de aquella cicatriz, qué riña o batalla, qué amenaza y qué peligro pensó que habría corrido su hijo, aquel niño al que vigilaba desde lejos mientras se bañaba con los demás, entre risas, a orillas del río egipcio. Nadie quiere matar a tu hijo, madre. El único enemigo es él mismo. Y, sin embargo, a través de la ternura de sus dedos en mi llaga, sentía una melancolía dolorida y resignada, un tributo, un sacrificio hecho a través de su dolor, que era el mío.

Pasaron los años. La cicatriz se volvió parte de mi piel. A veces se inflama: un acceso de aquella rabia que querría volver a expresarse. La herida se hincha como si debajo, mezclado con la sangre, corriera aún el veneno del desencanto: intenta volver a abrir la antigua puerta por la que asomó por primera vez. Y ayer, como hoy, son los silencios de mi madre los que me indican el camino. Nada la sorprende, sigue el guion de una representación que va adaptando según las circunstancias, como hacíamos en el circo de Barrabás, mercado a mercado.

Recién llegado de la vana búsqueda de mi padre —fue un viaje difícil, marcado por las paradas y las dudas sobre la dirección de casa— me abrumó una sensación de inutilidad. No tenía nada que hacer ni que imaginar. Seguía haciéndome daño con el recuerdo de la traición de Delia. Ayudaba a mi madre en las tareas domésticas, iba al pozo por agua, la acompañaba al mercado para trocar alimentos y tomar pequeños encargos de costura que ella hacía a la luz del candil, después de cenar. Había vuelto al papel de niño. Me sentía un peso para ella. En aquellos años se las había apañado con lo poco

que le ofrecía el huerto —cultivaba una sola parte, lo que le permitían sus pocas fuerzas—, y ahora yo había vuelto para redoblar su esfuerzo. Me asomé al patio de atrás, en el que mi padre trabajaba de carpintero. Solo quedaba su mesa de trabajo, donde fingía necesitar mi ayuda: allí había aprendido a acariciar la madera. Restaban pocas de sus herramientas, algunos mangos hechos por él mismo, pero los formones de hierro, las sierras y los escantillones para tomar medidas se los había llevado. Tal vez para disuadirme de seguir con su oficio, de mucho esfuerzo y pocas ganancias. ¿Qué otra cosa habría podido hacer, padre? ¿Qué imaginabas para mí?

Había tablas apiladas, listas para el cepillo, viejos troncos aún sin desbastar. Comencé a poner orden entre sus cosas abandonadas, a catalogar lo que había dejado: algunos clavos sin usar, otros pendientes de enderezar; viejos pinceles ya inservibles, con las cerdas pegadas con cola; grumos de cera de abeja para suavizar las vetas más obstinadas; varias cabezas de martillo fijadas a mangos partidos. También era una evocación de mis recuerdos, de lo que quedaba de José. No era mucho, pero empecé por lo poco que había. Fui a buscar al herrero, un viejo amigo de mi padre que había forjado varias de sus herramientas. A cambio, él desbastaba los mangos de sus pinzas, que se enfrentaban al fuego líquido del horno, y construía sólidas mesas de trabajo que pudieran soportar los golpes de su maza. Le pedí ayuda para mis nuevas herramientas: le pagaría con mi trabajo de carpintero. Como mi padre.

Así empecé a trabajar. Hizo falta tiempo. Todavía eran pocos quienes confiaban en mi pericia. Titubeaban. Cuando tenían que arreglar una mesa, una silla o una puerta descolgada, preferían apañárselas por su cuenta. Sabía que en Nazaret me llamaban *el hijo del carpintero*, como si aquel título aún no fuera mío, solo de mi padre. Los primeros en tomarme en serio fueron los pastores, los que vivían más apartados de la aldea, que ni siquiera conocían a mi padre. En sus trashumancias me habían visto en el patio, atareado con las tablas abandonadas, desbastando troncos. La pelusa que me crecía a modo de barba, y que me hacía pasar por un adulto, los había convencido para hacerme un encargo. Las puertas de sus rediles no soportaban los excesos de los rebaños y las coces de los burros: querían que las arreglara y las hiciera más resistentes. Mis viajes a las majadas a lomos de la burra le resultaban agotadores al animal, pero este aún tenía la fuerza de la madurez, y no las rodillas frágiles de la vejez.

Tomé las medidas de los vanos de sus grutas. Como sustitución temporal de las puertas, cerré el aprisco con una telaraña de cuerdas que parecía eficaz

aunque incómoda. En cuanto volví a casa, me puse manos a la obra de buena gana. La madera que mi padre decidió no llevarse me fue muy útil. ¿Intuiría acaso que me habría venido bien para aquellos comienzos difíciles?

En las puertas reconstruidas clavé un robusto travesaño de esquina a esquina. Los pastores quedaron contentos con mi trabajo: resistía a las embestidas de las cabras y los carneros, si bien no tanto a las coces de los burros. Así pues, clavé dos travesaños, en forma de cruz. Funcionaban. Entre los dueños de las majadas se corrió la voz. En aquellos años, los pastores eran de los pocos que me daban trabajo. Más de una vez, mientras montaba una puerta, el dueño me decía que también su vecino necesitaba que tomara medidas para la entrada de su redil. Una cadena de necesidades y urgencias—incluida la mía— que afrontaba a lomos de la burra. Normalmente me llevaba el pan de casa y los pastores ponían el queso. Intentaba ser honrado con mi trabajo, pero sabía que, al cabo de unos años, quizá meses, el viento, la lluvia y la violencia de las estaciones vencerían la resistencia de la madera: pronto volverían con nuevos encargos. Aquellos meses de trabajo ininterrumpido habían fortalecido mi físico: a fuerza de cepillar las tablas, los músculos de los brazos se me habían tonificado; con el transporte de los maderos y el esfuerzo de montar las puertas, la espalda se me había ensanchado. Me había convertido en un hombre fuerte.

Con los años llegué a conocer a los pastores de las majadas personalmente. A menudo trabábamos amistad. Apunté las medidas de todas sus puertas, así que ya no necesito cansar a la burra con más viajes. También les enseñé a fijarlas a los quicios. En sus continuos traslados, se detienen con el rebaño delante de casa. Me ofrecen queso y yo los correspondo con vino. Me avisan de que la puerta ha vuelto a ceder y, al cabo de unos días, vienen a llevársela. Aun así, al principio era un carpintero viajero. No bastaban las buenas palabras sobre mi destreza de artesano, que mi madre dejaba caer a vecinos y conocidos: seguían sin hacerme caso. La experiencia acumulada con el circo de Barrabás me llevó a dirigirme a otras aldeas. Volví a frecuentar los mercados. Trabajaba allí mismo con las herramientas que llevaba en una bolsa, arreglando objetos sencillos, reparando sillas y cajones como me había enseñado José de Jerusalén, o me hacía cargo de tareas más laboriosas que realizaba en el taller del patio, detrás de la casa. Varias veces me crucé en los mercados con los carromatos de circos ambulantes, charlatanes nómadas y artistas saltimbanquis. Y, cada vez, con un nudo en la garganta, me prohibía asistir a su espectáculo. Necesité años para ganarme la confianza de Nazaret y poder prescindir de mis viajes.

El primero que me puso a prueba fue el padre de un niño que tenía los ojos pequeños y almendrados. Un padre conocido y compadecido por todos, que reprimía la inmensa desesperación por la desgracia de su hijo —que no hablaba y no entendía nada, y se limitaba a reír sin motivo de estar en el mundo— intentando afrontar la condición excepcional y terrible de su paternidad con la ilusión de que era normal. Procuraba mostrar intacta su dignidad, se vestía con el esmero de los pobres y hacía lo propio con su hijo. Había perdido a su mujer en el parto y se ocupaba de todas las necesidades del niño sin ayuda. Era incapaz de realizar ningún trabajo y vivía, como otros muchos, de la generosidad de la aldea. Los ojos de aquel hombre, a pesar de que hacía de todo para no enloquecer, revelaban el fondo de su abismo. Estaban inyectados en sangre por la batalla interna que se obligaba a luchar para no dejarse llevar, marcados por las ojeras del sueño. Cargaba a hombros con la suma del sentimiento de culpa y de la superstición del estigma, pues aquel hijo distinto debía encarnar la condena por un pecado heredado de su padre. Y se preguntaba a diario por el misterio de su desgracia. Todos veíamos —yo el primero: la cabaña de aquel hombre estaba solo a doscientos pasos de nuestra casa— la antorcha encendida hasta la mañana porque el niño, sin reglas ni horarios, ajeno a cualquier orden en las comidas y el sueño, no lo dejaba descansar. Necesitaba en todo momento cuidados y vigilancia porque se metía en la boca todo lo que se encontraba y ya había estado a punto de asfixiarse varias veces. Los veía a menudo, después del esfuerzo del trabajo vespertino, mientras descansaba en el patio con un vaso de agua que me había traído mi madre, paseando hasta la puesta de sol. El padre le daba la mano al niño, que se movía a trompicones, pero en otras direcciones. Un padre paciente y cariñoso. Nunca lo vi zarandear ni tirar de su hijo. Cuando se quedaba clavado porque estaba cansado o tenía otra meta que no sabía comunicar, cuando apagaba su eterna sonrisa y se echaba a llorar, el padre lo cogía en brazos y, caminando, le cantaba una canción cuya dulzura desesperada se intuía desde lejos.

Se presentó una mañana de la mano de su hijo. Tenía una mirada penetrante y al mismo tiempo evasiva. Mientras me hablaba, movía los ojos buscando algo que no encontraba o imaginando algo que no decía. El niño se había sentado en el suelo y estaba balanceándose. Había cogido algunos descartes de mi trabajo que el padre le quitó rápidamente de las manos. Entonces le di un trozo de madera más grande que no pudiera tragarse. El padre se pasó todo nuestro primer encuentro sacando de la boca de su hijo las astillas de madera que el niño arrancaba con los dientes. Me contó que había

ido a verme porque en sus noches sin descanso había intentado imaginar cómo conciliar el sueño sin poner en peligro a su hijo. Mientras el hombre hablaba, yo me decía que ningún sistema ni invención bastarían para hacer sus noches más serenas —aquella desesperación tenía un origen más hondo—, pero lo escuché con atención y amabilidad. Al principio, me dijo, había pensado atar a su hijo al camastro para que no pudiera levantarse y ponerse en peligro mientras él por fin dormía. Pero tuvo miedo de que la cuerda se le enredara en el cuello y acabara asfixiándolo. En la confusión del duermevela, angustiante porque estaba obligado a no perderlo de vista —aunque el pequeño se durmiera, el padre sabía que no tardaría en despertarse—, se le ocurrió un nuevo invento. No encontró las palabras para expresarlo y decidió dibujarlo con un bastón en la tierra que había delante de la casa. Era una cama pequeña, pero rodeada por unos laterales altísimos: una jaula a cielo abierto que mantendría a su hijo fuera de peligro para que él por fin pudiera cerrar los ojos. Aunque me pareció una idea inteligente, en mi fuero interno me hacía gracia: después de construir las puertas de las majadas, me tocaba ponerme a prueba con otra prisión; más que en carpintero, me estaba convirtiendo en carcelero. Le respondí que lo haría, aunque sabía que no podía pagarme con nada. Aquel hombre y su hijo despertaban mi pena, pero también mi ternura, por los cuidados, el amor y la preocupación que el padre dedicaba al pequeño. Me preguntaba si era el amor verdadero o la pesada carga de la responsabilidad del cuidador lo que marcaba de angustia su vida.

Empecé ese mismo día, trabajando en la pequeña cama las primeras horas de la mañana, cuando aún no había demasiada luz, para poder liberarme pronto y abordar encargos más rentables. Mientras cepillaba las tablas de los laterales, miraba la casa de aquel padre, tan cercana: seguía velando por su hijo, pues la antorcha todavía estaba encendida. En aquellos días, al atardecer, padre e hijo aprovechaban la ocasión para parar delante del patio y ver cuánto me faltaba para terminar. Una vez ofrecí un vaso de agua al padre e intenté poner en las manos del hijo un cuenco con leche de cabra, pero el hombre me detuvo: iba a mancharse y tendría que lavarlo. Aunque no le preocupaba el esfuerzo de meterlo en el barreño y echarle agua, quería ahorrarle el frío y la humedad, porque llevaba unos días oyendo una especie de jadeo cuando el niño respiraba y creía que se había resfriado. Le di al chiquillo un mendrugo: para él no era comida, sino un juguete, porque arrancaba una migaja tras otra y se las tragaba con una sonrisa de satisfacción. Le enseñé al padre cómo avanzaba el trabajo. Estaba contento con las barandillas que él mismo había ideado, cuya altura protegería al pequeño de los peligros de la noche. Yo

había probado a incluir, en uno de los laterales más largos, un par de bisagras que garantizarían la seguridad y la solidez, pero también una mayor facilidad para acostar y coger en brazos al niño: para quitar esa barandilla bastaba con tirar hacia arriba. Solo faltaban los últimos retoques, eliminar las astillas de la madera para evitar que el pequeño se hiciera daño, y la cama estaría lista. Yo quería dar una sorpresa a padre e hijo: en la parte superior de las barandillas pegaría los pequeños animales que mi padre había tallado con sus manos para el niño Jesús. Me parecía que eran más útiles como diversión para un chiquillo desafortunado que como recuerdo para un hijo decepcionado. Y así lo hice.

Al día siguiente, fui yo quien se presentó en la casa de aquel hombre, cargado con las piezas que me ocuparía de montar alrededor de la cama. El padre me recibió con todo el cansancio de su noche en vela y me invitó a entrar: era una casa muy pobre y reflejaba el esmero y la angustia de aquel hombre. Reinaba un desorden de emergencia ininterrumpida; había platos y cuencos desperdigados por todas partes, restos de comida abandonados en el suelo: todo giraba alrededor de las necesidades del niño. El pequeño tenía una cuerdecita atada al pie, y el padre me explicó que por las noches se ataba el otro extremo a la mano para que, si se dormía, el movimiento del hijo lo despertara al momento. Yo había apoyado las maderas en el suelo y me acerqué al niño para acariciarlo. Tenía una tos molesta y profunda. Yo también oí su jadeo al respirar. Cuando le puse una mano en la frente noté el calor de la fiebre. Me parecía menos animado que de costumbre, y también el padre había notado que su hijo no estaba bien. Me dijo que tenía una salud frágil: bastaba una pequeña molestia para que el cuerpo sin defensas del niño ampliara todos los síntomas y la hiciera parecer una enfermedad grave. Le pasaba a menudo. En realidad, al cabo de unos días, según me contó, volvía a estar contento y activo como siempre. El hombre cogió en brazos al hijo para distraerlo mientras yo montaba las barandillas. Cuando terminé, se fijó en la sorpresa de los animalitos; dejó al niño en el suelo y, sin decir nada, se echó a llorar. Aquel hombre vivía cada emoción hasta el extremo, estaba consumido por el esfuerzo y la angustia. Pensé que no tardaría en quebrarse. Me dio las gracias y los dejó solos.

En los días siguientes, como de costumbre, padre e hijo venían paseando a despedirse del sol justo delante de mi casa. El hombre parecía más relajado; había podido dormir. Me saludaba desde lejos con la mano, con un gesto lleno de gratitud. Pero no se acercaba más: se avergonzaba de su pobreza, que no le permitía pagarme el trabajo. No obstante, a mí me daba igual, pues aquel

primer encargo había dado paso a tímidas peticiones de mis paisanos. Mi generosidad —o mi destreza como carpintero, nunca lo supe— había sorprendido a mis vecinos más próximos, que empezaron a encargarme pequeñas faenas de reconstrucción y mantenimiento de sus modestos muebles. Pagaban con comida.

Habían pasado unos días desde la entrega de la camita. La luz del alba empezaba a alumbrar el huerto. Estaba trabajando en el patio en los últimos encargos y, con el rabillo del ojo, vi al padre del niño avanzar con resolución. Dejé mi tarea para recibirlo. Se lanzó con vehemencia contra mí. Aquella noche el niño se había caído y se había dado de bruces con el suelo. Le había salido sangre de la nariz. Le dije que lo lamentaba, pero él respondió que la culpa era mía: el pequeño había intentado escalar las barandillas para alcanzar los animalitos pegados en lo alto. Una vez arriba, perdió el equilibrio y se cayó. Yo lo escuchaba con estupor. Llevaba en la mano las figuras de mi padre, que había arrancado de la cama de su hijo, y las arrojó a mi mesa de trabajo. Su mirada volvía a bullir por la angustia. Y por la rabia. Parecía enloquecido, y le pedí que se tranquilizara: había sido él quien me pidió esas barandillas. De repente, no sabiendo qué responder, me dio una bofetada. Nos quedamos mirándonos unos instantes. Me sentía ofendido no por la agresión, sino por su falta de gratitud, porque hubiera dirigido contra mí su desesperación. Me abalancé sobre él y nos enzarzamos en una pelea que acabó con los dos en el suelo. Notaba sus músculos tensos por la fuerza de su agarre. Yo también lo aferraba cuanto podía. Seguimos rodando por el patio intentando hacernos daño. Mi madre, que había oído el altercado, salió corriendo para ver qué pasaba. Intentó separarnos, pero estábamos tan enredados que su esfuerzo era inútil, así que fue a toda prisa a pedir ayuda a los vecinos. Aquel hombre y yo, agarrándonos el uno al otro con los brazos y las piernas, seguíamos revolcándonos por el suelo. Tenía polvo en los ojos y en la boca, pero no dejaba de forcejear, abrazado a él. Sabía que en aquella pendencia buscaba una forma de desahogarse y de dar sentido a su frustración. Y lo temía precisamente por eso, por la violencia sin discernimiento. Los vecinos llegaron siguiendo a mi madre y pudieron separarnos. Cuando nos pusimos en pie, mi rival miró a su alrededor sin decir ni una palabra. Los demás teníamos una mirada preocupada y compasiva. Polvoriento, con la ropa hecha jirones, volvió a casa en silencio.

En los días siguientes padre e hijo no salieron. Habían dejado los paseos al atardecer. Imaginé que, en un momento de lucidez, se avergonzaría de su agresión. También supuse que habría querido pedirme disculpas, pero que su

orgullo y su angustia le impedían hacer cualquier gesto. Le confesé a mi madre que me gustaría ir a su casa, ver cómo estaba el niño, si se había recuperado de la caída. Mi madre me convenció para que desistiera: un hombre azotado por su tormenta interior no agradecería intrusiones inesperadas. La luz de la antorcha de la casa volvía a estar encendida hasta la mañana.

En aquellos días, tuve que acercarme con la burra a una de las majadas más apartadas. Por enésima vez, las coces de los animales habían arrancado una puerta. Me pasé el día entero trabajando: ya sabía qué hacer y cómo, había llevado las maderas y las herramientas. Los pastores compartieron conmigo su almuerzo, y luego se me hizo tarde buscando nuevos encargos en las colinas. Cuando volví a casa ya había oscurecido. Mi madre me recibió con la terrible noticia de que el hijo de aquel hombre había muerto por la tarde. La dificultad para respirar se había agravado y el padre no le había dicho nada a nadie. Todos sabían que ese día iba a llegar: desde su nacimiento habían leído en su cara diferente, surcada siempre por una sonrisa candorosa, que moriría joven. Me asomé a la puerta de casa. Nazaret estaba envuelta en el silencio. También los habituales ruidos y ecos de los animales habían cesado. Había luz en la casa del hombre. Su lamento sordo y lejano parecía cosido en las fibras negras de la noche. Lo oí hasta el amanecer.

Lo enterraron dos días después. Vi el cuerpo envuelto en una sábana cuando lo sacaron de aquella miserable casa. No participé en el funeral: no sabía cómo abordar el luto de aquel hombre que me había reservado un trago tan violento de su desesperación. Esperé a que volviera a casa, me armé de valor y me acerqué a su puerta. No sabía cómo reaccionaría el padre, recién privado de su hijo, ni cómo reaccionaría yo. Llamé a la puerta. Y abrió. Nos miramos en silencio y luego, con el mismo ímpetu con que me había agredido, con la misma fuerza con que había querido castigarme, me abrazó y lloró a lágrima viva, desesperadamente, en mi hombro.

Al día siguiente, mi madre preparó, con la humildad de nuestros ingredientes, una comida para el hombre. Me pidió que se la llevara yo. Recorrí los doscientos pasos que separaban nuestras casas y encontré la puerta abierta. En la penumbra, volví a ver el camastro del pequeño, las barandillas arrancadas, el caos del abandono. El padre no estaba. Y no volvimos a verlo.

CAPÍTULO SIETE

Se acercaba la tercera Pascua desde mi regreso. Mi madre, con timidez y temor —quién sabe, quizá ya le parecía adulto—, tras una larga digresión sobre la lejanía de nuestros seres queridos, la tristeza de las ausencias y la herida de las familias separadas por la historia de cada uno de sus miembros y por la vida —pensé que echaba de menos a mi padre—, me preguntó si me importaría acompañarla a Jerusalén, a casa de su prima, a ver a los últimos parientes que le quedaban. No sabía qué responderle. Empezar un nuevo viaje después de la horrible aventura de mi regreso, tras experimentar la dureza —la ilusión de alegría y de libertad— de los caminos del mundo y la traición de Delia, me incomodaba. Desde que mi padre se había marchado, mi madre no había vuelto a Jerusalén.

La atormentaban muchos interrogantes: ¿cómo la recibirían?, ¿qué le preguntarían sobre su largo silencio y la fuga de su marido?, ¿y sobre la mía? Comprendí que mi madre necesitaba claridad, así que decidí acompañarla. Tenía que compensarla por mi abandono, por la preocupación y el dolor que le había causado con mi ausencia. Se mostraba temerosa y al mismo tiempo feliz de abrazar de nuevo a su prima y a su familia. La mañana antes de partir —la nutrida caravana de quienes pasarían las fiestas en Jerusalén nos esperaba a la salida de Nazaret— estaba trabajando en las últimas entregas en el patio trasero, pues no quería dejar encargos pendientes en nuestra ausencia. Entre las reparaciones estaba la silla de un anciano, un vecino al que solo conocía por sus saludos sobrios y por la actitud amable y solícita que mostraba con mi madre. Era viudo. Yo tenía un recuerdo borroso de su mujer: mi memoria de niño, como la de mis coetáneos, trataba con superficialidad a las personas ajenas al círculo familiar y no había reparado sino de pasada en el rostro de la mujer que antes lo acompañaba. En los últimos días lo había visto en varias ocasiones, para mi sorpresa, correr al encuentro de mi madre al verla cargada: los cántaros del agua, el cesto de la colada. Se repartía la carga con ella —él cogía lo más pesado— y la acompañaba a casa. De esos momentos me sorprendía la expresión de mi madre: avergonzada y agradecida, pero también, o eso me parecía intuir, halagada bajo aquella sonrisa tímida. Los veía hablar, contarse viejas historias y anécdotas que les arrancaban unas risas. Aquel hombre tenía tres hijos, un varón y dos mujeres.

Vivían en Betania. Él prefería no pasar las fiestas con su familia; no quería ser motivo de trastornos ni molestias. Pero, sobre todo, adoraba su soledad de viudo. Tenían conocidos en común en su círculo e intercambiaban opiniones y chismes. Se llamaba Jonatán.

Aquella mañana, el día antes de nuestra marcha, vino por su silla. Era el único vecino hasta la fecha que me había encargado un trabajo remunerado. Más que despertar sospechas, aquella confianza me asombraba. Me dio las gracias y me pagó con unas monedas. En los pocos minutos que duró nuestro encuentro, reparé en que todas las miradas de aquel hombre acababan en la puerta de casa. No me cabía la menor duda: esperaba que mi madre saliera a verlo. Y justo cuando Jonatán, ya resignado, se estaba despidiendo, mi madre salió. Se saludaron. Parecían avergonzados por mi presencia, pero se olvidaron de mí en menos que canta un gallo. Jonatán le enseñó la silla a mi madre. Dijo que era de su pobre mujer, que lo entristecía verla así de inservible, pasto de la carcoma, y por eso había decidido encargarme que la arreglara, que le devolviera la vida. Con los objetos se podía intentar; con los seres queridos, no. Lucía un sol tibio. Mi madre y Jonatán habían empezado a recordar. Él se sentó en su silla, justo enfrente del patio, para hablar más cómodamente. Mi madre entró en casa y salió enseguida con otra. Se sentaron muy juntos, calentados por la dulzura de aquellos rayos matutinos: parecían viejos amigos, con muchas historias en común. Me sorprendí pensando en la conveniencia de que mi madre se dejara ver en público al lado de un hombre que no era mi padre. A fin de cuentas, todavía era una mujer casada. Abandonada —¿repudiada?— pero aún prisionera de los votos matrimoniales. Varios vecinos pasaron por delante de la casa y los saludaron. Nadie parecía sorprendido o perplejo. Solo yo, tan joven y ya un mojigato, me dejaba llevar por aquellas reflexiones indignadas, por el recelo, por una irritación interior que me avergonzaba y me ofendía: ¿cómo podía imaginar a mi madre culpable de traición y de pensamientos impuros? Ya me sentía envenenado por la malicia de la vida y por una suciedad invisible que, a mi juicio, lo envilecía todo. La traición de Delia, el abrazo para mí asqueroso con Barrabás, borró todo rastro de confianza y me sacó a rastras de la adolescencia.

Mientras seguía trabajando, los miraba —los controlaba— intentando pillar a mi madre en falta. Observaba discretamente si sus manos se rozaban en algún momento; si sus miradas se demoraban en una promesa tácita. Sin embargo, nada mancillaba la sencillez auténtica de aquel encuentro. Pensé que la vida sabe ser más amable que los seres humanos: como la nieve, lo

cubre todo adaptándose a las formas y suavizando todas las asperezas. Hoy, cuando pienso en mi inquietud pueril por la integridad de mi madre; en la vergüenza por lo que podrían pensar los vecinos de aquellos encuentros con Jonatán, tan francos e inocentes; en el nervio inflamado de la confianza y de la traición, vuelvo a vivir la larga soledad de mi madre en compañía de un hijo cada vez más silencioso y extraño, huraño hasta rayar en la hostilidad. No me habían irritado ni la infidelidad ni los celos cuando la vi barriendo la puerta de casa la mañana en que la abandoné; y, durante mi larga ausencia en busca de mi padre —cuando, ingenuamente, quedé prendado de los velos y de la cicatriz de Delia, de su danza hipnótica—, prefería, hipócrita de mí, imaginarla triste y sola, resignada a su destino de mujer y de madre abandonada, corroída por la duda de qué había hecho para merecerse aquellos castigos, qué errores fruto de la inexperiencia había cometido, cuáles eran las mentiras en la educación de las mujeres de familia. Prefería imaginarla desesperada y esquiva a toda mirada masculina, madre sacrificial en el buen nombre de los hombres de la casa.

Aquella mañana, preparados para salir hacia Jerusalén, todavía estaba oscuro. Mi madre y yo, ambos cargados de equipaje —en el bolsillo también llevaba las monedas ganadas en aquellos años de trabajo: tal y como había hecho mi padre, quería contribuir a los gastos de los banquetes familiares—, tirábamos de la burra camino de la caravana, que esperaba. No me sorprendió ver salir de la oscuridad a Jonatán. Se acercó, solícito, y aligeró a mi madre de los bultos para los que no había espacio a lomos de la burra. Caminaba a nuestro lado y nos contó que era incapaz de dormir cuando pensaba que mi madre tendría que hacer todo el viaje abrumada por aquella carga. Así pues, atento a la par que pragmático, Jonatán había salido a nuestro encuentro para acompañarnos. Cuando llegamos a la cola de la caravana, ya lista para ponerse en marcha, Jonatán se despidió y nos deseó buen viaje. Se quedó allí mientras nos alejábamos. Por oriente asomaba la primera luz del día. Nos volvimos para mirarlo: lo vi solo, con una expresión preocupada por el viaje que nos esperaba, que esperaba a mi madre. Luego lo perdimos de vista.

Sentía curiosidad por la reacción de mi madre frente a aquellas atenciones y cuidados tan evidentes. Antes de que saliera de nuestro campo de visión, mi madre, pudorosa, había apartado la mirada. Discretamente, le miré la cara: estaba radiante; resplandecía, a la luz de los primeros rayos del sol, con una juventud que nunca se había agotado. Estaba hermosa y, por primera vez desde el abandono de mi padre, parecía serena.

Durante el viaje reconocí los caminos que había recorrido desde niño, primero en la burra, en brazos de mi madre, cuando se inventaba fábulas para distraerme de la incomodidad y del aburrimiento; luego al lado de mi padre, como el chiquillo que quería ganar su parcela de autonomía, y, después, solo en aquellos meses de búsqueda inútil, en aquella extravagante iniciación a la madurez que había afrontado con el circo de Barrabás. Reconocía la fisionomía de las rocas y las extensiones de los campos cultivados; los olivares en los que me adentraba de pequeño, seguido de la mirada preocupada de mi padre; los valles que se desplegaban de repente, con el minucioso trazado de los diligentes campesinos. Me pareció reconocer el lugar justo cuando la caravana se detuvo a hacer un descanso. Convencí a mi madre para que, mientras esperábamos la reanudación del viaje, nos aventurásemos entre olivos y palmeras: me recordaban a un día de enorme y desdichada hambre, cuando me atiborré de dátiles hasta acabar con diarrea. Quería que admirara ese valle diseñado por la bondad de Dios —donde cada elemento parecía colocado en su lugar por una gracia inspirada— y trabajado, con mano delicada, por los hombres, que lo convertían en un encaje de viñedos y muros de piedra en seco.

Cuanto más nos adentrábamos entre los árboles, más familiar me resultaba el sitio, hasta que encontré la cresta de roca que, en su día, me había acogido para liberarme de los retortijones. Allí estaba el hermoso valle. También mi madre lo admiró. Pero ella solo veía la generosidad de Dios y su sentido estético. Para mí, en cambio, representaba el primer hallazgo en solitario, mi primera mirada al mundo. Sin embargo, había algo que desentonaba con mi recuerdo de aquella larga pausa que, dolorido, hice años atrás. Justo allí, donde me había acucillado para vaciarme, crecía una palmera exuberante y robusta. Era la semilla germinada en mi abono particular; era mi fruto, que había arraigado con firmeza, ocupando su lugar en el mundo. La primera y única raíz de mi existencia.

Volvimos a la caravana y continuamos el viaje. Pasé un buen rato pensando en aquel árbol. Me lo imaginé a lo largo de las estaciones: resistiendo a los vientos del otoño, al frío del invierno; despertándose con la llegada del calor y, luego, el extenuante esfuerzo de fructificar. Yo era el mediador de aquel milagro natural; yo había decidido —inconscientemente— su destino: era mi hijo.

En Jerusalén nos recibieron con el cariño de siempre. Me encontraron adulto y guapo, más alto de lo que prometía, y se burlaron de mi barba, que ya crecía tupida e ingobernable. Me abrazaron recordando lo rebelde y lo

impertinente que era de niño, y rieron contando anécdotas de las que yo no guardaba el menor recuerdo. Yo siempre me había tenido por un niño dócil y obediente. Supuse que querían hacerme un cumplido, inventarse un pasado que yo no tenía: puede que de niño fuera tan transparente y con tan poca personalidad que mis familiares sentían la necesidad de reescribir episodios de mi infancia colmándola de una fama de niño desenfrenado que no me correspondía. O tal vez se habían enterado de la huida en busca de mi padre, de mis aventuras en el circo de Barrabás. No obstante, estaba seguro de que mi madre no les habría dicho nada, por vergüenza y por dolor. Llegaron a decir que había arrastrado a mi primo Juan en mis díscolas aventuras. Mi primo Juan. Pregunté dónde estaba. La sonrisa afectuosa de mis parientes se tornó primero en silencio y luego derivó en una mueca de tristeza. Mi madre y yo nos miramos intentando entender qué había pasado. Fue Zacarías, el anciano padre de Juan, quien rompió aquel silencio incómodo. Nos dijo que su hijo había emprendido un viaje de estudios religiosos con un grupo de jóvenes de Jerusalén. Y así zanjó toda posibilidad de responder a más preguntas y curiosidades.

Luego, los parientes más sumisos nos contaron a mi madre y a mí que desde hacía ya un año no tenían noticias de Juan. Llevaba un tiempo juntándose con unos chicos —ellos sí, rebeldes de verdad— que, optando por un credo más duro y extremo, habían formado un reducido grupo que no aceptaba los dogmas demasiado laxos y las enseñanzas superficiales de los rabinos, la espera inútil de un mesías que jamás se presentaría ante unos creyentes tan blandos y satisfechos. No aceptaban la tolerancia de otros cultos importantes y habían tenido problemas con los romanos: los soldados, buscando a Juan, habían llegado a presentarse en casa de Zacarías, pero mi primo ya se había marchado.

Los muchachos viajaban por Palestina en busca de discípulos y, a menudo, se adentraban en los desiertos y en las regiones más arduas para mortificar el cuerpo y purificarse de la vida excesivamente cómoda y acaudalada —tan ajena a los ejemplos proféticos— que habían llevado en la ciudad. Eran chicos extravagantes, nos contaron los parientes. Yo siempre había creído que Juan, tan generoso y soñador, tan apasionado y vehemente, tomaría decisiones en sintonía con su naturaleza. Lo echaba de menos. Notaba su ausencia en aquella casa de ancianos entristecidos —ellos también se sentían traicionados— y no tenía a nadie más con quien abrirme y compartir mis desdichadas aventuras. Ahora Juan también tenía una fuga de la que hablarme. Intuía el dolor de Zacarías —quizá el abandono de un hijo sea

todavía más amargo que el de un padre— al descubrir que había cometido errores con Juan. Pero le dolía aún más saber que no le quedaba mucho tiempo ni más argumentos para que volviera con él.

Mi madre también sufría por la ausencia de Juan, su sobrino predilecto. Durante las Pascuas en Jerusalén, cuando éramos niños, mi madre interrumpía nuestros juegos y se quedaba un rato con Juan haciéndole breves exámenes sobre la Torá. A mí también me habría gustado responder a sus preguntas, pero ella me alejaba con un gesto, me pedía que fuera a coger algo, que buscara a mi padre: quería quedarse a solas con él. Me parecían amigos y cómplices, con un secreto íntimo que habían de custodiar. Y del que me excluían. Yo tenía celos, pero no sabía si de Juan o de mi madre.

A la mañana siguiente salí temprano para ir a ver a José de Jerusalén, el carpintero que me había ofrecido refugio, consuelo y trabajo. Una de las personas más importantes de mi vida: durante unos meses, fue el padre que había perdido y que iba buscando. Quería abrazarlo y pedirle perdón por no haber dado noticias, por haberlo dejado solo con tanto trabajo en el taller y, sobre todo, por haber perdido las herramientas que me había regalado. Al recordar la traición de Delia, su huida en el carro, lo más doloroso —más que el robo del dinero, regalo de mi primo Juan y guardado en el escondrijo entre las ruedas— era aquella bolsa de herramientas que, con absoluta indiferencia por los sentimientos ajenos, Delia y Barrabás me habían arrebatado.

Crucé las tres calles que lo separaban de casa de mis tíos y llegué a su taller. Encontré las puertas entornadas, como si José acabara de salir. Eché un vistazo a mi alrededor, convencido de verlo en las inmediaciones, mas no había nadie. Entré en la casa y la encontré completamente vacía. En el suelo había restos de tablas, viejas sillas —nuestras sillas, donde nos sentábamos para repartirnos lo poco que tenía José— desencajadas y abandonadas, virutas de antiguos trabajos, todo húmedo por los orines de los gatos, a los que, en cuanto me vieron, se les erizó el pelo y escaparon con un bufido. Un hedor acre me obligó a taparme la boca con la mano para protegerme de los miasmas. La pequeña habitación donde en su día estuvo mi camastro —de tan grato recuerdo para mí— estaba ahora llena de paja: otra persona, sin apego ni interés por aquel lugar, se había alojado allí; sin duda un viandante, cuyos excrementos secos se amontonaban en un rincón. Nada indicaba que allí hubiera vivido una persona tan atenta y generosa como José. Había trastos viejos, rotos e inútiles tirados por doquier y abarrotándolo todo; no reconocí ni un objeto familiar. Es probable que a los vecinos les resultara más cómodo deshacerse de sus cosas dejándolas en aquella casa abandonada. Me invadió

una sensación de abatimiento y de vacío no solo porque no pudiera encontrar a José, sino porque me consternaba que un lugar tan vivo en mi recuerdo, tan acogedor y cálido, pudiera transformarse en un sitio extraño y horrible.

La penumbra en la que estaba sumida la casa no me permitía siquiera distinguir los distintos espacios que había ocupado durante meses, donde trabajábamos, donde comíamos, donde intuía José en mis silencios el tormento de un chico en busca de su padre. No había nada en aquella casa que me perteneciera. Salí a la calle, aturdido; sentía náuseas e impotencia. Vi a una mujer entrando en la casa de al lado. Le pregunté si conocía a José, el carpintero que trabajaba allí. Me escudriñó con curiosidad: puede que mi cara le despertara un vago recuerdo. Respondió que esa casa llevaba años vacía. Sí, hacía mucho tiempo trabajaba allí un viejo. Una noche empezó a encontrarse mal. Vinieron unos parientes, de muy lejos, y se lo llevaron. Por mucho que le preguntara dónde, eso era lo único que la mujer sabía; solo hizo un gesto con la mano señalando la distancia, hacia las colinas. Pero no dijo ni una palabra más. Me marché. Me sentía vacío y descompuesto, como aquella casa abandonada a la ruina.

Cuando volví para seguir celebrando las fiestas con mis parientes, estaba distante, perturbado. Me irritaban la alegría forzada, los abrazos que debían parecer de familia reencontrada y por fin reunida. En el fondo, apenas tenía nada en común con aquellas personas. Recuerdos —no todos felices— de mi infancia. Echaba de menos la complicidad con Juan, nuestros juegos escondidos de los adultos, los comentarios para burlarnos de los altivos oficiantes de los ritos, incluso de su padre, Zacarías. Recuerdo que por las noches construíamos genealogías fantásticas sobre familiares llegados de lejos a los que nunca habíamos visto. En cada uno encontrábamos la descendencia directa de un animal: estaba el mono, el camello e incluso una vaca en el grupo de parientes femeninas. Una vez, hablando con mis padres, no recordaba el nombre de la mujer y dije «la tía vaca». Todavía resuenan en mi recuerdo los dulces acordes de sus carcajadas. No volveré a oírlas.

Aquella noche, sentados alrededor de la gran mesa después de cenar, con el vacío de la casa de José clavado en el corazón, notaba, irritado, la curiosidad de los familiares de mi madre sobre el destino de mi padre. La hipocresía de unas preguntas que debían parecer inocentes y sin embargo escondían, en las alusiones veladas a una culpa de mi madre, la malicia de quien quiere saber para luego compadecer. En su fisgoneo percibía un sabor ambiguo, pues nunca eran directos y claros, sino que daban rodeos sobre la soledad de mi madre, inflamando aún más la herida abierta con la marcha de

mi padre. Y después con la mía. Me acosté temprano, asqueado, y dejé que siguieran devorando a mi madre preguntándole cómo vivía sola, qué comía, quién se encargaba de las reparaciones y las tareas de mantenimiento, quién cultivaba el huerto. Oí a mi madre responder una sola vez: «Mi hijo».

También ella, ante la insistencia curiosa de esas preguntas, debía de sentirse incómoda, ya que al cabo de un rato se levantó, dio las buenas noches y se fue a dormir. Mi camastro era el más cercano a la sala donde comíamos, y seguí escuchando los comentarios, pero sin curiosidad: en realidad me aburrían. Ya en el duermevela, sus palabras, a veces susurradas, a veces enardecidas por la indignación, se mezclaban y se convertían en un monólogo de una sola voz que contaba la historia —para mí desconocida— de mi madre.

Tan joven y ya embarazada. En la familia, aquel embarazo se había vivido con extrema vergüenza. Desde que lo anunció. Mi madre tenía catorce años: demasiado joven para la experiencia del amor y del parto. Acababan de prometerla como esposa a mi padre, mucho mayor que ella y tan alejado ya de los años fértiles que muchos —todos— cuestionaban que pudiera ser el padre. Un hombre bueno, decían, quizá más de la cuenta, que aceptaba la paternidad de un hijo que probablemente no era suyo. Mientras escuchaba la historia de mi familia —mi historia—, casi dormido, recordé como en sueños el rostro de mi padre, que casi había olvidado, con tal precisión en los detalles y los gestos, en el timbre de su voz, que me convencí de tenerlo al lado: cuando me despertara lo vería ahí, sin duda. Volví a ver su mirada, siempre con un velo de inquietud y preocupación: el miedo a que pudiera pasarme algo, hacerme daño o que me lo hicieran, desaparecer. Para mi padre fui un regalo inesperado. Es probable que, a su edad, ya hubiera renunciado a la posibilidad de tener un hijo.

Poco a poco, con el paso de los años, el recuerdo de su cara se volvió impreciso, cada vez más borroso. Una mañana hace no mucho, recién despertado, me quedé observando el cielo aún negro de la noche, buscando el resplandor de un amanecer que se demoraba. Cuántas veces, de niño, vi a la luz de la antorcha a mi padre en la puerta, en esa misma posición, escudriñando el horizonte en busca de noticias sobre el nuevo día, interrogándose sobre las nubes portadoras de lluvia, leyendo en el halo de la luna el calor del día o el frío que quebraba la madera. En cambio, aquella mañana yo buscaba en el cielo oscuro su rostro, ya perdido para siempre. Y repetía la misma pregunta: padre, ¿por qué me has abandonado? Se me escapaban sus rasgos, la frente recta, la nariz algo curvada, el pelo despeinado

tras la noche. Si cerraba los ojos veía su ropa —todavía me pongo algunas de sus prendas—, sus sandalias, la espalda ligeramente encorvada por los años. Pero no su cara. Hoy, el único recuerdo vivo de mi padre es su olor a sudor y a madera, a la ceniza de la lumbre que encendía para calentarse, a sus colas, a la burra. No podré olvidar el olor de sus manos cuando, preocupado, me tocaba la frente para asegurarse de que no tenía una de mis fiebres atroces: el olor del agua y del metal de sus herramientas.

Las voces de los parientes seguían contando mi historia antes de nacer. Pero era una historia que parecía de otra persona. Decían que fueron años sangrientos: a los soldados romanos los habían recibido con cuchillos y emboscadas en los callejones de Jerusalén, y vengaban por todas partes a sus compañeros muertos o heridos con incursiones en la ciudad o en las aldeas. Asesinaban, robaban y violaban a las mujeres. También a las más jóvenes —niñas, decía con profunda pena una voz en la mesa—, dejando a su paso, como advertencia, la cicatriz del embarazo. Catorce años, educada en la ignorancia por las mujeres pías de la familia, tan poco preparada para la aventura de su vida que ella misma abrió el portón a aquellos hombres. No lo hizo por el miedo a las armas, sino por su naturaleza amable.

En mi sueño inquieto noté la ambigüedad de aquella historia, pues con sus tonos indignados, con los susurros impuestos por la ley de un silencio piadoso, mezclaban el drama inenarrable de la violencia contra mi madre con el abandono evidente de mi padre. Lo llamaban *lo que pasó*: daban por descontado que todos los presentes lo sabían, así que no había que mentarlo. Pude entender que *lo que pasó* se consumó en Nazaret, algo que hacía aún más confuso distinguir la verdad, ya que se superponían dos acontecimientos en un mismo sitio.

Mi madre lloraba lágrimas de niña, de dolor y de estupor porque no entendía lo que había pasado. Lo único que les dijo a sus padres fue que le habían hecho daño. Balbuceando un nombre, Gabriel, sin explicar si era el del violador o el de alguien con quien había estado antes, dejaba en una ambigüedad desconcertante el papel de aquel en su embarazo. No era un nombre extranjero, sino de estas tierras. Pero, por más que indagarán en secreto, preguntando entre los conocidos de confianza y los amigos de la familia si habían oído alguna vez ese nombre, en negocios o en las cocinas, en boca de la servidumbre, o entre los viandantes, vagabundos y fugitivos que abarrotaban los senderos alrededor de Nazaret, nunca pudieron aclarar la identidad o circunstancia que propició que mi madre, todavía tan joven, conociera a un adulto llamado Gabriel. Se convencieron de que era uno de

esos recursos que usan los niños cuando tienen que poner nombre a algo que no saben o no quieren explicarse, a un miedo, a un misterio, a acontecimientos aún ambiguos e inescrutables para ellos. En aquel duermevela incómodo —por los molestos recuerdos susurrados que parecían calumnias contra mi madre, por ese oír y no oír que me dejaba insatisfecho e inquieto— pensé que Gabriel podía ser el nombre de mi verdadero padre.

La familia escondió a todo el mundo aquella vergüenza. Y siguió haciéndolo durante tres meses, hasta que las señales del embarazo ya no podían esconderse ni con ropa amplia ni con mentiras, hasta que las náuseas encontraron a la niña varias veces en la calle. Ya no bastaba con la mentira de una enfermedad —cosa que empezó a parecer más nociva para la buena reputación de la familia que la realidad—, con la excusa de las fiebres recurrentes, de los dolores de esa edad. Se la llevaron a una aldea apartada donde, según les habían contado unos parientes cercanos y de confianza, una mujer resolvía aquel tipo de embarazos impuestos. No le explicaron nada. En el breve viaje mi madre se encontró mal. La ayudaron a bajar del burro y la vieron pálida y extenuada. Después de vomitar se desplomó, inconsciente. El padre, que la acompañaba, confió en que aquella indisposición fuera el esperado final: el problema se había resuelto sin más intervención. Hecho un mar de nervios, se aferró a lo que decían las mujeres de la familia: los embarazos tan precoces, a menudo, no llegan a término. Pero mi madre volvió a coger color, se recuperó. Su padre la ayudó a montar en el burro y reanudaron el viaje.

La mujer realizaba su intervención a las afueras de la aldea, en una cueva cerca de las majadas —me acordé del establo en que nací—, para que los clientes estuvieran más tranquilos, lejos de las miradas y la maledicencia de los lugareños. Cuando hicieron pasar a la pequeña, la recibió con las palabras cariñosas que se reservan a los más pequeños: había algo falso y melindroso en su actitud que la puso alerta en el acto. La mujer le acarició la cabeza y le prometió que pronto acabaría todo, que podría volver a sus juegos de niña. Mi madre, asustada, miró a su alrededor y le pareció una de esas cavernas donde los pastores se reunían para hacer requesón. Su padre la había llevado una vez a ver cómo cuajaba la leche de oveja en la olla puesta al fuego. Le había gustado aquel milagro sabroso que le habían dado a probar, todavía caliente. Ahora, en el fuego hervía el agua, y la luz tenue de la antorcha alumbraba una mesa y varios utensilios irreconocibles. Todo estaba oscuro alrededor. Vio juguetes en el suelo e imaginó que otras muchas chiquillas antes que ella habían pasado por aquella mesa mugrienta, por las manos de esa mujer. Esta

esbozaba sonrisas tranquilizadoras —todas dirigidas al padre, en realidad, para calmarlo— y le enseñó un cordón con una peonza, entre otros juguetes: podía jugar con ellos para pasar el tiempo y despejar la mente. Mi madre negó con la cabeza; el puro miedo le impedía expresar sus pensamientos.

Mientras la mujer sumergía los instrumentos en el agua hirviendo, mi madre comenzó a entenderlo. Y, cuando aquella les pidió a los hombres presentes, incluido el padre, que esperaran fuera y le ordenó a ella que se tumbara en la mesa y abriera las piernas, mi madre empezó a gritar y a negarse. La mujer, intentando calmarla, le puso una mano en el hombro. Mi madre, que hasta ese momento no se había sentido profanada, con todas sus fuerzas empujó a la mujer para apartarla y, como la pilló desprevenida, se le cayeron al suelo todos los instrumentos recién lavados. La arpía mostró entonces su verdadero rostro y empezó a insultarla. Le dijo a mi madre, enseñándole los dientes, que seguro que le había gustado que la preñaran: ahora le tocaba pagar las consecuencias de aquella breve diversión. Ella había conocido a muchas hijas de ricos: primero hacían lo que querían y luego sus padres se presentaban para pedirle que lo remediara.

Los gritos de su hija preocuparon al padre, que decidió volver a entrar. Encontró a mi madre alterada, acurrucada en un rincón detrás de la mesa, mientras la mujer, hecha una furia, intentaba sacarla tirándole del brazo. Él le dio unas monedas —quería comprar su silencio— y se llevó a mi madre. Así pues, seguí creciendo en el vientre de una niña. La necesidad y el deseo de conservar el buen nombre de la familia los hizo buscar a mi padre, el anciano carpintero de Nazaret, el hombre bueno que la tomaría por esposa.

Ya no sabía qué era verdad y qué era obra de mis sueños. Una vez dormido, me llegaban las voces de la mesa donde habíamos comido, como si fueran las canciones que mi madre susurraba para dormirme en las noches de tormenta, cuando quería huir de mi terror aferrándome a su ropa y al olor de su axila, cuando los truenos irrumpían en mi sueño para devolverme la inquietud un momento antes de sumirme de nuevo en la calma oscura. Y no sé si el recuerdo —que no podía ser mío— de cuando acompañaron a mi madre a casa de José pertenecía al relato o al sueño. La vistieron con la túnica más bonita y le arreglaron el pelo. El embarazo ya evidente le había llenado las mejillas, y parecía aún más niña. Cuando José invitó a la familia a su casa —la casa donde crecí—, se encontró con unos padres desesperados pero arrogantes, y con una niña silenciosa. Unos conocidos en común, gente de su confianza, ya lo habían informado del motivo de la visita. José nunca se había casado por decisión propia: había preferido una juventud laboriosa y solitaria.

Toda la casa estaba ocupada por sus materiales de trabajo; nunca había tenido ocasión de imaginársela distinta, abierta a una mujer.

Había sido un chico silencioso y tímido, y ahora que quería una familia, ser padre, los años de más habían frustrado esa esperanza. Había aceptado recibir a mi madre y a sus padres por pura amabilidad. Sin embargo, en los días previos a aquella cita solicitada siguiendo los dictados de la tradición, se despertó en su corazón una tenue curiosidad. Conocía a mi madre por haberla visto muchas veces en compañía de sus padres y de las demás mujeres de la familia; había pasado a su lado más de una vez, sin reparar siquiera en ella, durante los ritos públicos. Era una niña, jamás se le había ocurrido que pudiera convertirse en su mujer. Los invitó a entrar en la casa, sorteando las virutas de madera obra de sus cepillos, las tablas nudosas, las herramientas desperdigadas por el suelo y el fuego encendido para derretir las colas. José no estaba acostumbrado a recibir visitas: nadie se había sentado en la intimidad de su guarida solitaria. Los únicos que se presentaban allí eran los clientes, pragmáticos y rápidos, con los que negociaba sus pocas ganancias a la sombra del patio. Invitó a sentarse a los padres en las únicas sillas disponibles —acababa de repararlas para un vecino—, y a mi madre, a la que veía tan niña y dispuesta a conformarse, le indicó la raíz perfumada de un olivo que con gran esfuerzo había arrancado del suelo, esperando que su fantasía escogiera una forma para aquella madera rebelde.

Los padres de ella se arrepentían de haber elegido a aquel hombre por futuro esposo: quién sabe qué vida de sacrificios, qué incomodidades y esfuerzos impondría a su hija. Pero se había agotado el tiempo para seguir buscando. Mi abuela materna observaba, con un escalofrío, los pocos utensilios de su cocina: los cucharones arrebatados burdamente a la madera; las ollas de barro, desportilladas por el uso tosco y sencillo, habían perdido hacía tiempo sus asas; los cuencos sucios de la comida y del agua, desperdigados por el suelo con el resto de cacharros, sin reparar en su forma ni en su contenido. La mujer lloraba en su fuero interno lágrimas amarguísimas: había criado a su hija en el lujo de las comodidades y de su clase social, confiada en un matrimonio prestigioso, del todo distinto a aquella vergüenza. Estaba ofreciendo a su preciosa hija a un hombre con serrín en el pelo y la barba que ni siquiera había tenido el detalle de ofrecer un cuenco de agua a los invitados, de su misma edad. Fue un encuentro lleno de silencios: no sabían qué decirse.

Ambas partes se encomendaban a ese acuerdo que, de hecho, sus conocidos en común solo habían sugerido como propuesta, pero no ratificado.

Mi abuelo materno y José se escudriñaron largo rato, incapaces de verbalizar la perplejidad recíproca por ese matrimonio. En un momento dado, el abuelo decidió que no había nada más que hablar y se levantó, seguido de su mujer. José hizo lo propio. Miró a su futura esposa con ternura: aquel vientre, cerca ya de fructificar, prometía un niño. José se conmovió ante esa evidencia tan concreta, tan próxima. Únicamente mi madre, que seguía sentada en la raíz del olivo, se demoró: observaba las herramientas y los maderos desperdigados por el suelo; imaginaba qué podría construir, jugando, en aquella casa.

José se despidió de ellos en la puerta y los observó marcharse. Los padres tenían prisa por alejarse, y mi madre los siguió, sin dejar de fantasear con los juegos y los juguetes que podría inventar en aquel suelo. Intentó alcanzarlos a la carrera, como hacía siempre que se quedaba atrás, pero pronto tuvo que aflojar el ritmo: la voluminosa barriga y el exceso de peso la frenaban y la cansaban.

Así pues, la boda se organizó rápidamente. Los parientes consiguieron sembrar confusión sobre el momento en que se había concertado el matrimonio, para que pareciera que ya había pasado un año del encuentro, acallar las habladurías y limitar la malicia de la curiosidad. Se casaron con discreción, y solamente los más íntimos —ya al corriente del embarazo— participaron en la ceremonia. Cuando José la llevó a casa, en la noche de bodas, mi madre la encontró limpia y ordenada. Fue una decepción: todas las herramientas y los trozos de madera que la habían invitado a imaginar juegos habían desaparecido. Mi padre, en secreto, había pedido ayuda y consejo a las mujeres de sus clientes más fieles para acoger a la joven esposa. Se mostraron solícitas y felices de ayudarlo: llegaron con trapos y barreños de agua, y se pasaron todo el día adecentando la casa. Cuando mi madre cruzó el umbral, encontró un camastro preparado y exclusivamente para ella. José se organizó para pasar las noches algo alejado de la chica y no turbar con su sueño agitado de adulto los pocos meses que quedaban para el parto.

Mi padre había comprado una burra tierna, pagando con el trueque de su trabajo, para que los desplazamientos de su joven esposa fueran menos arduos y arriesgados, en previsión del futuro nacimiento. A sugerencia de la madre de ella —aunque a José le pareció una orden inapelable— decidieron ir a visitar a la prima Isabel, también a punto de dar a luz, pero mucho mayor. Estaba esperando al que sería su primer y único hijo, mi primo Juan.

Las voces de la mesa se tornaron aún más discretas y distantes para que la dueña de la casa, Isabel, no oyera los comentarios sobre aquel encuentro. Mi sueño seguía encastrando sus voces en una especie de historia suspendida

entre el recuerdo y lo onírico, donde se fundían los hechos que ya sabía con la nueva información que me llegaba mientras me creía dormido. Las dos primas se conocían poco: no se habían visto más que en un par de ocasiones, con motivo de la habitual Pascua en Jerusalén. Pero ahora, cara a cara, ambas medían la extensión de sus barrigas con caricias recíprocas. Quienes habían presenciado sus abrazos cariñosos y confortantes explicaban lo raro que se les hacía el encuentro y, al mismo tiempo, lo mucho que encajaba con la naturaleza arrebatada de aquella familia. Dos mujeres embarazadas, frente a frente, ambas en su primer parto, igual de preocupadas y maravilladas ante el misterio del nacimiento. Una, todavía niña; la otra, tan entrada en años que llevaban tiempo considerándola estéril e incapaz de procrear. Dos mujeres, una demasiado pronto, la otra demasiado tarde. Uno de los parientes apuntó que aquel encuentro parecía una señal, una premonición, un aviso. Nadie era capaz de comprender qué destino anunciaba ese embarazo doble y simultáneo. Yo ya me había sumido en el sueño. Pero sigo recordando un instante de conciencia donde resurgían los molestos celos por la intimidad de mi madre con Juan, la cegadora —y reprimida— sospecha que tenía de niño: mi primo y yo, tan parecidos, tan coetáneos, tan extremos en los márgenes de la maternidad que llegaron a intercambiarnos en la cuna. ¡El hijo de mi madre era Juan! Ese era el malestar que me inquietaba cuando ella interrumpía nuestros juegos para quedarse a solas con mi primo. Era a él, en realidad, a quien encomendaba la responsabilidad de su ambicioso proyecto; a Juan, tan vehemente y seguro, tan convencido e inflexible: él jamás se plegaría a la mediocridad de la vida. Me imaginé que, en aquellos encuentros con mi primo, que a mí me estaban vedados —me alejaban con una excusa o una urgencia—, mi madre afinaba su propósito, le ofrecía nuevas y más pormenorizadas indicaciones. Era Juan el elegido; y yo, la segunda opción, el plan de reserva. Pero también el destello de aquella sospecha acabó apagándose, y empecé a soñar que mi madre y José se marchaban de la casa de la embarazada Isabel para volver a Nazaret. José, a pie, tiraba de la burra cargada con el peso de la niña barrigona, con molestias por el largo viaje, aburrida con su inadecuado papel de madre en ciernes. José, que era un hombre adulto y previsor, se había adelantado para remediarlo y de una bolsa sacó una muñeca con la que distraer a su joven esposa. La había hecho con sus propias manos para que, jugando, se acostumbrara a mecer a un recién nacido. La había tallado a partir de la raíz del olivo en el que, cuando se conocieron, había invitado a sentarse a su futura mujer.

CAPÍTULO OCHO

Pasamos otras Pascuas en Jerusalén. Y siempre volvía a Nazaret con alivio. No me agradaban aquellas verdades susurradas por los parientes con la boca pequeña, la reconstrucción de la epopeya familiar como si fuera una difamación, una tara que había que esconder. Mi madre y yo somos esta familia, con todos los límites, los pecados, los secretos y el dolor con que la hemos construido. Prefería la agotadora pobreza de Nazaret a la opulencia falsa e indiscreta de Jerusalén. En la capital sería un mozo de taller. Aquí era carpintero.

Un día, mientras trabajaba con el cepillo de vidrio, oí a lo lejos un coro de voces, un canto que se acercaba, recibido con alegría por los vecinos y con las carcajadas de asombro de los niños. A mí también me pudo la curiosidad y dejé los vidrios.

Iban vestidos con túnicas blancas y entraron en Nazaret cantando. Entonaban su fidelidad al Dios creador de todas las cosas, un credo sencillo pero riguroso que debía refundar el destino de Palestina, ya no colonia romana, sino otra vez tierra prometida. Entre ellos —una quincena, muchos jovencísimos, todos hombres, avanzando con varias bolsas de comida y con agua—, la cara de mi primo Juan. Se había hecho adulto; llevaba años sin verlo. Él también lucía barba, además de su habitual brillo tormentoso en los ojos. Me introduje en el cortejo hasta que lo tuve delante. Nos abrazamos. Era alto y flaco, y tenía las ojeras de quien duerme poco y camina mucho. Me siguió hasta casa con algunos compañeros, donde mi madre lo recibió con un largo abrazo, feliz de reencontrarse con su sobrino más querido. Les dimos de comer a él y a sus amigos —nuestros vecinos hicieron lo propio con los demás— y nos quedamos charlando un buen rato.

Me habló de su viaje: llevaba años pasando por ciudades y aldeas en busca de chicos —únicamente los más jóvenes pueden intuir el futuro— que abrazaran su iluminación. No era fácil. Los soldados romanos les ponían todos los obstáculos imaginables, pues temían el proselitismo: en más de una ocasión se las habían visto con esos hombres armados y a menudo tenían que huir para evitar que los hirieran o hicieran algo aún peor. Los romanos no toleraban sus llamadas a reunirse bajo la enseña de Dios, su ostracismo radical hacia otros cultos, su elección de la pobreza y de la sencillez en el

vivir: en el fondo de aquella adhesión tan absoluta y auténtica, los romanos — pero también los judíos más ricos— veían la sedición y la rebelión, el rechazo de los privilegios y de las clases sociales. Los romanos estaban al tanto de los nombres de los jóvenes del grupo, y también sus familias habían sufrido presiones y amenazas. Muchos abandonaron el desafío para volver a sus cómodas casas. Pero otros, más resueltos y temerarios, habían decidido seguirlos. El grupo viajaba evitando los caminos principales y había llegado hasta las localidades más perdidas y alejadas, a las que también Dios prefiere retirarse, para plantar en los lugares más recónditos y seguros la semilla de la fe reencontrada. Viajaban de noche, a menudo a través del desierto, siguiendo en sus rutas el instinto y las sugerencias de las estrellas. Así habían llegado a Nazaret: no por decisión deliberada, sino porque se había cruzado en su camino.

Yo me alegraba de volver a abrazar a Juan. Las últimas Pascuas en Jerusalén habían sido tristes por su ausencia. Lo acompañé al patio para enseñarle mi lugar de trabajo. Quería quedarme a solas con mi primo para revelarle mis angustias. Le hablé de mi huida, del enamoramiento de Delia, de la traición. Él intuyó la profundidad de aquella decepción y, dándome un abrazo, rompió a llorar. Juan es efusivo, sensible al dolor ajeno. Siempre tiene reacciones extravagantes e inesperadas: sus emociones son tan impetuosas que, con frecuencia, es incapaz de controlarlas. La última vez que nos habíamos visto fue en la casa, ahora vacía, de José de Jerusalén, cuando me entregó la bolsa con monedas. Y precisamente de aquel carpintero quería hablarme.

Me contó que habían llegado a Samaria, a una aldea cuyo nombre ni siquiera sabían. Su grupo, como de costumbre, entró allí cantando: una estrategia cauta para comunicar que llegaban en son de paz, prometiendo una fe más auténtica. Al principio, sin cánticos ni avisos de ningún tipo, los echaron a pedradas de más de una aldea, pues los confundían con ladrones o pordioseros. Aquel día, mientras recorrían cantando las callejuelas del pueblo, se cruzaron con un pequeño cortejo fúnebre que transportaba un cuerpo envuelto en el sudario. Por respeto, el grupo guardó silencio y acompañó a los parientes en el rito. El muerto era el padre de un muchacho que tenía nuestra edad, pero ya con mujer y dos hijos. Cuando lo enterraron, él y sus compañeros se acercaron a darle el pésame y se quedaron consolando al joven de luto. Juan quería infundirle la fuerza de su obstinado credo —hay un más allá para los muertos, más feliz, más justo—, pero no había forma de consolarlo porque, según les contó, había conocido poco a su padre en vida y

poco le importaba ese más allá. El padre, marchándose, lo había abandonado cuando era apenas un niño. Se había trasladado a Jerusalén porque su oficio de carpintero no ofrecía beneficios en la pequeña aldea. Con el paso del tiempo empezaron a llegar, por medio de conocidos de confianza, puntuales remesas que les permitieron a él y a su madre vivir sin demasiadas estrecheces. Una mañana, esos mismos conocidos lo informaron de que su padre estaba enfermo. El joven fue a Jerusalén y volvió, tras un viaje aventurado, con él. El viejo no se recuperó. El hombre al que acababan de enterrar era José, el carpintero.

La noticia de aquella muerte no me sorprendió. De alguna manera, para mí José había muerto cuando visité su casa vacía y profanada: su ausencia del lugar en el que había seguido recordándolo todos aquellos años ya era un luto. Mientras Juan me relataba cómo se enteró de la muerte de José, yo pensaba en mi padre: era más viejo que José de Jerusalén y sin duda estaba más corroído por el sentimiento de culpa. Tuve la fulminante certeza de que mi padre también había muerto. Quién sabe dónde y en qué soledad. Intenté imaginarme sus últimos segundos: ¿habría pensado en mí? ¿Qué horizonte se había apagado ante sus ojos? ¿Había sentido esa misma punzada de nostalgia, de ternura y de ausencia que yo había intentado colmar cada día desde su desaparición? Padre, ¿por qué me has abandonado? ¿Qué manos lavaron su cuerpo, quién se había encargado de las oraciones, quién lo había acompañado, con ternura y lágrimas, a su sepultura? ¿Habría podido imaginar cuánto lo busqué, cuánto deseaba volver a ver su rostro, cada vez más lejano, irreconocible? Mi padre, el hombre que me había cuidado toda mi infancia, que por amor o responsabilidad había vivido con el corazón en un puño cada una de mis ausencias de niño, cada riesgo real o imaginario, ya no estaba.

Mi padre, que con sus omnipotentes manos obraba milagros en la madera, ese padre que había tallado en raíces todos los animales de la creación para que yo jugara con ellos —habría bastado un hálito para infundir vida a aquellos juguetes— se había perdido en la eternidad. Ya no volvería a verlo nunca más, en ningún sitio. Ya no podría preguntarle: ¿por qué me has abandonado? Era una certeza tan nítida y profunda que sentí vértigo. No le dije nada a Juan ni a mi madre. Desde la marcha de mi padre —desde que comprendí que no regresaría del viaje de trabajo de la mentira materna—, en mis conversaciones con ella no habíamos pronunciado ni una vez su nombre. Su ausencia era tan invasiva que, cuando encontrábamos en casa algún objeto o prenda que le pertenecían, no decíamos ni una palabra. Cada cual se encargaba por su cuenta, sin avisar al otro, de quitarlo rápidamente de la vista

para guardarlo entre nuestros recuerdos íntimos, en la memoria viva de nuestra solitaria vida cotidiana. No queríamos abrir las cicatrices de su ausencia. Yo usaba a diario las prendas de mi padre que había encontrado. Las bolsas y las correas con las que guardaba en orden sus herramientas pasaron a ser mías. Más de una vez, por la mañana, he descubierto a mi madre, creyendo que no la veía, dirigiendo la mirada a lugares antiguos que solo ella conoce; acariciándose el pelo con el peine de mi padre —lo había tallado con sus propias manos en madera de nogal—, a pesar de que, a ella, peines no le faltan.

Necesitaba contrastar en mi interior, sin ayuda, aquellas sensaciones de separación y pérdida. Sin embargo, mi historia y la del hijo de José de Jerusalén era tan especular —casi idéntica—, estaba tan cargada de señales y de anuncios que cualquier margen para una hipótesis distinta me parecía sencillamente imposible. Y acaso, el afecto —la generosidad, la ternura— que me había mostrado aquel hombre enterrado en Samaria eran también fruto de la nostalgia por su hijo lejano y casi desconocido.

Con aquella certeza fúnebre en el corazón, acompañé a Juan con sus amigos. Nuestros vecinos se habían quedado impresionados por la fuerza de la inocencia de aquel grupo de chicos vestidos de blanco que se negaban a comer carne y beber vino; intrigados por su rigurosa sencillez, escuchaban enardecidos sus sermones, cuyos dogmas les parecían extravagantes. A la gente de Nazaret le resultaba inaceptable no comer carne, única dieta prevista para las grandes ocasiones: lo demás era la comida de cada día. Les fascinaban aquellas voces infantiles, aquellas bocas inocentes, apenas enmarcadas por un atisbo de barba, con las que pronunciaban la severidad de las leyes.

Mi primo Juan parecía el mayor del grupo: era su guía y el portavoz. Cuando sus compañeros lo vieron, lo rodearon y empezaron a contarle, llenos de júbilo, que esos vecinos de buen corazón les habían ofrecido su hospitalidad en una casa recién construida que aguardaba a una joven pareja de prometidos. Aún estaba vacía, merced a los largos plazos de nuestras bodas, y podían aprovecharla unos días. Me invitaron a cenar con ellos: durante el viaje habían recibido comida de sobra de las generosas manos de campesinos y pastores. Con la excusa de no dejar sola a mi madre, decliné la invitación: nos veríamos al día siguiente. Necesitaba evitar cualquier compañía, afrontar en soledad mi luto silencioso.

Cuando volví a casa, mi madre notó mi turbación y mi sufrimiento. Se quedó mirándome, como cuando era niño, sin preguntarme nada. Preparó la

mesa, pero le dije que estaba cansado y que iba a saltarme la cena. La dejé sola, atormentándose con hipótesis y dudas, y cogí mi flauta: llegaba tarde a mi cita con el ocaso. Al salir al huerto, el sol casi se había hundido en el horizonte. Empecé a tocar, recordando a mi padre —como siempre había hecho desde hacía años, como si esa canción pudiera devolvérmelo—, pero la melodía que salía del instrumento era tan débil y resignada que incluso a mí me costó reconocerla. También mi flauta había elegido un susurro, pues el rostro de mi padre estaba tan tenue y ausente que ninguna nota podría evocarlo de nuevo. La música es capaz de recordar con más profundidad que las palabras y con mayor intensidad. Las melodías que inundaban el huerto siempre habían sido melancólicas, pero aún escondían tonos enérgicos y esperanzados, incluso juguetones, y el sol, mientras desaparecía entre los olivos, me respondía con un fulgor intenso de aprobación. En cambio, ahora salía de mi flauta el sonido enrarecido del aire, el murmullo de las nubes pasajeras. La única respuesta fue la oscuridad repentina de la noche, que no había perdonado mi retraso. Mientras intentaba dormirme, llegaron a mis oídos unas notas ajenas a mi flauta. Pensé que el sueño, ya próximo, me estaba sugiriendo nuevas armonías para proponerle al huerto. Pero con la música también llegaron las palabras: era el grupo de mi primo Juan, cantando himnos y hosannas que atravesaban el cielo nocturno de Nazaret para alcanzarme.

A la mañana siguiente empecé a trabajar en el patio trasero a la espera de que el sol subiera, convencido de que mi primo y sus compañeros seguirían durmiendo después de sus cánticos hasta bien entrada la madrugada. Sin embargo, aún estaba oscuro cuando Juan se presentó. Me explicó que se levantaba muy temprano, mucho antes del amanecer, porque el nacimiento del sol tenía para ellos un significado místico e insoslayable: rezaban al alba, portadoras de la renovación, de un nuevo ciclo de la naturaleza. El sol recién nacido, todavía inocente de los pecados de los hombres, observaba el mundo con el estupor de la primera luz que siguió al caos: sus amigos y él querían ver cada mañana, con sus propios ojos, el candor de los albores.

Juan se quedó explicándome, mientras yo trabajaba, sus ritos de purificación, las oraciones, las muchas ocasiones que se presentaban a lo largo del día para dar gracias a Dios a la espera de su señal. No admitían mujeres en su grupo. De hecho, tenían prohibida cualquier relación carnal con el otro sexo: ninguno de ellos tomaría mujer ni tendría hijos. Me preguntó si quería partir con ellos y, a través de unas pruebas rituales de iniciación, abrazar en cuerpo y alma la sencillez revolucionaria de su credo, dar ejemplo

con mi propia vida, atravesar montañas y desiertos, ciudades y aldeas perdidas, para revelar al mundo la urgencia del cambio y abrir el camino al Mesías. A pesar de que fuera Juan, mi primo, quien me proponía esa nueva aventura, la decliné con tacto. Le respondí que no podía marcharme con ellos: ya había abandonado a mi madre una vez; acabaría por matarla. Sin embargo, no me negué únicamente por eso: me asustaba tanta ritualidad, me dejaba perplejo el fanatismo intrínseco del grupo, esa obligación de compartir las mismas palabras, los mismos gestos e incluso las mismas prendas inmaculadas, que parecían un uniforme; la pesadez de los dogmas propuestos con la levedad de sus cánticos, la oración común.

Yo llevaba años sin rezar. Había perdido cualquier contacto con esa parte de mí que mi madre había cuidado y cultivado desde que era un niño —a pesar de las miradas de preocupación de mi padre— con la lectura obstinada de los textos sagrados, las oraciones vespertinas, el respeto y la aceptación de los sacrificios y de las ofrendas. Ella también parecía haberse rendido a mi escepticismo. Por las noches rezaba por ella nada más; probablemente pedía perdón por ese hijo que se había apartado de la religión antigua y familiar. Yo no creía en Dios. Y tampoco creía ya en los hombres. No sé qué cambió en mi corazón, pero desde el abandono de mi padre no había vuelto a plantearme ese tipo de problemas. Cuando me preguntaba por Dios, solo me respondía una profunda y silenciosa oscuridad. Me cuidé mucho de revelar todas mis dudas a Juan, porque habría sufrido. Aceptó mi negativa respondiendo que aún no estaba preparado: ya encontraría en mi interior, y en la aventura de la vida, los motivos para unirme a él.

Iban a marcharse dentro de poco. Juan me pidió consejo sobre los caminos más indicados, los más discretos y menos transitados, para seguir su viaje. Temía encontrarse con hombres armados, caer en una trampa. Temía a los delatores y a los espías que, según decía, recibían pingües recompensas por cada noticia sobre su paradero, sobre las actividades de reclutamiento y sobre quienes les ofrecían hospitalidad y amistad. También me dijo, como el joven inteligente que era, que se había llegado a plantear que detrás de aquella búsqueda de información sobre sus movimientos estuviera la rica mano del padre o pariente de alguno de los jóvenes del grupo, que no se resignaba a imaginar a su muchacho por los arduos senderos de aquella elección de vida, frugal como un sacrificio. Solo así se explicaba que nunca los hubieran atacado abiertamente. A fin de cuentas, eran un puñado de críos sin armas, guiados exclusivamente por la fe y la voluntad de paz: habría sido fácil y

definitivo. Quizá aquellos perseguidores invisibles obedecían la orden de no poner en peligro la vida de su allegado.

Me contó que en más de una ocasión le había parecido que alguien los espiaba durante sus viajes, que los seguía desde lejos, haciendo sentir su presencia hostil sin llegar nunca a revelarse. Por las noches, en los descansos, mientras sus compañeros dormían, él, incapaz de conciliar el sueño, abrumado por la angustia y la responsabilidad que sentía hacia esos jóvenes, había visto fogatas lejanas, pero no demasiado, de gente acampada que por la mañana ya había desaparecido. Había notado en lo alto de las colinas ojos que los escrutaban, cabezas que no pertenecían a ningún ejército, ni romano ni de los reyes de la zona; había oído los ruidos y las voces de los animales, el movimiento rápido de tropas ligeras, bien equipadas y expertas. Pero nadie apareció nunca para enfrentarse a ellos. Serían mercenarios, unidos por el pago que alguien había desembolsado. Juan me contó que en sus peregrinaciones se encontraba con rabinos radicales y aguerridos que leían textos unívocos que coincidían en un presentimiento futuro: el Imperio romano se desmigajaría y relegaría al olvido la prepotencia de los corruptos y de los poderosos. Y la primera grieta se abriría justo allí, en la tierra miserable y oscura de Nazaret, donde nadie habría podido imaginar una siembra tan valiosa y peligrosa. Los ecos de aquella leyenda habían llegado a los oídos sensibles de los espías y de los delatores que vivían de vender esas habladurías hostiles a los romanos y a los reyezuelos inútiles de Palestina. Juan me sugirió que extremara las precauciones, porque en los mapas de su miedo habían rodeado de rojo primero Belén y luego Nazaret.

Pasamos juntos todo el día; comimos con mi madre. Mientras yo quitaba la mesa y lavaba los cuencos, ellos se quedaron un buen rato hablando solos. Salieron a la calle, tal vez para que no los oyera. Juan estaba ayudando a mi madre a descolgar las túnicas y los trapos tendidos. Yo los veía, sin que me vieran, por la ventana. Se entretuvieron discutiendo, mi madre con sus maneras suaves y lacónicas, Juan con su natural fervor. Él se echó a llorar y mi madre lo consoló con un afectuoso abrazo. Quizá la nostalgia de la familia en Jerusalén, quizá el peso de la responsabilidad, lo habían doblegado unos segundos. Y, una vez más, a pesar de ser ya adulto, sentí el pinchazo de los celos por aquella complicidad que me había atormentado de niño, por excluirme de sus secretos. Volvió a asomar la sospecha infantil de que, en realidad, Juan era el hijo de mi madre, la promesa de su redención. Su repentino silencio, en cuanto salí con ellos, me pareció incómodo.

A la hora del ocaso llevé a mi primo al huerto para que escuchara mi flauta y viera la despedida del sol poniente. Me dijo que tenía que superar aquel encaprichamiento con el crepúsculo vespertino y dedicar más energía —y esperanza— al amanecer, como hacía su grupo: mi tristeza solo era nostalgia del pasado; tenía que apostar por el futuro. Es ahí, me dijo, donde se esconde el misterio de la verdad.

Cuando oscureció, decidieron ponerse en marcha. Los acompañé un tramo, pues quería indicarles los senderos más seguros en su trayecto nocturno hacia las colinas. Abracé a mi primo y le prometí que volveríamos a vernos. Él estaba convencido: tarde o temprano me sumaría al grupo. Los vi alejarse hasta que se perdieron en la oscuridad. Por un instante me vi tentado de seguirlos, de unirlos a ellos. Pensé que la edad y el paso del tiempo iban estrechándose como un embudo: no volvería a tomar una decisión tan arriesgada, no volvería a abrazar una vida tan abierta a la casualidad y a la embriaguez, no volvería a compartir con otros una esperanza. Sin embargo, sentía que aquello no era para mí. Mi casa estaba en Nazaret, con todos los recuerdos y los remordimientos que conforman el bagaje de un hombre ya maduro. Di media vuelta.

Como cada mañana, trabajé en el patio trasero y, siguiendo el consejo de Juan, aguardé con más curiosidad la salida del sol. Preparé los maderos que trabajaría aquel día, saqué de sus fundas mis herramientas, encendí el pequeño hornillo para calentar la cola. Luego oí los habituales balidos del rebaño que se acercaba: pasaría por la puerta de casa guiado por el pastor que cada mañana nos ofrecía su leche, ordeñada delante de mi madre.

El día parecía encaminarse a la repetición laboriosa de los gestos, con la parábola ascendente de un sol que marca el ritmo de nuestra existencia. Los pasos del rebaño, cada vez más cerca, me alarmaron: nunca había llegado a esa velocidad arrolladora, sin el freno del pastor y del perro. A juzgar por los ruidos y la agitación, parecía en completo desgobierno. No en vano, me pasó por delante al trote y desperdigado, como perseguido. Dejé mis herramientas y me asomé para comprobarlo: no vi al pastor ni oí en la oscuridad los ladridos del perro, que, como una telaraña invisible, contienen al rebaño. Los animales siguieron su descenso hasta apiñarse, como el meandro de un río, en el límite de los campos, donde frenaron por decisión propia. Decidí comprobar dónde estaba el pastor y remonté el sendero en sentido contrario adentrándome en la oscuridad, fuera del alcance de la antorcha del patio.

No lo vi de inmediato. Primero oí los jadeos de su carrera y luego me lo encontré encima de repente, porque él tampoco me había visto. Se agarró a mí

como si estuviera a punto de caer. Lo sentí tambalearse en la oscuridad, inseguro. El hombre era incapaz de articular palabra, y mientras lo conducía al patio, agarrándolo del brazo, notaba su temblor. Por fin, a la luz de la antorcha, lo vi con los ojos abiertos de par en par por el miedo, con un hilo de sangre cayéndole de la nariz y un moratón en plena cara. Le di un vaso de agua y, después de respirar profundamente para tomar aire, me contó que colina arriba, antes de la pendiente que baja a Nazaret, había pasado con su rebaño junto al fuego de unos hombres acampados: no por curiosidad, sino por la costumbre de los animales, que siempre eligen el mismo itinerario porque lo saben sin peligro. Mientras se aproximaba al fuego, se preguntaba quiénes serían aquellos hombres con los que nunca se había cruzado y que iba descubriendo poco a poco, sin poder determinar su número a la luz trémula de las llamas. Vio lanzas, bastones y otras armas, y los tomó por cazadores de jabalíes; luego reparó en los caballos, antes de volver a fijarse en los hombres, que lo miraban en silencio. Cuando el rebaño se acercó, varios de ellos, unos cuatro, se levantaron, y él aminoró la marcha agradeciendo su inesperada suerte ante la inminente venta de leche. La primera del día. Los saludó con la mano. Le pareció que lo esperaban como agua de mayo, pues agarraron una oveja a toda velocidad, luego otra y puede que una tercera. No pudo contarlas, distraído por su perro, que se lanzó rabioso contra el primer hombre. Lo que sí vio fue un bastón levantarse y, con precisión, sin piedad, golpear varias veces al animal hasta que ya no se oyó su quejido. No podía entender qué estaba pasando aquella mañana que le había parecido tan idéntica a las otras, incluso más prometedora, y se había convertido en un amanecer feroz. Él también se acercó a los hombres, intentó detenerlos, recuperar los animales robados, pero recibió un bastonazo en la cara, de refilón, porque había atenuado el golpe saltando hacia atrás. El rebaño, aterrorizado por la emboscada y la muerte del perro, apretó el paso en una huida que había salvado al pastor: los otros bastonazos que intentaron asestarle no lo rozaron gracias a la impetuosidad de los animales, que había obligado a esos hombres sin escrúpulos a abrirse, a dejar espacio a un río de ovejas a la carrera. Él estaba justo en el centro del rebaño, protegido por la densidad de los animales y por la oscuridad. Se dejó llevar ladera abajo, donde lo encontré.

Mi madre, al oír nuestras voces, salió al patio. Fue ella la que le limpió la herida y consoló al pastor, desesperado por los animales robados y la muerte del perro, que eran su única familia. El hombre lloraba al recordar esos segundos terribles. Nazaret empezaba a despertarse. La noticia del ataque no tardó en reunir a muchos vecinos a la puerta de nuestra casa. El pastor,

reconfortado por la indignación general, se vio obligado a contar varias veces la terrible aventura. También Jonatán, el anciano amigo de mi madre, se presentó en el patio. Él fue el primero en plantear hipótesis sobre la identidad de los misteriosos autores de tamaña violencia: saqueadores, probablemente. Contó que había oído, de boca de varios viandantes asustados, historias sobre maleantes que se agrupaban como lobos para tender emboscadas y saltear. Ni siquiera las caravanas estaban ya seguras: los ladrones se escondían en los caminos menos transitados y, con una excusa —aprovechando el buen corazón y la ingenuidad de los aldeanos, todavía más ablandados por las dificultades del viaje—, uno de ellos pedía ayuda. A veces fingía una indisposición; otras, mentía sobre la inesperada muerte de su burro o la pérdida de su carga, despeñada por un barranco. Bastaba que la caravana se detuviera o aminorara la marcha para que sus compinches salieran de sus escondites, arma en mano, y robaran a los viajeros todo lo que tenían. Quien se negaba u oponía resistencia se llevaba una paliza.

La hipótesis de Jonatán no convencía a los demás vecinos: habían atacado al pastor muy cerca de Nazaret, con una seguridad y una certeza de impunidad que resultaba sorprendente. No podían ser burdos salteadores, gente famélica sin reglas ni ley. Parecían más bien los restos de un ejército en desbandada, quizá derrotado, u hombres que huían de la severidad militar. Le preguntaron al pastor si había visto alguna enseña, alguna señal de pertenencia. Demasiada oscuridad, demasiado repentino el ataque, demasiado el miedo para ver otra cosa que no fuera su propio terror.

Tal vez eran soldados romanos reacios al reclutamiento, dijo otro, que habían abandonado los campamentos en busca de conquistas privadas allende los confines del imperio. Probablemente rumbo a los desiertos sin dueño de Arabia y Siria. Sobrevivían gracias a lo que conseguían robar y saquear con la destreza de sus nociones militares, persiguiendo la ilusión de un nuevo reino solo para ellos. No era la primera vez, dijo, que unos soldados cegados por las victorias fáciles del ejército imperial soñaban con tierras francas y botines de guerra que no tendrían que compartir.

Yo los escuchaba sin dar mi versión: estaba turbado por la inesperada ferocidad de aquel amanecer —en Nazaret esa violencia era inédita— y por la revelación de Juan. No me cabía duda de que aquellos hombres misteriosos eran los mismos que seguían de lejos al grupo de mi primo. No sabía cómo plantear mi sospecha sin dejar en mal lugar a Juan y a sus compañeros. Temía que pudiera pasar algo más, de mayor gravedad. En mi fuero interno sentía crecer la inquietud, el miedo a que aquel grupo de chicos estuviera a punto de

caer en una trampa. Los hombres estaban demasiado cerca y era demasiado poca la distancia que ellos habrían podido cubrir a pie en una noche de viaje. Un sendero impracticable tanto para las personas como para los animales. Me sentí culpable por haber sugerido a Juan ese itinerario, por haber minusvalorado el peligro. Pero ¿qué otra ruta habría podido aconsejarle? Si aquellos hombres violentos habían llegado a las puertas de Nazaret era porque, sin lugar a dudas, conocían cada camino y sendero, y probablemente llevaran mucho tiempo vigilando desde lejos a mi primo y sus jóvenes compañeros para que sus huidas nocturnas no los pillaran desprevenidos.

Los vecinos y demás lugareños arremolinados delante de mi patio decidieron que era hora de ir a comprobar si aquellos hombres seguían en las inmediaciones de Nazaret. Alguien planteó la posibilidad de vengarse, propuso responder con violencia a la violencia: no podíamos mirar hacia otro lado y permitir que otras acciones similares pasaran sin castigo. No querían que se corriera la voz, que nuestra pacífica resignación se exagerara hasta convertirse en una habladería: Nazaret era presa fácil, no plantaba cara a la prepotencia y a la violencia. Otros vendrían a saquearnos, sabiéndose impunes. Debíamos responder enseguida y estar a la altura de la provocación. Cada cual fue a buscar un arma o algo que se le pareciera. Traían los horcones y las azadas que yo mismo, en más de una ocasión, había reparado; traían herramientas de trabajo, palos e incluso las hondas con las que jugaban sus hijos. En Nazaret no había armas. Cuando volvieron a reunirse a la puerta de mi casa, su confianza parecía atenuada. Se miraban a la cara buscando en el compañero de al lado la seguridad previa, pero no encontraban sino la perplejidad de los hombres desarmados. Yo no había pensado en un arma y, cuando me preguntaron qué tenía, eché mano de uno de los maderos que iba a trabajar: unas piedras cogidas del suelo habrían sido más eficaces. Sin embargo, no podíamos echarnos atrás. El pastor, aún asustado y horrorizado por la muerte de su perro, nos indicó con mayor detalle el lugar de la emboscada: estaba a pocos cientos de pasos de mi puerta. Nos encaminamos, muy asustados de nuestra propia audacia.

Éramos una treintena. Había muchos jóvenes y nos dejábamos guiar por el valor de su edad belicosa. Subimos lentamente por la ladera, sobresaltándonos a cada ruido, a cada graznido de los pájaros que, sorprendidos por nuestra temeridad, alzaban el vuelo desde la espesura. Nos poníamos en alerta, asustados, cuando las piedras que pisábamos caían ladera abajo. Por fin llegamos. Los hombres se habían ido. Unos dijeron que nos habrían visto y, para evitar el conflicto, habían escapado. Yo, en cambio, pensaba horrorizado

que ya estarían tras el rastro de mi primo. Encontramos las brasas aún vivas, donde se consumían los restos de las ovejas robadas y degolladas en el acto. Encontramos el cadáver del perro en un charco de sangre coagulado. Era un horror. Pero suspiramos aliviados por la ausencia de aquellos individuos armados: así no tendríamos que enfrentarnos a ellos. Volvíamos a Nazaret eufóricos por la victoria —sensación desconocida para mí, que había salido derrotado de todas las peleas y riñas de mi adolescencia— y con más fe en nosotros mismos. Caminábamos contándonos la mentira de la fuga de los enemigos hasta que vimos mi casa. Me fijé en que mi madre estaba en el umbral con gesto preocupado. Los niños salieron corriendo a nuestro encuentro gritando algo que no entendíamos; por detrás, las madres se acercaban a paso ligero y ansioso. Por fin nos alcanzaron: un pequeño ejército de malnacidos había tomado la aldea. Las mujeres, asustadas, dijeron que tenían un aspecto y una actitud hostil; que habían atado los burros y los bueyes de sus carros en los olivos de los campos y se habían presentado en el poblado con las armas en la mano. Hasta entonces no caí en la cuenta de que esos hombres no habían venido por mi primo y su grupo: buscaban Nazaret. ¿Me buscaban a mí?

Tenía la sensación de que el lugar donde había nacido, Belén, y el pueblo donde había crecido estaban vinculados por la concordancia de los acontecimientos. En Belén, alrededor del establo en que nací se arremolinó una multitud que seguía su instinto y una profecía. Parecía que mucha gente me esperaba, que había sido anunciado por señales premonitorias que los videntes y los predicadores extranjeros y nómadas habían marcado en sus calendarios, variables según el idioma con que se expresa el tiempo, pues en cada país este habla una lengua distinta. Supuse que, con el paso de los años —sin que llegara ninguna de las confirmaciones que se esperaban de mí—, las señales y las profecías habrían proliferado, multiplicándose sin control. Puede que muchos poderosos asustados hubieran dado crédito a aquellos rumores legendarios sin un ápice de verdad que tanto tiempo me habían perseguido hasta dar conmigo en Nazaret.

CAPÍTULO NUEVE

Habían aprovechado nuestra expedición —movida por la intrepidez y la urgencia de vengarnos— a su campamento nocturno, donde habían tendido la emboscada al pastor para robarle las ovejas y matar a su perro, para hacerse con la aldea sin el menor esfuerzo o amenaza. En Nazaret, durante nuestra breve ausencia, solamente se habían quedado las mujeres, los viejos y los niños. Parecía una maniobra puesta en práctica otras veces por aquellos hombres pertrechados de armas, acostumbrados a suscitar reacciones previsibles: un señuelo para alejarnos. Habían ocupado la plaza de los abrevaderos, donde estaba el pozo —hoy tan seco—, interponiéndose entre nuestra sed y el agua, en una posición estratégica ventajosa.

Parecían haber acampado. Encendieron una gran hoguera y colocaron a la vista sus lanzas y espadas para que, al reparar en ellas, percibiéramos la amenaza. Se movían como si nosotros, los lugareños, no estuviéramos allí. Por precaución y para no provocarlos, habíamos dejado nuestras armas improvisadas, nuestras herramientas de campesinos y artesanos sin preparación, inapropiadas para una batalla, detrás de mi casa, al lado del huerto, donde no podían verlas. Nos acercamos lentamente para que no reaccionaran mal. No obstante, a pesar de la calma que nos impusimos —en realidad teníamos miedo: su repentina toma de posesión prometía nuevos y trágicos acontecimientos—, se llevaron la mano a sus armas en cuanto nos vieron. No parecían tener intención de usarlas de inmediato; querían darnos a entender que estaban preparados para cualquier contingencia. Seguían sentados alrededor del fuego esperando algo que no lográbamos comprender. Nos alejamos para evitar provocaciones.

Pasamos el día observándolos desde una distancia prudente. A pesar de que el sol ya estaba alto, tenían el fuego encendido, alimentándolo con ramas de olivo que cortaban sin piedad, dejando solamente los troncos donde habían atado los animales. Empezamos a acostumbrarnos a su amenazadora presencia. Muchos reanudaron los quehaceres cotidianos renunciando a coger agua del pozo vigilado y utilizando las reservas que tenían en casa. La necesidad de sobrevivir es capaz de adaptarse a las circunstancias más adversas. La tarde ya caía y la oscuridad se acercaba. El viejo Jonatán, armándose de valor —pensé que también para impresionar a mi madre, que lo

observaba con preocupación—, decidió acercarse a su hoguera. Lo vimos entrar, con el paso titubeante por la edad, las manos en alto y una sonrisa forzada, en el círculo hostil de aquellos hombres. Lo vimos hablar, sin distinguir qué decía; uno de ellos levantó la cabeza y respondió brevemente. Jonatán volvió con la cara pálida y la mirada clavada en un punto del futuro que le parecía horrible. Tardó un poco en responder a nuestras preguntas ansiosas; se diría que primero tenía que entenderlas. Al final, confirmó nuestros miedos. Cuando había preguntado qué buscaban en Nazaret, uno de ellos, con mirada resuelta y sin un atisbo de emoción, respondió: «Viejo, si esto es Nazaret, vuelve a tu casa y pon a salvo lo más preciado que tengas». Todos nos quedamos helados, intentando encontrar un adarme de lógica en aquellas palabras, una vía de escape, una equivocación.

Quién sabe por qué, pero yo ya lo había entendido. Esas pocas palabras dirigidas a Jonatán eran un mensaje para todos: no eran saqueadores ni ladrones, no buscaban monedas ni oro, no eran soldados huidos, porque ya lo habrían desvalijado todo. Tenía que ser una represalia ejemplar para que también otros lo entendieran. Sabía que estaba en lo cierto, aunque se me escapaba el motivo de mi intuición y no compartí con nadie aquella certeza. Cada cual decidió poner a salvo cuanto antes a sus familiares y sus posesiones, lo más valioso y necesario para su trabajo, las herramientas, los animales, los recuerdos. Yo mismo, mientras mi madre acompañaba a Jonatán, que parecía confuso y desorientado después de la lapidaria —terrible— conversación, volví corriendo a casa para poner a buen recaudo nuestras cosas. Sin embargo, cuando abrí la puerta caí en la cuenta de que nada de lo que guardábamos tenía valor para mí.

Me invadió una sensación ambigua de liberación y al mismo tiempo de soledad: nada me pertenecía, ni los objetos habituales de nuestra vida cotidiana ni los que, de un modo u otro, se habían sedimentado con el paso del tiempo: las cosas de mi padre que yo había guardado imaginando un futuro. Observaba cada una sin jerarquías de afecto ni preferencias. Nuestra vida me parecía tan árida y pobre, tan miserable y hambrienta, tan punitiva por haber cometido el único pecado de venir al mundo que por un momento llegué a desear que los invasores se lo llevaran todo, que nos despojaran de cada una de nuestras pertenencias, que nos quitaran cualquier pretexto y excusa para seguir masticando la hierba amarga de nuestra condición.

Solo mis herramientas de trabajo parecían dignas de ser salvadas, pero por necesidad. Las saqué del patio y las escondí como buenamente pude entre las plantas del huerto. La llegada convulsa de mi madre me despertó de aquel

desapego. Cuando entró en casa, miró a su alrededor. Se imaginaba que buena parte de nuestras cosas ya estarían fuera de peligro, pero todo seguía como lo había dejado. Se puso manos a la obra sin dilación, cogiendo a toda prisa ropa y comida, bolsas y utensilios; seleccionando cada objeto con lucidez y con un frenesí que se le había contagiado en el camino de vuelta al ver la desesperación de todos los vecinos, que corrían como locos, también ellos sumidos en un mar de dudas sobre qué rescatar y qué abandonar, entrando y saliendo de sus casas invadidos por el pánico y la urgencia de darse prisa. Estaban tan aturdidos que cogían objetos de uso cotidiano o trastos inútiles o caprichosos para salvarlos: en un primer momento les parecían irrenunciables y necesarios; pero, en cuanto ponían un pie en la calle, se daban cuenta de que no eran esos sus enseres más preciados y volvían a entrar, y otra vez a buscar y a elegir, a sabiendas de que el tiempo pasaba y no habían sido capaces de esconder nada. Y entonces sentían aún con más fuerza el desconcierto de los pobres, que apenas poseen lo necesario: en su imaginación de menesterosos anidaba el deseo de cosas que solo habían tenido en sueños. Y, sin embargo, seguían buscándolas entre los objetos desgastados de su miseria, confundiendo la realidad extrema de su condición.

Yo también me espabilé. Pensé en la burra, a la que notaba nerviosa y asustada. La sujeté del bocado y la saqué del establo para alejarla todo lo posible de la casa. Oponía una resistencia obstinada y clarividente, hincando las pezuñas, estirando el cuello, emitiendo un rebuzno prolongado y despavorido, jadeando sin consolación. Por fin, pasado el huerto, logré atarla a un olivo. Intenté tranquilizarla acariciándole el hocico y la miré a los ojos, grandes y aterrorizados. Fue entonces cuando vi reflejado en su iris el destello de las primeras llamas, como si surgieran del interior del animal.

Habían prendido los incendios con las antorchas que alimentaban en la hoguera de su campamento, después de esperar con paciencia a que oscureciera, y ahora corrían para frustrar cualquier intento de oponer resistencia, pertrechados de lanza y espadas para mantener a raya a los vecinos más desesperados, que gritaban sin temer las puntiagudas armas y se lanzaban a las casas con la esperanza de apagar las llamas. Era una idea tan insensata que, en cuanto intentaban abrir la puerta, las lenguas de fuego se abalanzaban sobre ellos y se veían obligados a retroceder. Los ocupantes de las casas expulsaban nuevamente a los más obstinados, aquellos que acometían un segundo asalto para detener el incendio con su propio cuerpo.

No querían matarnos. Con sus bastones golpeaban piernas y brazos como si conocieran la anatomía más secreta de los hombres, la del alma: no

rompían huesos, sino que doblegaban hasta la resignación la temeridad desesperada de quienes veían desmoronarse bajo el cielo nocturno la intimidad de sus hogares, el esfuerzo de cada piedra colocada, las tablas del tejado, las mesas donde habían compartido la frugalidad de sus almuerzos y sus cenas, los camastros de su descanso, donde habían concebido a sus hijos. La memoria misma de sus afectos parecía arder y convertirse en cenizas abrasadoras en un incendio que se estaba propagando por todas las casas. Las llamas altas e imponentes se reflejaban ya en la noche de Nazaret informando a toda la región de nuestro castigo. También mi primo Juan y sus muchachos vestidos de blanco, probablemente, vislumbraran el resplandor del escarmiento. Esperaba que no dieran media vuelta para cerciorarse de nuestro destino.

Intenté acercarme al pozo con los demás: solo el agua podría apagar las llamas y salvar lo que aún no se había convertido en ceniza. Con la experiencia acumulada de otras emboscadas —los desesperados tienen reacciones idénticas—, un puñado de hombres aguerridos y bien armados presidiaba el pozo. Nos alejaban de los barreños y del agua a punta de lanza. Retrocedimos. Se nos habían sumado algunos de los jóvenes de Nazaret, cuya bravuconería se había enfriado durante la misión matutina. Ahora querían resarcirse intentando llegar al agua, por lo que ideamos a toda prisa una estrategia: mientras que algunos de nosotros, ayudándonos de largos palos, entreteníamos a esos hombres, los otros, más jóvenes y ágiles, cogían agua.

Yo fui el primero que, con una pértiga salvada de un granero condenado, empecé a empujar y amenazar a los hombres armados. Otros se sumaron, temerarios por desesperación. Nuestros adversarios retrocedieron, se replegaron detrás del pozo y se detuvieron ahí: no parecían preocupados por nuestro avance; habían comprendido inmediatamente nuestra estrategia. Uno de los chicos logró acercarse con un barreño y lo ató a la cuerda para sumergirlo en el agua. Parecía haberlo conseguido. Entonces oímos un chasquido, un breve silbido, y el chico se desplomó gritando de dolor: una flecha lo había alcanzado en el muslo. Vimos la punta ensangrentada asomar a través de la carne lacerada. Varios de los hombres habían empuñado sus arcos y estaban preparados para disparar más flechas, mientras que los demás seguían teniéndonos al alcance de sus lanzas. Dejaron que el padre se acercara al joven herido para ponerlo a cubierto y volvieron a hacerse con el control del pozo. Nosotros también ayudamos al joven, que lloraba de dolor y frustración mientras la madre corría a abrazarlo. Los más acostumbrados a las

desgracias y a las heridas se ofrecieron para sacar la flecha y vendar el desgarro.

Comprendimos que la única posibilidad de ganar aquella batalla era a costa de muchos heridos —quizá muertos—, así que volvimos con las manos vacías, ya sin fuerzas, resignados, y nos quedamos observando el fuego que destruía Nazaret.

Las familias se habían reunido en grupos, a pocos metros de sus casas, como si la cercanía pudiera consolarlos a ellos y a un hogar que se deshacía en chispas que ascendían hacia el cielo. Mi madre, al lado de Jonatán, miraba sin lágrimas cómo se evaporaba nuestra casa. De hecho, parecía indiferente, casi fascinada por el espectáculo —por la omnipotencia de aquel horror— de calor y destellos, y me indicaba con el dedo de quiénes eran las casas que se iban incendiando por momentos. En sus ojos había estupor, pero ni rastro de miedo. Presenciaba aquello como el público que asiste a una representación, lejos del escenario y de la verdad de aquel espectáculo. Jonatán y yo nos miramos perplejos. Pensábamos que el trauma de la tragedia la había trastornado. El viejo, a su lado, le había tapado los hombros con una manta porque ya se hacía sentir la humedad de la noche. Su casa, de las primeras en ser pasto de las llamas, ya no era sino una ruina de brasas aún incandescentes. Una mezcla humeante envolvía Nazaret: el calor del fuego y el fresco de la noche se habían fundido en una niebla artificial por la que nos movíamos como fantasmas resignados a la nostalgia. Muchos vecinos se habían acurrucado en camastros improvisados y se sumían en un duermevela dolorido; otros lloraban lágrimas mudas, como si hubieran consumido toda la rabia y el fuego hubiera devorado cualquier emoción.

Seguí deambulando entre la tiniebla, donde de vez en cuando resonaban lamentos, sollozos ya agotados, blasfemias roncadas en aquella noche sin Dios, clandestinas por la imposibilidad de distinguir la cara del autor, borrada por la humareda del incendio. Oí el llanto caprichoso de un niño: había dejado en casa sus juguetes, unos pajarillos hechos con arcilla esa misma mañana y que, todavía frescos, esperaban los últimos retoques. Lloraba porque quería recuperarlos. Los niños, para poder aceptar las tragedias, recortan solo un trozo a su medida. El padre intentaba calmarlo mientras la madre, enmudecida, contemplaba sentada en el suelo los estragos del fuego. La molesta insistencia de aquel niño, tan fuera de lugar, me llevó a intentar el rescate: a través de la puerta, no del todo consumida por las llamas, entreveía una parte de la casa aún intacta y sin fuego. Le dije al niño que probaría a salvar sus pajarillos, que se calmara y aguardara. Me miró con incredulidad.

En realidad, hacía tiempo que había renunciado a sus juguetes, y aquel lamento no era sino una especie de nana para conciliar un sueño difícil. Intenté entrar. No sabía dónde buscar sus figuras de arcilla y di varios pasos por la casa invadida por el humo. El calor era insoportable y las vigas del techo, ya dañadas por el fuego, no aguantarían mucho más. Una, al derrumbarse a pocos metros de mí, arrastró consigo tizones de madera incandescente, y me vi obligado a salir. El padre me abrazó dándome las gracias por el valiente gesto. Yo creía que mi generosidad había sido en vano, pero el pequeño había dejado de quejarse y me saludó con una sonrisa. Dijo que sus pajaritos estaban sanos y salvos: los había visto alzar el vuelo mientras yo estaba dentro. Un milagro de las alucinaciones de aquella noche.

Volví a las ruinas de mi casa. Mi madre había colocado junto al huerto lo que nos quedaba. Jonatán, que no tenía otro sitio en el que refugiarse, dormía exhausto a pocos pasos de nosotros. La noche era fría, pero el fuego de Nazaret impediría que la sufriéramos. Nos acomodamos, tapados con mantas, entre los enseres escapados del incendio. A la luz resplandeciente de las llamas vislumbré, entre los enseres salvados por el cariño de mi madre, mi flauta. ¡A ella no se le había olvidado! Me sorprendió su atención, pues habría podido salvar otros mil pequeños objetos que abarrotaban nuestra casa, sin duda más útiles y necesarios que aquel instrumento. En nuestra vida en común, cada vez más silenciosa, distante, y en ocasiones incluso hostil, ella seguía queriéndome. A pesar de la tristeza resignada y tácita porque no había cumplido su misterioso designio, porque no había estado a la altura de su apuesta, ella se había acordado de mi flauta. Mi madre. Mientras la veía dormirse, me descubrí reflexionando sobre cómo había afrontado ella el incendio de Nazaret, un capítulo dramático y doloroso de nuestra existencia. Pero necesario. Me turbaba su resignada curiosidad por el futuro que estaba germinando entre las cenizas. Y solo ella parecía capaz de verlo. ¿Qué leía mi madre en la gramática de las llamas que estaban consumiendo nuestra vida, tan periférica y marginal, tan humilde y apartada de cualquier acontecimiento decisivo, tan ajena a la Historia? El incendio quemaba todos los puentes hacia el pasado para dejarnos desnudos y desamparados en manos de un futuro ignoto, sin alternativas. Llegué a plantearme que aquellos hombres armados formaran parte del pequeño ejército inmaculado e inofensivo de mi primo Juan, que con tanto fervor me había invitado a abrazar el futuro. Cogí la flauta y me alejé cruzando el huerto, donde solamente la burra podría escucharme. Con soplos suaves entoné mi lamento, que se elevaba en el cielo iluminado

por el resplandor del fuego y las estrellas de ceniza evanescente, como una danza intangible.

Me acordé de Delia, de la liviandad de sus pasos descalzos al son de mis notas, de sus tobillos cruzados, de la elegancia de sus manos, del asombro en su mirada, del misterio velado de su belleza. Un recuerdo ya lejano que se desvanecía en la humareda del fuego. Jamás me he sentido tan solo. Dejé que el crepitar de las llamas volviera a apoderarse de la noche de Nazaret y me tumbé al lado de mi madre, que ya dormía. Cerré los ojos y entré en un sueño de agua.

Quizá era un lago. En el horizonte vislumbraba colinas bajas, azuladas por la distancia, bajo un sol alto y madrugador. No estaba solo: me rodeaban mis compañeros de viaje. No veía sus caras porque estaba contemplando la transparencia cristalina del agua, pura y serena como el aire, que tenía delante. En el sueño sabía que debía llegar a la otra orilla, tan tenue a la vista que no ofrecía certezas; sin embargo, a pesar de una lógica sensación de miedo, me puse en marcha. No había otra ruta. Empecé a caminar y no me hundía: pisaba con pie firme la superficie del lago sin mojarme siquiera. Volaba. En el sueño reflexionaba sobre lo natural, lo normal que era caminar sobre las aguas. Pensaba que, si no podía ser pez, tendría que convertirme en paloma, como las figuras de arcilla del niño, que, para salvarse del fuego, habían desplegado las alas. Sentía que era una habilidad adquirida hacía tiempo, una de las muchas virtudes que aprendemos de niños y que archivamos y olvidamos en la madurez. Oía a mi espalda a mis compañeros, que lanzaban mensajes de ánimo y sonidos de asombro; querían seguirme, pero no recordaban cómo se hacía. «Haced como yo», les decía con tono tranquilizador. Observando el esplendor de aquella agua inmóvil, los invitaba a acercarse con un gesto del brazo. Algunos, temiendo hundirse, me rogaban que interviniera. Me volví para mirarlos y sujetarlos, pero entonces me desperté. Sentía una mezcla de desconcierto y de asombro. Imaginé que había soñado con agua para compensar el ardor de aquella noche en llamas. Dentro me quedaba la ligereza de las cosas que no se hunden.

Amaneció bajo la amenazante luz roja del fuego no extinguido. De las ruinas de Nazaret y de sus brasas húmedas se elevaban columnas de humo negro. Dejé a Jonatán al cuidado de mi madre, aún dormida, y fui a hacer una primera inspección, temiendo que los autores del incendio estuvieran preparados para nuevos castigos, todavía más sangrientos. Sin embargo, no había ni rastro de ellos. La hoguera de su campamento también estaba apagada; las armas habían desaparecido: satisfechos, ya se habían marchado.

La niebla se disipó, y me crucé con algunos vecinos sonámbulos manchados de hollín: ellos también estaban evaluando la tragedia.

Eran pocas las casas que conservaban el tejado: el fuego había agotado su ferocidad por la pobreza de esas construcciones, que apenas tenían madera para alimentarlo, y, después de la llamarada inicial, menguaba con desilusión y se apagaba por inanición. En otras viviendas, en cambio, el fuego había sido más inteligente: bastó algún objeto abandonado en las paredes, una escoba, un vestido o un barreño de madera colgado de un gancho, para que la serpiente de las llamas encontrara el camino hacia el exquisito banquete de las vigas, la paja y las tablas del tejado.

Entrábamos en las casas todavía humeantes —la piedra estaba ardiendo— con sus dueños, que tenían gestos de compasión consigo mismos: barrían las cenizas o las brasas aún incandescentes, y entre tanta devastación recolocaban una silla que se había salvado en el centro de aquella nada en la que se había convertido su casa; rescataban alguna joya, pequeños objetos olvidados con las prisas, y esbozaban una sonrisa por la suerte del hallazgo; de las cenizas asomaba la pata de una mesa carbonizada y la sacaban a la calle, con la primera luz del día, para imaginar con mayor claridad cómo quedaría cuando la reconstruyeran.

De las aldeas vecinas, de las majadas de los pastores, empezaban a llegar parientes y amigos que por la noche habían visto el arbol de las llamas en el espejo del cielo, y se detenían en la entrada de Nazaret sin reconocerla, creyendo que se habían equivocado de cruce: tal era el espectáculo de negro humo y de ruina que se desplegaba ante sus ojos. Preguntaban por sus parientes, por su estado de salud, e intentaban explicarse quiénes eran los atacantes y qué querían, temerosos de correr la misma suerte. Nos contaban nuestra tragedia desde su punto de vista: al caer la noche habían visto los primeros resplandores, como un retraso en la puesta de sol; luego, cuando la oscuridad fue total, les quedó claro que se trataba de un incendio, y con el paso de las horas llegaron a la conclusión de que las llamas se elevaban sobre Nazaret. Cuanto más tiempo pasaba, más les costaba entender por qué no éramos capaces de controlarlas con el agua del pozo, tan lleno y accesible para cualquier recipiente. Entonces se pusieron en marcha para traer ayuda.

Por el camino se cruzaban con otras personas, venidas de aldeas más lejanas y movidas por aquel cielo rojo como una alarma. Y habrían llegado antes si no se hubieran topado también con grupos armados que bloqueaban el paso de sus carros. A pesar de la insistencia, de su prisa por prestar auxilio y consuelo, los hombres no dejaban el terreno libre; al contrario, con cada

intento suyo de desbloquearlo por la fuerza, ellos se volvían más intransigentes y violentos. Probaron a continuar dejando atrás los carruajes, avanzando en la noche sin la intuición de los animales, que reconocen los caminos por el olfato, pero los otros, con amenazas y a bastonazos, los repelían. Siguieron vigilando el camino hasta la primera luz del día. Luego, de pronto, se esfumaron.

La nueva información me convenció de que eran varios los grupos armados que habían participado en la destrucción de Nazaret: había un plan, una lógica; unas personas preparadas y expertas se habían reunido, se habían sentado a estudiar la mejor forma de dejar una señal tan profunda y devastadora. No entendía qué peligro representaban mi primo Juan y sus jóvenes compañeros vestidos de blanco; qué novedad rompedora anidaba en sus ingenuos cánticos de agradecimiento, qué anuncio subversivo se escondía en la elección de la pobreza, en la renuncia a la familia y al amor carnal, en aquella dieta extravagante e inocua que no comprendía la carne. Los instigadores del ataque, por su parte, no podían sino ser ricos, poderosos, carnívoros, acostumbrados a todos los vicios, enfermos de lujuria. Aterrorizados por cualquier novedad.

La noticia de la destrucción se fue propagando lentamente hasta localidades más lejanas. Quien tenía allegados en Nazaret se ponía en marcha para visitarlos. Muchos de nuestros vecinos, los más ancianos, se dejaban convencer para abandonar toda esperanza de reconstrucción y se marchaban con sus hijos, hermanos y nietos. Quien dejaba su casa nos prestaba el consentimiento para darle el uso más útil a quienes nos quedábamos.

Por primera vez, Nazaret se vaciaba. Venciendo la desesperación, la tristeza por todo lo perdido, por una vida sencilla pero ordenada —tan apartada del mundo, tan marginal y solitaria, a veces miserable y hambrienta—, habíamos logrado hacer seguras y habitables las casas menos corroídas por el fuego. Yo mismo había colocado soportes y puntales en los techos para evitar derrumbes, y había reparado los marcos juntando puertas y ventanas devoradas parcialmente por las llamas. Otros habían vuelto a levantar, piedra sobre piedra, las paredes en las que el calor había penetrado hasta hacerlas estallar.

Decidimos utilizar las estructuras más íntegras para proteger de la intemperie las pertenencias salvadas del incendio. Movidos por la urgencia de las lluvias, tapamos todas las vías de agua abiertas por las llamas. Ocupamos las casas menos húmedas y ruinosas para comer y dormir. Pudimos aislar con cortinas la parte destinada al descanso de las mujeres. Los hombres dormían

espalda con espalda, compartiendo la desesperación de haberlo perdido todo, confortándose recíprocamente antes de dormirse. Eran noches en las que oíamos el llanto de los más exhaustos e inconsolables, las personas acomodadas de Nazaret. En la oscuridad se unían las voces de quienes los animaban e intentaban infundir esperanzas.

Jonatán había decidido dormir a mi lado. Me sorprendía su generosa atención con los más afligidos. Pasaba la noche sentado al lado de quien lloraba sus penas, consolándolo con la promesa de la reconstrucción, para luego pasar al siguiente camastro con infatigable diligencia. También mi madre, al otro lado de la cortina, escuchaba sus frases de consuelo.

Una noche, mientras me dejaba mecer en el duermevela por las promesas cautivadoras que Jonatán susurraba a un vecino, lo oí pronunciar mi nombre. Cuando acabó su ronda y volvió al camastro, me dijo que había prometido mi ayuda para reconstruir el hogar del joven, que tenía que casarse dentro de poco. Vivía aquellos días consternado por haber perdido la casa que le habían regalado sus padres y cualquier esperanza de contraer matrimonio. Era el que había alojado a mi primo Juan y a sus compañeros. Jonatán me dijo que ya no sabía qué inventarse para consolarlo, pues a su llanto se sumaba, al otro lado de las cortinas que nos separaban de las mujeres, el de la futura esposa, igual de desesperada e incapaz de resignarse. Irritado por el sentimiento de culpa al haber callado mi certeza sobre el motivo del incendio, respondí que aún tenía que ponerme con el tejado de mi propia casa. ¿Cómo podía ayudar a otro a arreglar la suya? ¿Pretendía que retrasara la vuelta de mi madre a su casa por auxiliar a los demás? Jonatán me dijo que, a cambio de mi colaboración, aquel joven me ayudaría.

Así empezó la reconstrucción de Nazaret. Por la mañana, el chico y yo fuimos a buscar árboles rectos y con pocos nudos para las vigas del tejado. Los cortamos y, con el apoyo de un vecino que había salvado su carro de las llamas, pudimos transportarlos hasta Nazaret. A nuestro esfuerzo se sumaron otros vecinos, y luego más. Durante las comidas en grupo, hablábamos del sueño de la reconstrucción buscando en la memoria la Nazaret que ya no existía.

En aquellas conversaciones de desahuciados cada cual añadía una mejora al recuerdo de su casa, un ajuste: así le gustaría que fuera el nuevo patio; cambiaría de sitio la ventana para que se viera la morera del huerto; añadiría una habitación para los invitados. Nazaret renacía, aunque solo fuera en la imaginación: yo sería el encargado, con mis manos y con el arte aprendido de mi padre, de materializarla.

Muchos parientes, que habían acudido exclusivamente para comprobar cómo estaban sus allegados, decidieron quedarse y hacer su aportación. A los más voluntariosos les enseñé a segar los troncos para obtener tablas sin excesivo despilfarro de madera. Comenzó un intercambio de mutuo auxilio que se iba extendiendo más y más, pues quien ayudaba sería ayudado a levantar un muro, a arreglar el patio, el tejado o las ventanas. Casi toda nuestra casa había quedado reducida a cenizas, parte de la pared se había derrumbado y mi madre, cada mañana, en una procesión íntima, iba a aquellas ruinas ennegrecidas por el fuego. En el fondo, con la casa había ardido también su ilusión de esposa feliz y madre orgullosa. Ya no le quedaba nada sino los pocos objetos que había poseído desde siempre y que había salvado de las llamas sin mi ayuda. Jonatán la acompañaba a menudo. Para que su luto fuera más digno, le pedí a un pastor diestro con las piedras y la argamasa, uno de los muchos cuya puerta de la majada había reparado, que levantara los muros y las paredes internas: le devolvería el favor a la primera ocasión.

Las obras para volver a alzar la casa de los prometidos se llenaron con las esperanzas de cada uno de nosotros: acompañar a aquellos dos jóvenes a su casa reconstruida sobre las cenizas de la anterior significaría que para todos nosotros podía abrirse una nueva etapa. Tal vez por eso el trabajo avanzaba rápido. La nuestra era una mano de obra numerosa y atenta, escrupulosa, que nunca se quejaba del esfuerzo de los turnos larguísimos, del amanecer a la puesta de sol. Las mujeres nos traían agua y comida para nuestros breves descansos. Llegó a parecernos un trabajo alegre.

Una tarde se presentó en la obra de la casa, que ya había recuperado su estructura —solo faltaban las tablas del tejado—, el anciano padre del novio. Trajo comida para darnos las gracias y también vino de sobra para sobreponerse a la vergüenza cuando nos preguntó si teníamos fecha para acabar definitivamente: quería volver a poner en marcha el reloj de arena de la boda y estipular el día del matrimonio de su hijo. «Una semana», respondí, mientras los demás me miraban aterrorizados por el compromiso, demasiado osado, que imponía al grupo exhausto.

Cuando el padre, contento, se alejó para difundir la buena nueva, todos me atacaron con preguntas y escepticismo, ya que era imposible acabar en una semana: habíamos agotado todas las tablas cortadas y había que encontrar otros árboles idóneos, segar, cepillar la madera y, por último, montarlas sobre las vigas. Además, luego habría que encargarse del mínimo mobiliario que los novios no habían tenido tiempo de salvar. A mí también me parecía un

despropósito, pero, con tal de hacer feliz a aquel padre, aventuré una fecha que tenía el sabor de la mentira.

Las dudas de mis compañeros se agravaron por la certeza de haber agotado los árboles para las tablas del techo: habíamos acabado con toda la madera utilizable de las inmediaciones. Y no era mucha. Para encontrar más, teníamos que buscar más alto y más lejos, con mayor esfuerzo y tiempo invertido. Qué ingenuo e irreflexivo había sido al fijar una fecha. No bastaría una semana. ¡Ni siquiera un mes!

Con la urgencia de darnos prisa, empezamos a buscar la madera viajando con las herramientas en el carromato para ganar tiempo. Sin embargo, cuanto más nos alejábamos, más parecía negarnos el entorno cualquier atisbo de generosidad. No descubríamos más que la naturaleza retorcida y obstinada de los olivos, o el sotobosque inservible de los arbustos. Como si todo el mundo, antes que nosotros, hubiera tenido nuestra misma necesidad de reconstruir.

Regresamos abatidos y nos reunimos en la obra para hablar con franqueza de lo evidente: el trabajo se había frenado. Imaginamos soluciones temporales, tejidos que hicieran las veces de techo, e incluso nos planteamos sustituir el tejado por las grandes hojas de palmera. Sin embargo, nos parecieron demasiado ingenuas y precarias, habida cuenta de que las nubes se espesaban y prometían lluvia. Reconocimos nuestra derrota y asumí la responsabilidad de avisar al padre del novio para atrasar una vez más la fecha de la boda y ahondar la herida de su desilusión. Pero no esa noche; estaba demasiado cansado por la decepción y por el viaje: me enfrentaría a la amargura de aquel hombre a la mañana siguiente.

Como cada tarde, antes del ocaso, volví con la flauta al huerto a espaldas de las ruinas de nuestra casa. Aquel pequeño reino vegetal había seguido escuchándome con paciencia antes, durante y después del incendio de Nazaret. Y volvería a hacerlo en aquella puesta de sol. Empecé a soplar con la fuerza del desengaño, que se entretejía con la habitual melancolía de mi soledad. Casi se diría que fue mi respiración la que levantó una brisa vespertina que movió con suavidad las hojas del triste huerto, meciendo de un lado a otro las ramas de los olivos que enmarcaban el anfiteatro de mi público mudo. Entonces, una racha más fuerte apartó con decisión las ramas, y yo me quedé suspendido en mi última nota porque, detrás de los olivos, vi los árboles que habíamos buscado en vano. Eran cedros. Con el viento llegaba también su aroma misterioso y embriagador, tan intenso que parecía condensarse en estelas fragantes. Atravesé de inmediato la linde de mi huerto y me adentré en aquel bosque perfumado; acaricié los árboles, uno a uno; los

conté, imaginé el uso elástico de cada una de sus partes: no había mejor madera para culminar nuestro trabajo.

¿Cómo era posible que ninguno de nosotros se acordara de ellos, que ninguno hubiera visto esos cedros? Yo el primero, a pesar de vivir tan cerca, al lado; era como si los árboles hubieran crecido con el sonido de mi flauta. No me hice más preguntas y corrí a avisar a todos los compañeros de la obra para que vinieran a constatar el milagro. Empezamos a talarlos esa misma noche, a la luz de las antorchas.

Aquella madera dócil y suave, que parecía poder trabajarse con las manos desnudas, como la arcilla, hasta darle las formas más atrevidas, demostró ser sólida y resistente en el montaje, y se dejó fijar con suma facilidad a las vigas prestándose a recibir todos los clavos y ajustes necesarios. Cuando terminamos —a tiempo, con un día de antelación, de hecho— y el tejado de la casa por fin quedó cubierto, invitamos al padre del novio a comprobar nuestro trabajo para que conociera los espacios y pudiera disponer los muebles a su gusto. En realidad, a excepción de unos cuantos regalos colectivos, quedaba muy poca cosa: los muebles y las sillas de los futuros esposos habían ardido con la casa.

Cuando cruzamos el umbral para enseñar con orgullo el fruto de nuestro esfuerzo, descubrimos lo embriagador del aroma del cedro y lo luminoso de su madera, como un resplandor de luna permanente. Nos movíamos por habitaciones vacías, pero colmadas de un olor que estimulaba la imaginación. Vimos con tal claridad el hogar feliz de los novios, y los hijos futuros, los nietos, las alegrías de los nacimientos y el ciclo de las muertes, que tuvimos que salir por la puerta para recuperar la medida de nuestra condición. La promesa del interior de la casa contrastaba hasta tal punto con el abandono quemado del resto de Nazaret que todos y cada uno de nosotros decidimos, convencidos ya de la reconstrucción, que solo queríamos tejados de madera de cedro, milagro de aquel bosque fortuito que había descubierto con la melodía de mi flauta, esa flauta salvada de las llamas por la previsión de mi madre. Ella contemplaba la casa a mi lado —y Jonatán al suyo— con orgullosa satisfacción. ¿Orgullosa de mí o de sí misma? En el fondo, había sido ella la primera artífice, muda y oculta, de aquel éxito. Era la primera vez que veía en ella un asomo de felicidad. No definitiva ni absoluta: la felicidad tímida de quien ha reencontrado el camino perdido, aunque siga teniendo todo el viaje por delante.

Una semana después empezó la celebración de la boda. Todos estábamos invitados, y se unieron los parientes llegados de otros lugares después de la

noticia del incendio. No recuerdo muy bien aquellos días de fiesta. El novio, con los ojos felices y conmovidos por la gratitud, la novia con su traje, mi madre, que me miraba con afecto y paciente resignación. La comida no era suficiente: el padre de la novia había mandado sacrificar un cordero, pero los invitados se habían multiplicado con los recién llegados. Cada cual intentó contribuir con lo poco que tenía, pero no bastaba. Tampoco el vino era abundante, pero no tardó en hacer efecto porque la falta de comida dificultó su digestión. Me emborraché. Recuerdo mi baile descoordinado y tambaleante, un mareo que se alargó todo el día, la cara de los vecinos y los amigos que se reían de mi inédito estado, tan ajeno a mi naturaleza templada, incluso gris. Recuerdo que toqué la flauta para los novios, recuerdo los aplausos.

Me sorprendí pensando cómo era posible que nunca faltara el vino en las copas. Imaginé los barriles inagotables de un Edén permanentemente embriagado, donde cada cual cargaba su copa según su necesidad de olvidar, para sentirse más próximo al misterio de la ebriedad. Bien entrada la noche, en un momento de lucidez, decidí volver a la casa donde todos dormíamos. Recuerdo que, vencido por el alcohol, me desmayé por el camino y caí en un canal. Al día siguiente mi madre me contó que me habían encontrado Jonatán y su hijo, llegado de Betania con sus hermanas, Marta y María, y una sobrina huérfana, para comprobar cómo estaba su padre. Fue precisamente el hijo de Jonatán, de mi edad, quien se echó a hombros mi cuerpo exangüe por el vino para llevarme a casa. No recuerdo nada de aquella noche. Solo su nombre: Lázaro.

CAPÍTULO DIEZ

Al día siguiente de la terrible borrachera de la boda —cuando soñé, en el sopor del vino, con los barriles inagotables de la bodega, con las copas siempre llenas, con la libertad de elegir a placer la cantidad de olvido deseada—, después de vencer el dolor de cabeza con las infusiones de hierbas de mi madre, fui, todavía un poco mareado, a dar las gracias al hijo de Jonatán, Lázaró, y a disculparme por haberlo obligado a transportar mi cuerpo lánguido hasta el camastro de la casa comunal.

Sabía que con la llegada de sus hijos Jonatán estaba limpiando las ruinas de su casa quemada para comprobar el alcance de la destrucción, hacer un recuento de los daños y decidir si valía la pena intentar reconstruirla o, por el contrario, aceptaba la invitación de mudarse a Betania para pasar una vejez más serena y atendida. La casa ya no tenía tejado, pero encontré a Jonatán radiante: Lázaró y sus hermanas, Marta y María, habían accedido a reconstruir la casa. Me abrazó, feliz y tímido: quería preguntarme, un poco avergonzado, si podía contar con mi ayuda. Sus hijos solo cederían a su obstinado empeño en no marcharse de Nazaret si yo daba mi consentimiento. No me quedó más remedio que aceptar: mi madre jamás habría visto con buenos ojos una negativa por mi parte. Me prometió que, más adelante, Lázaró y sus hermanas, en la medida de sus posibilidades, me ayudarían a reconstruir las ruinas de nuestra casa. Ana, sobrina huérfana de Lázaró, a la que había acogido por generosidad y afecto, nos observaba de cerca.

Desde que había sufrido la traición y la fuga de Delia, no había vuelto a pensar en una mujer. Con su doloroso recuerdo tenía más que suficiente. Sin embargo, en cuanto mis ojos se cruzaron con los de Ana, sentí que una semilla de su mirada estaba arraigando en mi interior.

Ana no tenía la dulzura de sus tías Marta y María ni tampoco elegancia femenina: era de carácter y aspecto arisco, con el pelo a lo chico y cortado de aquella manera —luego descubrí que era cosa de sus tías, que jugaban a idear peinados y cortes crueles para la pobre huérfana—, túnicas amplias y cómodas, atadas por la cintura con cuerdas improvisadas, y sandalias resistentes para los pasos rápidos y seguros con que se encargaba de las tareas más desagradecidas de la familia.

Lázaró no estaba hecho para la dureza del trabajo manual: tenía las manos

demasiado finas y la misma gracia que sus hermanas. Luego supe que la pesada carga de mi cuerpo inconsciente la soportó más la sobrina que él. Ana era impulsiva y práctica, como su indumentaria, poco dada a las apariencias, con una voz ronca de chico que está haciéndose adulto. Me intrigaba. Me gustaba mirarla caminar tan erguida e indócil, tan determinada y segura. Su delgadez no la hacía parecer débil ni delicada; antes bien, daba la impresión de ser ágil y eficaz. Con el tiempo tuve ocasión de comprobar que sabía cosas de hombres que los propios hombres ignoraban: sabía usar herramientas para el mantenimiento de la casa, sabía conducir los animales con mano firme y luego recompensarlos con caricias amables. Ana era fuerte a pesar de sus brazos delgados, el cuello fino y los tobillos pequeños. No tenía pudor ni reservas para enseñar las piernas desnudas hasta los muslos cuando cogía agua del pozo: para no mojarse, se anudaba la túnica a la altura de la ingle y mostraba belleza y vigor. Ana me fascinaba.

Empecé a trabajar enseguida en las ruinas del viejo Jonatán. Volví varias veces a tomar medidas y calcular la cantidad de madera para las vigas y las tablas del techo, para las ventanas y los marcos. En realidad, ya tenía claro el plan de trabajo: solo quería volver a ver a Ana. Lázaró, consciente de su ineptitud natural, siempre iba acompañado de la sobrina huérfana, tan diligente y enérgica. En cuanto la veía, se apoderaba de mí una desazón que me llegaba al estómago: ¡me estaba enamorando de aquella muchacha! Qué distinta era del recuerdo de Delia, expuesta a plena luz, sin velos ni ambigüedades, sin malicia, sin engaño: Ana era auténtica.

Había aprendido a no confesar mis verdaderos sentimientos —ni siquiera a mí mismo— para huir de toda ilusión, para no mostrar el flanco de mi ingenuidad. A veces, estando con Ana, exageraba hasta volverme brusco, antipático. Fingía no haberla visto o no le dirigía la palabra. Era un enmascaramiento de mis emociones nuevo y doloroso para mí que, en realidad, no hacía sino más evidente la atracción que sentía por Ana. Yo seguía siendo un chico sin experiencia, turbado y atropellado por las pocas aventuras que había vivido.

Aprovechando el carro del vecino, Lázaró, su sobrina y yo fuimos al bosque de los cedros a cortar troncos. Ana era mi ayudante. Después de un primer intento, Lázaró se quedó al margen para no hacerse daño, pues, por culpa de su buena voluntad, distraída e inexperta, se había herido una mano: intentando limpiar el exceso de ramas de un tronco recién secado, se le había clavado una astilla en la palma. Me sorprendió la reacción de Lázaró, tan preparado para los placeres de la vida y los pasatiempos de los hombres —

sobre todo el beber y el comer— y tan niño para los miedos. Se echó a llorar, desesperado, convencido de que iba a perder la mano. Fue Ana quien lo solucionó: con firmeza y resolución, sujetó la mano que Lázaro protegía, escondiéndola en la axila, y sacó la astilla con los dientes. Lázaro chillaba con un dolor exagerado para la superficialidad de la herida, y Ana lo reprendió con un grito. Lázaro estaba convencido de que se le infectaría y, una vez perdida la esperanza de sobrevivir al episodio, no dejaba de sollozar, desesperado. Ana lo calmó prometiéndole que se curaría, que no le cupiera la menor duda, en menos que canta un gallo. Para mayor tranquilidad, volvió a cogerle la mano y succionó un poco de sangre de la pequeña herida. Ana le garantizó que ninguna infección, ninguna enfermedad, lo mataría. Solo entonces Lázaro consiguió calmarse, recuperó el buen humor y se disculpó por el escaso valor mostrado. Ana le dedicó un mohín de lástima y una sonrisa, y siguió trabajando. Mirando en mi interior descubrí que habría querido que esa astilla se clavara en mi mano para sentir los labios sanadores de Ana.

La muchacha debía de haber intuido mi mal disimulada atención, pues en los días sucesivos no se presentó en las obras de la casa de Jonatán. Me preguntaba si me había pasado con las miradas, si habría fracasado a la hora de esconder mi interés. Repasaba de memoria cada una de las breves conversaciones que había tenido con ella: ni una sola palabra habría podido revelarles mis sentimientos. Tuve que encargarme de las vigas del techo con la única ayuda de mi burra. Marta me traía jarras de agua para aliviar la sed y algún bocado para salir del paso. Por su parte, su hermana María se quedaba observándome, con los ojos clavados en el techo, mientras colocaba las vigas. Tenía una mirada de dicha y asombro. Yo no sabía si su estupor estaba reservado a mí o a la calidad de mis gestos, de mi trabajo. La veía desde arriba, embobada con cada uno de mis movimientos, de mis muecas de esfuerzo. Su hermana Marta la arrancaba de la contemplación, primero con sugerencias —quería que ella también se remangara para traerme agua o comida—, luego con insistencia y, cuando no bastaba, la cogía del brazo y la zarandeaba para que se le pasara aquella admiración beatífica.

Me divertía el carácter tan opuesto de las dos hermanas. Si necesitaba una herramienta que había dejado en el suelo, le pedía ayuda a María, pero ella me miraba sin entenderme, con la boca abierta y los ojos radiantes y dichosos. Yo insistía llamándola por su nombre, agitando los brazos para recuperar su atención, puesta en otro sitio, en otro Jesús que existía solo en su mirada, que solo ella era capaz de ver y que no era yo. Entonces intervenía Marta,

zarandeándola, pero con frecuencia no bastaba. La propia Marta cogía la herramienta del suelo resoplando e imprecando contra la hermana, subía con esfuerzo la escalera y me la pasaba.

Era un trabajo duro. Por las tardes bajaba del tejado, aún sin terminar, con dolor en la espalda y los brazos. Colocar las vigas y las tablas era sencillo pero cansado. Cuando María y Marta me vieron doblado de dolor, agarrado a la escalera, con calambres en las piernas, incapaz de dar un paso para volver a casa, vinieron a sujetarme, preocupadas. Las tranquilicé: al día siguiente el dolor habría pasado y reanudaría el trabajo como si nada.

A la mañana siguiente, me encontré a Ana en casa de Jonatán, lista para ayudarme. Probablemente, las hermanas habían hablado a Lázaro de mi esfuerzo y lo obligaron a intervenir. Estoy convencido de que Lázaro renunció de mala gana a la compañía de Ana, pero le ordenó que me ayudara: la muchacha era resolutiva, y eso le venía muy bien a sus miedos y su holgazanería, pero yo tenía la certeza de que no estaba enamorado de su sobrina. Se diría que Lázaro no albergaba sentimientos tan irrefrenables: cariño, sin duda, pero el amor parecía serle ajeno.

Con la ayuda de Ana, la colocación del tejado avanzaba a buen ritmo. La chica tenía la meticulosidad de un artesano y la fuerza de un hombre. Era grato trabajar con ella: hablábamos poco, pero nuestros gestos encajaban con naturalidad y precisión, como si estuvieran dictados por una larga y laboriosa complicidad. No hacía falta pedirle nada porque ella, en el momento oportuno, con la inteligencia de sus manos, ya estaba preparada con suma eficacia.

También sabía ser divertida: más de una vez, cuando Marta nos traía agua para aplacar la sed, Ana, al ver a María ahí abajo, con la boca abierta de par en par, extasiada por su obsesiva contemplación, dejaba caer unas gotas de su vaso para salpicar a su tía en plena cara. A pesar de mojarse, la otra no se enteraba de nada, perdida en su beatitud. Ana se encogía de hombros: María no volvería en sí ni siquiera con una granizada. Y nos reíamos.

Acabada la jornada, cuando la luz del sol se iba agotando, nos quedamos unos minutos en lo alto del tejado, contemplando la belleza del ocaso. No hablábamos. Nos dejamos invadir por el cansancio, los sonidos y los olores del final del día; por las voces vespertinas de los animales y de los recién nacidos, que lloran cuando se acerca la noche.

Llevábamos la mirada hasta el horizonte en busca de un pretexto para romper el silencio. Pero no lo encontrábamos y nuestros ojos se posaban en la indeterminación del cielo, en las nubes rosadas por los últimos rayos del sol,

en el vuelo ondulante y ritual de los pájaros. Me encantaba aquel silencio en compañía de Ana. ¿Qué podíamos decirnos que estuviera a la altura de aquella delicadísima serenidad? Ni las desventuras pasadas ni nuestras esperanzas podrían colmar el misterio de aquel momento.

Luego Marta llamó a Ana: era hora de volver para la cena. Bajamos del tejado y prometimos vernos al día siguiente, pero sentía que entre Ana y yo quedaba pendiente algo más que una cita. De vuelta a la casa comunal, donde mi madre me esperaba para cenar, me sentí tocado por la mirada de Ana, a punto de desaparecer tras las cortinas que nos separaban de las mujeres. Me volví y nos sonreímos.

Aquella sonrisa me atormentó toda la cena. Mi madre me preguntó por qué no decía ni una palabra. Aunque le respondí que estaba cansado, no pareció convencida. Cuando terminamos de cenar, todavía confuso y feliz por esa sonrisa, le pedí a mi madre la flauta que ella misma había salvado de las llamas de nuestra casa: necesitaba contarle a mi huerto la felicidad de haber encontrado a Ana. Pero parecía que aquella noche, tan templada y tranquila, deparaba otras sorpresas.

Estaba tocando ya con mucho retraso mi habitual concierto de la puesta de sol e imaginaba el estupor del pequeño mundo vegetal de mi huerto, acostumbrado a escucharme con la última luz del día. Imaginaba las preguntas que se harían los frutos sembrados —qué acontecimiento especial justificaba aquella melodía extemporánea, qué inquietud narraba con el canto de mi instrumento— e intentaba ser lo más claro posible con la flauta, con una música llena de nostalgia pero sin angustia ni desasosiego, porque mi corazón, inesperadamente, había vuelto a abrirse. Las notas explicaban que el mundo no era tan feroz, traidor y asesino como se había mostrado hasta entonces: aún había espacio para un arrebató de asombro y maravilla. No todo era ilusorio y vano. Mientras me esforzaba por convencer a mi huerto, reparé de pronto en que Ana me estaba escuchando. Estaba tan concentrado que no la había visto llegar. Pude contener mi sorpresa, disimular la vergüenza por aquella música sincera que tocaba con los ojos cerrados y seguir así el concierto sin tropiezos ni temores.

Ana me escuchaba sentada, con la barbilla apoyada en las palmas de las manos, también ella concentrada en mi melodía. La muchacha era auténtica como cada planta de mi huerto, primigenia como la naturaleza y, al mismo tiempo, erudita y consciente como un maestro: para ella, los límites y las costumbres no tenían valor alguno si no se cimentaban en el sentido común. Sabía utilizar su inteligencia y todas sus habilidades sin avergonzarse. A la

familia política por parte de su tío le había enseñado a respetar su juicio, sus decisiones y su obstinación en transgredir las reglas y los prejuicios que limitaban cualquier libertad femenina. No había manera de imponerle supersticiones religiosas porque, con su lógica aplastante, había logrado conquistar autonomía e independencia. Su presencia en el huerto, ya envuelto en la oscuridad de la noche, lo demostraba: a aquellas horas ninguna mujer se habría atrevido a pasear por Nazaret, ninguna mujer habría podido acercarse a un hombre que tocara la flauta en su huerto oscuro.

Tenía más sonidos reservados para mis plantas, pero la visita de Ana quebró aquella intimidad. Dejé de tocar y escuché la última nota perderse en el bien hallado bosque de los cedros, hasta el silencio. No dije nada y fui a sentarme a su lado. Me preguntó dónde había aprendido a tocar la flauta con tanta libertad, pues en mi música no percibía ninguna escuela —ni de tradición ni religiosa—, y eran melodías tan distintas a las que había escuchado hasta entonces que se le antojaban incluso blasfemas. Le hablé de mi fuga y del circo de Barrabás, de las enseñanzas de los músicos y de mi final de solista acompañando a Delia, cuyo nombre y belleza velada omití. No sé por qué. Quizá la herida de la traición no hubiera dejado de sangrar, quizá para no incomodar a Ana, que me escuchó sin hacer ningún comentario. Me parecía distinguir un nuevo destello de interés en su mirada. Por primera vez, al contar mi aventura adolescente, descubría que estaba atravesada por el heroísmo y el peligro. Una historia que parecía inventada para impresionarla. De hecho, creía que la había conquistado. Acerqué mis labios a los suyos y la besé. Ana se quedó quieta, mientras yo me derretía de amor, maravillado, al tacto de su boca.

¿De verdad era yo quien estaba osando cometer la temeridad de dar un beso, saltándome todos los preceptos y las prohibiciones; el que estaba adelantándome a cada uno de los pasos del natural —tradicional— acercamiento de un hombre en edad de tener familia a una chica tan joven y rebelde? Cuando aparté mis labios y volví a abrir los ojos, Ana ya se había levantado y se alejaba en la oscuridad. Estaba seguro de haber metido la pata hasta el fondo. Me había comportado como un adulto patético y prepotente que utiliza el peso de su pasado —incluso de sus desgracias— para impresionar a una mujer mucho más joven, huérfana, sin familia y sin defensas. Había tratado a Ana como a una presa. Estaba aturrido por mi intrepidez, por aquel desfogue inesperado de carnalidad: ¿cómo podría explicar —a ella, a los demás— que en sus labios buscaba otra cosa, que

buscaba a Ana, la persona que iba a salvarme de la condena —de la conspiración— a la soledad?

Volví a la casa comunal con la flauta en las manos. Imaginé que también mi concierto para el huerto se interpretaría como una astuta fanfarronada para debilitar las defensas de la chica. Estaba tan trastornado por mi incomprensible comportamiento que empezaba a convencerme de haber organizado esa emboscada para aprovecharme de Ana. Ya no encontraba ni rastro de inocencia en mi interior. Me eché en el camastro para intentar adormecer también la repugnancia que sentía por mí mismo. Estaba convencido de que no volvería a verla. Y, mientras me vencía el sueño, pensé que sería lo mejor.

A primera hora de la mañana regresé, inquieto, al tejado de la casa de Jonatán. Temía que el beso nocturno hubiera comprometido mi amistad con él —pensaba en la herida de la vergüenza que infligiría a mi madre—, con Lázaro y con su familia. Estaba seguro de haber perdido cualquier esperanza con Ana, no ya de amor o de amistad —impensables a esas alturas—, sino de perdón. Y, mientras ordenaba las herramientas que iba a utilizar, contemplando el día que tenía por delante con la habitual indiferencia por mi trabajo, Ana se presentó acompañada, como siempre, de Marta y María. Me saludaron con gesto alegre, contentas de verme. Ana se mostraba perspicaz, ágil y osada como de costumbre. Se encaramó a la escalera y empezamos a trabajar. Pasé todo el día reprimiendo mis dudas, anudadas en la garganta. La inquietud por mi reputación se había mitigado, pues era evidente que Ana no había dicho ni una palabra de mi necia iniciativa masculina. Y el temor a que, a pesar de su silencio, la chica hubiera puesto distancia entre ella y yo y sintiera asco por mí se desvaneció cuando, mientras yo levantaba una enorme viga, Ana me puso una mano en el hombro. La sentí cálida y amistosa. Íntima.

El trabajo avanzaba. El tejado estaba casi acabado: unas pocas tablas más y por fin la casa de Jonatán quedaría cubierta. Cuando llegó el descanso del almuerzo, Marta, cogiendo a María de la mano y arrancándola de su contemplación, se la llevó: quería que la ayudara a traer la comida. Ana y yo nos quedamos solos. Ella, sin ruborizarse, me dijo que la noche anterior le habría gustado responder a mi beso. No se había frenado por lo violento de la situación, sino por la novedad de mi acercamiento y el tumulto de sus emociones. Ella no había conocido la intimidad con un hombre, y mucho menos sus labios. Me contó que se había acostumbrado a los cuerpos blandos de sus tías. Desde que se había quedado huérfana, dormían en el mismo

camastro, a menudo abrazadas en las noches más frías. Alguna vez, jugando, se habían intercambiado besos y muestras efusivas de afecto. Solo recordaba los labios de ellas y los de su madre. Por eso se había marchado a toda prisa de mi huerto: la ternura de mi beso le había devuelto la dolorosa nostalgia de su madre. Entonces acercó sus labios a los míos. Cuando los separó, me confesó que mi barba le pinchaba en la barbilla: sin duda, sus tías estaban más suaves. Marta y María nos encontraron en medio de un ataque de risa, incapaces de parar: yo para ahuyentar definitivamente la pesadilla de mi noche, ella para sobreponerse a la vergüenza y al recuerdo de los besos maternos.

En los días sucesivos seguimos besándonos, sin que nadie nos viera, en el tejado ya terminado de la casa de Jonatán. Eran besos a la puesta de sol, cuando Marta arrastraba a María a la casa comunal a la espera de que Ana las siguiera. Seguíamos abrazados observando el cielo de finales de otoño, que empezaba a mostrar las primeras estrellas. Al rato volvíamos juntos en silencio, con el acuerdo tácito de volver a vernos después de cenar para mi concierto en el huerto.

Noté que, cada vez que entrábamos, en aquella casa me recibían con sonrisas cómplices y guiños. Las mujeres, al cruzarse conmigo, se intercambiaban bromitas en voz baja. La sospecha de que Ana y yo estábamos coqueteando con el matrimonio se volvió casi una certeza cuando una noche Ana, con la ingenuidad libre y auténtica que la caracterizaba, me agarró del brazo con cariño un segundo antes de cruzar el umbral de la casa. La noticia llegó sin dilación a los oídos atentos de mi madre, que acto seguido, mientras cenábamos, me preguntó qué estaba planeando con Ana. «Nada —le respondí—, somos amigos».

Y en verdad lo éramos. Afinábamos nuestra complicidad mientras trabajábamos en el tejado, intercambiando fantasías sobre los misterios del mundo y de la naturaleza; nos contábamos los secretos de nuestras vidas y mitigábamos las desilusiones: éramos tan parecidos, incluso en el dolor, que siempre me moría de ganas de verla para contarle mi última inquietud. Pero también nuestros silencios tenían la densidad de una conversación.

Yo notaba lo que sentía Ana cuando los pájaros curiosos se posaban tras su vuelo a nuestro lado, en las tablas del tejado recién colocadas; cuando el viento hacía hablar a los olivos y veíamos a lo lejos el diseño cambiante de los campos según el hálito de las brisas. Y nos reíamos. Por fin nos reíamos. Incluso nuestra respiración se había vuelto más amplia y profunda, y nos llenábamos de los olores habituales de la madera, el agua y el aire como si

fueran desconocidos y divertidos. Por las noches, en el huerto, el aroma de la vegetación y de la humedad y el sonido de mi flauta consolidaban el cariño callado por el exceso de testigos en el tejado de Jonatán. Nunca, ni siquiera con Delia, había llegado a tal punto de intimidad con otra persona.

Mi madre escuchó mi respuesta —una mentira— con escaso alivio: yo sabía que mantendría a raya las maledicencias, pero notaba su desaliento. No me quedaba claro si por haberle desmontado la ilusión de la boda o por lo contrario. Nunca había logrado entender qué quería mi madre para mí. Sus fantasías sobre mi futuro, sus esperanzas y sus ilusiones, siempre me habían resultado oscuras, ambiguas. Nunca las había expresado con franqueza. Quería que yo mismo encontrara las respuestas, que las buscara solo. Así lo hice, adentrándome en lo más hondo de mi carne, y descubrí que mi madre había dado a luz a un cordero de sacrificio fantaseando con el Mesías. Ana y yo seguimos coqueteando a escondidas, aprovechando nuestros pocos momentos de intimidad.

El tejado de Jonatán ya estaba terminado y la familia se quedó más tranquila: el invierno avanzaba rápidamente y el frío pronto exigiría casas más cálidas. Lázaró, sus hermanas y Ana empezaron a acondicionar la de Jonatán, y yo arreglé lo poco que se había salvado de las llamas: reparé la mesa, las sillas y el camastro, y reconstruí el hogar. Ya se podía vivir en aquella casa sin lujos y con escasas comodidades, pero en la que el tejado, las puertas y las ventanas conservaban el calor. Lázaró organizó una fiesta de inauguración a su padre y todo Nazaret se presentó para la ocasión. No faltaron ni el vino ni los regalos, que hicieron más acogedor el hogar de Jonatán. Mi madre llevó unas mantas en las que había estado trabajando aquellos días sin decirme ni una palabra. A muchos de los vecinos, al ver la casa de Jonatán por fin terminada, se les saltaron las lágrimas: también para ellos había esperanza. Nazaret podía resucitar.

Aquella noche nevó.

Lo vi desde mi camastro por la mañana. Se nos había hecho tarde en la fiesta de Jonatán y el sueño nos retuvo debajo de las mantas un rato más. En cuanto abrí los ojos, me sorprendió la ausencia de sonidos. Las voces de quienes ya se habían levantado y habían salido para las tareas más urgentes —había que encargarse de los animales— llegaban sin eco ni profundidad. Secas y, al mismo tiempo, alegres. Fueron los niños, que entraron en la casa comunal acompañados de una ráfaga de aire gélido y cortante, quienes nos anunciaron que la nieve era de verdad. En Nazaret casi nunca nevaba, y muchos de ellos no habían visto aquello en su vida. Aunque no llegara a

desgracia, los adultos la consideraban un incordio por el frío, por la ropa siempre húmeda, por la dificultad en los traslados. Los más ancianos, en cambio, parecían contentos. Yo observaba las líneas de su sonrisa antigua, discretas pero profundas y satisfechas: los viejos saben que la nieve borra todo rastro de desdicha —con el elemento opuesto al fuego que arrasó Nazaret—; que la nieve lleva agua a las profundidades de la tierra para enriquecer las reservas con que afrontará las indudables sequías; que la nieve es como una hoja de papiro intacta, lista para que se escriba una nueva página. La ilusión de la nieve.

Fuera todo era blanco. La abundante nevada había borrado, además de las ruinas de las casas destruidas, las huellas negruzcas de las llamas que habían devorado Nazaret. Todo había vuelto a una quietud regeneradora, al letargo que incubaba una nueva estación. Únicamente la casa de Jonatán recién terminada lanzaba un mensaje humano: el humo de la lumbre que se elevaba en el cielo. Nos quedamos mirándola en silencio: era una promesa, era hermosa. Estaba satisfecho y orgulloso de mi trabajo. Y del de Ana. Justo cuando pensaba en ella, en el esfuerzo, en nuestros besos en el tejado —¿dónde nos los daríamos ahora?—, la puerta de la casa se abrió. Lázaró, sus hermanas, Ana y Jonatán salieron alegres por la nieve. Jugamos como niños, con los niños, persiguiéndonos, lanzándonos bolas de nieve en una guerra pacífica, festiva. Nuestras carcajadas sonaban perfectas, resplandecientes. Me dije que el timbre de aquel sonido sentaría muy bien a la música de mi flauta. Y, mientras me alejaba para ir por ella a la casa comunal, la nieve volvió a caer en copos enormes e insistentes. Todo se perdió ante mis ojos. Me vi de repente solo y desorientado. Miré a mi alrededor con inquietud buscando a mis amigos. No veía a nadie. De aquella cortina gélida que me aislaba de todo lo demás surgió una mano que agarró la mía. Era de Ana.

Dejamos atrás la casa comunal cogidos de la mano, pasamos por las ruinas de la mía, ya borradas por la nieve, y nos perdimos en ese desierto blanco en el que era imposible reconocer los árboles, las rocas, el huerto o cualquier sendero. Un mundo nuevo y distinto se abría ante nosotros. Era un paseo insólito, en un silencio absoluto, con un frío intenso, y la nieve caía de un cielo preñado de nubes blancas: parecía el reflejo cegador del manto terrestre, que todo lo cubría y lo borraba.

Las tías habían prestado a Ana ropa de abrigo que la tapaba hasta la cabeza, y solo sus ojos quedaban al descubierto. La habían ataviado, jugando como de costumbre, con telas de colores. Por un instante me pareció ir de la mano de la velada Delia. Caminábamos hundiéndonos en la nieve hasta las

rodillas; a cada paso corríamos el riesgo de caernos, y yo, tambaleándome, intentaba sujetar a Ana. Para no hundirnos, avanzábamos abrazados, con ritmo acompasado. Sentía su cuerpo bajo mis manos: el movimiento de sus músculos, su fuerza delicada, las contracciones enérgicas de sus nervios y el relajamiento repentino, cuando le ofrecía asidero. Sentía a Ana con todo mi cuerpo y me detuve, maravillado. Recuerdo que le cogí la cabeza entre las manos y la besé. Recuerdo sus ojos muy abiertos, asombrados por cada una de mis expresiones, por cada caricia. Recuerdo cada uno de sus gestos, íntimos. Le fui quitando una por una todas las telas y seguimos amándonos en aquel mundo inmaculado y gélido.

CAPÍTULO ONCE

Ana y yo íbamos a casarnos. Se lo anunciamos a nuestros parientes. Cuando nos reunimos en uno de nuestros glaciales lugares íntimos para contarnos sus reacciones —la nieve seguía cubriendo buena parte de Nazaret—, Ana me reveló la felicidad de sus tías, que se pusieron en el acto a idear decoraciones para la boda y peinados nupciales para sus juegos; la satisfacción de Jonatán, que por medio de aquel matrimonio estrecharía aún más su vínculo con mi madre; la emoción de Lázaró, que rompió en un llanto largo y silencioso: se desahogaba así de la antigua preocupación por aquella sobrina huérfana, tan distinta a las demás mujeres de la familia y a todas las que había conocido, tan autónoma e independiente. Siempre se la había imaginado sola y sin ninguna posibilidad futura de felicidad familiar. No lo consolaba la firmeza de Ana, que volvió a explicarle que ella habría sido feliz de todos modos, casada o no, con o sin hijos, siempre y cuando se respetaran sus decisiones. Se sentía libre de cualquier yugo y deber, civil o religioso, que encadena a las mujeres a la suerte de los hombres. Lázaró parecía inconsolable: seguía llorando de alegría porque nuestro matrimonio terminaría con la angustia de su tío, que seguía considerándola una chiquilla sin futuro.

Cuando me tocó a mí contar cómo había reaccionado mi madre a la noticia, me limité a decir que lloró. Nada más. Me avergonzaba ante Ana porque no había entendido si las lágrimas de mi madre eran de felicidad y emoción, o la enésima señal ambigua e indescifrable —mi madre me había acostumbrado a sus misterios— de sus planes sobre mi destino. Por más que le preguntara si se alegraba de mi decisión —había superado hacía ya tiempo la edad para casarme—, ella se tapaba los ojos con las manos, evitaba mi mirada y sollozaba, incapaz de articular palabra. Me dejaba con la incertidumbre sobre aquellas lágrimas que no sabía interpretar, en vilo entre la alegría y la desesperación.

Así pues, corrí la cortina que nos separaba de la zona femenina de la casa comunal. A nuestro alrededor no había nadie. Agarré a mi madre de las muñecas y la obligué a mirarme. Le pregunté si no le gustaba Ana y me respondió que sí, que le gustaba, que no podría encontrar a nadie mejor. Le pregunté si se alegraba del futuro matrimonio y volvió a responderme que sí, que el nacimiento de una familia siempre era bonito. Pero estaba

desconcertada, me dijo, porque le había mentido sobre Ana; no le había revelado enseguida mi amor por la muchacha: no hay nada encubierto que no haya de ser revelado, ni oculto que no haya de ser conocido. Se soltó de mis manos y, sin dejar de llorar, me pidió que me marchara y la dejara seguir con su costura.

En aquellos días confusos, entre las expectativas y la concreción de las obligaciones y las necesidades —¿dónde viviríamos?, ¿en qué casa?, nos preguntaban Lázaro y las tías, cada vez con más urgencia—, Ana y yo encontrábamos refugio en nuestros paseos solitarios. La nieve resistía en cúmulos donde aún reinaba la sombra y Ana pasaba frío. Por más que la abrazara, era incapaz de hacerla entrar en calor y notaba sus escalofríos interiores. Me pareció que no era solo el frío; imaginé que aquel temblor ocultaba el miedo: ante ella se abrían nuevos horizontes, no todos seguros y tranquilizadores.

Era una mujer independiente. ¿Acaso el futuro contrato matrimonial la ponía nerviosa? ¿Lo veía lleno de imposiciones limitantes, amenazas severas y meticulosos deberes y prescripciones? «Es una mera formalidad —me respondió— que sabremos infringir». Ana se encomendaba a mí, convencida de mi capacidad para comprender, de mi libertad. Y, sin embargo, cuando le pasé el brazo por el hombro, noté que su temblor no se había calmado.

Al día siguiente, recién llegado de una inspección a las ruinas de nuestra casa —empezaba a tomar forma la idea de compartir los espacios de mi infancia con mi madre y con Ana—, mi madre me dijo que Jonatán había pasado por allí para convocarnos: teníamos que hablar del futuro. El anuncio me sorprendió: era la primera injerencia de la familia de Ana en la intimidad de nuestro afecto. Hasta entonces habían respetado cada una de nuestras elecciones y titubeos, habían aceptado con una sonrisa la vaguedad de nuestros proyectos, evitando cualquier comentario e intromisión. Yo siempre he temido la llamada a la concreción de la vida: es el umbral tras el que asoma la prepotencia, todo pretexto para el orden.

Cuando llegamos a casa de Jonatán ya estaba bien entrada la tarde. El sol se iba poniendo, pero aún no habían encendido ningún candil. Recuerdo las caras irreconocibles en la penumbra. Ana no estaba: habría percibido su olor, el perfume de su respiración. Solo habló Lázaro. Dijo que había llegado el momento de poner fecha al matrimonio, que ya no podían seguir pasándose por alto los preceptos y los límites de la religión; que alguien nos había visto muy abrazados en la nieve y que, aunque él no quería imponernos prohibiciones, por desgracia las malas lenguas no daban tregua: no podíamos

comprometer nuestro futuro en la comunidad. Me anunció que, a la mañana siguiente, Ana y él marcharían a Betania, donde resolverían algunos trámites de pergaminos en el Templo y recogerían enseres que la madre de Ana había dejado a su hija con la esperanza —remota— de que se casara. Estaba seguro de que únicamente la distancia podría acallar los rumores, aplacar las sospechas de los más chismosos. Entonces Lázaro llamó a Ana, que entró en la sala. La vi un instante, con los últimos rayos del sol, pálida y descompuesta. Con una voz irreconocible confirmó el plan de su tío y, desde el otro lado de la mesa, se despidió y se marchó.

Habría tenido que detenerla, arrastrarla a nuestros escondites nevados, sujetarla contra mi cuerpo, acariciarle la cara, grabármela en la memoria. Ana, muchacha delgada y fuerte. Ana, mi libre Ana.

Al amanecer, cuando me presenté en casa de Jonatán para despedirme, la luz replicaba la penumbra de la tarde anterior. Ana salió arropada con varias prendas de abrigo porque el viaje era largo y gélido; apenas podía entrever su cara. Tenía la mirada perdida de quien ha sufrido la voluntad ajena y un color mortecino y enfermizo. Sin duda motivado, pensé, por su angustia interior, por las renunciaciones que estaba aceptando al casarse conmigo, por las cadenas que aprisionarían su naturaleza independiente, por la inesperada rigidez de su familia. Mientras íbamos del brazo —Lázaro nos concedió aquella infracción de las nuevas reglas— hasta la salida de Nazaret, donde los esperaba una pequeña caravana de gente que emprendía el viaje, volví a notar la tensión de sus músculos, el temblor de su cuerpo, su miedo. Cuando llegamos, un momento antes de que subiera al carromato, por fin pude mirarla a los ojos: estaban enrojecidos y húmedos, cansados. Quería tranquilizarla, consolarla, conjurar su desasosiego. Estaba dispuesto a renunciar al matrimonio con tal de que su mirada recuperara la fuerza y la ironía. Sin embargo, fui incapaz de hablar. A pesar de la contrariedad abochornada de Lázaro, Ana levantó una mano y me dejó una lenta y trémula caricia en la cara. Subió al carro, que se puso en marcha en el acto. Mientras la veía alejarse envuelta en el calor de sus prendas aún sentía esa caricia en mi piel, caliente como una herida. Los últimos destellos de la juventud dejan una cicatriz.

En los días siguientes, a fin de no atormentarme con el vacío dejado por Ana, empecé a trabajar para levantar nuestra casa. Informé a mi madre de que haría algunos cambios, añadiría nuevos espacios —hacía falta una habitación para Ana y para mí— y ampliaría el patio, el taller de carpintero heredado de mi padre, ante la perspectiva de nuevos y más constantes beneficios.

Nazaret estaba renaciendo y yo era uno de los protagonistas. Cada familia, siguiendo mi ejemplo, volvía a las ruinas de su casa con más convicción, con mayor esperanza. Trabajaba con rapidez y precisión porque quería que Ana, a su regreso a Nazaret, encontrara nuestra casa, si no acabada, bien avanzada: la terminaríamos juntos, con nuestra laboriosidad cómplice, con su buen humor. Y, al final de cada jornada de esfuerzo, volveríamos a escuchar la puesta de sol siguiendo los sonidos, el vuelo de los pájaros, las nubes: la escritura del mundo, que nunca deja de desenrollar el pergamino de su relato.

Me costaba concentrarme en mis tareas: había planeado un estricto calendario de trabajo, pero mis buenas intenciones se frustraban por las continuas e incesantes peticiones de consejo y ayuda. Los vecinos, las familias amigas e incluso aquellas con las que había tenido una relación menos cordial se presentaban con asiduidad. A la vez que trabajaba, la fila delante de mi casa se alargaba a la espera de que dejara mis herramientas, bebiera un poco de agua y parase un minuto a descansar. Respondía amablemente a todas sus preguntas, también a las más obvias e incluso petulantes. Comprendí que el futuro de Nazaret dependía, entre otros, de mí.

Poco a poco, y con mucho retraso con respecto al calendario programado, había conseguido volver a levantar parte de mi vieja casa. La habitación de mi madre, con el hogar para cocinar, y un rincón de mi habitación ya estaban ultimados. También había reparado las puertas y las ventanas. Compartía el espacio donde estaba mi camastro con los maderos, las herramientas y la burra, que aún no tenía su establo. La boda todavía se antojaba lejana: en cuanto tuviera un momento, construiría un refugio para el animal.

Cuando llevé a mi madre a visitar nuestra vieja casa —acompañada, como de costumbre, por Jonatán— y descubrió que la burra pasaba las gélidas noches a mi lado, esbozó una sonrisa dulce e irónica: si conoces el principio, no has de preocuparte por el final. Y volvió a recordar mi llegada al mundo: una burra y un buey caldeaban el establo. Otra vez la historia mítica de mi nacimiento, los capítulos lejanos de mi primera infancia, que mi madre me contaba en las noches de tormenta para aplacar mi miedo. Escucharla despertaba mi cariño por aquella madre y su hijo; por el padre que, en sus rondas de vigilancia, se enfrentaba a la lluvia, el viento y la oscuridad. Qué perdido me parecía aquel tiempo: ya no me pertenecía.

Después de comprobar la marcha de las obras, mi madre aceptó trasladarse a su antigua y maltrecha casa, que todavía conservaba el olor del incendio. Al menos podríamos librarnos de las miradas de los demás, que aún compartían la casa comunal; de los guiños y los chismes sobre mis efusivos

abrazos con Ana, de unas habladurías que se habían vuelto descaradas y embusteras. Incluso ofensivas. Había notado, merced a ese don de la intuición melancólica, fruto amargo de mi sensibilidad, que corría la voz del embarazo de Ana. Por eso —decían— se había marchado lejos, para huir del escándalo, para esconderlo, para decidir en otro lugar cómo afrontarlo. Quería ocultar a mi madre aquellas mentiras difundidas, entre otros, por los mismos que luego venían a interrumpir mi trabajo y pedirme consejo para cortar la madera, serrar los marcos y fijar las tablas del techo.

Jonatán fue generoso con mi madre: le regaló un par de sillas y una mesa que Lázaro le había mandado desde Betania para decorar su recién estrenada casa. Pero él no las necesitaba: ya estaba demasiado llena, a su juicio. Me apresuré en terminar los muebles necesarios para nuestro sencillo día a día y comencé a recoger la madera para mi nueva vida con Ana.

En aquellas semanas, esperando su vuelta, había empezado a trabajar de noche. A la luz del candil me enfrentaba a los encargos más pequeños y delicados, los que exigían mayor paciencia. Me gustaba quedarme en casa, lejos de la hipocresía de los vecinos, al calor de la respiración de la burra y la luz tenue, que dejaba espacios de penumbra para mis pensamientos, para los sueños, que son los cimientos de los cambios y de las decisiones de los hombres.

Oía el golpeteo de la lluvia de aquella tímida primavera en las telas que me separaban del frío exterior, a la espera de que terminara por fin esa habitación, que habría compartido con Ana, y el patio donde trabajaría en el futuro. Pensaba en la maldad de aquellos rumores, en la ausencia de Ana, que parecía prolongarse mucho más de lo razonable; en su rostro cansado y afligido, en la caricia lenta con que se despidió. Había intuido que las murmuraciones que corrían de boca en boca se habían convertido en una voz que se elevaba, recrudeciéndose: los más fantasiosos contaban que me había aprovechado de Ana contra su voluntad. ¡Una violación! ¿Podría haber algo cierto en aquella leyenda? Solo Ana y yo sabíamos la verdad.

Mientras intentaba conservar estable y lúcido el entendimiento, una sombra se recortó contra la tela que aleteaba en la noche ventosa. Me alarmé. Desde la noche del incendio temía que los misteriosos hombres armados sin piedad volvieran para acabar con cualquier intento de reconstrucción y renacimiento de Nazaret. No se nos había ocurrido armar a un grupo que defendiera nuestras casas y pertenencias, mercenarios, por ejemplo, para frustrar nuevos asaltos. No obstante, habría sido oportuno y sensato.

Dejé las herramientas y salí a la calle para comprobar que no hubiera ningún peligro. Me acordé otra vez de mi padre y de sus rondas de vigilancia. Caminamos siempre sobre las mismas huellas. Di la vuelta a la casa y, tras rodearla, encontré a un hombre en la puerta. No iba armado. Sujetaba con fuerza el tejido fino de su túnica para protegerse del frío. Tenía unos ojos inteligentes y asustados, y lo primero que hizo fue pedir perdón por haberme asustado. Dijo que lo mandaba mi primo Juan. Se llamaba Judas.

Le dije que pasara, le di una manta para que se protegiera del frío —la temperatura también era glacial dentro de mi habitación— y lo invité a sentarse. No tuvo fuerzas para contarme el motivo de su visita, pues se durmió, rendido, con la cabeza en mi mesa de trabajo. A pesar de que se había presentado en nombre de mi primo, decidí no fiarme de aquel desconocido. Lo dejé solo en mi habitación, a medio construir, y me refugié en la cocina, donde oía la respiración de mi madre: ella también dormía. Por precaución, atranqué la puerta con una tabla para que el invitado no pudiera entrar en la casa: cualquier intento de forzarla me habría despertado. Entonces me apoyé en la tosca mesa de la cocina y me dormí también.

Al amanecer me despertó mi madre. Le hablé del desconocido que dormía en mi habitación. Dijo que tanta preocupación era excesiva: quien venía en nombre de Juan no podía ocultar malas intenciones. El nombre de mi primo abría todas las puertas del corazón de mi madre. Llamé a Judas y lo invité a compartir nuestra mesa para comer pan y beber leche de cabra recién ordeñada. Estaba huyendo de los romanos. Nos contó que fue el propio Juan quien le indicó el camino a Nazaret y le recomendó encomendarse a mi madre y a mí para que lo alojáramos, para que lo escondiéramos de la venganza de los soldados. Al parecer, mientras intentaba defender a Juan —que ya lideraba a un nutrido grupo de jóvenes—, había herido de gravedad a un oficial, una bofetada para Juan. Fue en un arrebato de rabia: él no quería, pero la prepotencia y la arrogancia de los romanos, probablemente sugerida por algunos sacerdotes del Templo, lo habían obligado a él y a otros dos compañeros a responder con violencia a la violencia: en medio de la riña, había logrado arrebatar una espada a los romanos y, de un golpe limpio, había cortado la mano del oficial. Él y los otros dos habían logrado escapar entre la confusión de los soldados, que no esperaban una reacción tan hostil. Mientras los romanos se apresuraban para atender al soldado —el propio Juan intentó ayudarlo a detener la hemorragia—, ellos se ocultaron. Pero aquellos no tardaron en reponerse de la sorpresa y empezaron a buscarlos casa por casa, amenazando con represalias a quien no los entregara. Los tres, asustados, se

escondieron en los campos, entre los viñedos. Esa misma noche, sin que nadie los viera, volvieron con Juan para que los iluminara sobre su futuro. Fue él quien les explicó cómo llegar a casa de su primo, Jesús el carpintero.

Llevaban diez días viviendo en las colinas, acosados, perseguidos por los romanos, que tenían la orden de ajusticiarlos a la vista de todos y exponer sus cadáveres para que todo el mundo tuviera claro que la violencia contra los romanos no quedaría impune. Se desplazaban únicamente por las noches, evitando todos los itinerarios marcados y los caminos hollados, siguiendo senderos desconocidos e impracticables. En más de una ocasión sintieron que habían estado a punto de pillarlos; era un milagro que aún no los hubieran prendido. Solo por pura fortuna, o por voluntad de Dios, se habían librado de una muerte segura. Luego decidieron separarse: cada uno en una dirección, para intentar confundir a sus perseguidores. De los otros dos no había vuelto a tener noticias. Esperaba que se hubieran salvado.

Ahora Judas estaba allí, en nuestra mesa, convencido de que los romanos no tardarían en llegar a Nazaret para exigir su cabeza. Mi madre se puso inmediatamente de su lado: íbamos a esconderlo y protegerlo. Yo estaba perplejo: nunca había sido amante del fanatismo y sus manifestaciones extremas. Me parecía —aunque no lo dije— que la violencia de Judas, la grave herida causada al soldado, merecería una actitud más cauta por parte de mi madre. Estaba acostumbrado a sospechar de ella: aquella adhesión irracional a los deseos de mi primo Juan me parecía fruto de la ausencia de juicio, pero también de su contrario. ¿Por qué unir nuestro destino al de Judas, ya manchado de sangre? Porque el sendero ya estaba marcado: teníamos que intentar salvar la vida del amigo de mi primo.

Entre las ruinas de las casas de Nazaret todavía sin reconstruir —la huella negra del fuego nos recordaba, como un estigma, la noche de los incendios—, se abrían rincones ocultos y secretos, antiguos aljibes excavados en el suelo donde los dueños, a la espera de empezar las obras, guardaban herramientas y materiales, arados y aparejos para los animales, todo lo que había sobrevivido a las llamas. Para no implicar a desconocidos inocentes, no dijimos nada: esconderíamos a Judas sin que nadie lo supiera. Le pedí a mi madre que ni siquiera compartiera el secreto con Jonatán: la vejez lo había vuelto muy distraído y era perfectamente posible que, aunque fuera sin malicia, revelara nuestro plan.

Judas se quedó todo el día en casa. Llevaba la ropa rasgada y sucia tras la larga huida, así que le ofrecí mi otra túnica, que también tenía desgarrones y señales del trabajo. Pero, al menos, gracias a mi madre, estaba limpia. Le pedí

a Judas sus harapos y los escondí lejos de la casa, debajo de un cúmulo de piedras: estaban demasiado sucios y desgastados para conservarlos, para hacerlos pasar por prendas mías. Por fin, cuando cayó la noche, lo acompañé al refugio con una cesta de provisiones y agua de sobra. Le recomendé que únicamente saliera en caso de emergencia y para aliviar las exigencias corporales: yo me encargaría de traerle comida cada noche.

Pasó tres días escondido en el aljibe: salía con la oscuridad, solo con mi consentimiento. Y siempre me daba las gracias y se disculpaba por las molestias ocasionadas a mi madre y a mí. Yo le respondía que no se preocupara, que resistiera hasta que el peligro de los romanos hubiera pasado.

En aquellas noches clandestinas de reticente primavera me hablaba de sus días en compañía de mi primo Juan, de las predicaciones, de la vida en comunidad, tan entregada a los demás, a la ayuda y la escucha de los más miserables y hambrientos. Lo repartían todo con quien no tenía nada, salvo la vida como una carga y una desgracia. Cuando los compañeros más cercanos a Juan le preguntaban si aquella era su misión, él respondía que sí, que lo era, como también esperar al Mesías. Yo me dije, para mis adentros, que la espera sería larga.

Al amanecer del cuarto día, los romanos entraron en Nazaret. A los primeros habitantes con los que se cruzaron, aterrorizados, les preguntaron sin dilación dónde estaba la casa de Jesús el carpintero. Sabían dónde buscar. No solo conocían los nombres de sus presuntos enemigos, sino también sus relaciones y grados de parentesco. No me cabía duda de que tenían información sobre las actividades de cada uno de nosotros, sobre los vínculos que nos unían. Incluso debían de estar al tanto de mi obstinación y mi rechazo a cualquier acción excesiva, de mi abominación de todo fanatismo, de mi horror por la violencia. Así pues, ¿por qué me buscaban? Porque era el primo de Juan, supuse, y habían reconstruido todos los pasos de la fuga de Judas para llegar fácilmente hasta mí y hasta el refugio en que se me había ocurrido esconderlo. Pensé que lo habrían seguido con discreción, que habrían demorado su arresto para prender también a sus cómplices y a quienquiera que, por amistad o por compasión, le hubiera ofrecido cobijo.

Con estas sospechas observaba a los soldados acercarse a nuestra casa, en filas compactas y ordenadas, con la seguridad pausada del Imperio en movimiento. Habían dejado sus medios de transporte y sus animales a las afueras de Nazaret para que no los ralentizaran. Le pedí a mi madre que se refugiara en casa y no saliera de ningún modo: temía que pudiera escapársele algo sobre Judas, que diera voz a su rabia contra la prepotencia. El oficial iba

acompañado de un hombre que hablaba nuestro idioma. Me preguntó si era Jesús el carpintero. Por un instante me vi tentado de mentir, de explicar que Jesús se había marchado, lejos, a otro lugar. Pero al punto caí en la cuenta de que habría sido un error. Respondí que sí, que era yo. Las palabras del romano eran sosegadas y suaves; el tono del traductor, en cambio, amenazante y agresivo: quería impresionar a los romanos, demostrar cuánto lo respetaba y temía su propia gente. Dijo que los soldados necesitaban mi ayuda, mi habilidad con la madera. Explicó que estaban persiguiendo a tres hombres, tres enemigos de Roma, y ya era cuestión de horas que los arrestaran. Habían osado levantar las armas contra el Imperio y el castigo habría sido ejemplar: necesitaban tres cruces de madera para ajusticiarlos y exponer sus cadáveres como advertencia. Me ordenaban construir las cruces a toda velocidad, que fueran fáciles de transportar y rápidas de montar. Respondí que los romanos estaban mucho más preparados que yo para ese tipo de trabajos. El traductor me dio un bofetón. Sin pensármelo, respondí con violencia. Nos enzarzamos y empezamos a rodar por el polvo, ante la sonriente mirada de los soldados. El oficial llamó a sus hombres para separarnos. Cuando lo hicieron, habló en tono brusco con su traductor y luego, con esfuerzo, en mi idioma, se disculpó por su agresión —que me prometió que castigaría— y, con más amabilidad, reiteró la petición de las tres cruces. Yo sabía que los romanos disponían de hábiles carpinteros entre sus soldados y pregunté por qué no podían construirlas sin mi ayuda. El oficial no respondió y observó mi casa, casi terminada; luego miró Nazaret, ennegrecida por las llamas, y las obras de reconstrucción que iban despuntando aquí y allá. Esbozó una mueca de lástima y se encogió de hombros. Dijo que estaban al tanto del ataque nocturno a la aldea, de los incendios prendidos por manos desconocidas, del esforzado intento de reconstrucción. Habría bastado muy poco para borrar de una vez por todas cualquier esperanza de una nueva Nazaret. Con un gesto ordenó a unos soldados que se acercaran: llevaban antorchas en las manos, preparados para prenderlas. Me miró a los ojos y, con frialdad, me dijo que esas cruces tenían que fabricarlas unas manos judías. No era una petición, sino una orden llegada de Roma. «Cueste lo que cueste». Me dio dos días. Los soldados acamparon a las puertas de Nazaret, y los fuegos de sus vivacs eran una amenaza continuamente encendida.

Fueron los romanos quienes eligieron y cortaron los árboles aprovechando el bosque de cedros a espaldas de mi huerto. Querían que las cruces pudieran transportarse, en dos piezas, en el carro. Un soldado, experto en máquinas

bélicas, me explicó que bastaba con hacer grandes mortajas en los dos troncos y que, llegado el momento, ellos se encargarían de atarlos con cuerdas. No hacía falta desbastar los maderos ni limpiarlos demasiado: no eran objetos para una casa.

Estaba dividido entre la voluntad instintiva de ralentizar mi trabajo — sencillo y rápido, en realidad—, inventando cualquier excusa para demorar el momento de usar las cruces, y la necesidad de que los romanos se marcharan de Nazaret cuanto antes: si descubrían el escondite de Judas, yo, y también Nazaret, estaríamos acabados. Fue el único momento en que la ausencia de Ana me pareció un alivio. Su retraso empezaba a angustiarme, pero así me ahorraba la preocupación por su incapacidad de aceptar órdenes y prohibiciones. Opté por respetar la fecha de entrega y me puse manos a la obra sin dilación. La madera recién cortada oponía la resistencia de la resina. Pasé la noche inclinado sobre la mesa de trabajo y, al amanecer, casi había terminado: nada más faltaban los últimos retoques. Estaba cansado y necesitaba dormir. Cuando me disponía a echarme en el camastro, se presentó el oficial. Quería ver cuánto me faltaba para terminar y venía acompañado del soldado experto en torturas, que comprobó los maderos trabajados. Confirmó que faltaba poco y me dejaron dormir.

Me despertó mi madre, con la cara pálida de preocupación. Me contó que se había corrido la voz del hallazgo de la ropa de un fugitivo, escondida debajo de una piedra. Un estremecimiento de terror recorría Nazaret, pues los romanos organizaban registros casa por casa en busca del hombre. Habían empezado su inspección entre las ruinas, los aljibes y los refugios improvisados después del incendio. Yo no había sido listo: hasta entonces no caí en la cuenta de que los soldados, acostumbrados a cazar hombres, atentos a las necesidades de los fugitivos, habilísimos a la hora de imaginar los escondrijos preferidos de sus presas, habrían empezado a buscar su rastro precisamente en los sitios que a mí me parecían más seguros y menos sospechosos. Era evidente que no tardarían en encontrar a Judas.

Ya era casi de noche. Solo el resplandor del ocaso y de las antorchas de los romanos iluminaban Nazaret. Por la puerta de casa veía los lugares en que los soldados centraban la búsqueda: aún estaban lejos del escondite de Judas, pero el movimiento de las luces indicaba que marchaban con lentitud hacia el aljibe donde lo había ocultado. Me quedaba poco tiempo y decidí afrontar el peligro.

Para dificultar el avance de los soldados, en las casas nadie había encendido los candiles. Todos esperaban, envueltos en la negrura, la irrupción

de los romanos, que no pararían hasta encontrar a su presa. Considerando la distancia de las antorchas, evalué los minutos y los senderos para llegar a la guarida de Judas sin que me vieran. Me vi obligado a dar un largo y cauto rodeo, a detenerme varias veces para comprobar la distancia de los cazadores y cerciorarme de que nadie me había descubierto. Me sorprendió la aparición inesperada de un puñado de soldados que no llevaban antorchas y marchaban en la oscuridad. Solo el tintineo de sus armas, de las espadas colgadas del cinturón y de los metales de sus uniformes me avisaron a tiempo de lo cerca que estaban. La lobreguez cubrió mi escondite y pasaron por mi lado en silencio. Pensé en la pericia de aquellos soldados y de quien los guiaba para imaginar los movimientos y contrataques de los fugitivos y de quienes se prestaban a intentar salvarlos. Avanzaban en silencio, intuyendo que alguien podría aprovechar la tiniebla y los senderos aún no vigilados para ayudar a escapar a su presa: justo lo que pretendía hacer yo.

Esperé a que el ruido de los soldados y sus armas se alejara hasta perderse por completo y, con sumo cuidado, reanudé la marcha. Entonces viví un momento de pánico: con la última luz del ocaso vi un destello en el negror, a pocos pasos de mí. Imaginé a unos romanos emboscados que, intuyendo mi presencia, se habían detenido, listos para tenderme una trampa. Tuve la certeza de que allí acabaría todo; lo único en lo que podía pensar era en el suplicio de mi madre. Quería huir, dar marcha atrás, pero sería peor: en la persecución habrían usado las armas, me habrían matado. Decidí seguir avanzando hacia ellos, jugar la carta de la mentira que intentaba elaborar en esos pocos pasos. Sin embargo, cuando llegué al punto donde había entrevisto el destello, no encontré más que el yelmo de un soldado romano en el suelo. Probablemente lo había tirado allí o se le había caído sin que se diera cuenta.

Pasados aquellos segundos de terror, nada me frenaba. Con rapidez y determinación llegué al refugio de Judas, que había intuido que los romanos seguían su rastro y se había escondido en el fondo del aljibe, interceptando la galería con todo lo que encontró dentro. Necesité un buen rato para convencerlo de que saliera y para que se abriera paso entre los obstáculos con que había taponado la salida. Cuando por fin pude verle la cara, tenía los ojos abiertos de par en par, ofuscado y mudo por el miedo. Tuve que llevarlo agarrado de la mano todo el camino de vuelta.

No encontramos más escollos. En la oscuridad, ya nocturna, era más fácil controlar a las patrullas romanas que se abrían camino con las antorchas. Sentí náuseas cuando llegaron al aljibe donde había ocultado a Judas, en el que se detuvieron un buen rato: probablemente un soldado había entrado en el

refugio para inspeccionarlo. Había hecho bien en borrar todo rastro de la estancia de Judas, todos los residuos y restos de comida; en cubrir todas las huellas y en devolver cada objeto al desorden de su antiguo abandono. Habíamos llegado a casa, pero todavía no había terminado: estaba convencido de que, después de registrar los escondrijos externos, los romanos inspeccionarían también las casas. Mi madre ya dormía, y no quería implicarla más. Empecé a pensar en cómo esconder a Judas, incapaz de reaccionar, trastornado y entumecido por el miedo. Las obras, que aún no habían terminado, dejaban expuestos todos los espacios. No había crujías ni sótanos, no había puertas —aparte de la exterior y la que separaba mi habitación de la de mi madre—, no había cajas, ni armarios, ni ningún otro sitio donde dar guarida a un hombre. Cuanto más pensaba, más me arriesgaba a que el pánico se apoderara también de mí nublando todo rastro de raciocinio. Me ocupé de Judas, intenté ahuyentar su pavor con un poco de pan y varios vasos de vino, pero parecía paralizado. Yo también busqué valentías renovadas y un poco de calor en el vino. Empezaba a amanecer, y el cielo ya azulado prometía un anticipo de la primavera. Sin embargo, el nuevo día no anunciaba sino más temores: quién sabe si llegaríamos a ver la puesta de sol. Abrí la puerta de casa en busca de inspiración y sugerencias sobre cómo salvar a Judas. Y vi a los soldados romanos acercarse en formación. A sus espaldas, un carro tirado por bueyes. Se había agotado el tiempo para pensar: tenía que procurar un escondite a Judas. Volví dentro al momento y lo arrastré a mi taller de carpintería improvisado. Lo hice tumbarse en el suelo, al lado de la mesa de trabajo, junto a los travesaños de las cruces ya terminadas, una de ellas destinada a él. Lo tapé con las virutas y el serrín del cepillo y de la sierra, con restos y trozos de madera. Ya no sabía qué inventarme. Dos soldados entraron sin llamar: unos segundos antes, y habrían visto los ojos aterrorizados de Judas lanzándome una pregunta lastimosa mientras le echaba el último puñado de serraduras a la cara.

Mientras los dos soldados inspeccionaban la habitación, empecé a reír. Probablemente el terror a ser descubierto, el miedo por lo que nos harían a Judas y a mí, la certeza de que, si prendían al fugitivo, también Nazaret se quedaría sin futuro, habían causado aquella extraña e inesperada reacción: era incapaz de contener los espasmos de mis labios, que soltaron una carcajada incontenible e incluso provocadora en las narices de aquellos soldados. Y se volvió aún más estruendosa cuando uno de los dos, que iba de aquí para allá, pisó con una de sus cáligas, sin darse cuenta, la mano de Judas, que en una convulsión provocada por el miedo había asomado del escondite de virutas.

Judas pudo retirar y ocultar de nuevo la mano dolorida, pero yo no podía dejar de reírme. La comicidad de lo que estaba ocurriendo ante mis ojos, al filo mismo entre la vida y la muerte, tan extrema —si hubieran descubierto a Judas debajo de la fina capa de limaduras al lado de las cruces que yo mismo había construido para su condena, sin duda nos habrían matado en el acto—, me parecía más aterradora que el propio miedo. Los sollozos me obligaron a sentarme y los dos soldados se me acercaron, amenazantes. No entendían el porqué de esas carcajadas incontenibles. Se me pusieron delante, dispuestos a castigar mi supuesta insolencia, cuando uno de los dos reparó en la jarra de vino que había dejado en la mesa de trabajo. Hasta entonces no se tranquilizaron y, creyéndome borracho, también ellos empezaron a sonreír. Se pasaron la jarra y bebieron un trago. Luego, por fin relajados, me dijeron que habían venido a llevarse las tres cruces. Aquella vuelta a la realidad y la inesperada posibilidad de salvarme me devolvieron de pronto la compostura. Dejé de reírme y los ayudé a cargar los maderos en el carro. Mientras se alejaban, se despidieron con un gesto. Y, desde la puerta de casa, temblando, les respondí con otro.

Cuando Judas salió de su refugio improvisado, me dijo que era un loco: jamás había visto a nadie jugar con la muerte como lo había hecho yo. Se le notaba descompuesto, y se protegía la mano aplastada con la otra, pero por fin estaba a salvo. Lo tranquilicé: los romanos no volverían. Mi madre se había levantado y se unió a nosotros. No nos preguntó nada, le bastaba con vernos vivos, y no le dijimos nada de aquella noche disparatada. Nos hizo comer todo lo que había en la casa y luego Judas y yo nos dormimos.

Ya estaba entrada la tarde cuando despertamos. Judas decidió que se marcharía en la dirección opuesta a la de los romanos. Nos dio las gracias por haberlo escondido y salvado. Mi madre lo despidió con afecto, convencida de que volverían a verse. En cuanto oscureció, lo acompañé un rato hasta las afueras de Nazaret. Nos dimos un largo abrazo con la esperanza de reencontrarnos en una situación menos dramática. Mientras lo veía alejarse pensé que la noche anterior habría sido menos arriesgado denunciarlo a los romanos. Pero nunca habría podido traicionar a Judas.

CAPÍTULO DOCE

Después de la aventura con Judas y los soldados romanos, después de su marcha, convencido del inminente regreso de Ana, intenté embellecer nuestros espacios para hacerlos menos adustos y pobres. Me había acordado del techo de nuestra casa de Egipto —uno de los refugios de nuestra huida—, un recuerdo tan antiguo que podía confundirse con una fantasía o un sueño. Sobre la cama donde mi madre me abrazaba de niño para espantar el demonio del miedo —que cada noche es más aguerrido, pues tiene prisa por ajustar las cuentas—, cantando sobre aquellos cachorros a punto de dormirse, había paños, gasas ligeras y transparentes, decoración egipcia. Me los imaginaba como nubes que se movían por el cielo de la habitación, siguiendo una ruta misteriosa e hipnótica. Qué tranquilizador resultaba su desplazamiento elevado, inalcanzable, tan lejano y puro, tan incontaminado de nuestras angustias, de nuestro esfuerzo, de las continuas privaciones. Con esos tejidos que se remontaban a la época de nuestra fuga a Egipto y que, quién sabe cómo, habían sobrevivido al tiempo y al incendio, quise recuperar aquel cielo en el techo de mi habitación matrimonial, a la espera de que Ana regresara. Quería compartir con ella esa sensación de vuelo, el engaño de la levedad.

Por fin amaneció una mañana de auténtica primavera, templada y luminosa. Ya había construido la nueva cuadra para la burra, que se adaptaba con mansedumbre a todos los cambios. Ahora trabajaba para ultimar la pared de mi habitación, todavía cerrada con telas provisionales. Contemplaba el polvo de la madera en suspensión jugando con los reflejos del sol de la mañana que se filtraba por las rendijas. Yo también acompañaba los gestos de mi trabajo con la danza en espiral del polvo, participaba de la belleza de las cosas. Mi madre abrió la puerta que separaba mi habitación de la suya y, con la mirada baja, me pidió que la siguiera. Me llevó al umbral de la casa, donde tuve que protegerme los ojos por el exceso de luz. Y vi a Jonatán y a Lázaro acercándose con paso lento, solemne. Esforcé la vista buscando a Ana a su espalda. No vi a nadie, salvo la hierba nueva de la primavera. Cuando estuvieron más cerca, empecé a entenderlo: los dos llevaban un crespón de luto en la parte derecha de la túnica. Volví a entrar en casa: no necesitaba que me lo confirmaran. Fui a sentarme en mi silla de trabajo y seguí observando el polvo. Ana ya no estaba. Y no me habría ayudado oír los detalles de su

muerte en la voz fúnebre de Lázaró, leer en la mirada de Jonatán la lástima por todo lo que no habría podido ser. Ana no regresaría, ya no volveríamos a ver el día disolviéndose sobre los tejados de las casas, ya no impulsaríamos nuestra mirada al unísono hasta el límite del horizonte.

Mi madre, por compasión, recibió a Lázaró y a Jonatán en la puerta; les explicó que yo lo había entendido, que me dejaran solo —ya habría ocasión de hablar— y los acompañó de vuelta a su casa. Yo cogí mis herramientas y reanudé el trabajo. Pasé días así, avanzando con el proyecto inútil de nuestra casa, engalanándola según los sueños y las comodidades que me había imaginado para Ana. A menudo, con el torpor de la repetición de los gestos —el cansancio me sedaba—, me acordaba de la última despedida, de la última mirada que Ana y yo nos cruzamos. Todo estaba ya allí, su muerte y mi soledad; su caricia extrema y trémula, su ropa aparatosa y pesada como un sudario, que la acompañaría para siempre en mi recuerdo. Y, mientras trabajaba, sentía la comezón de la culpa: habría tenido que pararla, no dejar que se fuera, retenerla conmigo. Me echaba en cara no haber sido más valiente. Habría tenido que aprender de su voluntad temeraria, que no aceptaba cesiones; de su naturaleza obstinada e independiente. Habría tenido que decirle: «No, no te vayas. Te libero del contrato matrimonial, pero quédate a mi lado». Sin embargo, justo cuando Ana había transigido por primera vez a las obligaciones, cuando había aceptado el destino femenino impuesto por los demás, yo no había estado a la altura de su originalidad, de su libertad.

En los días siguientes, durante una de nuestras cenas, tristes y silenciosas, mi madre me agarró la mano y me contó lo que le había dicho Lázaró. A pesar de que me resistiera e insistiera en que no quería saberlo, siguió hablando: «La verdad es la única medicina», me dijo. Y me contó el último viaje de Ana.

No se encontraba bien desde que, al amanecer, dejó Nazaret rumbo a Betania. Incubaba una enfermedad que debilitaba su físico y aterrorizaba su alma. Se había enfriado en los últimos días —nuestros abrazos felices en la nieve—, y el temor del compromiso de matrimonio la había vuelto frágil. El viaje fue terrible. Fatal. La nieve obstaculizaba el camino, glacial e impracticable. Los animales se detenían con frecuencia, tozudos por la dificultad que suponía cada paso: el camino, sepultado bajo la capa de nieve, los había engañado varias veces y los había desviado de la ruta. Y las noches, que a menudo pasaba en el carromato, debajo de mantas húmedas y heladas, eran aún más difíciles. Solo un par de veces habían encontrado un cobijo

precario, un camastro improvisado en los establos abandonados incluso por los animales en aquel invierno extremo. Lázaro oía los lamentos nocturnos de Ana en sueños, que pronto se convirtieron en alucinaciones febriles. Cuando intentaba despertarla la encontraba sudada, con los ojos abiertos, pero todavía presenciando su sueño inefable. La oía pronunciar frases sin sentido, canciones de su infancia, diálogos mascullados con presencias que nadie veía sino ella. Auténticas conversaciones, letanías de preguntas que dejaban espacios concretos de silencio para las respuestas. Imaginó que estaba hablando con su difunta madre. Más de una vez Lázaro miró a su alrededor buscando a su hermana. Aún estaba lejos de Betania cuando Ana se perdió en el delirio.

Viajaban en el carromato hombro con hombro, pero Lázaro no podía ver la cara de su sobrina por los gruesos tejidos que le tapaban la cabeza. A pesar de escucharla, no conseguía entender sus palabras. Su voz se había vuelto tenue, apagada, extenuada. Por mucho que Lázaro le pidiera que fuera más clara, Ana seguía hablando de manera prolija pero inaudible. Durante la enésima violenta nevada, se vieron obligados a detenerse por la reticencia de los animales. Lázaro bajó del carro e intentó arrastrarlos tirando del bocado, pero estos oponían resistencia, se negaban a avanzar en medio de la tormenta. Cuando levantó los ojos, Ana ya no estaba en el carruaje. La buscó con la mirada, pero la nieve y la niebla limitaban, borraban la vista. Si bien se alejó del carro llamándola a gritos, solamente le respondía el silencio atenuado de la nieve, la respiración cansada y suplicante de los animales. No podía andar muy lejos. Empezó a dar vueltas cada vez más amplias alrededor del carromato hasta que la vio encaramándose por la colina. Aunque volvió a gritarle, Ana siguió su ascenso hacia la cima, ajena a cualquier llamada. Con dificultad y esfuerzo, intentó alcanzarla: los pies y las piernas se le hundían hasta las rodillas, y el terreno era intransitable y peligroso, con hoyos y piedras puntiagudas escondidos bajo la nieve. Lázaro ya no veía a Ana, que había llegado a la cumbre. Por más que intentó apretar el paso, las piernas le pesaban, lo frenaban. Lázaro nunca ha sido un hombre de acción, pero, a pesar de su tamaño y de su naturaleza débil, consiguió llegar a la cima. Se adentró en la pequeña arboleda de olivos y encinas quemadas por el frío y siguió llamándola, en vano. Por fin la vio, tumbada en el suelo, casi completamente cubierta por la nieve, que caía en densos copos. Pero yo no estaba allí para abrazarla. Ana se había desmayado. Si hubiera tardado unos minutos más, seguro que no la habría encontrado. Pese a cargar con ella a cuestas, Lázaro consiguió trasladar a Ana hasta el carro y reanudar la marcha.

Aunque su sobrina se despertaba unos minutos, luego se sumía en un letargo enfermo e inquieto. Lázaró intentaba que comiera, pero ella se negaba. Ni siquiera quería la nieve derretida que él le ofrecía para saciar la sed.

Llegaron a Betania tras una larga y ardua noche de viaje. Ana, incapaz de aguantar sentada, se caía hacia un lado. Él pidió ayuda a los vecinos para meterla en la casa y tumbarla. Luego llamó al médico y le prometió toda su fortuna si curaba a Ana, pero el hombre negó con la cabeza: no sería suficiente para salvarla. Quizá era un castigo divino por su exceso de independencia, por su testarudo rechazo de los preceptos y obligaciones religiosas. El médico —amigo de la familia— conocía a Ana desde niña. En más de una ocasión había reprendido a Lázaró por la excesiva libertad que concedía a la muchacha, que no tenía pudor ni timidez y se metía en peleas callejeras con los chicos de su edad, rodando por el polvo como una bruja, respondiendo a los adultos que intentaban calmarla, sin vergüenza ni pelos en la lengua. A Lázaró incluso lo habían convocado al templo para que pusiera freno a aquellos desmanes, a su rechazo de la oración, por el que su sobrina corría el riesgo de ser expulsada de la comunidad. Prometió que se encargaría de su educación, que habría hecho de Ana una mujer y una esposa como dictaban las leyes. Pero, como nunca consiguió hacer mella en la voluntad de la chica, acabó rindiéndose —por pereza, por la inteligencia de Ana— y evitando cualquier otro intento de persuasión. A medida que fue creciendo, Ana ofreció cada vez menos muestras públicas de independencia. Sin renunciar nunca, eso sí, a sus derechos y a sus elecciones, que en casa se habían convertido en reglas a las que los demás estaban llamados a adaptarse. Ana, mi Ana, era incorregible.

Después de escuchar a Lázaró, mi madre dejó que volviera a casa a llorar su dolor con Marta y María, y se quedó con Jonatán para seguir dándole vueltas a la repentina enfermedad de la muchacha. Según me reveló mi madre, Jonatán creía que una infección respiratoria se había extendido al cerebro: primero la volvió loca y, al final, ausente. Lázaró había probado a enviar mensajeros para informarnos del estado de Ana, pero el tiempo horrible había frustrado todos sus intentos. Cuando murió, Lázaró quiso traer la terrible noticia en persona.

Ana expiró por la mañana. Después de una noche de agonía, me dijo mi madre. Al amanecer salió de su delirio: reconoció a Lázaró y la habitación que había compartido con Marta y María. Preguntó qué tiempo hacía, si seguía nevando. Lázaró respondió que por fin lucía el sol, que la nieve empezaba a derretirse. No sé qué pensó Ana en esos últimos minutos, si yo

también estaba presente, como un tormento, como una inútil e ilusoria promesa de vida. Lázaro dijo que Ana sonrió al oír la noticia del sol y se dejó ir en silencio, sin sufrimiento. Después llegaron las letanías fúnebres y la lenta procesión al cementerio, seguida únicamente por él. De Ana, de su intransigencia, de la firmeza y la inteligencia que le habían permitido lo que a las demás mujeres les estaba vedado, de sus manos laboriosas y amables, de su sonrisa irónica, no quedó nada. La muerte es injusta. La muerte borra cada detalle. Este ya no es el tiempo de Ana.

«Basta a cada día su propio mal». Con esa frase concluyó mi madre el relato. Luego empezó a hacer la casa, a poner orden. Se enfrentaba al caos de la vida —y de la muerte— con sus gestos sencillos: la vieja escoba de ramas contra el polvo y la tierra que intentaban entrar en casa con obstinación; su espacio, con todo al alcance de la mano, los útiles para coser, las ollas de barro, la mesa con la jarra en el centro, su ropa doblada e inmaculada. Mi madre. Su rostro es el de una divinidad pagana, primordial. Una esfinge egipcia, como la que nos encontramos en nuestra primera huida. Mi padre se divertía buscándole parecidos, burlándose de mi madre por su vocación dictatorial, expresada en dogmas lacónicos, en palabras sintéticas, en frases breves y precisas que no dejan margen a la contradicción. En Egipto la llamaba la faraona por la naturalidad de su imperio, pero también por su mirada trascendente sobre el mundo y los acontecimientos. Mi madre prevé las lluvias y la sequía sin equivocarse. Reconoce el futuro con antelación. Un día me sorprendió cuando, estando en la puerta de casa, vio a un viandante pasar con una burra atada de una cuerda. «Va a hacer estragos», dijo. Yo también me asomé para ver a qué se refería. El hombre se acercó al pozo, donde las mujeres de Nazaret estaban llenando los cántaros de agua. Los habían ordenado cuidadosamente, uno tras otro, para luego echárselos a hombros. La burra, tal vez asustada por los gritos lúdicos de los niños, empezó a dar coces y rompió todos los cántaros, y el agua se extendió formando un lago. Mi padre temía la mirada de mi madre; yo también la temo: una mirada de niña, inocente como una paloma, que esconde la astucia antigua de la serpiente.

El relato de mi madre sobre la muerte de Ana me dejó perplejo. Seguía helado por la noticia, incapaz de concebir un pensamiento que no fuera de rabia. Rabia contra Lázaro, que, asustado por las habladurías, la maldad y las acusaciones mojigatas contra Ana y contra mí, la había obligado a emprender el fatal viaje, a huir en el corazón del invierno —a ella, que nunca había huido— para salvaguardar su buen nombre. Rabia contra mi madre. Y sospechas.

Quizá por desesperación, quizá por la necesidad de una esperanza, me aferré a la ilusión de que, en realidad, Ana no hubiera muerto. Lázaró se la había llevado a otro sitio, lejos de mí, para frustrar la boda. Mi madre, su cómplice —cómo olvidar su largo e ininterrumpido llanto cuando le anuncié el matrimonio—, había urdido la mentira. En una vorágine de dolor, de locura, imaginé que mi propia madre había podido rezar por la muerte de Ana. Era una idea descabellada y obscena que espanté con una sensación de náusea. Sin embargo, en mi fuero interno permaneció un atisbo de rencor contra ella. ¿Por qué no se opuso al viaje fatal de Ana? ¿Por qué no arrojó sobre la mesa de la familia de Jonatán la indignación de madre por las mentiras y las maledicciones sobre su hijo? En cambio, dejó que la muerte tejiera su habitual telaraña, sacrificó a Ana, a mi Ana, que cambiaría —¿torcería?, quién sabe— la suerte de mi vida. Pero era yo quien se sentía prisionero en el centro de aquella trampa.

Ya estaba bien entrada la primavera y la tarde no era fría. Después de la cena y de las revelaciones impuestas por mi madre, salí al huerto. Robándole un poco de tiempo a los quehaceres de la casa, en los últimos días había arrancado las hierbas quemadas por el frío y había labrado la tierra con el fin de prepararla para una nueva temporada de siembra. Me senté y cogí la flauta. Llevaba mucho tiempo —desde los días de estupor con Ana— sin tocar en el huerto. Soplé y entoné mis melodías melancólicas y tristes, tan entrelazadas con la nostalgia, que conserva todo lo perdido. Escuchándome, tuve la certeza de que los muertos únicamente perviven en la música.

En aquellos días solo pude vencer la aversión al trabajo gracias a la determinación de mi madre: quería que terminara la pared de mi habitación. Yo sabía que no era algo urgente ni una necesidad: la primavera seguía avanzando, templada, y las telas habrían sido suficientes. Pero ella quería que estuviera ocupado, atento y concentrado; temía —y no se equivocaba— que naufragase. La muerte de Ana no me atormentaba únicamente por la liquidación forzada e inesperada del cariño —de la ternura—, por el vacío de la pérdida y la irreparable añoranza de una persona amada e incomparable, sino que, además, no hacía sino confirmar lo que sabía desde niño y nunca había confesado: mi destino era la soledad. No una familia, no la atención en el cuidado de los hijos y de la mujer. No el proyecto compartido por casi todos los hombres, una vida en comunidad, con las mismas alegrías e inquietudes, las mismas cosas buenas y recato público, supervivencia material y preceptos religiosos. Yo quedaba fuera, excluido de aquel calor, a veces

cicatero e irrisorio pero común y protector. Aquello me era ajeno. Y la muerte de Ana representaba el número final, íntimo y doloroso, de esa función.

Por fortuna, puse en práctica los consejos de mi madre. Pronto la pared quedó cerrada y mi habitación —la habitación que había preparado para Ana—, definitiva e inútilmente lista.

Por aquella época empezaron a llegar a Nazaret, en pos de auxilio, viajeros atacados por perros vagabundos que formaban jaurías peligrosas y hambrientas. Había animales sin dueño, pero también fieras fugitivas que habían abandonado la vigilancia de los rebaños, el calor de los hogares y los juegos con los niños en las eras de las casas para ir en busca de comida y de presas. Y de libertad. Merodeaban por las afueras de los núcleos habitados y descansaban, escondidos a la sombra de los olivos, a la espera del momento idóneo —parecían preferir la noche— para sus acometidas fugaces. Escogían a las víctimas más indefensas, campesinos solitarios, sobre todo ancianos, para atacar en grupo irrumpiendo en las casas y devorando cualquier comestible que encontraran a su paso. Los que se oponían, blandiendo bastones y herramientas de trabajo, acababan cosidos a mordiscos y heridos. Y a quienes se empeñaban en luchar con más tenacidad los acababan matando a dentelladas. Según se decía, si en las casas tomadas no encontraban comida, los perros devoraban a cualquiera que, por vivir o pasar por allí, estuviera al alcance de sus fauces. Puede que solo fueran leyendas. Pero a Nazaret llegaban relatos de emboscadas y muertes tan concordantes que empezamos a tomárnoslos en serio.

Los pastores habían encontrado a sus ovejas despedazadas durante la noche. Habían oído los gritos desesperados de los animales, que creían protegidos tras las sólidas puertas de las majadas —algunas las había construido yo mismo—, pero no llegaban a tiempo para intervenir. Con la primera luz del día, descubrían los restos de los animales muertos y las maderas arrancadas por la violencia de los ataques. Los perros habían roto a mordiscos las cuerdas que cerraban los gallineros y habían hecho estragos. Ni siquiera perdonaron los huevos. Los campesinos y los pastores decían que había una inteligencia, una organización lúcida y no fortuita, detrás de aquellas masacres. Algunos sospechaban que los líderes de las jaurías eran los propios perros domésticos, ya desvinculados de toda fidelidad, traidores del rebaño, que aprovechaban la confianza de las ovejas y su familiaridad con los rediles para dejar vía libre a sus compañeros y devorar a los animales. A veces el enemigo más astuto se esconde en la intimidad de las familias. No

perros, sino lobos, dijeron muchos, que no temían a los humanos ni a sus herramientas.

Acogimos en nuestras casas a aquellas víctimas, que nos hablaban de sus viajes tranquilos —el tiempo ya era cálido y llevaba meses sin llover— interrumpidos por la ferocidad repentina de unas emboscadas que parecían multiplicarse en cada camino y sendero. Los perros se abalanzaban sobre los carros y, enseñando los dientes, ahuyentaban a los viajeros. Quienes volvían a recuperar su equipaje eran recibidos con mordiscos y se veían obligados a abandonarlo. Los perros, sin prisa, tenían todo el tiempo y el hambre del mundo para atacar a los bueyes, atados a los yugos e incapaces de huir.

Los hombres y las mujeres que encontraron auxilio y refugio en Nazaret huían de lugares en los que se anunciaba una temporada de hambruna. Los frutos de finales de primavera se habían perdido por la ausencia de unas lluvias que, cada año, puntuales, garantizaban las cosechas. Por ahora se sobrevivía con lo que quedaba del año anterior, pero también las reservas estaban en peligro: primero la humedad atacó los cereales guardados en los aljibes. El hedor a podrido invadía las calles contaminando incluso el sabor del agua. Los ratones empezaban a infestar los campos y devoraban lo poco que, a duras penas, había agarrado. Luego entraban en las casas y en apenas unos minutos engullían los sacos de trigo, la fruta seca, el pan y los quesos. Mucha gente encontraba ratones ahogados en los cubos de leche recién ordeñada. A algunos los habían mordido mientras dormían y llevaban cicatrices en la cara. No quedaba nada a su paso, salvo los ojos para llorar. La naturaleza, según decían, se estaba rebelando contra los hombres de aquella región.

El dolor por la muerte de Ana me ofuscaba tanto que tardé un poco en entender la claridad de aquel mensaje, de aquellas señales premonitorias: la hambruna se estaba extendiendo como una inundación y pronto llegaría a Nazaret. Tenía un sueño atormentado: unas pesadillas de las que no recordaba nada me despertaban en el corazón de la noche. Lo único que permanecía era una sensación de alarma, de urgencia, que me obligaba a levantarme, salir de la casa y, con frecuencia, esperar hasta el amanecer a modo de liberación. Pero ni siquiera la llegada del día disipaba los fantasmas. Sentía en mi interior una necesidad que no sabía colmar y a la que no sabía nombrar; una incomodidad por vivir que relacionaba con el tormento por la muerte de Ana, tan imprevisible y absurda, tan injusta.

Una noche en que el malestar era tan tenaz e indisoluble que parecía robarme el aire, decidí subir al tejado de la casa y así tener más espacio para

respirar. Cuando llegué al último peldaño de la escalera, me asomé. Vi a Ana. Pensé que estaría soñando con los ojos abiertos, pero estaba despierto y lúcido, abrumado por la angustia. Ella estaba sentada como en nuestros maravillosos descansos, acabada la jornada de trabajo. Tenía la mirada clavada en un punto del horizonte que solo ella, en la negrura de la noche, veía con claridad. Se volvió hacia mí y vi en sus ojos la tristeza de los muertos llamados a hacer de mensajeros de los vivos. Estaba señalándome un punto entre el cielo y la tierra, y, como en nuestros días felices, me invitaba a mirar, preguntando: «¿Lo ves tú también?». Yo no distinguía nada salvo el negro espeso de la noche y el leve resplandor de las estrellas, como parpadeos cósmicos, trémulos por el vapor del calor, que prometía otra jornada abrasadora. Cuando me volví para responderle que la oscuridad lo ocultaba todo, Ana ya no estaba. Me quedé en el tejado esperando el amanecer. Pero no fue una liberación.

Los perros habían llegado a Nazaret; varios pastores los habían visto con la primera luz del día. Estaban descansando tranquilamente y retozaban a la sombra de los olivos, en el límite de los pastos. Parecían inofensivos. Solamente unos pocos, sin convicción, intentaron acercarse a los rebaños, más curiosos que agresivos, pero a los hombres no les costó ahuyentarlos con ayuda de sus perros, fieles por el momento. La jauría tenía que estar saciada después de los últimos ataques.

La alarma estremeció Nazaret. Nos reunimos en la que para muchos era aún la casa comunal: muchas familias no habían terminado las obras sobre las ruinas del incendio y seguían durmiendo espalda con espalda en la enorme sala, con la cortina que separaba a los hombres de las mujeres. Preocupados por las historias de quienes habían llegado a Nazaret huyendo y heridos — muchos acudieron al encuentro: nos resultaban útiles por su experiencia de los ataques, para revelarnos las estrategias y jerarquías de la manada—, decidimos formar grupos de vigilancia, patrullas armadas con bastones, hachuelas, hocinos y rastrillos, que rondarían las calles y los límites de la población. Todo el mundo restringiría su actividad al aire libre, y quienes no podían evitar trabajar en el campo —era época de siembra— serían escoltados y vigilados. Las puertas de las casas se reforzaron y se aseguraron con cerrojos adicionales. Desde los tejados más altos de Nazaret, los vigías avistarían a tiempo cualquier acercamiento sospechoso. Para algunos se trataba de preocupaciones exageradas: no eran más que perros hambrientos y sin dueño. Proponían sistemas de pértigas con nudos corredizos para capturarlos y tenerlos atados, sin recurrir a la violencia extrema.

Yo también volví a casa para hacer algunos arreglos de seguridad. Por suerte, había terminado la pared de mi habitación, y todas las puertas parecían resistentes e infranqueables. Le pedí a mi madre que extremara las precauciones y la convencí para que renunciara a su habitual visita vespertina a casa de Jonatán: para cuidarlo y protegerlo, Lázaro y sus hermanas se bastaban. El día pasó sin emergencias y, cuando concluí la ronda de vigilancia con mi grupo, armado con un bastón de cedro, nos despedimos deseando que la noche también pasara sin sobresaltos. Había reanudado mis conciertos en el huerto. No quería renunciar a ese anhelado momento de consuelo tras un largo día: la muerte de Ana, mi dolor y la confusión sobre el pasado y el futuro exigían soledad y recogimiento. Después de cenar cogí la flauta y, saboreando la puesta de sol, empecé a tocar con la última luz del día. Cuando cayó la noche, a mi flauta se le sumó un ruido ronco, amenazante: eran los perros.

No los había visto llegar. Estaban a pocos pasos de mí, una decena, y gruñían, listos para atacar. El miedo agotó mi aliento: se hizo el silencio y los perros avanzaron unos pasos. Instintivamente volví a tocar, pero solo era el jadeo de mi respiración aterrorizada que, a través de la lengüeta, se materializaba en notas sin voluntad. Y, sin embargo, los perros se detuvieron. Comprendí que la música, aunque no los frenara, al menos conseguía ralentizarlos. Era un sonido extraño para ellos; quizá los asustaba o los cautivaba, hipnotizándolos. Seguí tocando sin dejar de mirarlos, alarmado.

Recordé mi único cara a cara con un perro vagabundo y feroz cuando, todavía hambriento de aventura e independencia, me alejé de la caravana que viajaba a la Pascua de Jerusalén ante la mirada preocupada de mi padre y subí a la cima de una colina baja. Recordaba la punzada del terror, los ojos malvados de la fiera, mi precipitada carrera collado abajo, la persecución y el alivio cuando llegué a la caravana. La sonrisa tranquilizada de mi padre cuando me vio a su lado.

Ahora era distinto. Cualquier posibilidad de fuga a la carrera me parecía inviable: eran demasiados perros; no les costaría rodearme y alcanzarme. Me morderían, y los gritos habrían llamado la atención de mi madre, algo que también habría puesto su vida en riesgo. Mientras tocaba —ya sin armonía ni sentido alguno: la música del miedo—, pensaba en cómo afrontar la situación. No se me escapaba que corría peligro, pero tampoco el cariz absurdo y cómico del momento: mantenía a raya a esos perros salvajes como un encantador de serpientes.

De niño, cuando vivíamos en Egipto, mi padre me llevó al mercado. Un viejo, muy aplaudido, tocaba la flauta para una cobra que asomaba del interior de una cesta y parecía seguir su ritmo. Me pasé días preguntándole a mi padre cómo se podían domesticar esos reptiles. A mí me daban miedo por los relatos —las fábulas— que oía contar a las madres de mis amigos en los días que pasábamos en el río, y que yo mezclaba con las leyendas religiosas de casa, con la serpiente que nos alejó del Edén para traernos a esta vida de esfuerzo y dolor. Pensaba en lo valientes que eran los hombres que habían conseguido engatusar a la culebra y hacerla bailar al son de su flauta. Hoy también yo la toco para domesticar a mis demonios: son perseverantes, o bien yo no soy un buen encantador.

Sin embargo, ahora el peligro no eran las serpientes. Me puse de pie lentamente y, sin dejar de emitir sonidos con la flauta, empecé a retroceder hacia la casa. Los perros dejaron que me alejara unos metros, pero luego también ellos se movieron, circunspectos. Temían perder la presa, aunque la música de mi instrumento los inquietaba y guardaban las distancias. Ya tenía la puerta a unos pocos pasos —por suerte y por imprudencia la había dejado entornada—, y los perros estaban bastante alejados. De repente solté con la flauta el sonido más potente que mi aliento pudo permitirse, un silbido agudo y estridente que los obligó a parar, a retroceder unos metros. Aproveché para abalanzarme hacia la puerta y cerrarla a mi espalda: conseguí echar el cerrojo mientras las patas de los animales —y sus dientes— raspaban y zarandeaban la puerta.

Tranquilité a mi madre, que me recibió asustada: los perros no entrarían en la casa. La había construido con paredes sólidas y puertas y ventanas resistentes. Los crujidos de la madera se volvieron menos insistentes, hasta que se hizo el silencio. Las fieras se habían alejado y buscaban presas más asequibles. Quería dar la voz de alarma cuanto antes y me preguntaba cómo hacerlo de forma rápida y segura. Se me ocurrió subir al tejado —quién sabe, quizá la visión de Ana quería anunciarme precisamente eso—: habría podido llamar la atención de las patrullas nocturnas a gritos y antorcha en mano. Mientras intentaba verter el aceite en el candil, oí los rebuznos de la burra. Para ella había construido un refugio temporal, una cuadra que ultimaría a finales de verano de cara a los próximos rigores del frío. Tenía una puerta sencilla, con varias tablas cruzadas, que no había resistido al ataque de los perros. La oía gritar desesperada, llamándome para pedir que le devolviera todo el esfuerzo de aquellos años, la dedicación, su lenta y obstinada marcha pese a las aparatosas cargas que le imponía. No podía aceptar que la

devoraran: tenía que salvarla. Cogí el bastón. Mi madre me agarró de la túnica para impedir que saliera y tuve que apartarla por fuerza. Intenté tranquilizarla, pues había intuido que estaba haciendo un intento a la desesperada y ella no quería que corriera ese riesgo. Conseguí abrir la puerta y salí a toda prisa, listo para luchar. Cuando llegué a la cuadra, la frágil portezuela estaba arrancada. La burra rebuznaba, muerta de miedo, y soltaba coces. Vi los cuerpos de dos perros agonizantes, alejados por la violencia de sus cascotes, mientras que el resto, no sabría decir cuántos por la oscuridad de la noche y la cuadra, le mordían en las patas, en los costados. Intentaban engancharse a su pescuezo para acabar con ella. La burra se sacudía con cada mordisco y se encabritaba para alejarlos de su cuello, pero parecía a punto de sucumbir. La sangre de las heridas le caía por el lomo y excitaba todavía más la ferocidad de los animales, que percibían el inminente final de la lucha y el ansiado festín. Grité para asustarlos, y entonces se fijaron en mí. No sé si se apartaron de la cuadra porque me vieron como una presa más fácil o como una simple molestia a la que espantar antes de seguir ensañándose con la burra. Se abalanzaron sobre mí. Yo blandía el bastón intentando mantenerlos a raya; los golpeaba en el hocico y las patas, pero no había forma de que retrocedieran. Los distinguía a duras penas: protegidos por la oscuridad, aparecían gruñendo de golpe.

Solo intuía de qué dirección llegaban por su jadeo famélico, que los hacía parecer auténticos lobos; mientras que, cuando los golpeaba a ciegas, lanzaban los gañidos de los perros apaleados y heridos, frágiles y asustados. Pero eran demasiados. Bastón en ristre, retrocedí para que no me sorprendieran por la espalda: parecía que la táctica funcionaba, pues notaba sus hocicos más lejos, apartados. Hasta que una violenta punzada en el gemelo me hizo caer de rodillas. Mientras intentaba zafarme y golpear con el bastón al animal que me había atacado por detrás, y que apretaba los dientes, y que me desgarraba, otro consiguió morderme el brazo que sostenía el arma improvisada: ya no podía defenderme. Los otros perros también se precipitaron hacia mí. Solo recuerdo mi cara contra la tierra árida y dura, el olor de las alimañas que me atormentaban con sus mordiscos, el rebuzno de la burra, que seguía pidiendo auxilio —¿quizá para mí?—, y la certeza de que iba a morir de una muerte horrenda. Mi único deseo era que llegase pronto y me ahorrara el sufrimiento.

Ahora puedo explicar el sentimiento íntimo y profundo que me invadió en aquellos instantes. Sí, el miedo, el dolor por los mordiscos, la idea de mi madre abandonada a su destino de viuda sin hijos. La tierna nostalgia de mi

flauta, de la belleza de las puestas de sol y las promesas del amanecer, del sabor del agua y del pan. Sí, la frustración por esta vida de penurias y de esfuerzo acariciando las protuberancias de la madera, desperdiciada en la soledad del hombre adulto sin familia ni hijos. Pero, en realidad, si lo pienso detenidamente, en lo más hondo de mi alma noté una sensación de liberación, una ligereza de pájaro, la certeza de que solo venimos al mundo para abandonarlo. Eso sentí. Puedo confesarlo sin vergüenza: era feliz. Arrastro el recuerdo de aquellos momentos, de aquella felicidad acariciada pero no satisfecha, con el deseo —cuánta vergüenza siento aún hoy al revelarlo, incluso a mí mismo— de hacerla mía definitivamente. Una voluntad de desaparecer, de vaciar la memoria, de borrar todas las angustias. Atormentado por los mordiscos de los perros, sumido en la vorágine de aquella revelación, en el fondo de mi conciencia se volvió a plantear una pregunta que le hice a mi madre de niño, cuando balbuceaba los pasajes más arduos de los textos sagrados sentado a la mesa con ella, que me los señalaba con el dedo. Interrumpí la lectura y, sin previo aviso ni motivo, le pregunté: «¿Por qué me trajiste al mundo?». Me miró a los ojos, pero no supo o no quiso responderme. En aquel momento, seguro y feliz de morir, recordé aquella pregunta: ¿por qué me trajiste al mundo?

A veces me despierto con ese mismo interrogante en los labios. Envuelto aún en la niebla del sueño, lo asocio y lo superpongo con esa otra pregunta que seguía haciéndole a mi padre, ya ausente y perdido: ¿por qué me has abandonado? Quizá sean la misma. Pero cada mañana, en cuanto abro los ojos, percibo desde el camastro aquel olor a perro salvaje, a fiera, como si hubiera dormido a mi lado con su jadeo hambriento y feroz. Y deseo con todas mis fuerzas desvanecerme. La matriz salvaje de la naturaleza responde a su manera a nuestras dudas, subvirtiéndolas: ya no hay tiempo para hacerse preguntas porque no se nos concede una segunda oportunidad.

Recuerdo los bastonazos, los aullidos de los perros, los gritos de los hombres, el dolor de los mordiscos convertidos en meras heridas. Me salvó la patrulla nocturna que habíamos organizado para vigilar Nazaret. Fue mi madre quien desafió a las jaurías y se aventuró en la oscuridad en busca de ayuda. Ella dice que tuvo suerte, que la oyeron gritar y acudieron a socorrerme; pero quizá fue su clarividencia la que la salvó. Me metieron en la casa: las mordeduras no habían sido fatales; solo la del gemelo parecía más profunda. Mi madre limpió las heridas y detuvo la hemorragia con vendas. Podía caminar y, pese al dolor, fui a consolar a la burra, que se había tranquilizado: en el fondo de sus ojos mansos todavía vibraba la sombra del

terror. Pero la noche no había terminado: se sucedieron otras emboscadas; hubo que socorrer a otros heridos. Iluminábamos con nuestras antorchas las calles de Nazaret en busca de los perros. Encontramos muchos y acabamos con ellos. Pese a la certeza de dirigirse a la muerte, aquellas bestias, por hambre o por estar en guerra con los hombres, se lanzaban contra nosotros en cuanto nos veían, con las fauces abiertas, listos para morder y despedazar. Los matábamos a bastonazos o ensartándolos con las herramientas de los campesinos. Amontonamos muchos cadáveres en la plaza porque obstruían los callejones más estrechos y las puertas de las casas. No lográbamos explicarnos esa rabia tan obstinada y suicida que no menguaba siquiera unos segundos antes de la muerte: apaleados y atravesados, seguían mordiendo el aire y gruñendo con resentimiento. Contra nosotros y contra todo.

También el viejo Jonatán corrió el riesgo de acabar despedazado. Una patrulla consiguió arrebatárselo a unos perros que se habían abalanzado sobre él. Había salido de casa sin avisar a Lázaro y a sus hijas. Quería ir a ver a mi madre para comprobar que estaba bien: la mujer se había saltado su habitual visita vespertina e imaginó, por culpa del cúmulo de catástrofes que vivíamos en Nazaret, que le había pasado algo. Distráído y desarmado, se aventuró hacia nuestra casa justo cuando los perros empezaron su ofensiva homicida, y lo atacaron. Él también tuvo suerte: oyeron sus gritos y corrieron a salvarlo. Estaba herido en un brazo y aturdido por el miedo. Durante la acometida, que lo había tirado al suelo, se dio un golpe en la cadera y ahora caminaba cojeando. Lázaro decidió que llevaría a su padre a Betania: estaba demasiado viejo y frágil para seguir viviendo solo. La familia había perdido a Ana hacía poco tiempo: no soportarían otro luto. Se marcharían cuanto antes, a la mañana siguiente, tan pronto como prepararan el equipaje. Más adelante, Lázaro se encargaría de llevarse los muebles del padre y cerrar la casa.

Mi madre y yo fuimos a verlos poco antes de su marcha. Jonatán estaba taciturno. Se notaba que no quería dejar Nazaret, que una discusión había enfrentado a padre e hijo. Lázaro se mostró expeditivo y tajante, casi ofensivo. Intuimos que, en parte, nos consideraba culpables de sus desdichas: si Ana no hubiera decidido casarse conmigo, probablemente no habría muerto, y la amistad con mi madre había puesto a Jonatán en contra de su hijo. Nos quedamos mirándolos mientras apretujaban su equipaje en el carro. Marta y María vinieron a despedirse. Nos abrazamos con el deseo de volver a vernos alguna vez. Lázaro fue amable pero formal. Jonatán se acercó a mi madre y le cogió las manos. Se miraron a los ojos un buen rato antes de despedirse. A los dos se les saltaron las lágrimas. Los vimos alejarse y, en el

camino de vuelta a casa, mi madre y yo no cruzamos palabra. Veíamos el humo que ascendía de la hoguera de los perros: habíamos decidido quemarlos por miedo a las epidemias y para evitar que otros animales aprovecharan para saciar su hambre. En silencio, caminando muy juntos, a mi madre y a mí nos invadía el mismo desconcierto: ahora estábamos definitivamente solos. Mi madre y yo.

CAPÍTULO TRECE

Cuando la oscuridad me concede unas horas de alivio, liberándome de la asfixia del día, del aire abrasador y árido, de los aullidos de los perros — puede que ahora solo yo los oiga, como una amenaza íntima—, de la necesidad de encargarme de mi supervivencia y de la de mi madre, tumbado en mi camastro contemplo el cielo de la habitación que había diseñado para compartir mis noches de matrimonio con Ana. Había imaginado nubes en el techo, pero de él ahora cuelgan telas raídas, paños polvorientos y horrendos, festones macabros de una fiesta nupcial que nunca se celebró.

Anoche vi hogueras a lo lejos, trémulas. Como yo, muchos han renunciado al sueño. Fuegos de purificación —quizá estaban quemando más cadáveres de perros, otros animales, basura: se ha agudizado el miedo a las enfermedades—, fuegos sin esperanza. Unos fulgores quedaban más cerca; otros eran remotos. Todo parece arder ante mis ojos. También aquí, en Nazaret, estamos acostumbrados a las llamas. Las reservas de las cosechas precedentes —conservadas en caso de sequía para prevenir la hambruna—, que hoy serían tan necesarias, una salvación, están podridas con el moho de animales infinitesimales y desconocidos. Una costra grisácea recubre los sacos de trigo. El contagio se extiende a la madera, a las paredes de las casas, a las hierbas que resisten incluso la sequía, a los árboles. Tememos que el moho envuelva hasta nuestros cuerpos. No tenemos agua para lavarnos.

Hortalizas y verduras se secan en las plantas, agostadas. He visto a vecinos arrancarse el pelo por las cosechas perdidas. Solo la uva prospera. Las vides han encontrado savia en las profundidades. Podrá hacerse vino: otra promesa de olvido. También el agua del pozo escasea. Es difícil cogerla del fondo, y la que saco con el cubo está llena de arena, sabe a fango. Dios tiene que ser un niño rico y caprichoso, que juega a hacernos sufrir. Mi madre no quiere oír mis comentarios blasfemos sobre lo despótico que es nuestro Dios. Me tapa la mano con la boca, me mira irritada. Se junta con las demás mujeres de Nazaret para rezar: imploran una triste lluvia, pero su fe también vacila.

Familias enteras desaparecen en la noche. Deambulo por esta aldea extenuada por la sed, asediada por el polvo del desierto, que se ha hecho un hueco en cada uno de nosotros. A menudo me despierto con el sabor del

polvo en la lengua. Mi madre intenta contenerlo como puede, con la escoba de ramas, primero fuera y luego dentro de las habitaciones. Descubro casas abandonadas. Desde hace semanas, en silencio, los vecinos a los que hemos conocido durante toda una vida se marchan. Deciden huir con la oscuridad, cuando todos dormimos, para que no los convenzamos para quedarse. Ya había ocurrido, hace años, después del incendio. Pero intuyo que ahora no volverán. Entro en sus casas vacías, ningún cerrojo asegura sus puertas. Se han llevado todo lo que los animales y sus hombros consiguen transportar. Quedan objetos sin afecto, abandonados a la honradez —a la nostalgia— de los vecinos, y las huellas frescas y profundas de sandalias y cascos en el polvo que ha cubierto cada calle y cada sendero que lleva a otro sitio, lejos de Nazaret. Vago junto a sus hogares ya apagados, entre los camastros deshechos. Nunca había entrado en esas casas; siempre me había preguntado cómo vivirían ahí dentro: exactamente igual que los demás pobres, como mi madre y como yo.

Otro muerto de hambre, un niño de pocos días. No había nacido sano: la madre no podía alimentarlo y la última mujer que amamantaba a recién nacidos se fue hace tiempo. No lo consiguió. Ese funeral fue la última ceremonia para muchas familias. Llevaban un tiempo dudando entre apostar de nuevo por Nazaret u optar por el viaje en busca de comida, agua y hospitalidad. La muerte del niño fue una señal: en esta aldea no hay futuro.

Buscamos agua sin ilusión. Las últimas salidas a las colinas, donde imaginábamos alfaguaras aún húmedas, fueron un fracaso. Volvimos con más sed que antes. Decidimos excavar otro pozo en la aldea, más elevado y lejano. Sabemos que bajo nuestros pies fluyen impetuosos arroyos subterráneos. Los viandantes y los viajeros nos dicen que lejos de aquí, valle abajo, los campos están cultivados y son verdes, que el agua brota con fuerza de los manantiales y no hay penurias ni se concibe la sequía. El agua tiene que pasar por aquí, pero no logramos descubrir por dónde. Hemos pagado a zahoríes, viejos expertos de la hidráulica de la naturaleza, para que dirijan nuestras excavaciones con mayor precisión, para ahorrar unas fuerzas cada vez más agotadas por la decepción.

El último estaba convencido. Nos indicó un punto concreto en el que excavar: «Aquí está el agua», afirmó con seguridad. Empezamos a cavar frenéticamente con nuestras azadas. Creíamos haberlo conseguido; alguien gritó de felicidad cuando el suelo pareció humedecerse. Pero no era más que un cauce seco. El zahorí se quedó sin palabras, no se explicaba el error. Nos devolvió las monedas que le habíamos dado en aquellos instantes de euforia

por el agua y se marchó murmurando conjuros contra la maldición que padecíamos.

Volví a casa exhausto, manchado de tierra y barro. Me eché en mi camastro a descansar, para adormecer la desesperación. Mi madre no dijo ni una palabra: ya nada la turbaba. Me dejó descansar hasta la mañana siguiente. Cuando me desperté, la encontré esperándome en el patio. Había sacado una silla y había preparado una palangana con las últimas y valiosas reservas de agua que guardaba en casa, escondidas y camufladas para evitar las tentaciones de los más sedientos. Más de una vez, dos vecinos exasperados por la ferocidad de la sequía se habían peleado a bastonazo limpio en la calle después de que uno de ellos, al volver a casa, hubiera sorprendido al otro robando un cuenco de agua para aplacar el desespero de la sed. No había piedad entre los sedientos.

Mi madre tiene el don de sorprenderme con su optimismo natural e injustificado. En ella anida una esperanza que consigue imponerse a cualquier sentimiento aciago, a cualquier hipótesis de rendirse ante la aniquilación, contra la evidencia de que nuestras fuerzas no bastan para combatir la brutalidad de la naturaleza enloquecida. Tiene una confianza que conserva en sus silencios. Quería afeitarme y cortarme el pelo. Hemos pasado meses llevando una existencia extrema, como extremo es también mi aspecto. Para mi madre, que haya abundancia o sequía es irrelevante: siempre va limpia, digna. En cambio, yo ya no cuido mi cuerpo ni mi aspecto. Me dejé crecer la barba y el pelo más allá de lo decoroso. Dejé de cambiarme la ropa, sucia de los esfuerzos por sobrevivir: no valía la pena. Pero agoté la tolerancia de mi madre, que me acompañó a la silla, me ofreció un trozo de pan —exactamente igual que hacía mi padre para que estuviera tranquilo mientras me cortaba el pelo— y empezó a adecentarme con las tijeras de podar. Me arrancó una sonrisa de nostalgia: sin darse cuenta, empezó a susurrarme la canción de los cachorros asustados por los truenos que me cantaba para dormir. Para ella sigo siendo aquel niño asustado. Tiene razón. Mientras ella me afeitaba, yo contemplaba los estragos del huerto, el cielo amarillo por el bochorno y el polvo, los olivos puestos a prueba, sin un solo fruto: nuestro mundo agonizante. Lo comparé con el recuerdo de unos años atrás, cuando esta sequía no era ni siquiera imaginable: Nazaret resplandecía con el verdor de los huertos y de los olivos, igual que los árboles frutales, repletos de frutos. Se oía el rumor del agua, que fluía en abundancia por los desagües y en los pozos llenos; las nubes blancas del buen tiempo surcaban el cielo. La felicidad o su contrario dependen de muy poco: una gota.

Mi pelo salvaje. Está largo, encrespado, enredado y sucio. El polvo y la arena de esta larga estación árida —tan impropia incluso de las manifestaciones más resentidas de un Dios encolerizado— se agrupan formando trenzas blancas en mi pelo.

Me da igual mi aspecto. De hecho, creo que ofrezco a los demás mi cara menos horrible. Si supieran cuán raído y apelmazado está mi ánimo... Del naufragio extremo me salva solo el rostro herido, traicionado, de mi madre. Sufre por mi condición. El corte de pelo es un mero pretexto para llegar hasta mí. He puesto distancia entre nosotros, silencio, una mirada fruncida, a veces hostil, un pelo mugriento y enmarañado de perro gruñón.

La descubro espiándome. Me observa mientras trabajo la tierra endurecida y agonizante del huerto, mientras escuadro los maderos secos de los encargos, cada vez menos frecuentes —limitados a tareas de resignado mantenimiento—, mientras intento exprimir las últimas gotas de agua de los odres ya vacíos.

Su curiosidad no ha cambiado desde que —cuando era un niño— buscaba en mi cara señales y parecidos que nadie más que ella podría intuir. Ahora busca otra cosa: en ocasiones distingo pena en sus ojos, a veces un silencioso reproche, otras una exhortación. A menudo solo una acostumbrada resignación. Ella también vaga sin rumbo entre las paredes de nuestra casa. Pone orden sin sentido, cose y remienda mi ropa desgarrada por descuido e impaciencia, cocina lo que buenamente puede sacar de los campos, busca semillas y harinas en los sacos de provisiones invadidos por las polillas, infestados de gusanos. Se ve obligada a librar una guerra continua y perdida contra los insectos que asedian nuestros días. Miro a mi madre y me veo a mí mismo. Nos dirigimos, juntos, hacia una encrucijada donde nos encontraremos o nos perderemos. Y mi madre —como Delia, Ana y todas las mujeres conocidas y desconocidas—, para llegar a esa misma encrucijada por un sendero impracticable, plagado de trampas y obstáculos, con peligrosos hombres, maridos y patrones, con sus prohibiciones y preceptos, tendrá que recorrer el doble de camino.

En Nazaret ya no buscamos agua. Al menos no de forma solidaria y compartida. Las pocas gotas que encontramos en las exploraciones comunes no pueden bastar para todo el mundo. Cada cual sobrevive gracias a charcas secretas, descubiertas quién sabe dónde y ocultadas con celo a los demás. Yo también tengo una pequeña y extenuada fuente de humedad que escondo a las miradas ajenas. Egoísmo por necesidad. Todos guardamos el secreto de nuestros manantiales y todos nos absolvemos. También han acabado las riñas

por el agua, los hurtos de líquido y comida. Todo está tocando a su fin, ninguna batalla vale ya la pena.

Salimos por la mañana, cada uno en su montura, en direcciones opuestas, contrarias al punto cardinal de nuestro destino para no ofrecer demasiadas pistas. Nos vigilamos. Hemos ideado estrategias para confundir nuestras rutas y enredar los itinerarios, para hacer irreconocible nuestro rastro y salvaguardar nuestra fuente. No enfilamos la auténtica dirección a nuestra agua escondida hasta que no nos creemos a salvo de las miradas curiosas de los otros sedientos.

Alguna que otra vez, después de dar vueltas a lomos de nuestra montura para disimular el destino, nos hemos cruzado de nuevo mientras volvíamos sobre nuestros pasos. Nos saludamos con un gesto mudo e irritado por el bochorno, y vuelta a trazar nuevos itinerarios miméticos. Ninguno de nosotros ha entendido nunca la ironía de nuestros esfuerzos inútiles.

Mi agua está dentro de la montaña. Encontré una gruta al fondo de una galería, unas entrañas de roca que recorro a la luz de la antorcha, a gatas, con los odres a la espalda. Hay una charca de agua limpia caída de las estalactitas, que lloran lentas gotas de una humedad antiquísima. Debajo coloco los odres, bocas abiertas de par en par por la sed. Mientras espero a que se llenen, me tumbo a contemplar el cielo oscuro de la gruta, que mi padre me mostró por primera vez de niño, cuando aún tenía la urgencia de explicarme los misterios del mundo, como si ya entonces intuyera su ausencia precoz, su huida.

Mi padre. He descubierto que no recuerdo ni su cara ni el timbre de su voz. Estoy demasiado alejado de él en el tiempo. Y en el espacio. Tengo la terrible certeza de que no volveré a verlo en ningún lugar. A la luz ondeante de la antorcha, como entonces, reconozco dibujos en la bóveda, perfiles sintéticos y elegantes de hombres sin lenguaje ni escritura, animales en desbandada trazados con piedras de carbón. Pintadas de la infancia de los hombres —me explicaba mi padre, señalándomelas—, desprovistos de palabras, sin instrumentos: poco más que bestias, pero con el anhelo, quizá el placer, de narrarse en la infinita e irredimible cadena de presas y depredadores que han compartido desde siempre la necesidad de sobrevivir. Eso me decía mi padre, y yo distinguía en aquella luz tenue sus ojos llenos de afecto —los ojos de mi padre, cegados por la muerte—, de curiosidad ante mi asombro. «La necesidad de sobrevivir», me explicaba. Pero sobrevivir no es una elección. Es instinto, una urgencia primordial, propia de nuestra especie. Él conocía muy bien esa necesidad, nuestros viajes fugitivos, nuestras guaridas ocultas, sus ansias de vigilancia, marcadas por las rondas nocturnas para

comprobar que nadie nos tendía una trampa, que no hubiera soldados en las inmediaciones. Sobrevivir. No hay voluntad, decisión, discernimiento.

Me siento como los antiguos hombres —o animales rupestres— que se representaban delgados y trémulos, abandonados en un mundo de piedra, masticados por las fauces de su propia desesperación, por la soberana injusticia, por la eterna soledad, por el miedo inmarcesible. ¿Quién podrá romper esta cadena de esclavitud? ¿Quién quemará el toldo de esta feria horrenda donde representamos la hipocresía de nuestra inteligencia?

Desde hace meses el cielo de Nazaret no ve pasar una nube. Nadie, ni siquiera los más ancianos, recuerda haber padecido una sequía tan larga y absoluta. El agua se ha agotado. También en nuestras reservas clandestinas. En el fondo de los cubos se recoge solo una mezcla de arena y fango. Todas las plantas de mi huerto están muertas. Intenté regarlas incluso con lágrimas. Inútilmente. Para sobrevivir buscamos agua dirigiéndonos cada vez más al norte, subiendo cada vez más alto, donde los exiguos manantiales todavía llenan algún cubo por compasión. Pero cada viaje es un sufrimiento y una aventura. Salimos en grupo, cada cual en su montura. Yo, en la vieja burra que me vio nacer. Está cansada. Un moco blanco le cuelga de la boca cuando, cargada de odres aún vacíos, trepa por las colinas. Su respiración es un jadeo tembloroso. Me detengo. Con un gesto invito a los demás, a mis vecinos sedientos, a seguir. La alivio de la carga —yo transportaré algunos odres—, la dejo descansar. He traído la poca agua que sobraba, para ella, más que para mí: echo unas gotas en su larga lengua seca e hinchada; me mira con sus ojos mansos y resignados, y siento que querría seguir, dejar esa incómoda posición en pendiente, volver a serme útil. Le acaricio la frente. No reanudaremos la marcha hasta que su respiración se haya vuelto menos violenta.

El regreso es una alucinación. No tengo valor de montarla, pues ya carga con el peso de los odres. He improvisado un balancín que me apoyo en los hombros para ayudarla en el transporte. Una suma desigual. Avanzamos juntos a un ritmo desesperante, más próximo a la parálisis que a la marcha. Lo tengo decidido: este será su último viaje. Ya es hora de que mi burra descanse. Cuando llegamos a casa es de noche. Una noche cálida, de enfermedad. Mi madre todavía está despierta, esperándome. Hay comida en la mesa. Poca. Pan elaborado con harina vieja, de otra época, cuando aún llovía, y un poco de queso fruto del trueque con los pastores que están de paso en busca de hierbas frescas y prados, que aquí no pueden crecer.

Cada vez que vuelvo de mis expediciones en busca de agua, mi madre me escudriña creyendo que no la veo. La sorprende volviendo bruscamente la

cabeza: mi mirada afilada, su vergüenza. No me basta para rechazar sus ataques: vuelve a pedirme, por caridad, un corte de pelo. Como de costumbre, saca la silla al patio. Trae una palangana con un poco de agua sacada de quién sabe dónde. Me parece un despropósito, un desperdicio, usar este tesoro para lavarme el pelo. Pero no digo nada: no quiero causarle más dolor, ahondar la distancia que ya nos separa. Mientras me enjuaga el pelo entonando con la boca pequeña la nana de mi infancia —hoy me parece de lo más insulsa: ¿cómo podía dejarme hechizar, amansar hasta caer dormido, por aquellos cachorros asustados e imaginarios?—, descubro que el barro y el polvo escondían otras capas incrustadas: mis primeras canas. Una estación de la vida, la más poderosa, la más osada —decisiva— ya ha pasado y solo ha dejado esta señal de nieve. Una nueva derrota. También mi cuerpo se rinde: estoy adentrándome en el sendero que ya recorrió mi padre y otros antes que él. Mi madre, con su obstinación por cortarme el pelo, intenta anclarme a la juventud, alargar la estación inerte que estoy viviendo a la espera de mi despertar. ¿Por qué no se resigna?

Reina por todas partes un insoportable hedor a podrido, a fermentación. No queda más remedio que acumular los sacos de trigo enmohecido y quemarlo todo para reducir también la peste a cenizas. Raspamos la humedad de las paredes y desinfectamos con fuego. En alguna ocasión, por culpa de la falta de agua, el fuego se nos ha ido de las manos y, alcanzando los campos cultivados, ha quemado brotes inesperados y escuálidos. Un día, vi con mis propios ojos el intento de un campesino, tan valiente como desesperado, de enfrentarse a las llamas con su propio cuerpo, como si pudiera ahuyentarlas a gritos, como si pudiera cortarles el paso. Lo vi arder como un papiro y correr en llamas a través de la noche, entre unos olivos ya exhaustos, hasta desplomarse a lo lejos. A pesar de correr en su auxilio, lo encontramos hecho un trapo chamuscado. No pudimos salvarlo.

Era un anciano que vivía con su hijo en una pequeña casa en medio del campo. Todos los conocíamos porque iban de puerta en puerta vendiendo los productos de su huerto. Cuando aún había plantas que echaban raíces, agarraban, florecían. Cubrimos lo que quedaba de él con un sudario y lo llevamos a su casa. Había dejado al hijo dormido: últimamente el viejo no se lo llevaba; no quería que fuera testigo de la batalla perdida contra la naturaleza, de sus esfuerzos inútiles. No quería menoscabar ante sus ojos su ciencia de agricultor: el joven también estaba destinado a sacrificarse en la tierra y no quería revelarles cuán inútiles y vanas eran todas las estrategias, toda la erudición, todo el saber que, desde siempre, se habían transmitido de

padre a hijo en su familia. Quería que abrazara con alegría aquel oficio tan parco en ofertas y tan generoso en desilusiones, y confiaba en que su hijo no huyera de Nazaret, como otros tantos, en busca de pan; como los muchos hombres, y familias enteras, que en los últimos meses han cargado todas sus pertenencias en los carromatos para huir al amanecer.

Despertamos al muchacho para entregarle los restos de su padre. Con los ojos secos —ya se nos ha agotado, como el agua, hasta la última lágrima— contemplamos su repentina e insondable desesperación, escuchamos la letanía de su sentimiento de culpa: si hubiera estado despierto, si hubiera ido con su padre, aun en contra de su voluntad, habría apagado las llamas, sin duda lo habría salvado. Aquel hijo no se resignaba, y nosotros no teníamos palabras para consolarlo. Lo ayudamos a preparar el funeral y el luto. Al amanecer lo dejamos en un duermevela doloroso, todavía llorando junto al cuerpo del padre. Volveríamos antes del almuerzo para ofrecerle algo de comida, para rezar con él.

Fui el primero en presentarme en su puerta. Por más que llamara y gritara su nombre, el chico no abría. Pensé que se habría dormido para anestesiar su dolor. Que preferiría velar a su padre en soledad, antes del entierro. Decidí dar una vuelta a la casa y vi algunas herramientas de labranza oxidadas, arados en desuso, objetos e instrumentos abandonados e inútiles, dejados de lado: la hambruna los había devuelto a su estado de simple materia. Por una ventana busqué señales de vida dentro de la casa, un movimiento, una luz. Agucé el oído intentando captar algún sonido, el lamento del huérfano. Solo silencio. Volví a la puerta, que no estaba cerrada con pestillo: un leve empujón me bastó para entrar. El hijo estaba allí, colgado de una soga atada a una viga del techo, muerto. Había decidido seguir a su padre.

Pude bajar el cuerpo al suelo. Y me quedé allí solo, observándolo. Tenía una mueca en la cara, pero los ojos, con los párpados entrecerrados y una mirada de nostalgia resignada, delataban un éxtasis de paz, de lejanía: ya me miraba desde otro lugar, liberado de nuestras penurias. Me parecía al fin sereno. Observé la soga y las señales en el cuello. Un nudo, sencillo y eficaz, como los que se usan para tirar del ganado rebelde. Tenía las piernas rígidas; los pies, congelados por la agonía del esfuerzo, como si hubiera querido ponerse de puntillas para ver más lejos, más allá del horizonte. Las manos, en cambio, estaban abandonadas junto a las caderas, suaves y ligeras, listas para una caricia.

Llegaron los demás. Ellos también se quedaron mudos, sin nada que decir. Los enterramos juntos, sin más velatorio, sin los preceptos del luto. Ya no

tenemos fuerza para eso. El mundo se ha vuelto feroz; la vida, puro aguante. Ya no tenemos tiempo para eso.

He visto los fuegos fatuos de la noche emerger de la tierra resquebrajada de sed, dura por la ausencia de trabajo y vegetación. Animales muertos de hambre, perros supervivientes a nuestra matanza y muertos en soledad por las heridas de los porrazos, restos de ovejas sin enterrar. Aquí, bajo mis pies, hay un universo de cadáveres. Que se expande.

Ya vivo en un letargo. Desde mi habitación oigo a mi madre atareada. Dedicada a quién sabe qué urgencia inútil, a la ilusión del orden, de la limpieza. Me quedo en el camastro para no cruzármela: no quiero que se avergüence; tiene la mirada perturbada y, por primera vez, la he visto despeinada, con mechones grises revueltos en la frente. Su ropa ya no está inmaculada. Manchas de grasa, pequeños desgarrones que se escapan de su púdico decoro. No tiene agua para lavar. No tiene ganas ni fuerzas para enfrentarse a la degradación. Ya no me ruega que me corte el pelo, que crece espeso y enmarañado. La barba —¡cuántas canas!— me cubre la cara. Cuando, por casualidad, me encuentro con mi reflejo en un cristal, me cuesta reconocerme. Ya no soy yo, el Jesús disponible, el hijo solícito, el vecino amable y hospitalario. La gente de Nazaret no me reconoce. Cuando tengo que salir por alguna urgencia inesperada, los mismos vecinos con los que he convivido durante años me miran perplejos. Me confunden con un extranjero, con uno de los muchos locos abandonados en la calle por su familia, que en los últimos meses parecen haber invadido Nazaret. Paso el día encerrado: en el camastro o en el taller de carpintería del patio, con pequeños encargos cada vez más escasos y peor pagados. Solo por las noches, cuando nadie me ve, me enfrento al exterior. Como un fantasma o un depredador nocturno. Me ocupo de la vieja burra, acaricio las cicatrices de los mordiscos de los perros, le doy un poco de agua, le ofrezco las mismas raíces que constituyen nuestras comidas. Casi siempre por separado: rara vez me siento a comer con mi madre; ceno en soledad lo poco que nos queda, en mi habitación o al aire libre, cuando oscurece. Me siento vacío, como un animal. No obstante, sigo tocando la flauta. Ya no a la puesta de sol, sino por la noche, cuando nadie me ve. Entono mis melodías cada vez más consumidas, evanescentes, empalagosas. A veces me parecen inútiles, armonías viejas y melosas, alejadísimas de la urgencia y de la devastación que estamos viviendo. Consoladoras sin consolación.

Intercambio miradas suspicaces con conocidos y vecinos. Quienes me reconocen me saludan, pero solo por la costumbre y para no dar pie a

discusiones. Se han descubierto robos —sobre todo de comida y de agua—, se han originado riñas a partir de acusaciones sin pruebas, y luego violentas peleas que han acabado convertidas en guerras entre familias. Mucha sangre, muertos. En los campos se han encontrado padres degollados. Luego, hijos y nietos. Desapariciones sin cadáver de hombres y mujeres, también de niños. El suplicio de los parientes no ha recibido el consuelo y la solidaridad de los vecinos; el dolor y el miedo están conquistando Nazaret bajo un sol infatigable, sin el alivio de una nube. El amanecer llega antes de tiempo. En los últimos días, alguien ha robado en los gallineros, la última reserva de comida para quienes tienen espacio y conocen la ciencia de la cría de gallinas. Encuentran las mallas cortadas y, cuando los cuentan, faltan muchos animales.

Cuando hemos de caminar por las callejuelas de Nazaret, vamos por el centro. Nadie quiere levantar sospechas de robos, ni que lo vean demasiado cerca de la entrada de las casas ajenas. No sabemos qué desesperación se esconde detrás de esas puertas: las represalias pueden afectar a cualquiera. Ya no nos juntamos. El dueño de la casa comunal, donde encontramos refugio después del incendio de Nazaret, donde nos reuníamos para decidir cómo afrontar las calamidades y los peligros, echó a los últimos huéspedes. Los menos afortunados, los que aún no habían podido reconstruir su casa o un refugio precario, se marcharon rumbo a otros pueblos y ciudades. Quien tenía parientes se ha ido con ellos. De los demás ya no sabemos nada.

Para mi sorpresa, una mañana ya tórrida oí voces de alegría y bromas en la calle. Mi madre hizo como si nada: quiere evitar los encuentros indeseados; solo conserva la amistad y el cariño con unos pocos vecinos. Me asomé a la ventana y vi a la gente ir en grupos, algunos con una silla a la espalda, a la explanada donde antes recogíamos agua del pozo. La curiosidad, un instinto que todavía no he aprendido a reprimir, me hizo salir a plena luz del día. Quería saber adónde se dirigían, qué los llevaba a reunirse. Hacía mucho tiempo que la gente no iba junta por la calle.

Tenía que parecer un loco: con la barba larga e hirsuta, el pelo pegado en mechones sucios, los ojos enrojecidos por el molesto sol, las ojeras marcadas por las noches en vela y la túnica sucia con restos de comida y trabajo, cuyas manchas sin lavar se habían fundido con la tela. Avanzaba tambaleándome: llevo semanas sin moverme y noto el esfuerzo al caminar. Alrededor del pozo seco se había reunido buena parte de los hombres de Nazaret. Había alguna mujer, pocos niños. Estaba tan abarrotado que me era imposible distinguir el motivo de tanto interés. Entonces oí una música de flautas y otros

instrumentos irreconocibles. Abriéndome paso entre la multitud —en realidad eran los demás quienes se apartaban, pues mi olor no era precisamente agradable—, pude acercarme a mirar. Un grupo de artistas ambulantes había preparado un espectáculo: unos tocaban, otros bailaban, la gente aplaudía. Al fondo, el carro. Lo reconocí en el acto, a pesar de la madera y las piezas de hierro ya desgastadas y desvencijadas, a pesar de las capas de pintura que habían escondido varias veces las heridas del tiempo y de las aventuras: ¡era el carromato de Barrabás! Conocía cada chirrido de aquel carro; cada tabla y cada clavo. Sabía dónde escondía Barrabás el botín de sus robos. Estoy convencido de que, si hubiera buscado en el recoveco oculto al lado de las ruedas, habría encontrado los restos de las gallinas robadas en los gallineros de Nazaret.

Sumido en una especie de alucinación, presencié el espectáculo que tantas veces había admirado y que después, como protagonista, había puesto en escena: el tiempo parecía volver a proponerme gestos ya vividos, melodías muchas veces escuchadas; incluso los olores me hacían viajar en el tiempo, a mi adolescencia fugitiva. Al fijarme con más atención, comprobé que los actores no eran los de entonces: ahora los forzudos que representaban números de lucha y destreza tenían rostros que nunca había visto, como los músicos. En vano busqué con la mirada la caja de la contorsionista; alguna señal del mago egipcio y de su ilusionismo ladrón. En las sombras del carromato intenté distinguir la silueta de Barrabás. Esperaba ver ondear los velos de Delia. Seguí aguardando. Sin embargo, apareció un joven que conquistó el escenario. Tenía la cara pintada con las mismas cremas de colores que tantas veces habían escondido mi timidez, y una expresión solemne a la par que auténtica. Se colocó en el centro del escenario y, con una voz profunda y teatral, empezó a narrar. Era la historia de un joven huido de casa. Un joven nacido precisamente aquí, en esta zona, decía el narrador. Huido de casa en busca de su anciano padre.

Le habló al atento público de sus aventuras, de su soledad, del esfuerzo, las alegrías y las decepciones. Un joven generoso que trabajó de carpintero y luego fue músico, un flautista; un joven que sentía nostalgia de su madre abandonada, con el corazón roto por su amor traicionado; un joven al que habían robado, apaleado, abandonado. ¡Era mi historia! ¿Cómo podía ese saltimbanqui conocer mi pasado con tal profusión de detalles y estados de ánimo? Nadie podía saberlo. Excepto Delia. En nuestros momentos lejos del carro, cuando la sencillez de la adolescencia nos invitaba a intercambiar secretos y unos pocos besos, le había revelado —sin entrar nunca en detalles

— las inquietudes que me turbaban, mis deseos y mis nostalgias. Y ella había hecho negocio con mi historia contándosela a otros; a Barrabás, supuse, que la había preparado para el público. Delia me lo había robado todo —mi amor— y lo había transformado en un espectáculo de feria. La historia seguía con el joven convertido en guerrero, en héroe. Había reunido a un ejército de miserables para hacer de ellos soldados que lucharan contra los usurpadores y los prepotentes. Pero acaban traicionándolo, crucificándolo, ejecutándolo. Aquel final no era propio de mí: yo no era un soldado ni un héroe. Todo lo contrario. Comprendí que habían imaginado mi vida, falseándola a capricho del autor, con las fantasías más solicitadas por el público. Pese a aquel final, me sentía escarnecido y, una vez más, traicionado. Después de un largo aplauso, el joven dio las gracias al público y anunció el nuevo número: la mujer más hermosa del mundo. Los músicos empezaron a tocar y desde detrás del carromato entró en escena una mujer velada. ¡Delia! Solo podía ser ella. Los mismos pasos, la misma liviandad delicada al danzar, la elegancia de los brazos y de los tobillos. El rostro oculto mostraba la belleza de los ojos claros y alargados. El mismo embrujo que me había cautivado en su momento fascinaba ahora al público, que aplaudía rítmicamente. Me abrí paso forcejeando y, por fin, incapaz de contenerme, irrumpí en escena. El desconcierto entre el público y los artistas me permitió acercarme a la bailarina, que paró, consternada: tenía a Delia justo delante de mí. Con un gesto rápido le arranqué los velos; no sé qué pretendía hacer: acaso avergonzarla delante de todos, obligarla a disculparse, desenmascararla. Pero no era Delia: solo una cara anónima y aterrorizada, mientras el público se carcajeaba de mi interrupción torpe y desmañada y me incitaba a seguir. Nadie me reconocía: para ellos no era más que un mendigo loco que quería agredir y poseer allí mismo, delante de todo el mundo, a la hermosa muchacha sin velo. Los forzudos salieron de su asombro y —pese a las protestas irónicas del público—, me agarraron. Yo intentaba zafarme, explicarles que había sido un malentendido, que me había equivocado de persona, pero me sacaron a rastras del escenario para llevarme detrás del carro. Y allí volví a ver a Barrabás.

Los forzudos lo informaron de mis excesos y, sin levantar la mirada de la bolsa de monedas que tenía entre manos, con una sonrisa maliciosa, Barrabás los despidió. Dijo que podía entender por qué había perdido la cabeza: la mujer más hermosa del mundo producía ese efecto a menudo. Por fin me miró. Su sonrisa se ensanchó aún más. Creí que me había reconocido, que tendría preparada quién sabe qué excusa para el robo del dinero que me

entregó mi primo Juan, para su fuga con Delia. Sin embargo, se me acercó y me agarró del brazo: tenía nuevas cicatrices que le cortaban la cara, arrugas profundas que no eran propias de la vejez, sino surcos trazados por una vida ambulante y extrema. El pelo parecía falso: bajo lociones de color —trucos de escena— descubrí raíces blancas y deterioradas. Delia había preferido a aquel hombre antes que a mí. A ese idólatra de las monedas, codicioso y tramposo, ladrón de gallinas, corrupto de cuerpo y espíritu, antes que a un muchacho ingenuo y quizá demasiado cándido pero enamorado y con toda la vida por delante. Eso era lo único en lo que podía pensar mientras Barrabás me hablaba. Debí de mirarlo con profundo asco, porque su apretón se volvió más firme y violento, amenazante. Decía que si quería silenciar el escándalo suscitado por mi agresión a la joven artista —en realidad había sido un divertido entremés para todos: ni siquiera el escándalo podía arañar ya el alma de Nazaret—, si quería que no pusieran a mi familia al tanto de lo sucedido, solo tenía que contribuir con una pequeña limosna. Si no tenía dinero, bastaba cualquier tipo de alimento o —habida cuenta de que era un joven a todas luces caído en desgracia— un poco de pan.

Me quedé mirándolo a los ojos. ¿De verdad no me reconocía? ¿De verdad podía haberme olvidado tan fácilmente el hombre que, con su traición, había matado mi adolescencia? Y Delia, su cómplice, ¿qué había sido de ella? ¿Dónde estaba? Intentó convencerme de que pagara diciéndome que ya había pasado una vez: un joven del público había agredido a otra chica que estaba actuando, la anterior mujer más hermosa del mundo, y había intentado abusar de ella después de llevarla a rastras detrás del carromato. Ella había conseguido zafarse, entre gritos. Los propios espectadores intervinieron para salvarla. El espectáculo se interrumpió y, aunque consolaron a la chica, su reputación quedó en entredicho por el intento de violación. Los amigos del joven acudieron en su ayuda y consiguió esfumarse, pero Barrabás y los forzudos se presentaron en su casa, de familia rica, y obligaron al padre a pagar una pingüe cantidad de dinero. Para limpiar la deshonra pública de la muchacha, lo obligaron a casarse con ella. Aún vivían juntos, abrumados por los hijos y la pobreza, quién sabe dónde. La familia, que los había repudiado, no reconoció a los nietos. Barrabás me dijo que el chico se arruinó y que yo podía correr la misma suerte. Esa tenía que ser la historia de Delia, vendida como un animal en el mercado.

De un tirón me solté del brazo de Barrabás. Respondí que yo ya había pagado mi parte y lo dejé ahí, en silencio, intentando comprender a qué me refería, recordar de cuál de sus muchos chantajes, amenazas o traiciones había

sido víctima. Con un tono menos convencido me imprecaba a voz en grito, prometía represalias, aseguraba que aquello no iba a quedar así. Mientras me alejaba, me volví para mirarlo: había vuelto a su bolsa de monedas, sombra corrompida de mi adolescencia.

En la explanada, el público volvía a casa cargando con sus sillas. Los números del circo de Barrabás no habían tardado en diluirse en la desilusión: la desesperación seguía siendo la dueña de Nazaret. Buscaba en la mirada de los últimos en marcharse la confirmación de que alguien me había reconocido en el relato del saltimbanqui, confiando en que solo fuera mi impresión. Nadie reparaba en mí. Tras el paréntesis de mi irrupción en escena, me habían olvidado. Una ráfaga de viento cálido levantó el polvo ardiente del día y volvió mi vista vaga y neblinosa, pero distinguí parte de una silueta: mi madre. Estaba esperándome. Me había seguido, había escuchado la historia del saltimbanqui y me había visto desaparecer detrás del carro de Barrabás. Llevaba un manto azul que resguardaba su pelo del polvo y del viento, y en sus ojos la mirada de las madres que buscan en su hijo señales del futuro. Yo, inmóvil, incapaz de dar un paso más, crucificado al guion del saltimbanqui, manchado de resignación y desvaríos, cansado. Mi madre se acercó con una sonrisa y me dio un beso en la mejilla. ¿Qué podía leer en mí sobre mi mañana que le resultara tranquilizador?

Volvimos juntos a casa. Fue ella quien me empujó, quien tiró de mí, quien me sostuvo. Me ayudó a tumbarme en la cama y me trajo agua; me dejó descansar. Pensé en Delia. ¿Por qué no me había elegido a mí? No me torturaba con esas preguntas por amor: Ana había agotado todo el amor del que disponía, y el paso del tiempo ya había nublado mis sentimientos por aquella joven desfigurada. Ya no sentía más que pena por ella. La decisión de Delia, su traición y su fuga, me decía que yo era inaceptable para aquella chica. Delia había intuido algo inefable y oscuro en mí, algo que a mí mismo se me escapaba. Algo tan intolerable que la hizo preferir el destino triste y previsible que le esperaba con Barrabás. Esa idea me angustiaba mientras observaba el techo de mi habitación, con telas apolilladas y desgarradas. Y pensaba que la enfermedad y la muerte de Ana, su viaje fatal a Jerusalén, eran el mismo síntoma de una idéntica intuición: también Ana, justo antes de unirse a mí con el vínculo del matrimonio, quiso huir. También Ana había notado la amenaza, el peligro que representaba. La desesperación. Había elegido morir. Y mi padre. Me había abandonado: qué insoportable le resultaría lo que había vislumbrado en mí. Yo también había empezado a detestarme. Yo mismo había abrazado mi embrutecimiento, no meramente en

el aspecto. Solo me queda mi madre. Nos une el cordón umbilical, el misterioso sustento masticado primero por ella y luego transmitido a mí en minúsculas porciones. Hágase su voluntad.

La sed no nos abandonaba. Me di cuenta cuando decidí volver a compartir las comidas con mi madre. Tal vez porque necesitaba consuelo. Se echaba el agua contando las gotas, para ahorrar. Cuando le dije que no escatimara y saciara su sed sin temor, me respondió que no tenía sed. Fui a comprobar cuánta agua quedaba en nuestra reserva. En el fondo de la tinaja se agitó una breve onda líquida que, consumida con moderación, nos habría bastado para dos días nada más. Llevaba mucho tiempo sin viajar con la burra por mis rutas clandestinas, para evitar que me vieran, hasta la gruta de la montaña de cuyo cielo de piedra, pintado al fresco con carbón antes del comienzo del Tiempo, ya no goteaban sino lágrimas de agua y de arena. Había llegado la hora de encontrar nuevas fuentes.

Me puse en marcha mucho antes del amanecer, para evitar el bochorno del día y las miradas de mis vecinos sedientos. La burra me seguía con los odres vacíos; a la vuelta la ayudaría transportando a hombros parte de la carga. Únicamente me había enfrentado a aquel trayecto con la luz del día, y la oscuridad me impedía distinguir el recorrido laberíntico trazado para guardar el secreto de mi ruta hacia el agua. Solo en algunos momentos me parecía seguir el buen camino; avancé durante horas, convencido de ir en la dirección correcta. Pero, cuando las primeras luces de la aurora, ofuscadas por un calor enfermizo, opalinas por el polvo en suspensión, me descubrieron en pleno viaje, supe que me había equivocado de lleno. Las estrellas, ocultas esa noche por estériles nubes de vapor, no me habían ayudado.

Esa no era la ruta hacia el agua. Me había perdido y ahora me tocaba, con gran irritación, reencontrar el sendero, seguir consumiéndome bajo un sol que se volvía abrasador por momentos. Sin embargo, cuando miré a mi alrededor no reconocí aquel paraje. No podía andar muy lejos de Nazaret, pero ninguna colina ni olivar me informaban de la distancia. Todo me era ajeno: el color de la tierra, de un rojo ferruginoso; el cielo, de un celeste nunca visto que se iba atenuando hasta el horizonte. Un desierto. Varias nubes solitarias lo atravesaron empujadas por un viento tan alto que no podía acariciarme. Eran nubes de buen tiempo, que no se condensaban ni prometían lluvia alguna. Cuanto más forzaba la vista, más claro me quedaba que no había nadie en las inmediaciones. Ni una casa en ruinas ni un campo cultivado que me hicieran abrigar esperanzas de un encuentro que habría podido ayudarme a recuperar la orientación y el camino. Por más que mirase a mi espalda, hacia el lugar del

que me parecía haber venido, no lograba encontrar la ruta que me había conducido a engaño. Estaba completamente solo. Pensé en encomendarme al sentido de orientación de la burra, que más de una vez, conmigo dormido de agotamiento a cuestas, me había devuelto a casa. Pero estaba quieta y extenuada, ya demasiado vieja para seguirme o serme útil. Por primera vez la descubrí distraída y ausente, con la mirada apagada y una resignación definitiva. Decidí continuar hacia las nieblas del horizonte: a algún sitio acabaría llegando, con alguien me acabaría encontrando. No había llevado agua conmigo para no dejar a mi madre con las pocas gotas de la tinaja: estaba seguro de que no la necesitaría, pues habría bebido en el primer manantial, pero ahora empezaba a sufrir la sed.

Cuanto más me adentraba en el desierto, en el que ningún hombre parecía haber puesto el pie nunca, más consciente era de la profundidad de mi separación de los demás; de la naturaleza compacta e impermeable, omnipotente, de la soledad que me acompañaba desde siempre. Yo era un hombre solo, y quienes me habían conocido, sin llegar a comprenderlo del todo, habían advertido que aquel abismo me hacía inalcanzable; que habría podido contagiarlos. Delia, Ana, pero también mi padre. Mi padre. Había sido el primero en comprender que nunca me salvaría, que nunca lograría arrancarme de mi silencio: por eso me había abandonado, por compasión. Todos habían visto las pústulas infecciosas de mi enfermedad, mientras que yo no intuía nada.

Ya no me quedaba más remedio que tirar de la burra. La suya no era una rebeldía caprichosa, no era el obstinado e incomprensible rechazo de seguir avanzando que, con frecuencia y de repente, se apodera de los animales: el agotamiento y la edad le impedían dar un paso más. Emitió un tímido rebuzno de derrota, dobló las rodillas y se dejó morir. No la sometí al ensañamiento de los acemileros, que hasta el último estertor intentan volver a levantar a sus animales, obligarlos a avanzar. Le abracé la cabeza y le acaricié el hocico y el lomo, marcado por tantos años de silencioso esfuerzo. Luego me quedé mirándola a los ojos hasta que la vi por fin libre de toda preocupación, de su antigua esclavitud, de una fidelidad mal correspondida, del apego a la vida.

Caminaba sin rumbo, solo, dolorido por haber abandonado el cadáver de la burra en el banquete del sol y de los carroñeros, sin seguir ningún sendero trazado, ninguna indicación. Me correspondía a mí abrir camino. Avanzaba con la esperanza de que la ferocidad del calor, matándome —solo pedía la gracia de un desvanecimiento rápido e indoloro—, me aliviara a mí también de aquella sed, del esfuerzo, de la ilusión por el futuro. No me había fijado en

que un frente de nubes negras se acumulaba rápidamente en el horizonte. Corría en mi dirección, como un auxilio cierto: ¡el agua de la lluvia saciaría mi sed! Me detuve, lleno de felicidad y esperanza. Pero, cuanto más se acercaban aquellas nubes rápidas, más me paralizaba la decepción: lo que surcaba el cielo no era lluvia, sino una tormenta de arena, negra y enorme, que ya tenía encima. La alegría por haberme librado de la muerte había obnubilado mi mirada y confundido mi raciocinio. No había salvación. Cuando el polvo y el viento me embistieron, tuve que tumbarme en el suelo para ofrecer menos superficie a tamaña violencia. El dolor de los latigazos de la tormenta, como una especie de eco, no paraba nunca y torturaba sin cesar cualquier parte del cuerpo que opusiera al viento. Intenté pegarme todo lo posible a la tierra roja, protegerme la cara y la cabeza con las manos, ofrecer la espalda, llevarme las rodillas a la barbilla. La arena y el polvo me golpeaban con crueldad, e incluso respirar era doloroso y angustiante. Me cubrí la nariz con el borde de la túnica para que el aire llegara filtrado a mis pulmones, pero así destapé las piernas hasta las rodillas y las expuse al suplicio. No obstante, conservaba la lucidez y la conciencia de mí mismo; me daba cuenta de que no había refugio alguno ni vía de escape: estaba irremediablemente a merced de aquella intemperie. Intenté levantar la mirada en busca de una colina, una roca o un saliente que hiciera de escudo y me ofreciera amparo. Pero era casi imposible abrirlos del todo: contra mi voluntad, obligados a resguardarse de la arena y del viento, solo me concedían una estrecha rendija para mirar. En todo caso, sabía que la posibilidad de protegerme era inexistente. Con el polvo caló también una penumbra vespertina que había aplacado el ardor del sol, pero no el calor. Con los ojos entrecerrados, distinguía unas zonas más despejadas que al instante quedaban ensombrecidas por una nueva ráfaga violenta y densa. Aunque plantara cara al vendaval y al dolor, me movería como un ciego. En aquella tormenta que se adensaba y se desgarraba dispersándose en marañas de polvo, empecé a distinguir animales, cosas, rostros, objetos familiares. Como cuando, en lo alto del tejado, Ana y yo descubríamos el diseño oculto y caprichoso de las nubes y sonreíamos toda vez que nuestra imaginación era idéntica. Ahora veía varios cuerpos, uno detrás del otro, enfrentándose a la furia del viento, inclinados, con las túnicas deshilachadas como estandartes. A veces se perdían, pero luego regresaban a la fila compacta. No era una imaginación fruto de mi fantasía: una caravana de sombras se enfrentaba a la tormenta con el paso firme de quien conoce el camino. Aparecían y desaparecían como espectros entre los remolinos de arena. Decidí afrontar yo

también la tormenta para no perderlos: conseguí ponerme de pie y, con dificultad, los alcancé. Era el último de la fila. Me costaba seguirles el ritmo y en ocasiones se desvanecían, pero entonces volvía a aparecer la túnica del último, estirada por el viento. A juzgar por la cantidad de tejido que ondeaba con las ráfagas y por el color —casi indistinguible en el marasmo ocre del polvo—, tenía que ser de una mujer. En varias ocasiones me dio la sensación de que me había visto; y por el perfil, que pude entrever un instante, se parecía a mi madre. Se había vuelto para mirarme, para animarme a seguirla, a apretar el paso. Incluso creí ver que con una mano me hacía un gesto tranquilizador. Seguí caminando, a la zaga, sin quitarle los ojos de encima. Intentaba llamar su atención a gritos y, cuando me parecía que se daba la vuelta para mirarme, le hacía señales para que aminorara la marcha: esperaba que pudiera saciar mi sed. Sin embargo, siguió avanzando para no perder de vista a quienes la precedían.

Ya no podía aguantar el ritmo. Estaba rendido, agotado por la sed. Me sentía un fantasma persiguiendo a otros fantasmas. Quién sabe, quizá aquello fuera la caravana de los muertos, extraviados en una plaga del infierno.

Esto sucedió ayer. Y, sin embargo, ya me parece un recuerdo remoto. Aún estoy vivo: la tormenta de arena fue amainando poco a poco. El cansancio me obligó a aflojar el paso, hasta detenerme. Vi a la mujer que me precedía volverse para lanzarme una última mirada, acaso una sonrisa, y luego su túnica se alejó en el polvo, cada vez más lejos, hasta desvanecerse. Me tumbé en el suelo —ya era de noche— y dejé que las últimas rachas, también ellas exhaustas, siguieran torturándome. Luego me dormí. Esta mañana me he despertado al amanecer y he descubierto que he dormido con la cabeza apoyada en una piedra. Una almohada severa que me ha dejado la mandíbula entumecida y, probablemente, una profunda señal en la mejilla. Cuando he abierto los ojos, el día ya era abrasador. A mi alrededor, el calor volvía inestable el aire, como el temblor de un espejismo. Al levantarme, he reconocido dónde estaba: al otro lado de aquellas rocas se encontraba Nazaret, mi vida estéril, el huerto convertido en mi único espacio ilusionante, la cuadra ya vacía.

He caminado hasta ver mi casa en la distancia. Mi madre estaba barriendo la puerta: la arena ha llegado hasta aquí. Sin que me viera, la he observado haciendo los gestos cansados de la limpieza, con la mirada clavada en su interior, contemplando su horizonte afligido. Me he acordado de cuando la abandoné por primera vez y, luchando contra el miedo de marcharme de aquel amanecer, me quedé un buen rato mirándola, con ternura y nostalgia. Me

despido otra vez de ti, madre; otra vez te dejo sola, te libero definitivamente del peso de mi nacimiento, tan anunciado, tan inútil.

He esperado a que volviera a entrar. Para evitar todas las miradas, he dado un rodeo largo, cauteloso. He cruzado el huerto, convertido ya en un cementerio vegetal de plantas petrificadas por la falta de agua. Ahora, mi público de las puestas de sol está sordo. Antes de entrar en la cuadra he sentido una agradable ráfaga de viento fresco e inesperado: también la naturaleza me incita a hacerlo. Ahí estaban las cuerdas largas y resistentes de las bridas de la burra, aparte de las que usaba para asegurar su carga. Ya no volverá a sufrir bajo ningún peso ni exigencia. Había observado con atención el nudo de la soga que rodeaba el cuello del chico que se suicidó. Me he encaramado a la viga más alta. He dado varias vueltas a la cuerda calculando la altura idónea para evitar que mis piernas busquen un apoyo: tendré que acabar también con el instinto de supervivencia que, inconscientemente, querrá quedarse. Mi nudo está listo. Saboreo unos segundos más la belleza de este aire nuevo que silba a través de las rendijas de las tablas: quiere decirme algo que será para siempre incomprensible. Todo atisbo de luz se apagará en mis ojos.

Pero ahora, en este mismo momento, descubro que mi vida, si es que ha sido mía alguna vez, ya no me pertenece. No tengo la libertad de suicidarme: por la puerta de la cuadra irrumpe una silueta masculina. Entra. En la penumbra, con la luz que se cuela desde fuera, no logro distinguir su cara. Se acerca. Bajo de la posición precaria en la que imaginaba que me quedaría para siempre. Lo reconozco: es Judas. Me abraza. Vuelve a darme las gracias por la aventura y los peligros a los que nos enfrentamos juntos. Lo salvé de los romanos, de una muerte segura. Él, en cambio, no me la ha concedido. Ha vuelto, corriendo el riesgo de ser arrestado, por voluntad de Juan, mi primo. «Un tiempo ha terminado. Ahora empieza otro». Esas son sus palabras mientras, con gestos rápidos, suelta la cuerda de la viga y, después de recogerla, pone orden entre los aparejos de la burra.

Mi primo Juan me necesita. Judas tiene prisa. Me ve confuso, indeciso. En la balanza de mi silenciosa perplejidad está el recuerdo de cuando, hace mucho tiempo, Juan me ofreció su generosa ayuda, con una bolsa de monedas, en Jerusalén. Ahora me pide que le devuelva aquel favor. Tenemos que reunirnos con él a orillas del Jordán, donde mi primo, que promete un tiempo nuevo, seguido de una multitud de miserables y pobres de solemnidad, celebra ritos de iniciación en el agua. «Le ha prometido a todo el mundo que irías».

Salimos de la cuadra. Le pregunto cómo sabía dónde encontrarme. «Tu madre me ha dicho que estabas aquí», responde. Veo a mi madre en la puerta de la casa. Me observa mientras nos acercamos. Tiene un brillo nuevo en los ojos, de cansancio satisfecho. Antes de que me vaya quiere cortarme el pelo por última vez. Me siento en el patio, como siempre he hecho para este ritual que habíamos suspendido. Otras ceremonias ocuparán su lugar. Judas presencia la escena, divertido. Mi madre, sin darse cuenta, entona a media voz la antigua nana de los cachorros que se duermen. Ahora el cielo está cubierto de nubes oscuras: empieza a llover. La tierra, desacostumbrada al agua, es incapaz de absorberla. Por todas las pendientes fluyen riachuelos cada vez más impetuosos que intentan escapar de su destino, el riego. Pero algo permanecerá: será una lluvia larga que dificultará nuestro camino. Por fin me siento saciado.

Mi madre ya me ha preparado una muda, un poco de comida robada a su hambre y agua fresca, recién recogida, para el viaje. Me entrega la bolsa que mi padre cosió para guardar mis juguetes de niño. Se despide de mí, convencida de que haré su voluntad.

«Cuéntales a todos que eres mi hijo, fruto de mi vientre».